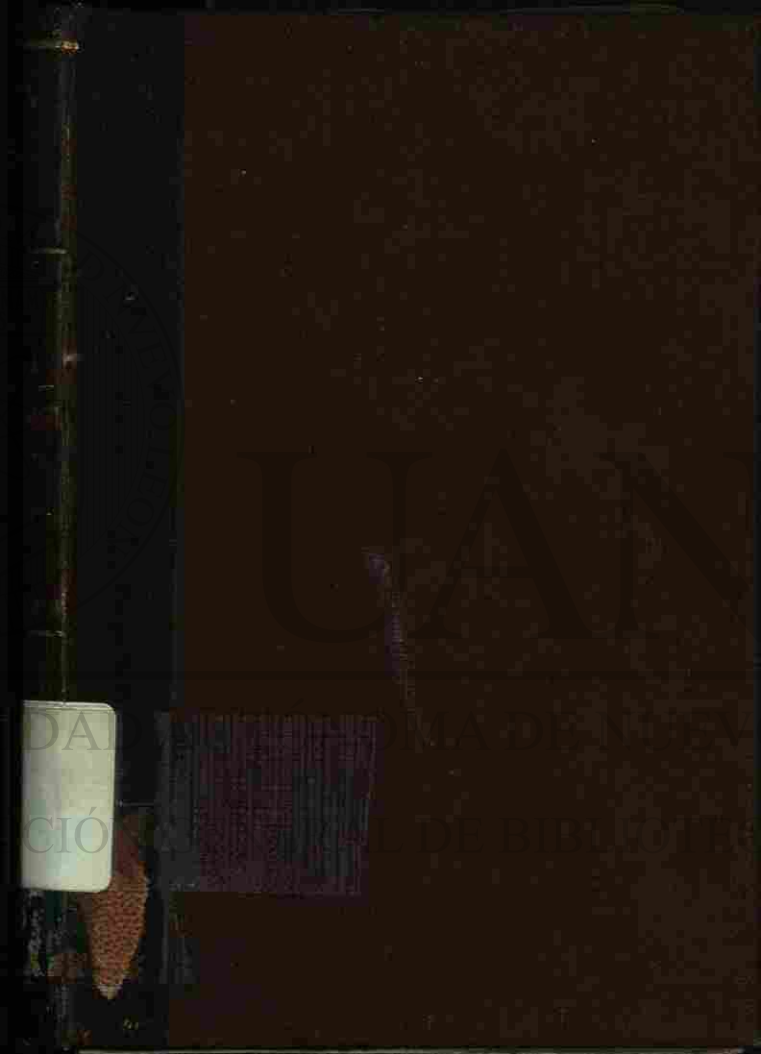


MERIMÉE

EL PECADO DE LA GENERALA

PQ2625
.E53
P48

1020027069

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PECADO DE LA GENERALA

Núm. Clas. M 567
Núm. Autor 30580
Núm. Adq. -8-
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE "EL UNIVERSAL."

EL PECADO
DE
LA GENERALA

NOVELA ORIGINAL
DE
CARLOS MERO[illegible]



CAPILLA ALFONSINA
U.A.N.L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
85614

MEXIÇO

IMP. DE "EL UNIVERSAL" SAN JOSE EL REAL NUM.. 9

1894

30530

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843 PQ2625
.E53
P4X



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL PECADO DE LA GENERALA.

I

Conocidísimo es entre el ejército francés el nombre del general Branville.

A fines del año 1873, contaba sesenta y ocho navidades, y nadie lo hubiera calculado más de cincuenta.

Por sus servicios, su distinción y sus méritos continuaba en el ejército activo.

Manteníase derecho como un poste telegráfico y tan serio como un diputado al día siguiente de su elección.

A pesar de su edad, era tan fuerte é intrépido como un teniente de coraceros.

Era de ver la marcialidad de su paso cuando recorría las calles de Nantes—ciudad donde tenía á su cargo el mando militar—pasándose con frecuencia la mano sobre su espesa cabellera, ya un poco gris, ó bien atusándose el largo bigote, más blanco que sus cabellos, mientras jugueteaba con su bastón.

Por las mañanas, casi durante todo el año, galopaba como un húsar por el camino de

Saint Nazaire, fatigando á la vez á sus magníficos caballos y á sus ayudantes. Trataba á éstos con mezcla de despotismo y de paternal familiaridad.

Félix Augusto, conde de Branville, señor de Chantemerle, de la Carneille, Palancon y de otros lugares del Limosin y de Normandía, general de División, condecorado con la mayor parte de las grandes cruces de Europa, os hubiera explicado que su conservación física, tan extrañada por sus inferiores y envidiada por sus compañeros de promoción, la mayor parte inválidos, gotosos, asmáticos ó afectados de esas diversas incomodidades propias de la vejez, y á las que no suelen ser ajenos los placeres de la juventud, atribuíalo á que había nacido bajo el influjo de una buena estrella.

Además, habíase encerrado en el celibato como en una fortaleza, precaución cuya excelencia será apreciadísima por los filósofos y los pensadores de estos tiempos.

Los peligros que rodean la vida del soldado esclavo de su deber, la indiferencia hacia estos mismos peligros y la tranquilidad, contribuyeron no poco á su conservación.

Sus tierras le daban una renta de doscientas mil libras, poseía un hotel, rara vez habitado por su propietario, en la calle de Courcelle, y, sin embargo de todo esto, y aunque tuvo bastantes partidos, nunca se atrevió á casarse.

La razón que daba el general de esta resistencia era muy lisonjera para el bello sexo. Decía que amaba demasiado á las mujeres para hacerlas sufrir, pues con un carácter tan

detestable como el suyo—así se juzgaba él mismo—no hubiera dejado de aumentarse por culpa suya el número ya considerable de víctimas y mártires.

El general se calumniaba.

Bajo una apariencia ruda é imperiosa, bajo sus formas bruscas y serias, ocultaba un corazón excelente y una bondad angelical, una de esas bondades que en estos tiempos se suponen tan raras, por los que se complacen en demostrar que los hombres son peores de lo que en efecto son, sin duda para obtener mayor color o relieve en esas novelas donde es moda exagerar las asperezas, las imperfecciones ó los vicios de los tipos que ponen en evidencia, y cuyos modelos, afortunadamente, son muy difíciles de encontrar.

Todo el que llegaba á tratar al general le quería, y sus compañeros de armas le consideraban como un modelo de abnegación y de honor.

Su valor estaba reconocido; no buscaba jamás la notoriedad y el ruido; pero lo había acreditado de tal suerte, que ni uno solo de sus enemigos, caso de que los tuviese, hubiera osado ponerle en duda.

Esta importantísima cualidad del verdadero soldado poseíala el conde en el más alto grado.

Fraternal y afectuoso con sus iguales, algo brusco, pero siempre razonable, con sus inferiores, no permitía que se jugara con la disciplina, y si alguna vez se le había visto inflexible, jamás, en cambio, pudo calificársele de injusto.

El general había nacido en Limosin, región

famosa por sus cabras, por el caolin y por las porcelanas

Heredó de su padre un vasto dominio, de siete á ocho mil apandas (1) situado en un paraje inhabitable, en Traignac, especie de Siberia implantada en el corazón de Francia, como un peñasco estéril y nevado en medio de una region fértil.

Componíase de inmensos bosques, escuetos y raquíticos, de algunas casas de labranza, con mil penas sostenidas por sus colonos, y de interminables pinares y matorrales, cuyo frío y melancólico aspecto hubieran engendrado el *spleen* en el alma más fuerte y robusta para luchar con las adversidades de este mundo.

En el punto más culminante de esta región tan poco favorecida por la naturaleza, en medio de un bosque de encinas y hayas, cuyos árboles, aunque cuentan más de tres siglos, no pasa su altura de treinta y cinco á cuarenta pies, se levanta un soberbio castillo que ostenta con gallardía sus elegantes torres almenadas, su artística cornisa y sus veletas blasonadas.

Su construcción data del siglo XII y, por una casualidad singular, ha conservado su primitivo carácter de castillo feudal sin haberse introducido en él ninguna modificación. Para conservar esta residencia señorial, verdadero nido de ave de rapiña, han bastado únicamente algunas pizarras cada año para los tejados y cinco ó seis toneladas de arga

[1] Medida agraria antigua equivalente á 120 pies cuadrados.—*N. del T.*

masa, pues su solidez primitiva es tanta que por sí sola le ha preservado de los embates del tiempo y de los rudos inviernos por que ha pasado.

En este castillo nació el conde de Branville.

Su padre se había encerrado en él, á consecuencia de una profunda pena, y su pobre madre, de temperamento muy delicado, que echaba mucho de menos la vida de París, tanto por la aspereza del clima de Traignac, como por lo lúgubre del castillo, murió de nostalgia.

La iglesia de la aldea, con su puntiagudo campanario, presta sombra al cementerio, donde reposa la pobre condesa, rodeada de pastoras, guardadoras de cabras, ó de miserables labradores, que sufrieron menos que ella y duermen su mismo sueño en la única y suprema igualdad, la del sepulcro.

El general conocía muy superficialmente la historia de su madre. Un amante sorprendido y una secuestración perpetua, horrible castigo ideado por el esposo ultrajado.

De ahí la horrible aversión del conde de Branville hacia el dominio de Traignac, por causa del misterioso martirio de su desgraciada madre y de los recuerdos de su infancia.

Rara vez se le veía en el castillo; únicamente cuando su presencia era indispensable, para consultarle alguna reparación importante en las casas de labranza, ó para la adquisición de nuevas tierras.

Entonces iba á Traignac, pero nunca pasaba la noche allí. Parecíale el castillo un fantástico palacio, donde llorosas y ensangrenta-

das aparecían por las noches, las sombras de sus antiguos moradores.

El general sentia por la casa que le vió nacer una mezcla de terror religioso y de superstición.

Huérfano desde muy niño, entró primero en la academia de Saint-Cyr y luego en la de Saumur, de donde salió para ingresar en un regimiento de caballería, que es el cuerpo preferido por todos los jovenes que poseen algunos bienes de fortuna.

Había tomado parte en todas las campañas.

Se le vió luchar siempre en primera linea en las campañas de Argel, de Crimea, en Italia y por último en la desastrosa guerra franco-prusiana.

En todas partes había guardado fidelidad á su lema: "Si no he salido con éxito, al menos he cumplido con mi deber."

Y si su alma había sufrido mucho por las inconsecuencias de sus amigos y compañeros, su conciencia, en cambio, estaba tranquila. Estaba en paz con ella.

No le gustaba hablar con ligereza de las mujeres, por quienes tenía un culto especial: tratábalas con infinita consideración, que hacía llegar hasta las que no tienen la costumbre del respeto á sus adoradores del momento.

Sin embargo, no se le había conocido ningún amorío serio y constante.

Imposible el citar una conquista aristocrática hecha por el general. Su dignidad le alejaba de estas intrigas, donde tantos matrimonios se rompen como las embarcaciones cuando chocan contra un escollo.

Siempre habíase contentado con esas conquistas fáciles que se ofrecen á los millonarios, á la fortuna, á la juventud ó al talento, que no dejan después ni sentimientos ni recuerdos.

Una sola vez se le vió muy enamorado y sin tratar de disimularlo: cuando era coronel de dragones y estaba en Vesul de guarnición.

Era el objeto de su pasión, una alta, esbelta y hermosa joven de veinticinco años, morena como una andaluza y admirablemente formada.

Era célebre en la capital de la alta Saona, por su hermosísima cabellera, negra como el ébano; sus maliciosos y ardientes ojos, su voluptuosa boca y su talle, comparable únicamente con el de la célebre Venus de Milo.

Rosa Pontis no era ninguna dama de elevada alcurnia, pero tenía el dón de atraer, de encantar, de seducir.

La que era objeto de los amores del coronel, había estado varios años en París, donde había adquirido esa elegancia innata de las parisienses, que eclipsaba y obscurecía á las señoras que vestía, porque la favorita del coronel de Branville era modista.

Ya hacia un año que Rosa vivía en Vesul, cuando el conde llegó con su regimiento.

Y, caso raro en una población donde hay militares de guarnición, no se le conocía ningún amante.

Pero desde que el coronel se instaló en un hotel situado á tres números de distancia de la casa de Rosa, todo cambió. Sus frecuentes visitas al taller de la modista fueron inmediatamente notadas, y aquella reputación de vir-

tud cayó por tierra como se derrumba un caserío por la violencia de un terremoto.

Sin vanagloriarse por su conquista y á pesar de su acostumbrada reserva, el coronel no negaba sus amores con la hermosa costurera, cuando, conversando con sus íntimos, éstos le felicitaban por su triunfo.

Sus relaciones con Rosa tuvieron publicidad entre los habitantes de Vesul, por causa de un incidente que dió no poco que hablar y mucho que reir.

Una mañana, al amanecer, no se sabe por qué, tal vez las consecuencias de una broma, la garita y el soldado, de plantón á la puerta del hotel del coronel, se encontraron trasladados á la puerta de la casa de Rosa. Al salir el conde y ver al soldado, un bretón que acababa de llegar al regimiento, que le presentaba las armas con gran solemnidad, se extrañó muchísimo.

Examinó la fisonomía del dragón, le invitó con dulzura á que volviese á su puesto de costumbre, y le entregó veinte francos. Ya en su casa, llamó al oficial de guardia y, después de un buen sermón, le intimó para que en lo sucesivo fuera más vigilante.

A partir de este día, Rosa desapareció de Vesul y dejó de confeccionar vestidos para sus parroquianas. Ella tampoco los necesitó mucho tiempo, porque murió en una casa de campo al dar á luz un niño, del cual se encargó misteriosamente el conde de Branville, después de asegurar el porvenir de la anciana madre de la pobre Rosa. Esta historia de amores estaba completamente olvidada en el año 1873. Los que de ella habían sido testigos, ó se habían muerto ó se habían dispersado, y únicamente dos ó tres íntimos amigos del conde se acordaban de aquellos desgraciados amores.

El hijo de Rosa fué inscrito en la alcaldía de una aldea próxima á Vesul, con el nombre de Roberto Pontis.

Tenía á la sazón veintiocho años, y era un gallardo oficial de caballería.

En la campaña de Metz, siendo aún muy joven, se distinguió por su arrojo y bravura.

Unidas estas hermosas páginas de su historia de soldado á una viva inteligencia natural y á una gran perseverancia en el trabajo, alcanzó muy pronto el grado de capitán de estado mayor, siendo uno de los que mejores notas tenían en el ministerio

Desempeñaba además el honroso cargo de ayudante del general Branville.

Respetuoso y lleno de afecto para el conde, que se había encargado de su porvenir, por amistad hacia uno de sus amigos muerto hacía muchos años, según él mismo se lo había referido, encontraba siempre en él un protector desinteresado y un consejero fiel. Ignoraba los estrechos vínculos de parentesco que con el general le ligaban, y sentía por su protector un cariño sin límites y un profundo agradecimiento por las atenciones y liberalidades de que había sido objeto, ya vigilándole en su juventud, ora alentándole y proporcionándole los medios necesarios para llegar al puesto que ocupaba.

Roberto era vivo retrato de su madre, de la cual había heredado sus grandes ojos negros espirituales y soñadores, su precioso cabello y su hermoso color, pero tenía una exquisita dis

tinción que faltaba á la hermosa modista: reunía la gracia y la fuerza.

¡Cuántas veces el general, bien de sobremesa ó bien recostado en una butaca cerca de la chimenea de su salón, se extasiaba en una de esas contemplaciones tan llenas de encantos y de dolor á la vez, en que ve como al través de una nube la imagen de la mujer amada y las horas de cariño que nos ha proporcionado y que no han de volver!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

En la época en que comenzamos nuestra narración, gozaban de grán renombre en Nantes, las fiestas que en su palacio daba un riquísimo banquero llamado Miguel Desgranges.

Su magnífico hotel estaba separado de las oficinas, por un gran patio cubierto de fina arena y adornado con macetas, dispuestas con tal arte, que las noches de recepción convertían aquel anchuroso patio en magnífico vestíbulo.

Desgranges tenía su cuantioso patrimonio en inmensos terrenos situados en las cercanías de Nantes. Su crédito era inmenso, y su reputación gozaba de la consideración de todos.

De todas partes, y principalmente de la hermosa y feraz campiña que se extiende por todo el litoral desde Nantes hasta el mar, le traian inmensos capitales, á los que no otorgaba sino mínimos intereses.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre sus convecinos se suponía que la casa Desgranges realizaba cada año importantes ganancias.

No es oro todo lo que reluce.

Un cajero infiel, que desapareció, después de haberle estafado sumas importantes en especulaciones bursátiles, completó su ruina.

Una mañana del mes de Febrero, al día siguiente de un magnífico baile al cual habían asistido el general Branville y su protegido, circuló por la ciudad el rumor de que el banquero se había suicidado, ahorcándose del clavo que pendía del florón colocado en el techo de su cuarto.

Esta noticia se esparció por la provincia con la rapidez del rayo.

Y desgraciadamente era cierta.

El día anterior á un importante vencimiento, el banquero, porque no le había concedido un nuevo crédito su corresponsal de París y desesperado por este detrimento hecho á su honor comercial, se suicidó, evitando por medio de resolución tan fatal, la afrenta que le esperaba al abrir sus oficinas.

Las reclamaciones, hijas de un pánico instantáneo, llegaron de todas partes y se supo con gran extrañeza que el pasivo de la casa Desgranges era superior á diez millones de francos.

Declarada la quiebra, comenzó la dilapidación del activo con ese lujo de formalidades imaginadas para indisponer entre sí á los acreedores y disminuir lo más posible el resto de capital que debe, más ó menos, reembolsarles del capital que se les adeuda.

Cinco meses duró la liquidación de la casa Desgranges.

Los bienes inmuebles fueron vendidos con alguna depreciación, los valores realizados y los acreedores pagados integralmente del capital que se les adeudaba, á más de los intereses del interés devengado por su capital.

Así lo había exigido la señorita Gabriela Desgranges, joven de 21 años, única heredera é hija mayor del infortunado banquero.

Después de saldar todos los débitos de la liquidación y de dictarse una sentencia del tribunal de Comercio rehabilitando la memoria de Miguel Desgranges, quedó á su hija una suma total de diez y ocho mil setecientos francos, el mobiliario completo del magnífco hotel de su padre y el usufructo, durante cuatro meses, del mencionado hotel, que había sido vendido con esta condición á un rico armador.

La caída había sido terrible, pero el honor del nombre de Desgranges estaba salvado.

Este terrible golpe de fortuna, que venía á herirla precisamente en ese momento en que la vida se nos aparece llena de encantos y seducciones, fué soportado por Gabriela con admirable resiguación.

Alta, bien formada, modelo de elegancia, Gabriela reunía todas las energías y todas las abnegaciones.

Su belleza era proverbial en Nantes. Las mujeres la llamaban desde muy niña, la hermosa Gabriela.

Unos hermosos, finos y abundantes cabellos castaños rodeaban su frente, cuyos contornos puros y delicados hacían resaltar aquella hermosísima cabeza, únicamente comparable á

la del magnífico cuadro de Andrea de Saste, *Caridad*.

Sus delicados gustos é inclinaciones denunciaban la mujer aristocrática, la hija de familia poderosa desde largo tiempo, y la expresión dulce y melancólica de su rostro, denotaba una gran bondad.

Desde su llegada á Nantes, el general había sido uno de los más asiduos concurrentes á la casa del banquero, y muy á menudo quedábase extasiado contemplando la hermosa figura de Gabriela, como si le trajese á la memoria el recuerdo de un sér querido.

Autorizado por su edad, trataba á Gabriela como á una niña.

Obsequiábala frecuentemente con regalos que tenían fácil explicación, dada su cuantiosa fortuna.

La hija del banquero había sido muy solicitada, y hubiéralo sido después de la muerte de su padre, si en un país donde la mujer está obligada á comprar al marido, hubiera conservado los bienes de su madre, la señora Desgranges, oriunda de la antigua familia de Vauxcelles de la Vendée, y que había llevado al matrimonio una dote de dos millones de francos, garantizados por las tierras del banquero, libres de toda hipoteca.

De este modo la fortuna de Gabriela estaba asegurada; pero su pundonorosa conciencia, limpia, cual el armiño, de toda mancha, le aconsejaba que obraba bien pagando á los acreedores de su padre, sin preocuparse del porvenir, y consintió en este enorme é irreparable sacrificio por conservar intacto el honor del apellido que llevaba.

Entre los jóvenes que más distinguía de los que asistían durante el invierno á sus bailes y reuniones, figuraba en primera línea el gallardo y apuesto ayudante del general.

El capitán y Gabriela era una de esas alegres parejas, llenas de encanto y de alegría, que causan sensación en todas partes donde se presentan.

Seguramente, si se hubiesen paseado del brazo por la larga fila de boulevares que va desde la Bastilla á la Magdalena, más de un artista se hubiera vuelto á su paso para contemplar la hermosa pareja.

Aquellos dos séres llenos de juventud, talento y pundonor, se sentían atraídos, el uno hacia el otro, por una irresistible corriente de simpatía.

Cuántas veces entre vuelta y vuelta de vals, Roberto había dicho á Gabriela alguna de esas palabras enigmáticas que sólo comprende el corazón y que vagas y armoniosas son como el eco de una música deliciosa, para el alma que se abre á los primeros murmullos del amor.

Creíase comprendido cuando alcanzaba una sonrisa de la joven, ó una ligera presión de la mano que contenía en germen el consentimiento tácito tan deseado y que tanto anhelaba obtener.

El mismo día que ocurrió la catástrofe del banquero, antes de que el rumor de su suicidio se esparciese por la ciudad, Roberto había salido para Rusia, encargado de una misión especial por el ministro de la Guerra.

Cinco meses después, es decir en el mes de julio, aun no había regresado.

Y sin embargo, estaba informado de todo lo que sucedia.

El general, en sus cartas, le había dado noticias exactas de todo lo ocurrido, y su mejor amigo, el barón de Tresmes, teniente de un regimiento de dragones, acuartelado en Nantes, le había tenido al corriente de las diferentes fases que presentó la liquidación de la casa Desgranges.

Cuál no sería su sorpresa cuando una mañana al salir de su casa, Roberto, uno de esos hermosos días de sol, tan raros en Rusia y por lo mismo tan apreciados, le entregó su portero la siguiente carta del teniente:

"Mi querido Roberto.

"Aunque tú no te has confiado á mí, creo que existe en tu corazón un sitio reservado para tus verdaderas afecciones.

"Además, guardas en ese sitio un nombre y un retrato.

"El nombre y el retrato pertenecen á Gabriela Desgranges.

"Tanto mejor si me equivoqué; pero, por desgracia, creo que mis sospechas son ciertas.

"Y digo tanto mejor, por la siguiente razón:

"Media docena de buenos amigos estábamos ayer de sobre mesa en casa del general [que, entre paréntesis, desde tu partida ha caído en una melancolía que está muy fuera de sus costumbres]; habíamos bebido un poco de todo, y cuando llegamos al champagne, el general se levanta, y haciendo como un ligero esfuerzo para decidirse, nos dijo:

"—Señores: os invito á que bebáis á la salud de la futura generala.

"Hubo un instante de sorpresa.

"Ninguno sabía una palabra de sus proyectos, y la noticia produjo el mismo efecto que el estallido de un petardo.

"—De modo, mi general—le dije yo,—¿qué iremos á la boda?

"—Lo dicho, queridos amigos—replicó;—yo no me vuelvo atrás. Nantes es una ciudad muy aburrida, y os confieso que desde cinco meses á esta parte me fastidio más que de ordinario. [¡Es decir, desde tu marcha! Sigues siendo el preferido!] Yo no sé si el matrimonio es una distracción de mérito; pero cuando uno se está ahogando y la tempestad obscurece el cielo, se agarra á un clavo ardiendo, si no ha podido encontrar ántes ningun puerto de salvación. Yo, escojo el que se me ofrece. ¡Lo sentiré, si me engaño!

"—¿Y vuestro puerto, mi general—dijo de Roys, más osado que los demás,—es una mujer bonita?

"—Muy bonita, al ménos para mis ojos.

"—¿Es indiscreto preguntar el nombre de la afortunada que pasa á ser señora de Branville?

"—¡De ningun modo!

"Dentro de ocho días me caso con la señorita Gabriela Desgranges.

"—¡A la salud de la generala! Gritamos á coro todos los convidados.

"No sé por qué este nombre me sobrecogió. No soy supersticioso, y sin embargo me pareció de mal agüero. En vez de alegrarme por la série de fiestas que en perspectiva veía, una tristeza profunda me embargaba.

"Bajo la aparente frialdad de tus expresiones, cuando me hablabas de esa joven tan be-

lla y bondadosa, me figuraba que envolvías un mundo de exaltados sentimientos; que bajo los abrojos que tú amontonabas á la entrada de su caverna, la serpiente del imperioso y ardiente amor que nos tacina y tiraniza, se ocultaba sin conseguir disimularme su presencia.

"Veía relucir sus ojos á través de las asechanzas de tus preguntas.

"Sentía el frío de su ondulosa piel bajo la indiferencia de tus períodos.

"Disimulado y tortuoso te veía llegar al fin de tus deseos.

"Tus cartas derramaban el perfume de los deseos violentos.

"Hace mucho tiempo que conocía el secreto de tus aspiraciones.

"Te juro que no ha habido necesidad de ser adivino.

"Esta es la razon, querido Roberto, por la cual la publicación de este matrimonio, que en otra ocasion me hubiera hecho sonreir, pues la habria acogido como fantasía de millonario sin ilusiones, me hizo pensar, dejándome una dolorosa vibración en la víscera donde se renueva mi sangre.

"Dime sinceramente la verdad, si crees que merezco tu confianza.

"Ahora, un consejo que seguramente no seguirás:

"Si efectivamente amas á la señorita Desgranges, no vengas á la boda.

"El tiempo y las hadas del Norte te consolarán.

"Las orillas del Neva no están desprovistas de caprichosas mujeres, blancas como la nieve, vaporosas como las visiones de las baladas escandinavas y dispuestas á hacerte olvidar, con sus encantos, las penetrantes gracias y los ojos de zafiro de una de sus hermanas emigrada en Normandía.

"Cuando sepa el día en que se verifica la ceremonia, te lo avisaré, á no ser que tú me obligues, que será lo mas acertado, á guardar un prudente y absoluto silencio sobre los detalles de la unión de una decrepitud próxima con una fresca y exhuberante juventud.

"Un apretón de manos de tu buen amigo

DE TRESMES.

"*P. S.* Estando escribiendo el sobre, recibo una invitación del general para el lúnes próximo. Es un matrimonio al vapor."

Esta carta causó profunda pena á Roberto. El mismo dia el portero le entregó otra carta. Era del general.

"Hijo mio:

"Creo de mi deber reparar una injusticia de la fortuna hácia una pobre y encantadora joven. Es posible que haya algun egoismo por mi parte; pero hay tambien un poco de bondad y de conmiseración.

"Después de la catástrofe de M. Desgranges, á quien yo profesaba una verdadera amistad, un sólo camino se habría para su desgraciada hija.

"De un carácter muy digno para decaer y someterse á los sufrimientos que el mundo le reservaba, una sola puerta se abría ante ella, la de un convento.

"Era la muerte prematura de una bellísima y adorable mujer.

"Yo lo he evitado, no sin saber que su consentimiento encierra un sacrificio.

"Desde ahora tendré dos afecciones en vez de una. La tuya y la de Gabriela. Deseo que seas para ella un hermano y un buen amigo y espero accederás á este ruego, por ser yo quien te lo hace.

"Te envío una autorizacion del ministro de la Guerra para tu regreso, concediéndote un mes de licencia.

"Ven lo más pronto que puedas. Tienes seis días de tiempo para preparar el viaje.

"Cuando pases por París haz preparar convenientemente el hotel para cuando lleguemos nosotros. Dá las ordenes necesarias á los tapiceros y cuida de que nada falte.

"Te adjunto un cheque de treinta mil francos, por si tienes necesidad de hacer algunas compras, y para el regalo que desees hacer á Gabriela.

"Si esta suma no es suficiente, mi banquero tiene orden de entregarte cuanto necesites.

"Yo no creo, querido Roberto, y dicho sea entre nosotros, que la raza de los de Branville se perpetúe con esta alianza *in extremis*, pero cuento contigo para que mas tarde me representes dignamente.

"¿No eres tú mi hijo adoptivo?

"Ven pronto á recibir el beso paternal de tu viejo amigo.

"El general de Branville."

Cuando el capitán terminó la lectura de esta carta, lágrimas de dolor y de despecho brotaron de sus ojos, ya inflamados por la fiebre.

La fuerza de su desgraciado amor la comprendió en aquel momento.

Se estremecía al pensar que Gabriela iba á pertenecer á otro.

La fiebre de los celos le quemaba la sangre.

Quería partir, marchar en seguida á Nantes, para arrojarse á los pies de Gabriela y suplicarla que renunciase, cuando aún era tiempo, á aquel odioso matrimonio.

Estaba persuadido de que sabría pintarla su amor con tal pasión y verdad, que Gabriela, subyugada por la elocuencia de sus palabras, accedería á sus ruegos.

Pero la deferencia que debía al general, la respetuosa gratitud, tan arraigada en su corazón, le impedían esta rivalidad, y estos dos sentimientos tan opuestos, el amor y el honor, sostenían en su atribulado espíritu un encarnizado combate, del cual indudablemente saldría victorioso el último, dado el carácter recto del capitán.

Incierto, temeroso de sí mismo, incapaz de tomar una resolución, no tenía más que un deseo, ver á Gabriela.

Sin reflexionar lo que hacía, é impulsado únicamente por su pasión, escribió á su amigo estas líneas.

"Me has comprendido.

"Guarda el secreto de mi desesperación.

"Hasta muy pronto."

Tres días después, Roberto estaba en París y encargaba á un tapicero el decorado del cuarto nupcial de la mujer que amaba.

—¿Por qué—pensaba el capitán al entrar en aquellas habitaciones—me obliga el cariño á guardar silencio? ¿Quién me dará el valor necesario para ocultar eternamente mi amor?

III

Desde la muerte de su padre y durante las incertidumbres de la liquidación de sus negocios, Gabriela había habitado el hotel donde pasó los más hermosos y felices años de su juventud.

Después de los primeros días del luto en que recibió gran número de visitas, una soledad triste, sombría, reinaba en el palacio.

Su desgracia alejó de ella á sus mejores amigas que juzgaban como un rasgo heróico de locura, la renuncia hecha por Gabriela de la importante fortuna de su madre, la cual estaba perfectamente garantizada, puesto que ninguno de los inmuebles que componían la fortuna patrimonial habían sido enagenados ó hipotecados.

La conducta de Gabriela fué muy admirada al principio, pero después, siguiendo una senda de indiferencia sensible, llegó hasta la envidia.

Así es, que no era estraño escuchar en los salones de Nantes, conversaciones como la siguiente, sostenidas por señoritas que en otro tiempo se decían amigas de Gabriela:

—¿Qué pensais de la coducta de la señorita Desgranges?

—¿No os parece que el orgullo entra por mucho en sus acciones?

—¿No ha sido un acto de vanidad por el cual se ha despojado con ostentación de lo que, después de todo, le era indispensable para vivir?

—Pienso como vos. La gloria es muy hermosa, pero no se come con ella; y ¿qué hará ahora?

—Nada sé. Dicen que toca el piano con gran maestría. Podría dedicarse á dar lecciones...

—A franco y medio por lección. ¡Un bonito oficio! Y después de todo, no es una gran cosa. Ejecución de aficionada, muy buena para hacer bailar una noche. No se conquista el título de profesora de música por saber tocar bien una polka.

—Se la buscará una colocación de institutriz; pero es tan orgullosa que no se sabe si aceptará.

—La profesión de institutriz exige sumo cuidado. No se es ni ama ni criada y, además, está llena de peligros. Los primitos, los maridos, los colegiales en vacaciones, todos se esconden en los quicios de las puertas para galantearlas; en fin, queridas, es una profesión insufrible. Y luego que la hermosa Gabriela es un constante peligro para la señora de la casa donde esté.

—Pues tendrá que decidirse por una ú otra

cosa, porque con su reputación de integridad y virtud no se vive, y hay que pensar en algo práctico.

—Tenéis mucha razon.

Ya no les faltaba más por añadir que había robado á los acreedores de su padre y que su desprendimiento era muy natural y justo, y que nadie más que ella debía saldar el déficit creado por sus prodigalidades y excesivo lujo.

¡Pobre Gabriela!

Después de una de estas conversaciones, que sin desplegar los labios había escuchado el general, fué cuando se propuso corregir las culpas de la fortuna y las injusticias de la opinión hacia aquella noble é interesante víctima.

Tal vez la belleza de Gabriela había deslizado al oido del general una suprema y decisiva solicitud. Sin darse cuenta, pensaba que la gratitud de la joven sería para él la mejor recompensa de su acción.

Difícilmente hubiera encontrado perla de mejores aguas que aquella para engastarla en sus millones; el carácter noble de la señorita Desgranges y las crueldades de sus amigas, fueron los primeros móviles de su determinación.

Gabriela soportaba con gran entereza las heridas hechas á su amor propio. Hacía frente á la adversidad con rostro sereno, y comprendía, bajo las perífrasis y precauciones de sus amigas, las maldades y alusiones, que ya ni se cuidaban de entreverar con esas frases triviales que se usan en las visitas de pésame.

La jóven continuaba impasible en medio de la tormenta. Se necesitaba acercarse demasiado á la encina para cerciorarse de que estaba aniquilada.

Una esperanza la sostenía.

En sus largas horas de soledad y melancolía, recordaba las misteriosas confidencias de Roberto y sus tiernas miradas, que equivalían á una declaración formal. Sus cariñosas palabras resplandecían y Gabriela las leía distintamente en la página, casi blanca, de sus recuerdos.

Roberto fué el único que logró cautivar el corazón de la señorita Desgranges.

Su viva imaginación le recordaba las dulces palabras murmuradas por el capitán al dar una vuelta de vals.

Guardaba constantemente, sobre su corazón, una tarjeta recibida de San Petersburgo, cuando ocurrió la catástrofe de su padre y en cuyo reverso se leía lo siguiente:

"*Sufro con vuestras penas tanto como vos. Confiad en mí.*"

De pensamientos elevados y desinteresados, nunca pensó, cuando el mundo veía en ella la heredera única de un padre diez veces millonario, que Roberto era un militar sin fortuna.

Vió en el gallardo oficial al hombre escogido por su corazón, figurándosele con la misma nobleza de carácter y con los mismos desinteresados sentimientos que se juzgaba ella misma.

Los días pasaban y tras los días las semanas.

De vez en cuando, recibía Gabriela alguna

palabra cariñosa, trasmitida por el general, pero el ausente no daba señales de vida.

No hubo consuelo para Gabriela. El correo fué mudo y el telégrafo silencioso.

Entonces pensaba que se había equivocado y que las dulces frases que había creído entender entre la *Ola* de Metra ó el *Danubio* de Strauss, eran ilusiones de su imaginación.

Cuando cesaron las visitas, el aislamiento fué mayor.

Gabriela tuvo entonces un gran desfallecimiento moral. La realidad, en su severa forma y brutal desnudez, se le apareció.

Estaba abandonada y reducida á sus propias fuerzas.

Iba á comenzar el combate, y los soldados se habían pasado al bando enemigo.

Un solo amigo fiel quedó de aquella traición universal: el general de Branville.

Casi todas las noches pasaba una hora en compañía de Gabriela, y la preguntaba con interés por lo que había hecho durante el día y acerca de su esperanza y de sus proyectos para el porvenir.

La amistad de este hermoso y honrado corazón le daba fuerzas. En su presencia cobraba nuevo valor, y siempre se esforzaba por ocultarle sus penas, que cada día iban en aumento.

Una noche, sin embargo, no pudo más.

Había recibido la visita de la marquesa de Santa Clara que la había, con gran desden, brindado protección.

Con una sola palabra la marquesa la había excluído de las mujeres que componen el mundo.

La exclusión era completa. La sociedad nante a la cerraba sus puertas.

Su majestad el dinero había triunfado.

Cuando llegó el general no pudo ocultarle su pena y á sus instancias le refirió, que la marquesa con una solemnidad glacial, la había dicho, que comentábase mucho su prolongada estancia en el hotel, que era necesario que tomase una resolución y que no la convenía vivir en medio de un lujo del cual ya debiera haberse despedido.

En efecto, el hotel Desgranges continuaba amueblado como en los días de su mayor esplendor.

Aquel lujoso mobiliario y la insignificante cantidad que había quedado á Gabriela, eran los únicos restos del naufragio, y la marquesa le aconsejó su pronta realización.

El consejo en sí no tenía nada de censurable, pero la buena señora había usado unas maneras tan despegadas y un aire tal de protección, que recordaba al célebre cirujano que con para de cocodrilo explica á sus discípulos, reunidos alrededor de la cama del paciente, lo que va á hacer para salvarle, diciendo:

—Vamos á practicar insiciones en los muslos, á aserrar los huesos; en una palabra á curar al enfermo.

La alteración de su rostro denotaba la exaltación de su ánimo, sus ojos brillaban y su seno se agitaba, impulsado por la cólera.

—Y ahora, mi querida niña—la peguntó el general,—¿qué partido pensáis tomar?

—El único que me resta y que me libra de las asechanzas de esas gentes. Dentro de algunos días, cuando haya realizado los escasos

bienes que me quedan, entraré en un convento. Creo que producirán más de cien mil francos; de modo que tengo más del dote exigido para entrar en las Ursulinas ó cualquier otro convento.

Después de esta confesión casi se mostró contenta.

—Tenía miedo, lo confieso—continuó Gabriela.—Me parecía que una vez cortados mis cabellos—y acariciaba con orgullo sus magníficas trenzas,—me hubiera muerto de pena. Es sin duda una tontería, pero el frío de las tijeras me produce la misma sensación que la que sentirá el condenado al caer sobre su cuello la cuchilla de la guillotina. Es una operación ridícula y me fastidia ponerme fea. Pero, ¡qué le hemos de hacer! el mundo no me quiere ya y no hay más remedio que conformarse.

El general se levantó, y acercándose á Gabriela, la dijo:

—Hija mia, si os ofreciese un medio de vivir y de volver todos sus desdenes á esas amigas que ayer os envidiaban, que hoy se alegran de vuestra desgracia y se complacen en haceros sufrir, ¿qué me contestariais?

Un temblor nervioso recorrió todo el cuerpo de Gabriela.

Habia adivinado, aunque vagamente, cuál era ese medio.

Sus hermosos ojos, inquietos como los de una corza perseguida por los cazadores, los fijó en los del general, cuyo rostro bondadoso y plácido no se inmutó.

Vió la agitación de Gabriela y procuró calmarla.

—Ya sé—continuó,—que voy á pediros un sacrificio mayor que el que os impone el convento, pero será menos duradero, y si accedéis, no creo que dure más de ocho ó diez años, dentro de los cuales seréis todavía muy jóven y podréis disfrutar entonces de una existencia, de la cual yo no os habré tomado más que una parte, la más hermosa, es verdad, pero en cambio procuraré aligeraros vuestra pena, no siendo exigente. ¿Me habéis comprendido?

—Sí, señor—contestó Gabriela, cuya agitación contrastaba con la calma del general.

La jóven inclinó su hermosa cabeza sobre el pecho y se cubrió el rostro con las manos.

Amargas lágrimas se desprendían de sus ojos y filtrándose entre sus dedos, caían cual lluvia de perlas, sobre su vestido.

Aquello no era el bello ideal que había soñado, pero el tono paternal del conde la impresionaba.

—¿Qué decidís, Gabriela?—preguntó el señor de Brauville.—Si vacilais, si queréis reflexionar, hacedlo. No os quiero poseer por sorpresa, sino por vuestra voluntad. Si aceptáis la mano leal que os tiendo, recordad que quiero ser para vos un padre á la vez que un marido. Un padre indulgente y cariñoso y un marido solícito y lleno de interés por vuestra dicha. De todos modos, cualquiera que sea vuestra resolución, estad tranquila respecto á vuestro porvenir, y os ruego que veais en mí, querida Gabriela, al mejor y al más fiel de vuestros amigos.

La jóven sonrió de la manera que deben ha-

cerlo los ángeles, y cogiendo una mano del conde, le dijo:

—General, ¿queréis aguardar mi contestación hasta mañana? No es mucho, pero deseo reflexionar algunas horas. Mañana os enviaré mi contestación. Ahora mismo os la podría dar; pero estoy tan impresionada por vuestro ofrecimiento, que mi consentimiento no sería libre.

Así, pues, hasta mañana.

Pasada la noche, y después de un combate en que su juventud se sublevaba contra aquella desproporcionada unión, escribió un billetito que hizo llevar al general.

El billete contenía estas palabras:

«Señor conde.

"Acepto con reconocimiento.

«Vuestra.

GABRIELA.»

IV

Algunos días después se celebró el matrimonio, sin ostentación ninguna á causa del reciente duelo de la señorita Desgranges.

No obstante, la ceremonia religiosa se vió muy concurrida, y á pesar de la propensión que siempre han tenido los nanteses de reirse de los matrimonios en que uno de los consortes triplica la edad al otro, ni uno solo mezcló con sus bromas los comentarios de otro género que se hacían de esta ceremonia.

El general de Branville gozaba del aprecio general y fué muy felicitado por haber tomado bajo su protección á la hermosa huérfana.

La gente joven, y todos los que conocían á Gabriela decían que el general estaba mas que recompensado por su acción, pues Gabriela era, sin duda de ningún género, la criatura más hermosa de la ciudad.

El general, digno, erguido, marcial sin fanfarronería, rodeado de sus amigos leales y de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cerlo los ángeles, y cogiendo una mano del conde, le dijo:

—General, ¿queréis aguardar mi contestación hasta mañana? No es mucho, pero deseo reflexionar algunas horas. Mañana os enviaré mi contestación. Ahora mismo os la podría dar; pero estoy tan impresionada por vuestro ofrecimiento, que mi consentimiento no sería libre.

Así, pues, hasta mañana.

Pasada la noche, y después de un combate en que su juventud se sublevaba contra aquella desproporcionada unión, escribió un billetito que hizo llevar al general.

El billete contenía estas palabras:

«Señor conde.

"Acepto con reconocimiento.

«Vuestra.

GABRIELA.»

IV

Algunos días después se celebró el matrimonio, sin ostentación ninguna á causa del reciente duelo de la señorita Desgranges.

No obstante, la ceremonia religiosa se vió muy concurrida, y á pesar de la propensión que siempre han tenido los nanteses de reirse de los matrimonios en que uno de los consortes triplica la edad al otro, ni uno solo mezcló con sus bromas los comentarios de otro género que se hacían de esta ceremonia.

El general de Branville gozaba del aprecio general y fué muy felicitado por haber tomado bajo su protección á la hermosa huérfana.

La gente joven, y todos los que conocían á Gabriela decían que el general estaba mas que recompensado por su acción, pues Gabriela era, sin duda de ningún género, la criatura más hermosa de la ciudad.

El general, digno, erguido, marcial sin fanfarronería, rodeado de sus amigos leales y de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus apuestos oficiales, era el blanco de todas las miradas.

Aparentaba lo que era. Nada más.

Su bondadoso y noble rostro expresaba un afectuoso respeto hacia su protegida, y más bien parecía que tomaba á la señorita Desgranges bajo su tutela que no por esposa.

Las antiguas amigas de Gabriela criticaban su matrimonio, por más que todas ellas se hubieran considerado muy halagadas si el general las hubiera escogido por compañeras.

La mirada penetrante y digna del conde de Branville parecía decirlas claramente:

—Vosotras habéis humillado á esta pobre niña, la habéis abrumado con vuestros desdenes y vuestros hipócritas ofrecimientos. Ya no tiene necesidad de vosotras. Yo la protejo. Cuando uno se titula conde de Branville y es además general de división y propietario de cuatro á cinco mil hectáreas de tierra, sin contar Traignac y sus bosques, se puede reir de las murmuraciones y marchar siempre con la cabeza erguida.

Durante la ceremonia, y á dos pasos de la desposada, se encontraba un joven capitán de Estado Mayor, inmóvil: no se atrevía á fijar sus miradas en la condesa, mientras que con sus brazos cruzados sobre el pecho trataba de contener los agitados latidos de su corazón y las sacudidas de su pecho semejantes á las de un volcán en erupción.

Nuestros lectores le habrán reconocido.

Era Roberto.

Había llegado la noche anterior y tenia necesidad de toda su energía para que las penas

que le devoraban no hicieran huella en su rostro.

Después de un opíparo almuerzo, en el que Sulpicio, el cocinero del general, se excedió, y al que asistieron los íntimos de la casa, los recién casados, acompañados de Roberto, salieron para París.

Durante el viaje, el desgraciado joven hizo esfuerzos sobrehumanos para aparentar una alegría que estaba muy lejos de sentir.

El general contemplaba con bondad aquellos dos séres que reunían en sí todo el cariño de su vida, y de los cuales había aceptado la tutela. Decíase que había realizado su dicha y se creía seguro de haberla completado.

Gabriela, turbada por la mirada de Roberto, con quien no había cambiado una sola palabra, iba callada y con los ojos bajos.

Era el mes de Octubre.

Los prados verdes, llenos de bueyes y otros animales de labranza; los campos, ya despojados de sus conchas; las viñas, convertidas en sarmientos y conservando alguna que otra hoja coloreada por los últimos rayos del sol canicular; los bosques, todo desfilaba á los ojos de los viajeros, como los soldados en una revista delante del jefe que les inspecciona.

Después todo queda envuelto en la semi-obscuridad de la noche, y el tren especial que conducía á nuestros viajeros llegó á París á las diez de la noche.

Un lando blasonado, tirado por dos magníficos caballos ingleses, á los que no hubiera encontrado una falta el más delicado *sportman*, condujo al general, á su mujer y á Roberto.

Al llegar al botel dijo el conde á su ahijado:

—Mi querido Roberto, quiero reservarte el placer de enseñar tú mismo á Gabriela tus trabajos. Ha sido él—añadió dirigiéndose á su mujer—el encargado de preparar vuestras habitaciones. El mozo tiene práctica y espera que sus trabajos sean de vuestro agrado.

El capitán sonrió tristemente y acompañó á la condesa á su cuarto.

Las paredes estaban cubiertas con tapices de Gobelinos, rodeados de un marco negro con filetes dorados.

Un solo retrato, el de la madre del conde, de dulce y melancólico rostro, y de expresión apasionadamente amorosa, hacía juego con la suntuosidad de la estancia.

Los colores de las tapicerías, artísticamente combinados, daban un aspecto encantador á aquellas habitaciones.

Los muebles eran muy valiosos y de gran mérito, y ninguno de ellos hacía despertar una idea de libertinaje.

Más que un tocador era un santuario.

Hubiérase dicho que el autor de esos trabajos quería recordar á la recién casada que era la mujer legítima del conde y no su querida.

En aquel centro de un mundo de severos recuerdos, debía vivir Gabriela, y cuando entró en la habitación su aspecto le pareció en harmonía con sus pensamientos, pues se volvió hacia Roberto dirigiéndole una mirada de agradecimiento, en la que se mezcló un rayo de pasión.

La mirada que cruzaron los jóvenes equivalía á una confesión.

Roberto, asustado de aquella muda confidencia, que consideraba como una traición á su bienhechor, se separó bruscamente de la condesa.

Iba á marcharse, cuando la voz de Gabriela le retuvo:

—No os marchéis—le dijo—sin que tengamos antes una explicación formal y precisa.

—Os suplico, Gabriela—contestó Roberto—que no me interroguéis y me dejéis partir.

—¿Y qué va á decir el general si bajáis solo? Esperadme—dijo Gabriela, poniendo su enguantada mano sobre el brazo del capitán.

—Es verdad, Gabriela, tenéis razón—murmuró Roberto á media voz,—vale más para nosotros que os confiese la verdad. Tengo confianza en vuestro honor y podéis fiaros en el mío. Además, mi confesión no será peligrosa, porque os dejaré muy pronto. Estoy desesperado por haber llegado tarde y no haber conocido antes vuestros proyectos.

—¿Para qué?—preguntó Gabriela, como si hubiera querido arrancarle uno á uno los secretos que no ignoraba.

—¿Tengo necesidad de ser más explícito? Me hubiera callado si no temiera que podríais atribuir mi silencio por vuestro cambio de fortuna. ¡No me juzguéis así! Mis cartas á de Tresmes atestiguan que mi más vehemente deseo era poder regresar y declararos mi pasión. Cuando supe vuestra resolución me quedé anonadado y me hirió mortalmente, como una bala de cañón en una batalla.

La sospecha de un cálculo interesado sería indigna de vos y de mí. Os amaba demasiado para que estas despreciables consideraciones

me hubieran impedido cumplir según me dictaba mi conciencia, y así, como soldado con fortuna, me hubiera casado con vos sin que me acusáseis de especulador interesado, del mismo modo, siendo vos pobre, os hubiera amado con igual pasion, muy dichoso de hacer vuestra felicidad asegurando la mía.

Pero ahora, ¡reposo, dicha, porvenir, todo lo he perdido!....

No tengo ni el recurso de aborrecer á quien os ha separado de mí

Sois la mujer de mi padre adoptivo, del hombre á quien debo todo lo que soy y por quien siento la más profunda veneración y el más sincero cariño.

Los pensamientos que os comunico, los deseos que me inspirais, la confesión que os he hecho, son doblemente más criminales y no me queda más que un recurso: partir, y mañana mismo me iré. ¡Adios, Gabriela!

Y cogiéndole una mano depositó en ella un rápido y ardiente beso.

Loco de dolor salió de la estancia.

Cuando desapareció, la joven mirò su mano, y una lágrima que en ella habia, la enjugó con sus labios.

Roberto al día siguiente se presentó muy temprano en el ministerio.

El subsecretario, con quien le unia intima amistad, le recibió con los brazos abiertos.

—Os agradeceré—le dijo—que me hagáis un servicio.

Con mil amores. ¿Es urgente?

—Muchísimo.

¿De qué se trata?

—Me vais á retirar mi permiso y darme una

30580

orden para que inmediatamente, en el primer tren, salga para San Petersburgo ò para el país que gustéis designarme, siempre que éste sea lejos, lo más lejos posible.

—No os comprendo—dijo el secretario, manifestando su extrañeza.

—Me esplicaré: Tengo una pena profundísima, y deseo que el general no se entere; si me quedo aquí no tendré suficiente valor para disimular, y si me marchó sin esplicación alguna, se enfadaría. Por eso una orden superior lo arregla todo y, aparentemente, yo no hago otra cosa que obedecer esa orden, sin necesidad de darle esplicaciones.

—Estais en lo justo.

Cinco minutos después, Roberto se encontraba en el despacho del ministro, quien sonriendo le firmó la orden de partida, fechada el día anterior, segun le rogó el capitan, y, entregándosela, le dijo;

—Se trata de penas del corazon, ¿no es cierto?....

—Si, señor ministro.

—A vuestra edad y con la posición que ocupais, no se conocen otras.

—Señor ministro: ¿Quereis aumentar el precio del favor que acabais de hacerme?

—¿Cómo?

—Prometiéndome el secreto de mi petición.

—¿Con todos?

—Con todos.

—¿Hasta con Branville?

—Sobre todo con el general.

El ministro reflexionó un instante. El general era su amigo. Acababa de casarse. El ayudante se alejaba bruscamente el mismo dia de

30580

su desposorio. Tal vez adivinara la causa del viaje de Roberto, pero no lo dió á entender.

—Os lo prometo—le contestó.

Cuando á eso de las diez bajó el general á sus caballerizas para dar una vuelta á caballo, antes de almorzar, su ayuda de cámara, Jacobo Jarin, un antiguo soldado que guardaba á su amo una fidelidad mayor que la de un perro de Terranova, le entregó la siguiente carta de Roberto:

"Mi querido general:

"No he querido turbar vuestra felicidad anunciándoos la cesación de mi permiso y la orden de volver inmediatamente á mi puesto.

"Esta orden, que no sé á que motivo obedece, me ha sido trasmitida ayer del ministerio.

"Espero, sin embargo, poder estar pronto de vuelta.

"Os envío mi más cariñoso abrazo.

"Haced presente mis recuerdos á la condesa.

"Vuestro reconocido.

"ROBERTO."

—¡Jacobo!—dijo el conde.—¿Has visto al capitán?

—Sí, mi general.

—¿A qué hora se marchó?

—A las nueve mi general.

—¿Y por qué no ha entrado á despedirse de mí?

—¡Diablo, mi general.... yo no sé,—dijo Jacobo.—Como vuestro cuarto estaba cerrado, habrá temido despertaros.

—Está bien.

Y el conde entró en su casa, triste y descontento.

El comedor del hotel de Branville, es uno de los más agradables del mundo. Está todo artesonado de encina artísticamente tallada y en sus paredes se ven preciosos tapices de Oudry.

Cuando entró para almorzar y vió de pie ante la chimenea, donde ardía un magnífico fuego, la hermosa figura de la condesa, su mal humor se disipó.

—¿Dónde está vuestro protegido?—le preguntó Gabriela.

—No me hableis, querida mía. Estoy muy contrariado. Ha recibido una orden del ministro y ha tenido que marcharse precipitadamente.

—¿A dónde?

—A Rusia.

—¿Tan pronto? Yo creí que se quedaría algunos días con nosotros.

—Yo tambien, y estaba muy contento, pero esa malhadada orden lo ha desbaratado todo. Figúrate que no se ha despedido de nosotros por temor de afligirnos. Ese muchacho tiene un corazón de oro.

Pero estoy tan turbado que, me olvido hasta el punto de tutearte. Un viejo como yo no respeta nada.—Dijo el general besando á su mujer, que se sonrojó.

—¡Pobre Roberto!—pensó Gabriela.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

Pasaron cinco meses.

El conde, dedicado enteramente á su mujer, imaginaba mil proyectos para distraerla, y como su reciente luto la impedia mostrarse en los salones, la llevò á Italia.

Milan, Viena, Florencia, Nápoles, Venecia, Roma, todas las grandiosas ciudades de ese país tan rico de recuerdos y lleno de bellezas, les acogieron y les guarecieron algunos dias.

Sin embargo, parecía que la condesa, inquieta y turbada, buscaba en un cambio contínuo el olvido de un importuno pensamiento.

No se encontraba bien en ninguna parte, y apenas se había instalado en un palacio, para ella alquilado y preparado para recibirla, ya solicitaba como un favor de su marido, que la llevara á otra parte.

El general acudía con bondad inalterable á todos sus caprichos.

Por fin en Sorrento decubrió una villa al borde del mar, que, durante algunos dias al

menos, fué objeto de una fantasía más duradera.

Gabriela vivió dos meses allí en compañía del general, que se encontraba bien en todas partes siempre que su mujer estuviera á su lado.

Aquellos dos meses de reposo y bienestar pasados al lado de su mujer, le recompensaron de las duras concesiones que, dada su edad, tuvo que hacer en sus antiguas costumbres.

El conde adoraba á su mujer y ella supo por sus inocentes coqueterías y por su deseo de agradarle, exaltar su amor hasta la locura.

No vivia más que para Gabriela. Por ella lo olvidaba todo, menos á Roberto. Las cartas del joven capitan derramaban en su corazon una dicha comparable únicamente con la que Gabriela le proporcionaba en aquella aislada casita, que jamás, por su gusto, hubiera abandonado.

Una sola palabra de la condesa hizo cambiar sus ideas completamente.

Gabriela le manifestó de pronto deseos de volver á Paris, y el general se persuadió sin trabajo ninguno de que su mujer tenía razon.

—Yo no sé—decía—donde tenía la cabeza para decir que me encontraba bien en este monòtono rincon.

Tonto de mí, me imaginaba que su clima era la causa de que estuviéramos tan bien, mientras que su único aliciente eras tú quien se lo daba.

Sí, aún en Italia, frente á las límpidas aguas del Mediterráneo el invierno será siempre el invierno, además de ser mucho más difícil combatirle que en Paris.

Allí, instalados en el hotel de los Campos Elíseos, cerca del fuego de una magnífica chimenea, en el fondo de una habitación perfectamente acondicionada, no se sienten ni el vendabal, ni las lluvias torrenciales.

Un buen gaban de pieles, un cupé cõmodo y caldeado, un palco rodeado de otros palcos deslumbradores de pedrería y de luz, el aire perfumado de los salones aristocráticos, son magníficos alicientes para burlarse del invierno y de su manto de nieve. Pero aquí, en Sorrento, siempre el mismo horizonte, el mismo mar, la misma playa y el mismo jardin sin flores y sin hojas.

Tan pronto se dice como ya se ha vistó todo, y, verdaderamente, no sé cõmo nos hemos detenido aquí tanto tiempo.

Teneis razon. Nos marcharemos.

—¡Qué bueno sois!—dijo Gabriela dirigiéndole una mirada de agradecimiento á la par que sonreia dulcemente.

—¿Bueno? No. Te amo, y eso es todo. Yo quiero lo que tú deseas y me gusta lo que te place.

Lo mismo me importa estar en Serrento que otra parte, con tal que te tenga cerca de mi.

Debiera haber comprendido que tú no puedes vivir contenta lejos de la sociedad, que te espera, y donde pronto brillarás entre todas las mujeres.

Si has fingido estar resignada, ha sido un favor que nunca sabré pagar en todo su valor.

Sentía crecer tu tristeza, y no me perdonaré nunca haberte guardado tanto tiempo para mi sólo, como vil egoista que soy.

Hubiera debido pensar más pronto en esta

marcha, pero no importa, ya recobraremos el tiempo perdido.

Dejemos esta casa vulgar, volvámos á reunirnos con nuestros amigos, con nuestro hotel, con nuestros muebles, y con la poltrona donde mi pobre abuela se ha sentado ántes que nosotros.

Consoláos, condesa, ya terminó vuestra reclusión. Voy á disponerlo todo y dentro de veinticuatro horas estaremos lejos de aqui.

El general saliò frotándose las manos y gozando de antemano de los placeres que podria ofrecer á su joven esposa cuando estuvieran de vuelta en Paris.

Pero si Gabriela disimulaba á su marido sus accesos de melancolía, no podía, en cambio, ocultarle enteramente aquel tinte de profunda tristeza reflejado en su rostro como una niebla de otoño se refleja en el verdor de los campos.

Cuando el general le preguntaba la causa de esta melancolia, siempre la atribuia Gabriela á los acontecimientos que tan violentamente habían turbado su existencia.

El anciano aceptaba esta explicaciòn como muy natural, y esperaba del porvenir el remedio para esta tristeza, que únicamente el tiempo podria mitigar.

La condesa estaba encargada de la correspondencia con Roberto.

Sus cartas comenzaban invariablemente con esta frase.

"—Mi marido me encarga que os diga...."

Jamás le hablaba de ella, ni de sus impresiones, ni de su salud, ni de nada, en fin, que la concerniese.

Por su parte el capitán se mantenía tan reservado, que casi tocaba los límites de la indiferencia. Contestaba directamente al general y añadía algunas palabras afectuosas para la condesa.

A la mañana siguiente M. de Branville entró radiante de alegría en el cuarto de Gabriela.

La condesa acababa de levantarse.

Sus abundantes cabellos obscuros con reflejos de oro rojo, se extendían sobre su cuello, perfecto é inimitable é inundaban sus blancas y deslumbradoras espaldas.

Al entrar el anciano, Gabriela dió un pequeño grito y con un gesto rápido se puso el peinador de terciopelo obscuro caído á sus pies.

—¿Te he sorprendido, querida mía?—dijo el general;—perdóname en cambio de la buena noticia que te traigo.

—¿Y qué noticia es esa?

—Que nos encontraremos en Paris con Roberto.

Ya está todo preparado. Ponte un vestido de viaje y dentro de dos horas nos despediremos de este horrible país, que usurpa su reputación de esta patria de guijarros y de olivos enclenques, de este paraíso de rosas, donde los rosales brillan por su ausencia.

Tomaremos el primer tren y marcharemos á Paris, que jamás me ha parecido tan lleno de atractivos como hoy. Allí, visitaremos á nuestros amigos, les invitaremos á nuestra casa y les daremos reuniones y fiestas, y ellos nos invitarán á su vez.

Ya olvidadas nuestras pasadas penas, cambiaremos totalmente nuestro género de vida por otro más nuevo. Quiero rejuvenecerme y

llevarte á todas partes para que figures como debes en los salones, aunque no sea más que para halagar mis vanidades de sexagenario.

Y cambiando su tono familiar por otro pretencioso, añadió sonriéndose:

—Señora condesa, estoy preparando vuestra presentación oficial en el gran mundo, donde espero me acompañareis lo mismo que á los teatros, á los conciertos, á las carreras, y en fin á un *mare magnum* de diversiones y de suntuosidades. Por vos me he vuelto elegante, alegre, pródigo y mundano. Al principio me costará trabajo tal vez, pero después ya me iré acostumbrando.

El general estaba radiante de alegría.

—Verdaderamente—añadió,—es un paisaje muy raro este apartado rincon de Italia, muy apropósito para escribir romances y sorprender la buena fé de los viajeros.

¡Ya estoy yo cansado de árido desierto y de esta falsa primavera siempre cubierta de nieves y escarchas.

—¡Ah!—añadió con acento burlon.—Esta comarca es muy rica, con sus magníficos pinares, llenos de rocas, esos tremendos pescadores llenos de andrajos y esos *pifferari* harapientos que despiden un olor á cieno que no hay quien se les aproxime á cien pasos

No sé dónde diablos tenía la cabeza cuando proyecté semejante excursión.

Por tanto—dijo sentándose al lado de Gabriela y cogiéndola una mano—no puedo yo quejarme de voluntaria expatriación en estos ruinosos sitios, pués en ellos dejo los más hermosos y preciados recuerdos de mi vida. Yo era dichoso, no me faltaba nada y disfrutaba

de todos los placeres de la tierra. ¡Egoista! El viento, la marea, las gaviotas revoloteando sobre las olas, me eran indiferentes. Estando á tu lado, la Siberia me hubiera parecido un paraiso. Pero ¿quién sufria de esta reclusion y no se quejaba? Gabriela, mi querida Gabriela. ¿Y quién representaba el cargo inícuo de verdugo de la Edad Media? ¡El señor de Branville, aquí presente! Sí, vos callabais por delicadeza, sin dejar de pensar en las fiestas de Paris y en los triunfos que aquellas diversiones brindan á las mujeres jóvenes y hermosas.

Y el pobre viejo acariciaba la mano de su esposa, á quien mimaba como una nodriza á su niño.

—Pues bien—añadió—me arrepiento, me acuso y me doy golpes de pecho. Mis ojos se han abierto, y veo. Me he convertido. Castigame; tú mandas y ordenas. La vida es corta ¡qué diablo! aprovechémonos. Pídeme lo que quieras, la cantidad mayor que de mi fortuna se pueda disponer, y gástala á tu antojo. ¿Quieres carruajes? Cómpralos. ¿Quieres alhajas, diamantes, zafiros, turquesas, esmeraldas? Compraremos los mejores que haya en las tiendas de la calle de la Paz. Cometeremos locuras sin cuento. Bien puedo ser ahora un poco extravagante, ¿No he sido toda mi vida un santo, ó poco menos? ¿Y no es ya tiempo de que mi juventud se pase?

La condesa inclinó su hermosa cabeza sobre el hombro de su marido.

—Muy contento estais hoy—le dijo.

—En verdad que sí.

—Ya sé la causa. Es que vais á ver á Roberto.

—Eso mismo.

—Le quereis mucho ¿no es cierto?

—Mucho, sí. Pero no tienes celos...¿verdad?

—No.

—¿No es él mi hijo como tú? ¿No es el único cariño que he tenido en toda mi vida?.... Y además, ¡es tan bueno, tan leal, tan sincero!... Es mejor que yo, cuando tenia su edad; digno sin reproche, valiente como su espada y de corazón tan noble como los gentiles-hombres de la Edad Media.

Tú eres para mí la rosa de mayo que perfuma mi vejez; mi orgullo, la alegría de mis ojos, la hada de la juventud y del amor.

En nada se relacionan estos dos cariños. El que profeso á Roberto no es de la misma madera que el que á ti te tengo. Tú no le conoces todavia, ó le conoces mal. Y te digo esto porque he notado que os tratais con alguna frialdad, pero estoy tranquilo para el porvenir. Tú le estimarás cuando comprendas lo que vale. Yo le he estudiado, le he visto pequeñito, he seguido dia por día su robusta naturaleza, y le conozco tan bien que contaría los latidos de su corazón á través de la distancia que nos separa.

Vosotros sois los dos séres más nobles que he encontrado en mi vida. Tú, por tu desinterés, tus elevados sentimientos y tu incomparable belleza. El, por su valor á toda prueba, su pasion por el estudio, su dulzura, su fuerza y su digna lealtad.

Hé aquí por qué sois mis dos amores.

La condesa habia inclinado su cabeza sobre el pecho, y como no contestase, le preguntó

dulcemente el general, después de un minuto de silencio.

—¿En qué piensas?

—En lo que me habeis dicho, y en otra cosa; pero temo pareceros demasiado fantástica.

—¿Por qué?

—Porque voy á cambiar todos vuestros proyectos, si todavía os hago una súplica.

—Puedes decir una orden de servicio, Díme lo que deseas.

—Puesto que estamos en Italia, ¿por qué no nos quedamos hasta Semana Santa ya que está tan próxima? Si nó, tendremos que volver, y son tan hermosas esas magníficas ceremonias, que se puede decir que no se ha visto Roma si no se ha asistido á ellas.

—Sí—dijo el general.—Son tan hermosas como Sorrento, aburridas como Florencia, y tristes como Venecia. ¿Teneis mucho empeño en que vayamos á Roma?

—Mucho.

—Entonces iremos. Pero es lástima que no se pueda adelantar la Páscua un mes, para que terminásemos en seguida, pues tenía prisa de regresar á Paris para informarme de un asunto que me intriga y preocupa.

—¡Ah! ¿Con que tambien sois curioso?

—Como una mujer.

—¿Y qué es lo que quereis saber?

—Lo que tú tambien conocerás cuando estemos en Paris. Pero... puesto que lo has de saber más pronto ó más tarde, es mejor que te lo diga yo ahora. Se trata de Roberto.

—Me lo figuraba.

—Ese seductor—no te ofenda la palabra, es la que conviene á la situación—ese Lovelace, se ha enamorado, pero enamorado con escándalo, publicidad y otra infinidad de circunstancias agravantes, de cierta princesa Ivanowska —el nombre indica claramente donde han pasado los hechos—que es una de las más irresistibles zalameras que ha producido la Rusia. Estos detalles me los ha dado el embajador, antiguo camarada mio. Ahora bien, esta princesa Constanza Ivanowska, segun me indica una carta recibida últimamente, ha salido de San Petersburgo siguiendo á Roberto, ha llegado á Paris al mismo tiempo que él, y se ha instalado suntuosamente en un hotel de que es propietaria y situado á pocos pasos del nuestro.

A decir verdad, no veo ningun inconveniente grave en esta aventura; pero no quisiera que las cosas degenerasen en escándalo. Por eso deseo vivamente vigilar de cerca á mi inflamable capitán.

Vamos, pues, á Roma, y rogaremos al Papa que se de prisa y acelere un poco sus bendiciones.

—¡Oh!—dijo Gabriela con indiferencia, que un fisonomista hubiera juzgado falta de sinceridad;—puesto que teneis deseos de ir á Paris, volvamos lo más pronto posible. No tengo tanto interés en ir á Roma como os decia; únicamente quería poner á prueba vuestra condescendencia; dejemos, pues, la Semana Santa para el año próximo ó para las kalendas griegas.

El conde dió las últimas disposiciones para el viaje, y en un momento los ayudas de cámara y las doncellas terminaron los preparativos.

Los equipajes hechos fueron colocados en un camion tirado por mulas, que los llevaron á la estacion.

La marcha encantaba á aquel pequeño mundo de satélites.

Paris es el bello ideal de los criados.

—¡Que alegría, señora regresar á Paris!—decia Rosa, doncella predilecta de la condesa, encantadora bretona, de cutis fino y delicado, sonrosadas mejillas, preciosa boca y ojos vivos como carbunclos, que había sido educada en el hotel Desgranges, al lado de Gabriela.

Por fin, la señora tendrá buenas habitaciones, y no estos horribles y destartalados cuartos de posada. ¡Qué necesidad hay, vamos á ver, de recorrer paises para visitar unas antigiiallas semejantes? No hay ni una casa nueva en toda la ciudad. Los albañiles no prosperarán mucho en este país. ¡Lo mismo que Venecia! No me estraña que la señora se aburriese. ¡Con agua por todas las calles! A mi me gustan más las aceras. Por lo menos se tienen las botas secas, cuando no llueve y no hay necesidad de barquero.

Qué ideas más raras. Escoger un pantano para edificar una ciudad. A nosotros nunca se nos ocurriría semejante cosa. Esa ciudad no es buena más que para los médicos porque aquellas humedades deben ocasionar muchas enfermedades. Y sobre todo la gente que se ahogará. Hay un canal que llaman Otrano ó Anfiano, donde está el cementerio y que se le debía nombrar el cementerio de los pies húmedos. No concibo cómo hay quien le guste estar allí dentro. Y, sin gana ninguna de estar en él, me gusta más el de mi pueblo, cerca de la iglesia de Tregenec, con junquillos y violetas en primavera y con margaritas todo el verano.

Esta nueva apreciación de las poéticas bellezas de Venecia, hizo sonreir á Gabriela.

Algunos minutos más tarde nuestros viajeros, instalados en un vagon napolitano, emprendían el viaje á Paris.

—

Una seca y fría mañana de los últimos días de febrero, el general dormía profundamente en su cuarto, y Gabriela, sòla en el suyo, apoyada la cabeza sobre sus afilados dedos, en medio de los encajes de su almohadon, se decia:

—Quisiera conocer á esa princesa que me ha robado el corazòn de Roberto. Su voz, su emocion, el temblor de su mano, todo me indicaba, cuando se despidiò de mí que me amaba y que su amor sería duradero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

Cuando los condes llegaron á Paris, Roberto les estaba esperando en la estación. Después les acompañó al hotel, donde tambien habitaba y les dejó solos para que descansaran, pues buena falta les hacia.

Al día siguiente la condesa se levantó muy temprano. Estaba más hermosa que nunca, llena de salud, y muy contenta de encontrarse en Paris.

Gabriela no se atrevía á interrogarse á si misma las causas de su alegría.

Había sufrido una transformación completa. La espresión de tristeza de su rostro, generalmente pálido, se había trocado en alegría. Sus ojos brillaban como dos estrellas en noche de verano.

Hasta aquel día, Gabriela no se había mostrado, tal cual era, es decir, soberanamente hermosa, y daba con su juventud, su alegría, y su arrogante figura, nuevo carácter y nuevo color, al hasta entonces triste y severo hotel del general.

El conde de Branville, había madrugado más que su esposa y pasaba revista á sus caballerizas donde guardaba diez magníficos caballos, preciosos animales de pura sangre, de inteligentes y finas cabezas, que parecía se daban aires de importancia al verse en aquellas magníficas caballerizas, embaldosadas de blaco marmol.

El ruido de las cadenas de acero los relinchos de aquellos nobles animales, compañeros de batallas ó de diversiones, sus alegres pisoteos, sumian al general en una alegria sin límites.

Unicamente el vivísimo amor que el conde tenia por su esposa y el irresistible atractivo de toda nueva pasión, había logrado que se separara y hasta casi llegara á olvidar sus favoritos palceres.

Cuando sintió en el vestíbulo las notas claras de la voz de Gabriela, y la vió aparecer llena de alegría vestida de amazona, sosteniendo con el brazo la amplia cola de su vestido gris, enguantada, con diminuto sombrero rodeado de tul, que hacia resaltar la belleza de su esposa, se quedó deslumbrado.

Iba á hablarla y manifestarla su extrañeza por aquella transformación; pero Gabriela, adelantándose á los deseos del general, le puso su diminuta mano en la boca y le dijo con voz crriñosa;

—Querido conde, he querido prepararos esta sorpresa. Me habeis infiltrado algo de vuestra alegría, y quiero gozar y divertirme al mismo tiempo que haceros la vida dulce y

agradable. Este es el único medio que está á mi alcance para recompensaros por vuestras infinitas bondades. Me sublevo contra el pasado, contra los recuerdos tristes y contra las penas, y si en un lado de mi corazón las he otorgado un pequeño sitio, no por eso os haré tomar parte en mis aflicciones, que desde hoy os prometo trataré de olvidar. Para comenzar, y para abrir el apetito, vamos á dar los dos un paseo á caballo. ¡Que ensillen á Kate! Supongo que me prestareis por un momento vuestra yegua favorita.

El conde estaba contentísimo. La alegria brillaba en sus ojos y se extendia, como un foco de luz eléctrica, por todo su rostro.

—¿Prestarte la yegua por un momento? No. Te la regalo—dijo el general. No puedes comprender el placer que me proporcionas. Voy á estar orgulloso de mi Gabriela; voy á pasearme con ella ante los envidiosos parisienses y podré decirles al pasar junto á ellos. Miradla bien, es mia, inclinaos ante su belleza.

Y el general abrazó con pasión á su mujer.

Gabriela se dejó abrazar con esa gracia tan peculiar en las mujeres que quieren seducir y saben que es suficiente conceder un lijero favor para hacerse adorar.

Jamás el conde había visto á su mujer tan contenta. La alegria que este cambio le producia era inmensa y se desplegaba sobre su corazón como una amapola en un campo de trigo.

—¡Vamos, Sebastian! ¡John! ¡Daos prisa! ¡Qué ensillen! Kate para la señora y Vaillan para mí! ¡Pronto!

El general era muy querido de todos sus servidores.

La alegría de la condesa se comunicó á aquellos leales criados, como enciende un cohete el árbol principal de una función pirotécnica.

Toda la casa sufrió el influjo tomando un carácter alegre y placentero.

Las doncellas comentaban el suceso hablando más que cotorras, y desde las ventanas del patio contemplaban á Gabriela, que por la primera vez desde su matrimonio, montaba á caballo y lanzaba al viento las sonoras notas de su bonita voz.

La mañana estaba hermosa. Un hermoso sol de marzo lucia con explendor al cual no están acostumbrados los parisienses.

La fina arena de las avenidas del bosque, todavía húmeda por la brisa de la mañana, hacía agradable el trote de los caballos por aquellos pasajes, amenizados por las templadas brisas que anuncian la vuelta de la primavera.

En los campos Elíseos, en la Avenida y en el Bosque, se veían algunos de esos elegantes de la aristocracia que van, al levantarse, á respirar la brisa de la mañana y contemplar las gotas de rocío, que cual finas perlas, fija la escarcha en las hojas de las gramíneas.

Elegantes amazonas, cuyo velo flotaba á impulsos del viento, galopaban rodeadas de solícitos ginetes.

Aquí ó acullá, un grupo de desocupados que se saludan.

A esta hora matinal casi todos los concurrentes se conocen, como los que asisten á todos los estrenos.

El general se encontraba entre personas de mundo, y vió satisfecho su orgullo al ver la acogida que sus amigos hicieron á su esposa.

Los rayos del sol de aquella hermosa mañana le devolvían el ardor de la juventud.

Los hermosos ojos de su esposa estaban llenos de animación y de vida.

Nunca Gabriela había estado tan amable.

Había recibido las caricias y halagos de su esposo, pero nunca se había adelantado á ellas.

Entonces el general podía creer que él era el amante deseado.

Los caballos caminaban al paso y alargaban el cuello y juntaban sus inteligentes cabezas, como si estuvieran poseídos de las mismas impresiones que sus dueños.

Los paseantes que no los conocían, se preguntaban con curiosidad quién era aquella jóven, que, más bien que la esposa, parecía la hija del general.

Su nombre no tardó en circular de boca en boca.

Desde aquella primera excursión adquirió Gabriela cierta notoriedad y fué aclamada como una de las estrellas que más habían de brillar en el firmamento de los salones de Paris.

Después de haber pronunciado con indiferencia algunas palabras para desorientar la atención del general, Gabriela, con algun temblor, puso el pie en la tierra prometida, hacia la cual se dirigía por veredas extraviadas.

—¿No os parece—preguntó al conde—que Roberto ha cambiado mucho?

—¿Qué quereis decir?

—Cuando después de nuestro matrimonio marchó á Rusia, estaba taciturno, preocupado, casi sombrío, como quien sufre una decepción. Las cartas que os escribía estaban llenas de tristeza, y ahora le teneis que se ha vuelto tan atolondrado como una mariposa, tan alegre, como ántes era reflexivo, y tan expansivo, como ántes taciturno.

Baja las escaleras como un loco haciendo vocalizaciones de barítono de opereta. Es una metamórfosis que no me explico y por la cual os felicito.

—Es muy natural. En su primer viaje debía estar enamorado de esa princesa de "Las mil y una noches," de esa figura de nieve que viene á derretirse á la luz de las arañas parisienses.

Estaba contrariado por verse separado de su adorado tormento. Tengo mil sospechas para creer que no fué ajena á su precipitada marcha y aquella orden tan apremiante no debió ser más que un pretexto para reunirse con la princesa. Hoy, todo ha cambiado. Está en Paris, con nosotros, y no le falta nada, porque su extranjera se ha tomado la pena de seguirle.

Tiene todas las alegrías á un tiempo y por eso su felicidad estalla como el fuego de las guerrillas.

—¿Y qué clase de mujer es esa princesa?

—No la conozco más que de oidas y por descripción. Todos—los que la conocen—están acordes en declarar que es más que bella. Rubia como la aurora, blanca como el cold-cream. Un efecto de luna polar y de palideces hiperbóreas Su título es auténtico; está aliada con

las más poderosas familias rusas; su fortuna es de rajah. Detalle digno de mención: gran destreza para tirar los rublos por la ventana.

—No deja de tener su encanto el retrato. Ahora me explico perfectamente la satisfacción de Roberto. Decidme, ¿la princesa ha estado casada?

—Sí.

—¿Y es viuda de?....

—De un consejero íntimo del Czar, muy conocido en París, donde ocupó un puesto diplomático. Ahí tenéis, querida mia, todo lo que sé. y ya estáis tan bien informada como yo.

Habéis olvidado un detalle muy interesante.

—¿Cuál?

—Su edad.

—¡Ah, diablo! es verdad, ¿pero acaso las mujeres hermosas tienen edad? Cuando pasan de veintiocho ya no se las pregunta, y si hay algún indiscreto que lo pregunta es en vano. Preguntadle á Roberto, que él sabrá más que yo sobre ese particular.

La mujer tiene la edad de sus sonrisas, de su talle, de su rostro y de su corazón, cuando le queda algún resto.

En aquel momento llegaba Roberto acompañado de dos de sus mejores amigos.

El uno, de Tresmes, á quien ya conocemos, sólido normando de veintiocho años, moreno como un montenegrino bronceado por el ardiente sol de Africa, de cara simpática y alegre.

Era el otro el vizconde Palamide de Saint-Remy, calavera de buen género, amante de aventuras, *sportman* distinguido y jugador de whist, reunia, en una palabra, todos los talentos de nuestros aristócratas. Guardaba bajo apariencias de frivolidad un talento calculador y una moderación matemática en los placeres.

Mezclaba los negocios con los placeres. Comprabа valores en un baile, reemplazaba la belleza por el talento y trataba de ocultar las aparentes locuras de su disipación en el orden de sus habitaciones.

Seguro de sus relaciones, evitaba las de personajes viciados y de comprometedoras mujeres. Hombre de buena sociedad, bien acogido en todos los salones y no teniendo en su pasivo ningún escándalo, ni una distracción, ni nada que ver con los usureros. Pocos amigos, muchos camaradas é infinidad de conocidos.

Señas personales: cabello rojo, muy abundante; barba del mismo color, recortada á la inglesa; ojos verdes y brillantes como esmeraldas, tez blanca, nariz puntiaguda, labios delgados, hermosos dientes y finas manos.

Estatura mediana

Edad, treinta años. La edad de la fuerza y del discernimiento y aristocrático porte.

Señas particulares: un monóculo en permanencia sobre el ojo izquierdo y mucho descaro para descubrir á través de este anexo á las señoritas casaderas y no exsentas de dote.

Poseía ochenta mil libras de renta sólidamente garantizadas y fielmente administradas por uno de los mejores notarios de París.

Caja con secreto é incombustibles y todas sus cuentas al corriente.

Era un hombre formal con apariencias de calavera, y á quien podría aplicarse el siguiente lema:

¡Perenius acre!

El capitán montaba una magnífica yegua alazana que le había regalado el general, y el vizconde un soberbio *pur sang*.

De Tresmes se había momentáneamente separado de sus amigos por seguir á una amazona que había encontrado y de cuya identidad quería asegurarse.

El por qué de cómo los caballos que montaban el general y el vizconde se pusieron á fraternizar como si fueran antiguos compañeros, y de cómo Kate, relinchando alegremente, se colocó al lado de la montura del capitán, es lo que no sabríamos explicar, porque existen atracciones invisibles, potencias indefinibles como la del imán, y sin duda un fluido magnético que pone en contacto á ciertos séres y les pone en comunicación sin que ellos mismos lo noten.

Al cabo de algunos instantes, Roberto y la condesa llevaban una delantera de cincuenta metros al general y á Palamide.

Desde su vuelta á París rara vez se habían dirigido la palabra.

Gabriela fué la primera en romper el fuego.

—Permitidme que os felicite. Habéis regresado completamente cambiado. Cuando os marchásteis estábais preocupado y teníais un aire tan melancólico que os hacía muy interesante, pero ya veo que estáis mejor y me gusta más vuestra alegría de hoy que vuestra desesperación de ayer.

. Y vos, Gabriela?

—Yo siempre la misma. Los aires de Italia me han sido tan favorables como á vos los hielos del Neva, por lo cual me felicito. ¡Ah! ¡Es

una tontería apenarse cuando es tan fácil ser dichoso!

—¡Es verdad!

—Yo también he sufrido. ¿Verdad que era una tonta y que estaba muy mal inspirada? Mi situación es mejor que la que yo podía esperar. Y esto me lo dije después de reflexionar y de ver que existen muchas personas que valen mucho más que yo y que no tienen tanta suerte.

—Sois muy modesta.

No. Sé lo que valgo, y nada más. Figuraos —añadió con malicia—lo que había resuelto. Era como un voto. Me propuse envolverme en el sudario de la reclusión, revestirme del cilicio de los desengaños, cubrirme la cabeza con las cenizas de la amargura, apartarme de la sociedad y vivir retirada como en la celda de un monasterio, renunciar al mundo, á sus pompas y á sus obras, para consagrarme, por más que fueran efímeros, únicamente á mis recuerdos.

Estas últimas palabras, dichas con voz insegura, hicieron estremecer al capitán.

—Pero pronto reconocí—continuó la condesa—hasta qué punto era inocente y falta de experiencia. Arrojé lejos de mí la toca de monja inconsolable, y desde entonces no pienso más que en divertirme y aprovecharme de las bondades de mi esposo para gozar de una existencia de fiestas y de lujo. Es su deseo, y veo que no le falta razón. La vida es muy corta y es necesario gozar.

—Esa resolución me extraña á la par que me alegra, pues mi deseo más sincero es el saber que sois dichosa.

—¿Lo pensáis como lo decís?

Supongo que no me haréis la injusticia de dudarlo.

—¿Qué sé yo? ¿Se pueden, por ventura, analizar y definir las sensaciones? Existe entre nosotros un compromiso y un abismo.

—Y el compromiso es....?

Nuestros pensamientos de otros tiempos.

—¿Y el abismo?

—Nuestros deberes de hoy—dijo gravemente Gabriela fijando sobre Roberto sus grandes y límpidos ojos, que una lágrima—de despecho tal vez al verle tan indiferente—imperceptible y comprimida les hacía aún más brillantes.

Roberto estaba admirado de la audacia con que la joven le hablaba.

Gabriela parecía que deseaba trazar la línea de conducta que debían seguir.

Se notaba en su acento, casi cruel, cierta amargura, apenas disimulada, que venía á ser como una censura á Roberto por la pasión que la había declarado la misma noche de su matrimonio, y de la cual ya parecía haberse olvidado.

Cuando le decía la condesa: «Quiero ser dichosa, quiero gozar de la vida, quiero entregarme á todos los placeres del mundo,» tenía su voz una vibración especial, que parecía significar:

—Me quiero vengar de vuestra indiferencia imitando vuestra conducta.

Además, le había confesado su amor, á la vez que su enojo y todos los sufrimientos de su corazón, cuando dijo: «Quiero vivir retirada, es decir, condenada á expiar la falta involuntaria que cometí, entregándome á otro y dudando de vuestros sentimientos.»

¿Era por celos de la princesa ó por convencimiento de sus deberes, por lo que Gabriela hablaba de tal suerte?

Roberto reflexionaba.

Después de un rato de silencio, Gabriela continuó:

—Vos estábais afligido, ó al menos así lo aparentábais. Yo me alegro mucho de que hayáis encontrado un consuelo. Era lo mejor que nos podía suceder. Este cambio me da confianza. Desde hoy viviremos como buenos y francos amigos. Y para empezar, habladme de la princesa. Sé que es muy hermosa. ¿Es también buena?

Roberto no contestó.

Gabriela continuó:

—Se dice que la princesa tiene por vos una pasión profunda, pues ha dejado todo por seguiros, la deslumbradora corte del Czar, sus triunfos, sus adoradores.... Es libre, os prueba que os ama. Se asegura que vos la amáis también.... ¿Me permitís que os dé un consejo? ¡Casáos!

Gabriela estaba agitada por una alegría ficticia y febril. Hablaba con volubilidad y sin continuar en el tono alegre y vivo con que había comenzado la conversación.

El joven, que la había observado con ansiedad, la contestó dulcemente:

—¿Por qué me habláis de matrimonio? Os juro que jamás he pensado en semejante cosa.

Y como Gabriela bajase la cabeza, él se aproximó á ella, y con una voz que llegó á su

corazén como un suspiro de amor y de pasión, añadió:

—¡Esperaré!

La condesa se inmutó como si hubiera recibido una violenta conmoción en el pecho, y haciendo dar un salto á su yegua, partió al galope, sin volver la cabeza, á reunirse con el general y Saint-Remy, que estaban muy entretenidos en una importante conversación política, que se enredaba demasiado y á la cual Gabriela dió satisfactoria solución.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Cuando Roberto volvió á Rusia tomó una resolución heroica. La de olvidar por todos los medios una pasión que no podia conservar en su corazón sin faltar á su honor y al reconocimiento que debia al conde de Branville.

Estaba horrorizado de aquella pasión que le exaltaba y queria olvidar á toda costa un amor cuya vehemencia no habia conocido—como sucede muchas veces—hasta que vió á otro en posesión de la mujer que amaba y de cuya posesión se creía seguro, desde que tuvo conocimiento de que la muerte del padre de Gabriela y su ruina, alejaron de ella á todos los pretendientes de su dote.

Los rusos son muy hospitalarios.

El extranjero que pasa algún tiempo en San Petersburgo y frecuenta la alta sociedad rusa, tan amable y obsequiosa y tan llena de gracia y de ingenio, tiene un verdadero pesar cuando la deja, pues no es un lazo fácil de soltar aque-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lla cadena de obsequios, de cordialidades y elegantes atenciones con que rodean al que los trata.

Anticipémonos á decir que el encanto de las mujeres es el más sólido y precioso eslabón de esta cadena. Ellas son el más bello adorno de los salones rusos, llenos de camelias, de mármoles y bronces, de tapices rusos y de valiosas pinturas.

Las flores tan indiferentes en los países meridionales, son estimadísimas por los rusos y constituyen uno de los principales adornos de sus salones.

No hay atención de que no las rodeen para protegerlas contra los rigores del invierno; ese horrible invierno ruso, á cuyo lado son ligerísimas brisas de Abril, nuestros vientos del Norte.

Las encierran en magníficas estufas, caldeadas por inmensos caloríferos, que les prestan el calor necesario para su vegetación.

Las colocan cuidadosamente en vasos del Japón, de Sajonia ó de porcelana de Sèvres.

Inmensos tiestos con adornos cincelados sostienen diversidad de plantas tropicales.

Las enredaderas, la reluciente hiedra y las orquídeas, adornan las ventanas y trepan hasta el techo, donde están sujetas por artísticas suspensiones de barro cocido ó de metal, primorosamente trabajados.

Desde el vestíbulo hasta el último rincón de las casas hay flores á granel, pues los rusos, no pudiendo cultivarlas en jardines, á causa de la implacable temperatura, las transportan al interior de sus palacios.

Una de las casas más elegantes de San Petersburgo, era seguramente la de la princesa Constanza Ivanowska.

Viuda á los treinta años, inmensamente rica, parisiense por sus gustos y en sus costumbres, como la mayoría de las damas de la aristocracia rusa, había sabido reunir en sus salones todo cuanto de mundano, distinguido y espiritual había en la alta sociedad de San Petersburgo y en la colonia extranjera.

Los agregados de embajada y los artistas más en boga, ambicionaban el favor de ser presentados en sus salones.

Su palacio, centro de alegría y de placer—en la mundana acepción de la palabra,—estaba continuamente lleno de la armonía de los conciertos, del tumulto de los bailes, de las melodías salvajes y cautivadoras de las orquestas de tziganos y del ruido de sus banquetes, donde fraternizaban alegremente príncipes circasianos con fríos milores, sérios españoles de negros ojos con petulantes y burlones franceses.

La princesa era alta y de formas esculturales. Sus cabellos eran rubios, abundantes y sedosos, diáfana la blancura de su piel y brillantes como perlas sus dientes.

El esplendor de su tez era proverbial en aquel país, y allí donde tenía, sin embargo, peligrosas rivales, que brillaban como el oro, ella derramaba en torno suyo plateados reflejos.

Citábanse muchos altos personajes que habían hecho verdaderas locuras para obtener sus favores. Muerto su marido, fué muy solicitada, y más de un extranjero de gran categoría había solicitado su mano; pero la princesa no

había aceptado á ninguno. Tampoco se le conocía ningun amante.

Por eso cuando se supo, seis semanas después de la llegada de Roberto Pontis, que la princesa había saltado por su reserva é intacta reputación, en favor de un simple capitan encargado de una misión militar, la crítica fué mucho más dura cuanto más numerosos eran los envidiosos.

Desde entonces la princesa se preocupaba muy poco de las alusiones y significativas sonrisas conque la acogían, ya en el teatro, ya en paseo, y no se ocupó más que de un amor que absorbía su vida.

No hacía ostentación ni misterio de su pasión por Roberto.

Altiva por naturaleza, fué para Roberto humilde y apasionada.

A pesar de su carácter malicioso y cáustico, se mostró dulce é ingénua.

Roberto, casi siempre, pensativo y distraído, en cuanto pasó la embriaguez del deseo, sufría las caricias de la princesa y se dejaba querer como el niño que no tiene fuerza ni voluntad.

Una noche, al salir del teatro, le dijo la princesa, cuyo amor se exaltaba al ver la indiferencia de Roberto como se enfurecen las olas al estrellarse contra las rocas.

—Creo que no me has amado nunca. La hermosura de nosotras, pobres hijas del Norte, no es bastante para haceros olvidar á vuestras parisienses tan alegres, tan espirituales y tan elegantes. Ellas os divierten, nosotras os fastidiamos. Esto es natural que suceda, porque tal vez no somos dignas de vosotros, pero que

tú me lo dejes comprender no me parece muy galante.

—Sois particular, princesa, y no sé de dónde os vienen semejantes ideas. Decís que no os amo cuando os he dado todo mi cariño. ¡A voz, la mujer más hermosa que se puede desear!

—¡Ah!—contestó la princesa,—será necesario dar otra entonación á tus palabras si quieres que las crea. Desde hace algun tiempo no hago más que pensar en la causa de tu desvío, y creo haberla adivinado. Habrás dejado, en cualquier punto de Francia, en París sin duda alguna mujer, cuya imágen tienes siempre delante y rebaja á tus ojos el valor de las demás. Lejos de ella, has buscado una distracción á tus recuerdos. Me has encontrado en tu camino, me dicen hermosa y te he gustado. Me lo has dicho, y yo tal vez demasiado sencilla y fácil, te escuché. Tu melodiosa voz me pareció sincera, me conmovió hasta el alma y me dejé engañar por tus promesas. Te echaste á mis pies con una pasión tan perfectamente fingida, que francamente, creí en un amor duradero y me entregué á tí. Una mujer como yo, puede halagar la vanidad del hombre más difícil, dos ó tres semanas aunque sea francés y amigo de establecer comparaciones peligrosas para nosotras. No muevas la cabeza con aire de duda; no estoy ciega y creo que no me equivoco. Desde el primer momento en que te ví me fascinaste. Tal vez fuera la causa de mi sorpresa y de mi caida esa poética tristeza, cuyo sello llevas impreso en tus ojos y tal vez las sombras que obscurecen tu frente me han ocultado tus verdaderos pensamien-

tos. Te he amado mucho y te amo muchísimo más desde que dudo de tu amor, pero no te fíes de mi credulidad. Si tu cadena es pesada, confiésamelo. Si tu pensamiento está en otra parte, dímelo sinceramente y te perdonaré, pero si me engañas, me vengaré.

—¿Yo te creí natural de la Siberia?—dijo Roberto sonriéndose.

-Y hablo como una Florentina, ¿no es verdad? ¿Qué es lo que te ha hecho suponer que no haya sangre en nuestras venas cuya red se oculta bajo una piel de nieve?

¿Quien te ha dicho que somos de hielo y que nuestro corazòn tenga menos pulsaciones que el de las Romanas ó el de las Andaluzas? No te fíes, que el viento sopla en nuestras incultas llanuras con tanta violencia como en el desierto y, lo mismo que vosotros, no aceptamos ni la traiciòn ni los desdenes.

El capitán la contemplaba con admiraciòn burlona.

—Os aseguro princesa,—le dijo,—que jamás os he visto tan bella.

La animación de que estais poseida hace resaltar vuesta incomparable hermosura; pero decidme ¿á que vienen ahora esas inquietudes tan extrañas?

Ya sabéis que os adoro, que nada que no proceda de vos me parece hermoso y que sería indigno de la luz si nó fuese así. Para no amaros sería preciso que no os hubiera conocido.

—Antes, cuando me decías eso mismo te creía, hoy dudo. Por tí lo he sacrificado todo, y no me arrepiento, pero temo tener que hacerlo más tarde.

¿Te has fijado esta noche en la manera conque me miraba el príncipe? Si hubiese querido— continuó la princesa, haciendo un gracioso movimiento con la cabeza—tendría muchas enemigas, envidiosas de mi suerte, pero juré no pertenecer más que al hombre que yo amase y jamás á otro. Me bastaba con la experiencia que adquirí durante mi matrimonio, y antes de reincidir hubiera bebido un frasco de opio. Te presentaron á mí, y desde la primera mirada reconocí en tí al príncipe encantado de mis sueños, al pájaro azul que yo llamaba desde el fondo de mi corazón. Y sin embargo, no creo que nuestras almas sean hermanas. Cuando te hablo, tu alma no está cerca de mi. ¡A donde va! No lo sé, pero lo adivinaré. La seguiré á través de los espacios donde se pierde á consecuencia de no sé que extraña visón.

Te acompañaré á donde vayas, pues nuestra patria, pobres palomas mensajeras que somos, es el universo. Emigramos como el sol, y como los cisnes, cuya blancura nos ha dado Dios, remontamos hacia el polo ò descendemos con él.

Roberto, con la cabeza inclinada sobre el pecho, guardaba silencio.

Tenía una mano de la princesa entre las suyas y la cubría de besos.

La princesa habia adivinado la verdad.

Roberto no la amaba.

Estuvo únicamente deslumbrado algunos dias por el brillo de aquella maravillosa belleza, aturdido por los vertiginosos perfumes que exalaban aquellos salones, encantados por la hermosa que los habitaba.

Se entregó al amor con que le brindaba la princesa, para buscar un alivio al pensamiento fijo que le perseguía, como aquel criminal de Bizancio que se precipitó en una basílica para escapar de la justicia que le amenazaba.

Pero después vino la saciedad y el joven reconoció con terror que el brasero que había querido apagar, volvíase á encender nuevamente con mayor energía y luchaba contra el amor que le dominaba, con la misma desventaja que lucha la alondra aprisionada entre las garras del milano.

A través de los encajes y las flores que rodeaban á su amante, sentía Roberto el peso de la cadena que le torturaba.

Y sin embargo, cuántos encantos hubieran tenido estos amores para un corazón dueño de su albedrío!

La princesa estaba en la edad en que la mujer comprende el valor de un amante de libre elección, miéntras que las jovencitas, ignorantes de la vida é incapaces de discernir el verdadero mérito, no ceden más que á un impulso de los sentidos.

No se contentaba la princesa con derjase adorarcomo una madona. Adivinaba los deseos de su amante y se adelantaba á ellos.

Poseía en el más alto grado el arte exquisito de las coqueterías espirituales y aumentaba el valor de su abandono por la delicadeza y la gracia con que le rodeaba. El fastidio era un invitado que no conocían los que frecuentaban su casa, pues poseía mil recursos para ahuyentarle, y las horas se pasaban breves y fugitivas en la compañía de esta mujer verdaderamente extraordinaria.

Excelente pianista, agradable cantante y poseedora de un talento ático y sutil, reunía en sí sola todas las perfecciones que generalmente no están repartidas más que una por una entre sus semejantes.

Estaba en el apogeo de su belleza, que era sin rival, y el extraño encanto casi mágico de que estaba poseída, subyugaba la vista derramando ante ella una lluvia de brillantes, que ilusionaba á los más refractarios al amor.

Por eso era casi incomprensible la indiferencia mal disimulada de Roberto.

Sin embargo de tantas cualidades de que estaba rodeada la princesa, le faltaba una de las principales. El hada de la bondad no había estado presente á su nacimiento y los dones con que las otras la colmaron, no bastaron á compensar su falta.

Y además, ¿No es el amor el más tirano y el menos lógico de los sentimientos? El amor se impone y no consiente en ser analizado.

Roberto había querido amar.

Pensó que todas estas perfecciones le ayudarían á vencer, pero se equivocó de buena fé.

Esta ilusión la comprenderán sin dificultad los que hayan estudiado ese insondable abismo que se llama el corazón humano.

Algunas semanas después de esta conversación, al finalizar el invierno, terminada su misión, recibió órden Roberto de regresar á París.

Alimentando en su pecho una vaga esperanza que no se atrevía á definir, y contento también por terminar aquellos amores, preparó sus equipajes y se puso en camino.

Pero la princesa no había olvidado su promesa y la cumplió.

El mismo tren los llevó á la frontera, juntos atravesaron la Polonia, la Silesia, y el resto del trayecto, y en el momento mismo en que Roberto atravesaba el portal del hotel de Branville, se instalaba la princesa en la suntuosa morada que abandonó á la muerte de su marido y que estaba situada en la Avenida d' Antin.

Allí trasladó sus costumbres, sus flores, su mayordomo y su servidumbre.

Pronto adquirió gran notoriedad en París, donde no se hablaba, á la sazón, de otra cosa que de su belleza y del boato de todos sus equipajes.

En el teatro de la Opera, sus diamantes, ya célebres, brillaban como astros en el más célebre de los firmamentos terrestres.

Su extraño encanto y casi sobrenatural, hacía volver hacia ella todas las cabezas de los abonados; como los violentos huracanes del mar agitan en el mes de Noviembre las veletas de los antiguos caseríos de Bretaña.

Aquello ya no era un triunfo, era una fascinación, una preocupación universal.

La princesa se creó más rivalidades que admiraciones. La pasión de los celos predominó sobre la envidia.

Entre sus más temibles rivales se contaba la condesa de Branville.

VIII

Si existe en el mundo una naturaleza excelente, dulce y benévola, si hay un alma dotada de todas las complacencias por el estatuario desconocido que las forma y las echa al mundo donde toman su forma invisible, hubiera sido, seguramente, una de ellas el alma de Gabriela, pero los árboles más arraigados y vigorosos los tronchа la tempestad, y el huracán que se agitaba en su alma era suficiente para derribar los más sólidos.

Era mujer, es decir, una mezcla de nervios más fáciles de hacer vibrar que las cuerdas de un arpa; pasiones en gérmen, prontas á tomar el vuelo como las abejas de una colmena á la menor invasión inesperada; debilidad de los sentidos y desfallecimiento del alma, de bondad extrema y de esa delicadeza, ó mejor dicho, de esa duplicidad defensiva, que Dios, que les ha rehusado la fuerza, les ha concedido para su protección, y de la cual

suelen abusar á menudo para atacar á los de más.

Contra su volunad, sentíase arrastrada Gabriela hacia Roberto, quien como el Didier de *Marión Delorme* estaba dotado de esa fuerza de atracción, casi fatal, que tanto agrada á las mujeres.

Sus magníficos ojos negros, dulces y fijos, la subyugaban.

Su taciturno silencio la interesaba como un enigma.

La respetuosa timidez que le separaba de ella, la daba un irresistible deseo de acercarse á él.

Los frutos prohibidos, y más si no están colocados á nuestro alcance, serán siempre los preferidos.

Si el capitan, abordando francamente la cuestión, se hubiese acercado á Gabriela y la hubiese dicho:

—Me he equivocado. Creí que podría esperar y que me habíais entendido. Creía que mis declaraciones murmuradas á vuestro oído, vibrarían siempre en él; que me habíais juzgado bastante leal y que teníais suficiente confianza en mi amor para no tener necesidad de volveros á repetir las vagas, pero sinceras promesas que os había hecho.

La casualidad ó el azar, que sin duda no quería para nosotros una dicha tan perfecta, dispuso las cosas de otra manera.

Tomando mi silencio por olvido, habéis aceptado la mano de otro y por una fatalidad que nos quita hasta la esperanza de un amor del cual seguramente, hubiéramos tenido que arrepentirnos, esa mano que tan generosamente os han ofrecido, es inviolable para nosotros.

¡Aceptemos lo que es irremediable!

¡Conservamos preciosamente el amor que nos une y esperamos que el porvenir reparará de la desgracia que nos aflige!

Seguramente habría tenido Gabriela las fuerzas necesarias para resistir y sobrellevar las peligrosas condiciones de esposa de un marido á quien no profesaba más que respeto y reconocimiento, y de comensal de un amante hacia el cual se sentía atraida.

Y es hasta probable que aquella existencia extraña, creada por un capricho de la suerte, hubiera sido para la condesa un manantial de amargos placeres, á los cuales una mirada de Roberto, un apretón de manos sorprendido, una palabra solo por ella escuchada, hubiérala dado el interés de las aventuras románticas y peligrosas, tan queridas por las mujeres, sobre todo cuando ellas representan los primeros papeles.

El conde era tan bueno y generoso, que la vida á su lado debía ser por lo menos soportable, aun faltando el amor.

Además, se podía suponer que la prueba sería de una duración muy limitada, pues aunque el último de los de Branville tenía una sólida y robusta constitución, los años no pasan en vano y no se asiste impunemente á tantas campañas como el buen general tenía anotadas en su brillante hoja de servicios.

La fortaleza más monumental acaba siempre por sucumbir, bajo la presión de los siglos, ó por las descargas de los enemigos que la asaltan.

Estas consideraciones, desprovistas de todo cálculo criminal y de vergonzosos deseos, eran suficientes para dar resignación á los dos jóvenes, pero la brusca partida de Roberto sugerida por el despecho y la desesperación, les precipitó en un camino diferente y que debía, fatalmente, conducirles al abismo que querían evitar.

Gabriela tenía suficiente energía para reprimir su amor, pero era muy débil para defenderse contra los celos que de aquella pasión se originasen.

Roberto no obró con la franqueza que hubiera convenido.

Trató de olvidar aquella pasión, que él consideraba como un crimen, pensando que el remedio más seguro para su desgracia era buscar otra mujer que lograra distraer su corazón y le proporcionase la satisfacción del orgullo y del placer.

Encontró á la princesa en su camino, pero el triunfo de sus amores no produjo el resultado apetecido. Además, en aquella tentativa no había pensado más que en seguir los impulsos de su conciencia sin calcular los efectos que produciría en la mujer que trataba de olvidar.

Una de las más terribles enfermedades del alma, los celos, se posesionó del alma de Gabriela.

Desde entonces la condesa no tuvo más que un pensamiento, un fin: reconquistar lo que otra le había robado. No tuvo otra idea. No pensaba en lo restante y no veía sino á través de una nube y en lugar secundario, los deberes de su dignidad y de su reputación.

El amor de Roberto era su estrella polar y hacia ella dirigió su nave sin cuidarse de los escollos y de los peligros de la travesía.

Su voluntad no obraba.

Habíase abandonado inconsciente y ciega como el pájaro fascinado por el reptil, como el loco á la vista del bastón del enfermero.

El primer cuidado de la condesa fué, cuando estuvo resuelta á la lucha, el dar rienda suelta á sus instintos de lujo y coquetería que antes había combatido y refrenado.

Quiso tener los más hermosos caballos de París, y los tuvo.

El general, contentísimo de ver á su mujer tierna, encatadora y casi apasionada, accedía á todos sus caprichos, y ayudado por sus grandes conocimientos de *sportman*, compró un tronco de caballos, blancos como porcelana, que no tenían rival ni en fogosidad ni en estampa.

Desde entonces se vió á Gabriela en el Bosque todos los días, guiando el tilbury más bonito salido de los talleres de Binder.

El célebre sastre de señoras, Worth, empleó toda su ciencia en poner de relieve su talle esbelto, que nada hubiera hecho desear al más meticuloso escultor.

Fanny Claude, la gran modista, la dió consejos, que Gabriela supo aprovechar, pues en poco tiempo llegó á ser una de las damas más célebres por su elegancia y por el exquisito gusto de sus *toilettes*.

Tuvo su palco en la Opera, precisamente frente al de la princesa Ivanowska.

No faltó á ningún estreno en los teatros de importancia, frecuentó los salones y las fies-

tas y en todas partes se mostró amable y espiritual.

Los salones del hotel de Branville, amueblados con preciosas tapicerías, magníficos retratos de familia del más preciado estilo, firmados por Nattier, Rigaud ó Largillière, con muebles y objetos debidos todos á verdaderos artistas, llegaron á ser el punto de reunión de los jóvenes de la aristocracia, quienes con discreta galantería rodeaban de adulación á la condesa, que á nadie rechazaba y no daba á ninguno la menor sombra de esperanza.

Con un tacto perfecto supo hacer sus salones amenos y agradables, y los que aprendieron el camino no lo olvidaron.

En una palabra, llegó á ser una mujer á la moda y una celebridad de buena ley, sin que la maledicencia pudiera sorprender un defecto para explotar.

Jamás el conde pudo soñar tanta felicidad. Su estatua habíase animado y vivía.

Mimado y divertido por Gabriela, se dejó vivir, dichoso por poseer la más agradable y la mejor de las mujeres.

Realmente gozaba de una felicidad admirable.

Con ese instinto innato en las mujeres para llegar al fin que se proponen, pensó Gabriela que el medio más seguro para atraerse el amante á quien adoraba y á la vez quería castigar, era inspirarle unos celos semejante á los que ella tenía, Quería infringirle la pena del talión. ¿Qué mujer no hubiera hecho otro tanto?

No tenía más que escoger entre el lote de

sus adoradores, entre los cuales se contaba como uno de los más asiduos el vizconde Palamede de Saint-Remy.

Palamede estaba al corriente de los amores de Roberto con la princesa; pero ignoraba por completo que su amigo había pretendido á la condesa, y como no tenía ningun escrúpulo que le hiciera desistir, opinaba, como la sociedad, que el general sería un marido predestinado, por causa de las circunstancias de su matrimonio.

Además de tener, para el fin de sus miras, al vizconde, con quien Gabriela se mostraba muy amable y graciosa, tenía otro pretendiente, del que podía valerse sin dificultad para excitar en Roberto hasta el más alto grado los celos y el despecho.

Este pretendiente era su marido.

Le era tanto más fácil ofender el amor propio del capitán, puesto que le trataba con gran intimidad y no se apartaba del general.

Después de que Gabriela tomó aquella resolución, desde que supo los verdaderos sentimientos del capitán cuando le dijo en el Bosque "esperaré," comprendió su ventaja, de la cual quiso servirse para castigar á su amante á la vez que humillaba á su rival; apoderándose de lo que consideraba como un bien suyo, en virtud de los derechos de primacía.

Una noche, después de una comida á la cual asistieron de Tresnes, Saint Remy y varios antiguos compañeros del general, el vizconde rogó á la condesa que se sentase al piano y cantase lo que quisiera, un aire, cualquier cosa.

Gabriela se excusó alegando que en su vida

había hecho gala en mostrar sus talentos, que ella misma calificó de medianos.

—No reuno—dijo—las cualidades de cierta dama que vos conocéis, y no me atrevo á exponerme á comparaciones que resultarían desfavorables para mí. Tengo mi amor propio, y le salvo callándome.

—¿De quién queréis hablar?

—¡Eh!—exclamó la condesa.—Se me figura que me comprendéis perfectamente.

El vizconde alzó los ojos y repuso:

—Os juro que no.

—No pensáis lo que decís.

—¿Pero por qué?

—¿Vos suponéis que se hace la corte á una mujer denigrando á las demás? Pues estáis equivocado, por lo menos en lo que me concierne. La princesa es admirablemente hermosa, y si lo que se cuenta es verdad, Roberto tiene toda la felicidad que merece. ¿Es verdad que la princesa posee una voz tan espléndida como se asegura?

—¡Pech! Yo creo que se puede oir á las demás después de haberla escuchado cantar. Pueden dormir tranquilas la Nilson, la Albani ó la Krauss, pues nada tienen que temer de su competidora. ¿Pero por qué no cantáis?

—No me gusta que se burlen de mí, y nunca daré motivo para ello.

—Vos no ignoráis que la mejor aria vale menos que un suspiro de la vez preferida. ¡Me haríais tan dichoso!...

—Mi querido vizconde, dirigíos á la princesa que está tan bien dotada y tan llena de encantos que podrá haceros feliz. Como yo no tengo esos méritos, cuando os veo y os escucho me

enfado al ver que la Providencia ha sido tan poco galante conmigo.

—Dejadme al menos el derecho de esperar. No me desilusionéis.

—Eso depende de vos. La perseverancia es la virtud del fuerte.

Y como la condesa viera que Roberto se había acercado, añadió más fuerte, para que el capitán la oyese:

—Es una virtud de las más preciadas por ser también de las más olvidadas.

—Condesa—dijo Roberto—os vais volviendo mal intencionada. Cada palabra que sale de vuestra boca es un epigrama.

—Pero inofensivo. M. de Saint Remy me estaba rogando que cantase y yo me negaba á sus pretensiones.

—Sin embargo, otras veces habéis cantado.

—Sí, es verdad, pero por ahora he renunciado.

—¿Y desde cuándo?—preguntó Roberto.

—Desde que escucháis las melodías de la princesa Ivanowska. Temo la comparación, y como sería derrotada de antemano...

Nada contestó Roberto. Escuchaba con arrobamiento aquella voz melodiosa que—hasta en un sarcasmo—le llegaba al corazón cual si fuera una alabanza.

—Sois más dichoso que nosotros—continuó irónicamente la condesa—puesto que escucháis todos los días. Muchos deseos tenemos de verla, y no podemos satisfacerlos por causa de su reputación. Como no recibe más que al sexo fuerte. Sin duda tendrá miedo de que las damas, caso que las recibiera, le quitasen alguno de sus cortesanos. Pero, en fin, si no me está

permitido escucharla, al menos podré verla. Algún día la encontraré, y entonces podré satisfacer mi curiosidad. ¿Es cierto que va con mucha frecuencia al bosque?

—Todos los días de cinco á seis de la tarde —se apresuró á decir el vizconde.—Cuánto me alegro de poder daros estos informes. Os será muy fácil reconocerla. Lleva un landó azul fileteado del mismo color, conducido á la rusa por un cochero enorme, ó si os gusta más, un «svochtchick»—como dicen en su país—que guía dos caballos fogosísimos, negros como el azabache, que á cada braceo esconden la cabeza entre las curvas graciosas que forman las manos. Todos los viernes podéis verla en la Opera, donde está abonada al tercer palco de la izquierda, contando desde el proscenio. ¡Una constelación de brillantes y de resplandores sidéreos, capaz de hacer bajar las acciones del gas! ¡El astro de la noche envuelto en rayos de oro.

—Querido vizconde, en recompensa de vuestros informes os ofrezco una silla en mi palco para mañana, que precisamente es viernes. No me atrevo á proponer lo mismo á Roberto, porque sé que no aceptaría.

—¿Y por qué no?—preguntó Roberto.

—Pues porque tenéis otros deberes que cumplir, de los cuales no quiero, ni tengo la intención de privaros. Nos contentaremos con vernos desde lejos. ¿Aceptáis mi proposición, vizconde?

—¡Oh, señora! ¡Con entusiasmo!

Después de haber saludado á la condesa y á Roberto, el vizconde se alejó, pasando entonces Roberto á ocupar su asiento al lado de la condesa.

—¡Qué cruel sois!—murmuró Roberto al oído de la condesa.—¿No veis la pena que me causáis?

—Por Dios,—Roberto—repuso Gabriela con impaciencia—¡poned tregua á esos sentimientos! ¿Por qué os fingís melancólico y pesaroso cuando no pensáis ni sentís lo que queréis expresar? A lo hecho pecho. Habéis tenido suerte, tanto mejor. Jamás he sido yo más feliz que desde que me curásteis definitivamente de todas mis penas, por lo que os guardo un reconocimiento verdadero. Todo lo que sucede y pasa me es de una completa indiferencia. Imitadme, y no os pesará.

Y sentándose al piano, Gabriela tocó con loca inspiración el «Vals de las flores,» mientras que el vizconde, recostado en una esquina del piano, la miraba con admiración y marcaba rápidamente con la mano el compás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

IX

Al día siguiente, Gabriela, que no había olvidado los informes del vizconde, recorrió á las cinco de la tarde, al trote largo de sus caballos blancos, los Campos Elíseos, la avenida del Bosque de Bolonia, y dió tres veces la vuelta al lago buscando inútilmente el landó azul.

La princesa no apareció por ninguno de los cuatro puntos cardinales.

Entonces Gabriela ordenó á su cochero que bajara por la calle de Francisco I y volviese por la calle de Courcelle á la Avenida de Antin.

En esta calle estaba el hotel de la princesa, precedido de un jardín cercado por una verja.

Al pasar por allí, la condesa levantó los ojos y vió en uno de los balcones del primer piso á Roberto y dos ó tres amigos de la princesa que fumaban tranquilamente. Al verla, la saludaron.

Roberto se turbó, y tuvo necesidad para

ocultar su turbación de volverse de espaldas.

Gabriela contestó al saludo y pasó, no sin hacer un gesto de burla casi imperceptible.

La princesa estaba muellemente recostada en un diván circular que había en el centro del salón que soportaba un enorme canastillo de flores.

—Princesa—dijo de Tresmes.—Si queréis ver una de las mujeres más hermosas de París, á la par que de las más diguas, venid al balcón en seguida, porque va á desaparecer.

—¿Quién es?—Preguntó sin abandonar su postura.

—La condesa de Branville.

—¿La mujer del general?

—La misma.

—Pues si se parece á su marido, no debe ser muy joven.

—Perdonad, princesa; no la conocéis. No tiene más que veintidos años.

—En efecto, ahora recuerdo. Es una situación muy agradable para ella. La misma que hubiera deseado para mí. El bello ideal de las mujeres de talento es tener un marido tan viejo como el general ó como lord Fowler.

Y al mismo tiempo daba golpecitos con su abanico en la mano de un viejo inglés, que tieso como diplomático que era, estaba en acecho ante su belleza, como un pointer á la vista de una liebre.

—Siempre con vuestras paradojas, princesa —dijo de Tresmes.

—¡Paradojas! No. La mujer que se casa en esas condiciones posee todo lo bueno que puede dar el matrimonio, sin conocer ninguna de

sus penas. Se tiene la libertad, la independencia, el título y la franqueza del lenguaje. No se conocen las cargas ni las obligaciones, á no ser que el marido sea tan ridículo que vaya á tener los celos de Otelo, ó lo que es aún peor en un viejo, las pretensiones de un Don Juan que al menos tiene la ventaja de asegurar el desenlace de lo que yo llamo la independencia del territorio. ¿Es rico el general?

—Muy rico.

—¿Es bueno?

—Excelente.

—¿Es querido por todos los que le tratan?

—Aún más. Todo el que le trata le quiere.

—¿Hasta su mujer?

—No lo dudéis, princesa. Hasta su mujer le quiere.

—¡Oh! Tened cuidado, señor de Tresmes, vais á caer en lo inverosímil, y tal vez habéis olvidado que son excépticos los que os escuchan?

—Os digo la verdad. Si no me creéis, podéis interrogar á Roberto que es de la casa.

—Es verdad—dijo la princesa volviéndose hacia el capitán.—Vos debéis conocer á la condesa mejor que nadie, puesto que la véis todos los días. ¿No sois el pupilo, casi el hijo, tal vez el hijo del general, si he de creer ciertas anécdotas que se cuentan de su vida de guarnición.

—No tengo el honor de ser hijo del señor de Branville. No soy más que su protegido, pero le quiero tanto como si fuera mi padre. Nunca me he informado formalmente sobre mi nacimiento. Tampoco he conocido á mi pobre madre, y esa es tal vez la causa de que jamás me

vean alegre como da Tresmes ó satisfecho como Saint Remy. Las miserias del niño abandonado en sus primeros años quedan siempre profundamente grabadas en su rostro, suceda lo que quiera, y aunque más tarde se vea su existencia iluminada por los rayos del sol de la felicidad. Es un sello indeleble que da á su rostro la amargura de su sonrisa y la expresión grave y melancólica que tanto os desagrada ver en mí, y de la que tanto os quejáis.

—Estáis equivocado, Roberto—replicó la princesa—no me quejo. Lo que yo quisiera saber, mi deseo, estar segura de que vuestra tristeza no obedece á otra causa. Todas las mujeres, hasta las peores, tenemos en nuestras almas algo de la hermana de la Caridad, y siempre nos agrada poder consolar al afligido. Pero volvamos á la generala. Asegurasa de Tresmes, hace un instante, que ama á su marido, como si fuera posible amar á un marido de sesenta años, de capital aumentado en los intereses.

—¿Y por que no? El general se casó con ella por bondad.

—Decid más bien por egoismo.

—El general es incapaz de semejante cosa, y así lo comprende la condesa. Yo, que le conozco, sé que es imposible vivir á su lado sin sentirse atraído por la belleza de su carácter y por los nobilísimos sentimientos de su corazón. Sus delicadas atenciones hacen olvidar el color de sus cabellos, pues una bondad paternal y constante como la suya triunfa siempre de la rebeldía de los sentidos contra la razón; y que, en fin . . . más vale, en un mari-

do, la juventud del corazón, que la juventud de los sentidos!

—¡Qué raro sois!—contestó la princesa.—He dicho por egoísmo, y os lo voy á demostrar. ¿Cuál es el hombre que, llegando á la edad del general, y estando como él, dotado del más refinado gusto, de aristocráticas costumbres, y por consecuencia voluptuoso, que es aficionado á objetos de arte, á pinturas valiosas, á figuritas modeladas por los mejores artistas, que no desee poseer en su palacio, en medio de todas sus riquezas, la más valiosa de todas, y sin la cual resultan las demás inanimadas é inútiles, la principal creación de la naturaleza, es decir—ya debería callarme por modestia, pero no hablo más que para desengañaros—una mujer joven, hermosa y llena de encantos? ¿Qué representa una casa donde le falta la joya principal, la más querida y la más rara de todas, y para la cual se han hecho las demás?

Recordad los consejos que daba Triboulet á Francisco I. Verdad tan evidente no se ha dicho jamás en mejores versos. De modo que el general, que tiene dadas muchas pruebas de talento, se aterrorizaba al verse envejecer y llegar á la edad del desamparo y de la soledad.

Tal vez dentro de pocos meses ya no tendrá distracciones ni regimiento que mandar, pues en vuestro país licencian á los soldados cuando más útiles son por los conocimientos y la experiencia adquiridos en largos años de servicios, experiencia que falta á los jóvenes.

Se asustó del vacío que iba á hacerse en derredor suyo, cuando encontró una mujer joven, bella—me han dicho que es hermosísima—admirablemente educada, inteligente, dotada de todos los encantos por la naturaleza y por la educación de todos los talentos.

—Se figuró que aquella mujer—y yo le felicito por su elección—era un tesoro que le ofrecía su buena estrella, un diamante inapreciable á los ojos de los lapidarios mundanos, y se apresuró á comprarle. Propuso condiciones y ofreció un precio que fueron aceptados. La compra se efectuó, y se llevó el género á su domicilio.

Ha sido un trato ventajoso, desde cierto punto de vista, para ambas partes; pero oneroso seguramente para una de ellas, para la condesa, que no lo confesará, y esto lo digo por propia experiencia, pues lo mismo me sucedió con mi noble esposo. Las mujeres rara vez confesamos que nos sea duro cumplir ciertos deberes, y si lo hacemos, es entre nosotras y nunca delante de los hombres. El general debe estar agradecido de su esposa, quien á su vez, cuando haya cumplido sus obligaciones y vuelva á ser libre, probará, más pronto ó más tarde, que comprende su situación y que no echa en olvido los derechos que le pertenecen.

—Veo que sois muy pesimista y que no creéis en nada.

—Creo en el amor.

—¿Y en la virtud?

—Creo en el amor, que es el móvil supremo de todas nuestras acciones, al menos para nosotras, pobres mujeres. El hombre puede tener distracciones en otra parte, el orgullo satisfecho, la ambición que le aguijonea y le empuja, el interés que le apasiona. La mujer no tie-

no mas que un fin, ¡ser amada! una ocupación, ¡amar! Todo lo demás es el accesorio y el medio. Lo que hacemos y decimos solo se relaciona con esta conquista, el único toisón de oro que deseamos y que conservamos tenazmente cuando le hemos obtenido.

Si alguna de nosotras os sostuviera lo contrario, no la creais, porque miente, y si no, es que pertenece á un mundo donde prevalecen las inquietudes de la vida animal sobre preocupaciones de un orden superior. La condesa de Branville no se encuentra en este último caso; así, pues... creo que me habréis comprendido. Los paseos por el bosque luciendo sus magníficos caballos y sus preciosos vestidos, cuyo gusto me ha chocado—pues he deseado verla y la he visto—sin saber por qué.

La princesa miró atentamente á Roberto, que se sonrojó.

—El interés que se toma en este momento para atraer á sus salones á los hombres de talento más distinguidos, hasta las mismas atenciones que tiene con su marido, no provienen más que de un deseo de brillar, de agradar y de seducir al hombre que busca y sobre el cual ya ha fijado su atención. Aparenta hablar y agradar á todos, pero no se dirige más que á una sola persona. Si os explico tan fácilmente sus intenciones, es porque todo lo que ella hace yo lo he hecho, lo que quiere lo he querido y lo que sufre—sin decirlo, y sobre todo sin aparentarlo—lo he sufrido yo antes. Y no es que yo me suponga ni menos buena ni más imperfecta que las demás.

Todas, unas más, otras menos, tenemos los mismo vicios, sies que para conformarnos con

la opinión del mundo hay que llamar vicio á la necesidad irresistible de expansión que nos domina, y que no lograrán cambiar todos los argumentos de los moralistas. En el alma y en el rostro tenemos ligeras variaciones, pero en suma, la estructura es la misma y las diferencias están en los detalles y no en el conjunto. Si nos arrancasen del corazón el deseo de amar que Dios nos puso, se acabaría el género humano, y debe de durar tanto como el universo, que, miedo me da pensarlo, es eterno.

—Querida princesa—dijo Roberto—creo que he juzgado de diferente modo y mejor que vos á la señora de Branville, la cual, estoy seguro, no faltará á sus deberes. Todo lo que hace es para mostrar su agradecimiento á su marido, que es feliz en extremo, y á quien quiere hacer grata la vida.

—¿Vos creéis eso?

—Seguramente.

—Pues no lo dudéis; el cansancio vendrá y con él el fastidio. Más hubiera valido al general emprender una ó dos campañas más—que es un trabajo duro—que dedicarse al género de vida, que por mostrarse agradecida va á condenarle su esposa. Sin embargo, admito que esa vida presenta sus compensaciones, pues para una barba gris como la suya, debe ser una dulzura inestimable poder respirar los perfumes de una boca fresca y sonrosada. Pero lo que á mí me extraña es ella, Roberto. ¡Lo que debe sufrir, cuando después de los triunfos obtenidos por su vanidad en los salones, donde elegantes admiradores habrán agotado á sus rodillas todo el vocabulario de la galantería francesa, en esa hora donde le se-

ría tan dulce abandonar su espíritu ó su corazón á las realidades más prácticas del amor, se encuentra cada día, ó mejor dicho, cada noche, con la carga de ese deber que vos juzgáis tan fácil de cumplir!

Un alma noble y fuerte, al principio no debe desfallecer, pero más tarde, la esposa, cansada por el peso de esa alianza, que cada día le es más dura, se hastía de su dueño y señor, se horroriza de los hierros que aceptó, y empieza á hacer comparaciones, que los adoradores que la rodean hacen aún más peligrosas, y llega un día en que, sea cual fuere la pasión que ese deber que tanto alabáis, pudo inspirarla, llega un día, repito, en que piensa que Dios no la envió únicamente á este mundo para que su seno sirva de edredón al sér caduco que pronto desaparecerá tras la losa de una tumba, que la juventud llama á la juventud, y que la vida debe unirse con la vida y no á los restos de la nada.

Y así pasando de los sueños á las meditaciones, que no cesan en la noche sobre las puntillas de las almohadas y en el día sobre los divanes de un salon Luis XVI ó sobre los asientos de un magnífico carruaje, arrastrado por dos caballos blancos, se llega á las confidencias y de allí á los apretones de manos y entonces comienza á resbalar indolentemente desde las escabrosas alturas de ese deber quimérico hasta el principio florido del adulterio.

—¿Y vos aprobais esa caída?

—Sin reserva alguna. En una unión ordinaria la pueden excusar mil circunstancias. En tésis general, la condeno pero la juzgo inevitable en la union de un viejo y una joven, es

más, la considero como una legítima venganza.

—Es una defensa *pro domo*. Quiero decir, de vuestra causa.

—Estáis equivocado. Yo no he hecho lo que digo, pero tenía la tentación y la virtud —si es que se puede llamar así al estado de una mujer que desearía faltar y no puede;—la conservé por la ausencia del ideal que perseguía. ¡Me parece que soy franca!

—¿Y la consecuencia de estas teorias moscovitas?

—¡Decid más bien universales!

—¿Cuál es?

—Temo disgustaros.

—Vos no podéis disgustarme.

—Héla aquí. La condesa ha hecho cuanto ha podido para someterse á su condición. La infeliz ha resistido con todas sus fuerzas. Si debo juzgar por lo que me han referido respecto á sus tristezas pasadas, su viaje á Italia, su aislamiento del principio, no han sido más que tentativas desgraciadas. Hoy juzga que es muy pesada para sus hermosas espaldas la carga que soportaba y la arroja lejos de sí y no piensa en otra cosa que en encontrar al amante escogido por su corazón.

Los caballos blancos que ha comprado no tienen otro objeto. Dentro de un mes le habrá encontrado, y cuando quiera será amada con pasión, pues no en vano se es hermosa. Preguntad á Saint-Remy, que no se entusiasma fácilmente. Dentro de seis meses la condesa tendrá su amante.

—Pues bien, querida princesa, sin embargo de todo vuestro talento, no creo una palabra de esa profecía. Vos misma sois un ejemplo

palpable de la falsedad de vuestras teorías. Os habéis casado con un marido viejo y achacoso y le habéis sido fiel cinco años. Vos misma lo habeis asegurado así.

—La virtud consiste menos en los hechos que en las intenciones. La mía me pesaba como á las mujeres que pasan de treinta años y pierden la esperanza del matrimonio. ¡Por eso mi pobre marido fué tan desgraciado! Le aborrecia tanto que no podía verle ni en pintura. Por perderle de vista me lancé en la distraccion de los viajes. Llegué hasta las cumbres del Saint Gothard y hubiera temido menos la caida de una avalancha en aquel pintoresco é inseguro país, que ver aparecer á mi esposo á la puerta de mi cuarto. Y lo peor de todo era que él lo comprendia. Hay gentes nerviosas que tiemblan á la vista de un inofensivo ratón y otras que se horrorizan de ver á una araña teger, diligente, su tela. De ese modo me horrorizaba yo á la vista del pobre príncipe. Yo buscaba con afán el sustituto que hubiera podido reemplazarle y que calmando mis excitados nervios le hubiera hecho más llevadera la vida; pero por una fatalidad inexplicable yo no distinguia en ninguna parte las alas de aquel pájaro adorado cuyas fantásticas plumas me acariciaban el rostro en la soledad de mi alcoba. Seguramente hubiera sido tan dichoso como lo es y lo será el general, si el secreto deseo de mi alma se hubiera logrado. La mujer que no carece de nada, reune todas las facilidades, y si tiene mucho que hacerse perdonar, soporta las caricias de su esposo á fin de obtener misericordia cuando haya menester.

Pero no teniendo nada que temer no prodigaba mis caricias y temo que aquella forzada castidad no haya abreviado en algunos inviernos los dias del príncipe que era un hombre galante y que como el general no tenia más defecto que su edad.

Ya veis que no hablo sin experiencia y que si trato esta árdua cuestion, lo hago después de haber conquistado en ella mis grados. ¿Queréis una opinion de una persona más autorizada? Ahí teneis á lord Fowler que conoce á fondo la humanidad. Preguntadle su opinion.

Lord Fowler, rígido ante la princesa, los ojos fijos en su rostro, habia escuchado con la gravedad flemática de un viejo inglés la conversación sostenida entre de Pontis y la princesa.

El inglés era uno de los amigos más antíguos de la bella rusa.

Hacia diez años que la seguía por todas partes, á Paris, en sus excursiones á Niza y en San Petersburgo, cuando regresó después de su viudez.

Normando y cosmopolita, sus excursiones nunca tuvieron otro objetivo que el estudio de la mujer, y confesaba ingénuamente que después de haber estudiado mucho no habia aprendido nada. Parecia haber fijado en la princesa sus afecciones platónicas, pues en su aviso reunia las perfecciones todas de la mujer: la belleza, la elegancia, el talento, el capricho y la impenetrabilidad.

Su amistad era muy estrecha y no ocultaba sus simpatías.

Será necesario recordar que lord Fowler contaba sus setenta años cumplidos.

—¿Sobre qué queréis que os dé mi opinion?

—Respecto á la suerte que espera al general de Branville.

—¿Con relación á su matrimonio?

—Sí.

—Le aplicaremos aquella frase de Luis XVI. "A nuestra edad señor mariscal, ya no se puede ser dichoso."

—Y sin embargo lo es—observó la princesa.

El viejo diplomático se encogió de hombros.

—Tanto mejor—dijo—esa prueba que la condesa es una mujer de talento, y siempre es agradable conocer una mujer de esa especie. Y, á propósito; acabo de encontrarla. Mi faetón se ha cruzado con su coche. ¡Qué hermosa mujer! ¡Qué incomparable belleza la suya! Si no estuvierais ahí, querida princesa, con vuestras blancas espaldas y esos hermosos ojos que son todo un poema, diría que no hay mujer que pudiera eclipsar una estrella semejante. Dicen que es una provinciana. Creo que es normanda.

—No, milord, bretona.

—Hubiera preferido que fuese normanda. Mi orgullo estaría satisfecho, porque nuestras abuelas eran también normandas. Es una sangre rica y más generosa que la reputación de los que la llevan en sus venas. Prometo felicitar al general por su hallazgo. Es un hombre á quien estimo y quiero. Hemos hecho una campaña juntos en un país donde no estábamos muy á gusto. ¡Qué noble corazón el suyo! ¡Qué alegre compañero! Y tan inteligente como yo en cuestion de faldas. ¡Pero por qué se ha casado tan tarde? Pregunto yo—añadió inclinándose al oido de la princesa—y sin embargo, ¿quién no cedería a esa tentación aun teniendo en cuenta las consecuencias funestas que á nuestra edad pueden sobrevenir?

De Tresmes, Saint Remy y los demás contertulios, se habían acercado al grupo formado por la princesa, el inglés y Roberto.

—De modo, milord,—preguntó Palamede—que vos opinais que no hay para-caídas ni para-rayos contra los accidentes destinados, más pronto ó más tarde, al marido que comete la imprudencia de llevar las nieves de su invierno á un *portierre* en plena vejetación?

—Perdonad, de vez en cuando, se suele registrar un milagro, pero yo no creo en ellos. Todo eso no me importaría nada, querida princesa, para aceptar ese *empleo* con el sueldo que me juzgáseis digno de ser favorecido y aunque no cobrara mi sueldo más que una vez por casualidad, y aunque diéseis, sin yo saberlo, á otros una parte de mis honorarios.

La princesa dió un golpecito con su abanico sobre los dedos de lord Fowler que se perdían en el almohadón donde tenía recostada la cabeza la princesa y se entretenían acariciando sus hermosos cabellos.

—Sois cínico á la par que filósofo—le dijo Constanza.

—El peligro es hipotético y el placer sería seguro—contestó el inglés.

Roberto escuchaba violento aquella conversación. Quería dudar de la realización de aquellas profecías.

La princesa, tal vez para darle celos, vaticinaba con implacable lógica el porvenir de Gabriela, como los cristales de la linterna mágica reproducen sus vistas en la blanca tela que les sirve de fondo.

Luchaba también contra la convicción que comenzaba á apoderarse de él, de que más pronto ó más tarde buscaría la condesa las satisfacciones que el matrimonio no podía darle. Quería apartar de su imaginación aquel pensamiento y no podía conseguirlo.

Por otra parte, Gabriela que, por decirlo así, se perfeccionaba, tanto por el exquisito gusto de sus *toilettes*, como por esa coquetería especial que la mujer más espiritual no adquiere sino en París, iba produciendo cada día más profunda impresión en el corazón del joven.

Llegó á envidiar no solo al general sino á todos los que la rodeaban, á los que la dirigían una frase, á los que la visitaban y hasta á los criados que le servían y gozaban de privilegio de verla á cada instante. Noche y día estaba devorado por el deseo de echarse á los pies de Gabriela y confesarla aquella pasión que le ahogaba. No se atrevía á hablar por miedo, é inútilmente trataba de extinguir su ardiente pasión en la copa de oro que la encantadora moscovita le acercaba á los lábios.

Todo le parecía amargo, comparado con la dulce ambrosía que anhelaba, y tenía aversión y despreciaba los placeres que hubieran hecho feliz á Lord Fowler y á todos los contertulios de la princesa, que envidiaban su felicidad.

Descontento de sí mismo y de los demás, se disponía á dejar el salón de la princesa, sin despedirse, cuando aquella le llamó.

—¡Por qué os marcháis tan pronto?—le preguntó con voz más cariñosa.

—No lo sé,—contestó Roberto.

—Esperad. Ya os marcharéis luego.

—Estoy triste y de mal humor esta noche—dijo Roberto.—Además, ¿para qué molestaros con mi compañía? Hoy os toca el turno en la Opera.

—Es cierto. Pero si lo deseáis, nos quedaremos en casa. ¿No soy siempre vuestra esclava?

—Nó. Id á distraeros. Ya es bastante con que sufra uno de nosotros.

—¿Y de que os quejáis? ¡Tal vez vos mismo no lo sabéis! ¿No tenéis todo lo que puede halagares? ¿No tenéis aun más de lo que podríais desear? No tenéis más que hacer una indicación y seréis obedecido.

Aquellas palabas encerraban una alusión á sus proyectos de matrimonio, proyectos que Roberto entrevefa con mal disimulado disgusto.

La princesa le tomó una mano y le interrogaba con ansiedad, como si temiese la contestación.

—Vos sois muy buena,—dijo el capitan;—y yo en cambio ni sé adónde voy ni de dónde vengo. Tengo ideas extrañas y no puedo, como quisiera, reconocer vuestras bondades. Es necesario que me perdonéis. Veo que os hago sufrir. Nada valgo y sin embargo, cuando reflexiono me asusto de lo que veo.

—¡Qué particular sois! Es necesario que os ame ciegamente para aceptaros tal cual sois. Id á dar una vuelta, vestios y venid después á buscarme al palco. A las nueve en punto os aguardo. Se representa *Copelia*. Un baile precioso.

—Os suplico que me dispenséis por esta noche.

—¡No! Me parece que puedo ordenar.—Y bajando la voz añadió: —¿No soy tu amante? No me niegues este favor.

—Puesto que lo ordenáis así lo haré.

Roberto dió un apretón de manos á la princesa y salió del salón.

—¿Qué tenía hoy el capitán?—preguntó lord Fowler ¡Estaba turbado! Me parece, hermosa princesa que es uno de los primeros efectos causados por el matrimonio del general. El cuerpo estaba aquí, pero el pensamiento casi adivino dónde estaba. Naturalmente, un oficial joven no puede vivir sin peligro al lado de una hermosura semejante á la de la señora de Branville. ¿No opináis como yo?

La princesa no se inmutó.

—¡Reflexionaré!— Contestó únicamente Constanza.

—Además,—continuó el inglés recalcando maliciosamente todas sus palabras, no notasteis cuando pasó por aquí la condesa, la mirada que dirigió á vuestros balcones. Parecía un cazador furtivo cuando vá á cazar en coto vedado.

En vuestro lugar, estaría á la defensiva. ¡Es mucho más difícil de conservar una conquista que hacerla!

Medio acostada en un diván y apoyada la cabeza en sus diáfanos dedos, la princesa había escuchado en apariencia distraída, las reflexiones de su viejo adorador.

—Si os place estudiar á fondo la cuestión, —le contestó,— quedáos á comer conmigo y acompañadme después al teatro.

¡Ah! Quería la princesa; hé aquí una *soirée* que yo no cedería por cuatro mil libras!

—¡Esterlinas!

—¡Esterlinas, *goddam*!—gritó el inglés con alegría al propio tiempo que con placer infinito oesaba religiosamente una mano de la princesa, la cual pensativa y recordando las últimas palabras que acababa de pronunciar su viejo amigo, murmuró.

—¡Pronto sabré si ha dicho la verdad!

UANL
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

La conversación que Roberto había escuchado en casa de la princesa, turbó profundamente su espíritu.

Antes de ir al hotel de Branville se pasó largo rato por los Campos Elíseos.

Cuando llegó, ya había terminado la comida. La condesa había dejado el comedor, y el general, muellemente recostado en una mecedora, fumaba tranquilamente un magnífico cigarro, cuyo azulado humo se escapaba por las entreabiertas ventanas.

—Tarde llegáis, capitán—dijo el general en cuanto vió al joven;—vas á hacer penitencia por tu poca exactitud. *¡Tarde venientibus ossa!*—me decía uno de mis tíos que se las echaba de erudito.—Casi casi es el único latín que recuerdo, y no me atrevo á garantizar su calidad.—Siéntate y despacha pronto, *fa presto*. Nos acompañarás á nuestro palco de la Opera, si es que no tienes compromiso para ir á otra parte.

—A otra parte no, mi general, pero en otro palco sí. No es la comida lo que me retrasará, no tengo ningun apetito.

—¡Mal síntoma es ese á tu edad! ¿Estás enfermo?

—Por el contrario, nunca me he sentido mejor.

—Diablo,—repitió el general.—¿Qué es lo que te sucede?

—Os aseguro que nada, mi general.

—Sin duda vas á su palco esta noche; ¿no es cierto?

—Sí mi general.

—Y tambien por su causa, tal vez por una disputa se te ha retirado el apetito. ¿No es verdad?

—No, mi general. No como, porque no tengo ganas.

—Mal amor es ese que quita el apetito. Cuando yo tenía tu edad y estaba enamorado, porque yo tuve tambien algunos caprichos, comía de prisa, pero comía los pedazos mayores. Amaba con pasión, pero no por eso dejaba de comer y no hubiera dado una empanada de ternera por un mechon de pelo. Así hay que ser. ¿Y qué te ha dicho tu princesa para cambiarte en galancete desganado?

—Me ha dicho tales cosas, que nunca me atreveré á repetirlas ante vos, mi general.

—¿Y por qué no os place repetirlas ante mí, mi señor ayudante?

—Porque os enfadaríais, y yo quiero que siempre seais feliz y estéis satisfecho.

—No tengas miedo. Habla y cuéntame lo que sepas, que no hago caso ni me importan las tonterías que de mí pueden decir.

—Vuestro amigo lord Fowler, estaba en casa de la princesa.

—¡Ola, ola!—repitió el general por tercera vez—Se habrán despachado á su gusto, me habrán calumniado el inglés y la princesa. ¿No es eso?

—¡Tal vez!

—Me lo figuraba. No te inquietes y dime lo que hayan dicho. Esas tonterías no me quitan el sueño.

Tranquilizado el capitán por la plácida sonrisa del conde, hizo un supremo esfuerzo y dijo:

—Lord Fowler ha visto esta tarde á la condesa y ha dicho que pronto tendrá la reputación de ser una de las más hermosas mujeres de París.

—¡No tiene mal gusto Fowler! ¿Y esa era la calumnia? Pues no es mas que hacer honor á la verdad.

—Si, mi general:

—Pues no veo en ello nada de particular.

—Así es en efecto. Además añadió que guiaba con gran maestría los dos caballos más hermosos que se pasean por el Bosque.

—Veo que es inteligente y conocedor.

—Dijo tambien que ninguna mujer la iguala en elegancia.

—Eso ya no es de mi competencia y creo que tampoco lo sea de la suya.

—Que su distinción es extraordinaria y que es una mujer que eclipsa en todo á las demás.

—Perfectamente. Veo que Fowler es un sér muy amigo de juzgar. Pero ¿y tu princesa; tu hermosa rubia; qué decía?

—Mostrábase en un todo conforme con los juicios de lord Fowler.

—¿Y te quejas?

—Bien sabe Dios que no; pero....

—¿Hay un pero....?

—Sin duda.

—¿Y ese pero me concierne?

—Naturalmente.

Entonces, es la cola de la víbora.

—Añadía que...

—Pero ¡terminarás de una vez!

—Os vais á enfadar.

—No tengas miedo.

—La princesa dijo que os habíais casado....

—¿Con treinta años de retraso?

—No; con veinte solamente.

—Pues tiene razón. ¿Sabes que no es tonta esa mujer? Hasta es benévola conmigo... No son veinte años los que debió decir, sino cuarenta.

—¿Sois de su opinión?

—Completamente. No es preciso venir de Rusia para pensar como ella.

—¡Y yo que casi me enfadaba cuando escuché su conversación!

—Pues no había por qué. Verdad es que hace cuarenta años no había nacido Gabriela; pero dado el caso de que hubiese existido entonces, no puedes figurarte la dicha y la felicidad que debe causar á los veinticinco años poseer una mujer semejante.

Todas las perfecciones reunidas en una sola persona. Todas las caricias y todos los encantos. ¡Vivir bajo su mimo techo! ¡Saber que te pertenece, que es tuya, que nadie puede admirarla y que todo el mundo tiene envidia de tu

felicidad! Esa es una dicha que no tiene igual bajo la capa del cielo. ¡Pero que horrible martirio el verse paralizado para disfrutar de tan inmensa dicha por su misma debilidad, como los navíos que en el invierno se pierden entre los hielos del Polo Norte!

¡Tener que calcular la hora en que por fuerza hay que abandonar esa perla á las manos de otro; pues las tuyas, frías y cadavéricas, no tendrán ya fuerzas para sostenerla, es un veneno que llena de amargura y de desencantos la copa que hace á uno tan dichoso cuando acerca á ella los labios! ¡Ah! tienen razon la princesa y lord Fowler! Los sufrimientos, los quiméricos y dolorosos celos, todas las inquietudes y las críticas todas, que origina un matrimonio desigual, están concisamente explitadas con incisiva precisión en esta frase.

"El general se ha casado con una mujer encantadora, adorable, admirada de todo París; es verdaderamente digno de envidia, puesto que ha encontrado una mina de oro, un tesoro de amor, que hará volver locos á los más fuertes, pero.... lo ha encontrado con veinte años de retraso. ¡Tiene una mesa servida suntuosamente, pero ya no tiene apetito! ¡Tiene inmensas riquezas y ya no le quedan ni aun fuerzas para tirarlas por la ventana!"

—Cuando la princesa haya pronunciado estas palabras, se habrá mordido los labios de cierta manera, á la par que detrás de su abanico ocultaría su rostro, donde estaría reflejada una expresión de lástima para el pobre general. ¡No me digas que no! Sería un triple idiota, si á mi edad no conociera lo que es el mundo.

En fin, ¿qué le hemos de hacer? Me sulfuro por una nimiedad que no tiene importancia y me enfado como tú y tanta culpa tengo yo como tienes tú.

El general se habia levantado y paseaba con impaciencia á lo largo del comedor.

De pronto paróse frente á Roberto y continuó:

—¡Si! Están en su derecho esas gentes al hablar así, porque á los ojos de los hombres reflexivos, de los que tienen petrificado el corazón, he cometido una locura; pero esa locura me ha hecho feliz. Sufriría tormentos horribles si esa pobre mujer no tuviese la angélica resignación que me los mitiga. Imagina ahora lo que deben ser los celos, la desesperación, la rábia de un marido que, poseedor de una alhaja semejante, saben que se la disputan y que tratan de robarle al mismo tiempo que la compañera de su vida, un honor hasta entonces inmaculado!

Pero no hablemos más de esto—dijo el general pasándose con rapidez una mano por la frente, como para alejar de sí una idea importuna,—pues me obligarías á que detestase á la princesa, y quiero estimarla, aunque no sea más que por las bondades que contigo tiene. Tambien te doy la enhorabuena, pues es hermosísima, pero aquí, en confianza, te diré que estés con cuidado, porque no la creo tan sumisa como ese ángel de Dios que se llama Gabriela.

El general se aproximó un momento á la ventana y aspiró con delicia el aire de la noche, que comenzaba á refrescar.

Después, dirigiéndose á su ayudante, le dijo:

—Vamos, ten corazón y no te amilanes por tan poca cosa. Yo voy á ver si la condesa ha terminado de arreglarse.

Y arrojando á la chimenea su cigarro medio consumido, se dirigió al cuarto de su esposa.

Gabriela, sentada frente á su tocador, se miraba con complacencia en un espejo de mano, artísticamente cincelado por un Benvenuto desconocido, mientras que las diestras manos de Rosa peinaban artisticamente sus abundantes cabellos ligeramente tostados por el sol.

—La señora está esta noche bellísima—dijo Rosa;—quisiera poder juzgar yo misma del efecto que hará desde su palco. Me parece que los gemelos de los abonados se dirigirán á vos más de una vez.

—Mal harán en ocuparse de mi, pues nada sacarán en limpio—contestó la condesa.

—La señora no dice lo que piensa. Siempre agrada que se fijen en una y saber que produce buen efecto.

—De modo, mi pobre Rosa, que si tú estuviéses en mi lugar, te gustaría que te mirasen.

—Ya lo creo, señora. Esta camelia encarnada haría muy bien entre estos rizos. Es un regalo de la modista, me la dió hace poco, diciéndome: "Rosa, dad esta camelia á la señora condesa y decidla que la ha fabricado mi mejor obrera".

—Como la mejor obrera en flores yo no conozco más que una, que no tenga igual la naturaleza.

—Tiene razón la señora; pero esta camelia

no parece artificial y tiene una ventaja que no poseen las naturales, y es que no se ajta tan pronto.

Terminada de peinar Gabriela, se levantó. Un ligero peinador de muselina blanca cubría sus incomparables formas, dejando descubiertos sus hermosos hombros blancos como el alabastro.

Cuando el general levantó el portièr y vió á Gabriela, tan resplandeciente de juventud y hermosura, se quedo abso to.

Largo rato estuvo contemplándola sin que ésta notase su presencia.

Por fin fué notada por un suspiro, mezcla á la vez de sentimiento y de admiración, que no pudo reprimir al comprender toda la verdad de las terribles palabras pronunciadas por la princesa: el general se ha casado con veinte años de retraso.

—Estábais ahí. Es una perfidia indigna de voz. Otra vez cerraré las puertas con llave.

El general, sin responder, se acercó lentamente á su mujer, y posando una mano sobre su espalda, dijo con voz humilde:

—¿Te has enfadado?

—Si—contestó Gabriela con sequedad,—y mucho más de lo que podéis suponer.

—No lo volveré á hacer. ¡Otorgame tu perdón!

Sin duda la condesa se reprochó aquel corto acceso de cólera, por que de una voz breve dijo á su doncella:

—Rosa, id á buscar mis guantes, que he dejado olvidados en el salon.

Tan pronto como se vieron solos, Gabriela

echó los brazos al cuello de su marido y mirándole con ternura le dijo:

—¡Qué inocente eres! ¿No tienes confianza en mi amor?

El general depositó un beso en la frente de su esposa y salió de la estancia diciendo:

—¡La princesa tiene razón al decir que debí casarme hace treinta años!

XI

Roberto continuaba reflexionando en el comedor, acerca de la conversación que tuvo por la tarde con la princesa y lord Fowler, y entónces comprendió que si en su presencia se habian mostrado recatados y no habían expuesto claramente sus pensamientos ó conclusiones, no dejaba por eso de ser ménos definitiva la condenación del general.

El resultado de aquellas deducciones no era otro sino que Gabriela, á menos de ser un fenómeno de virtud que constituyera excepción en la regla, se dejaría arrastrar por la corriente. Su perdon, así lo comprendería la sociedad, estaba escrito con todas sus letras en la fé de nacimiento del conde.

Comprendia los sufrimientos y las torturas de Gabriela, pues una alma como la suya, elevada y noble, es siempre accesible á la delicadeza de ciertos sentimientos y al cumplimiento del deber. El que debia todo cuanto era al

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

general, puesto que todo lo había recibido de él y en cambio nada le había dado. ¿no sentía menguar su reconocimiento en la lucha que sostenía entre él y su amor por Gabriela?

De pensamiento en idea y de idea en deducción, llegó el joven ayudante á convencerse que si él como hombre debía mostrarse fuerte por la costumbre de veinte años de lealtad y disciplina, á no considerar inflexible más que el deber, por el cual nunca había vacilado en sacrificar sus placeres y su bienestar, ahora en cambio veía oscilar todas sus buenas resoluciones, cuando trataba de oponerlas á su vehemente pasion.

—Si esto me sucede á mí—pensaba Roberto, —¿qué tormentos no sufrirá esa pobre joven, débil por naturaleza, tímida y sin energía, contra la tentación, el día en que realmente se someta? Y si debo creer á la experiencia de los demás, ese día no debe estar lejano.

El general desaparecía ante el marido, y el afecto se trocaba en celos ante aquella miserable rivalidad.

¡Infalible efecto de las violentas pasiones que nos ciegan y se interponen entre el deber y la conciencia, como las nubes de noviembre entre nuestros ojos y los rayos del sol!

Un ligero ruido sacó al capitan de sus melancólicas reflexiones.

Era la doncella de la condesa, que revolvía el comedor buscando los guantes de su ama que, como era muy natural, no los había encontrado en el salón, ni en el recibimiento, por la sencilla razon de que Gabriela no los había olvidado en ninguna parte.

Esta aparición alegró á Roberto, pues le proporcionaba el placer de hablar de Gabriela.

—¿Qué buscas por ahí?—preguntó.

—Los guantes de la señora—contestó la linda camarera.—¿No los habeis visto?

—¿Los guantes? ¿De qué color son?

—Blancos. Son los que usa para ir á la Opera. Unos guantes largos que llegan hasta el codo.

—¡Hasta el codo! Pues me parece que son bastante largos para poderlos percibir en cualquier parte.

—Sin duda; pero....

—¿No los encuentras?

—Nó.

La doncella continuaba buscando.

De pronto cesó en su faena, y dándose una palmada en la frente, como si hubiera tenido una idea repentina, exclamó:

—¡Pero qué inocente soy! ¡La señora condesa se ha burlado de mí!

—¡Bah!

—¡Ya lo creo! Ha querido alejarme de su cuarto y ha inventado este pretexto.

¡Alejarte de su cuarto! ¿Para qué?

—¡Ah, ah! Ese es el secreto,—dijo Rosa con aire de misterio.

—¿Pero tú sabes los secretos de tu señora?

—Ya podréis figuraros que no os voy a contar lo que pasa en el cuarto de mi señora.

Toda la sangre del capitán afluyó á su rostro.

—Pero, ¿es que suceden cosas extrañas en el cuarto de tu señora?

—Algunas veces. En fin, que me parece que

la señora ha querido quedarse sola con su esposo.

—¿Y qué de particular hay en eso?

—Nada, pero hace un rato estaba terminando de peinar á la señora, que estaba vestida con un peinador blanco. Le había colocado en la cabeza un clavel, no, una camelia encarnada, más roja que una amapola. Le dí el collar de diamantes que le regaló el día de la boda su esposo.

Por casualidad, al ir á sacarle del estuche, ví al señor conde medio oculto tras el portiér, que contemplaba con admiración á su esposa y que retenia con trabajo su respiración, ya sabéis que es un poco asmático; yo hice como que no veia nada, y continué arreglando á mi señora, que ignorando la visita, se desnudó completamente. En aquel momento vió al señor y se puso muy enfadada, acaso porque estaba yo allí. Después la señora me dijo:

—En el salon he dejado olvidados mis guantes. Id á buscarlos.

Aquello no fué mas que para poder reñir al señor sin testigos. El enfado no duró mucho, porque apenas había cerrado la puerta, cuando oí el ruido de un beso.

¡Pero qué es lo que estoy diciendo! ¡Qué loca soy! Os estoy aburriendo con mis historias. Dispensadme. Y la alegre bretona se alejó del comedor, cantando una cancion muy en boga en aquellos tiempos.

El capitán se quedó inmóvil y apenas sin darse cuenta de lo que acababa de escuchar.

Mientras que Rosa con una indiscrecion picaresca le había referido los detalles de aquella escena íntima, toda su sangre se agolpaba

en las sienes y su corazón se agitaba lleno de indignación, como si Gabriela hubiera sido su mujer y acabara de cometer un crímen de *leso matrimonio*.

Figurábase tener ámplios derechos sobre la condesa, y que una cadena invisible que le sujetaba las manos le impedia hacer valer sus pretendidas atribuciones.

Su imaginación no queria recordar las tristes circunstancias que habían casi forzado á Gabriela á aceptar la mano del general, y únicamente tenia presentes los vagos juramentos que habían cambiado en tiempos más felices, y á los cuales atribuía un significado y precisión que jamás habían tenido.

Crispados los dedos por la cólera, apretados los dientes, devorado por los celos, llegó á olvidarse del sitio donde estaba.

De pronto y como movido por un resorte, exclamó:

—Yo no puedo permanecer más tiempo en esta casa.

El aliento de un suspiro llegó hasta él al mismo tiempo que casi imperceptible murmuraron á su lado:

—¿Por qué?

Roberto se volvió bruscamente.

De pie, á su lado, las manos apoyadas en el respaldo de la silla que acababa de dejar, se encontraba la condesa, vestida ya para ir á la ópera.

Una elegante á la par que sencillísima *toilette* hacia resaltar su extraordinaria belleza.

El descote del vestido dejaba entrever su blanca y bien modelada garganta.

En sus hermosos cabellos, ostentaba fresca

y lozana la camelia encarnada, coquetamente colocada por la doncella.

Otra camelia del mismo color, prendida en el ángulo del escote, hacía resaltar aún más la blancura de su seno.

—¿Y sois vos quien me pregunta por qué? Pues porque no puedo vivir en una casa donde sufro por todo lo que veo, por todo lo que pasa, por lo que adivino; porque soy muy desgraciado y porque estoy celoso.

—¿De quién? ¿De la princesa Ivanowska?

La voz de la condesa tierna y cariñosa cuando murmuró el por qué, se tornó dura y mordaz al pronunciar el nombre de la princesa.

Iba á contestar Roberto, cuando apareció el general vestido de frac y corbata blanca, más elegante que un hombre de treinta años, y más vivaracho que un joven de quince.

Un rayo de alegría rodeaba su cabeza, como las aureolas de oro que circundan las imágenes de los santos, dibujadas por los frailes del monte Athos, para las iglesias griegas.

—No seas perezoso—dijo el conde dirigiéndose á Roberto.—Ponte pronto el frac, el sombrero, los guantes, el traje de batalla, y ofrece el brazo á la condesa.

—Mucho siento no poder complaceros, mi general, pero estoy comprometido, y, á no ser que lo ordenéis formalmente para poder desligarme de mi promesa, tengo el sentimiento de excusarme.

—De ningun modo. Yo no quiero contrariarte. Eres libre como el aire y no tienes porqué faltar á tus promesas. Yo acompañaré á mi mujer y te aseguro,—añadió con aire regocijado,—que no tengo por qué quejarme.

—Tened cuidado, Roberto,—añadió Gabriela,—la princesa os estará aguardando y ya debeis saber que las mujeres somos como los reyes.

En aquel momento Rosa, la doncella, presentó el abrigo de la condesa, una capa forrada de pieles, que cubrió las blancas y satinadas espaldas de su dueña al mismo tiempo que ocultaba los brillantes, menos luminosos, que los húmedos ojos de Gabriela.

La condesa se apoyó con cariño en el brazo de su marido y le condujo hácia la puerta de la estancia.

Antes de franquearla dejó caer una intensa mirada sobre el joven, que ensimismado en sus reflexiones parecía que había hechado raíces en aquel sitio, no lo notó y continuó abismado en sus pensamientos.

El ruido de un carruaje que salía del patio del hotel, le sacó de sus reflexiones.

Por un momento, escuchó aquel ruido que se alejaba.

—¡Ah!—exclamó de pronto.—¿Por qué no me resuelvo á no verla jamás?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XII

Los bailes de la Opera de Paris constituyen tal vez, uno de los espectáculos de más atractivo de aquella capital.

La esplendidéz y el cuidado con que visten estos espectáculos, el talento de los pintores escenógrafos, la gracia de las bailarinas, todo realzado por el brillante aspecto que prestan á la sala las elegantes damas que á ella concurren, constituyen una de las mejores distracciones que Paris reserva á los ociosos atacados de *spleen* ó en busca de elegantes placeres.

Añadid á esto los encantos de una música fácil, ligera ò apasionada, los ritmos de los originales bailables de los célebres compositores Delibes ó Metra, y muy mal humor tendréis que tener si no pasais tranquilamente y sin quejaros las dos horas de alegria que habeis pedido al nabab Halanzier [el empresario de la Gran Opera].

Uno de los bailes más caprichosos y que más

dinero y fama han dado al célebre empresario, ha sido seguramente el titulado *Coppelia*.

Los abonados á los viérnes—día de moda—ocupaban sus respectivas localidades, y las más bellas y distinguidas damas de la sociedad parisiense ocupaban los palcos, aumentando, con su belleza, el brillante aspecto del teatro.

Los músicos de la orquesta, desdeñados por el público, que presta toda su atención en la escena, tienen su espectáculo en la sala, que seguramente no es el menos interesante de los dos.

En los descansos que el compositor ha creado á los músicos, se entretienen éstos en analizar las bellezas que adornan la sala, y así, no extraña el ver que el cornetin ó los clarinetes dirigen sus miradas á los palcos, y que más de un violin suspira ó busca una frase picaresca observando las miradas extáticas de alguna rubia inglesita ò de alguna encopetada aristócrata perteneciente á la más rancia nobleza del arrabal de San Germán.

En la noche á que nos referimos, todas las miradas de los espectadores, durante los entreactos, se dirigían al palco proscenio.

Era el de la princesa Ivanowska.

Lánguidamente recostada en el antepecho del palco, parecía, bajo el reflejo de luz eléctrica, la heroína de una función de mágia.

Las elegantes melodias de la música de Delibes parecia no escucharlas sino con marcada indiferencia, y no prestaba gran interés á los saltos y pasos de punta de la primera bailarina. En vano lord Fowler se esforzaba por llamar su atención sobre las artísticas decora-

ciones debidas al pincel de Rubéns. Labastre ó Cambon: en vano lanzaba un ¡aoh! de admiración cuando la primera bailarina, á dos pasos de la batería, sofocada de animación se paraba de pronto y saludaba con inclinaciones graciosas y suplicantes á los romanos de aquel grandioso coliseo. La princesa escuchaba todo distraídamente y no respondía.

De vez en cuando se volvia hácia el capitán dirigiéndole una sonrisa, pero en realidad estaba destinada para ocultar su examen, y sin decir una palabra seguía la dirección de la mirada de Roberto, que trazaba una línea recta, desde el palco de la princesa al de la señora de Branville, situado frente por frente al de la princesa.

Gabriela estaba tan hermosa como la princesa, pero su belleza era más viva, más francesa y sin embargo, menos apreciada, no parecía aburrirse.

Estaba rodeada de un círculo de amigos de confianza, y la conversación, á juzgar por el aire regocijado de los contertulios, no debía carecer de interés.

Allí estaba de Tresmes, siempre conforme con lo que decía el general, mientras que el vizconde Palamede, frio como un magistrado y prendido de veinticinco alfileres, entretenían á la condesa con sus anécdotas sobre las bailarinas, detallando con seriedad imperturbable las más escabrosas aventuras, pero dicho con tanta discreción que era imposible escandalizarse.

El general, tranquilo y satisfecho, lleno de serena admiración, repartía sus miradas entre su mujer, que le parecía incomparable, y la escena que le divertía.

Las ligeras harmonías que escuchaba con placer, le habían aletargado dulcemente, y se juzgaba el sér más dichoso de los dos hemisferios.

Tal vez lo era en aquel momento.

Un observador que hubiera tenido la curiosidad de estudiar aquellos dos palcos enemigos, hubiera seguramente encontrado más malicia en el de la princesa y más franca alegría en el de Gabriela, pero tanta pasion en uno como en otro.

De ambos palcos, de vez en cuando se cruzaban algunas miradas destinadas á conocer los secretos del campo enemigo.

Las dos estrellas, principalmente, rivalizaban en el difícil arte del disimulo.

La princesa decía á lord Fowler:

—¿Aquella dama, joven todavía, que tiene el pelo rojo y tez morena, es la señora de Branville?

—Sí, princesa, pero es preciso no decir todavía joven, pues la condesa no tiene más que veinte años.

—Pues representa algunos más.

—De lejos tal vez. Además, la condesa no es morena, es más bien rubia. A vuestro lado, por ejemplo, como no tiene la tez nevada de las Eslavas y Siberianas, ni sus cabellos de oro, podría, en efecto pasar por morena. Esos vaporosos colores no los conocen las parisienses más que en pintura.

—Y aquel caballero ya viejo es su marido, ¿no es verdad?

—Tenéis razõn en llamarle viejo, pero aún está más fuerte que un roble.

—¡Bah! Los hombres, mi querido lord, no tienen más que un tiempo y el del general está muy próximo al de la decrepitud. El conde desciende ya á grandes pasos la montaña de la vida y su mujer principia ahora la ascension. ¿Cómo queréis que se encuentren, si caminan por distintas sendas?

Roberto, que escuchaba con apasionado interés la conversación, se mordió los labios y pensó que el encuentro no era tan imposible como la princesa suponia

—El vizconde de Saint Remy—continuó la princesa explorando con sus gemelos la avanzada enemiga—debe referir unas historias muy interesantes, pues la condesa no cesa de reir. Lo que ahora desliza á su oido debe ser muy escabroso, si es que interpreto bien el juego de su fisonomía. ¡Pobre general! El tiempo se encargará de enseñarnos muchas cosas. Lo que me parece es que la condesa no es tan taciturna como decian. Es bastante coqueta. Hace unos movimientos de cabeza y dirige unas sonrisitas al intrigantillo de Saint Remy.... En confianza: tiene mucho ingenio el vizconde. ¿No es cierto, Roberto?

—¡En efecto, princesa!

—¡Ah! dudo que la condesa tenga tanto como él; pero si asi fuera, creo que se entenderian con facilidad.

—Sois mordaz—contestó Roberto—y queréis parecerlo más de lo que sois.

—De ningun modo. Siempre me muestro como soy, y reconozco que algunas veces soy peligrosa.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. ¡Cuando aborrezco á alguien!

—Pero vos no experimentáis ese sentimiento por la condesa, ¿no es cierto?

—Tal vez sí.

—¿Por qué causa?

—Por instinto.

—Entónces no ha tenido el don de agradaros?

—En nada.

—Es extraño. Decís eso porque no la conocéis.

—Hay más, tengo la seguridad de que ella tampoco me quiere.

—¿Y qué pruebas tenéis para hablar de ese modo?

—Todas las necesarias.

—Os juro que os equivocáis.

—¿Queréis cerciorarse de la verdad de mis palabras?

—¿De qué manera?

—En el próximo entreacto vais al palco de la condesa á presentarla vuestros respetos, y veréis cómo os habla mal de mí. Dirá que soy vieja, fea, que estoy muy ajada, y otras mil alabanzas por ese estilo, y que vos me vais á prometer ahora referirmelas después fielmente.

—Os lo prometo. Pero seguramente lo que os diga será para obligaros á confesar vuestro error.

—Cuando estéis de vuelta os daré una segunda prueba más decisiva que esa.

Esta conversación se había verificado á media voz, afectando en ella la princesa y Roberto esos aires distraídos que despistan la atención de los curiosos.

Lord Fowler, con su acostumbrada y británica reserva, se había recostado en su sillón y parecía absorto contemplando las maravillas de la escena.

Una cosa análega á la anterior ocurría en el palco del general.

—Señor de Saint-Remy— decía Gabriela— ¿quién es aquella diáfana deidad con quien está hablando el capitán?

—¿Con quién había de ser si nó con la princesa Constanza?

—Es verdad. No sé dónde tengo la cabeza. Es encantadora y digna de su reputación. Y... á propósito, ¿es buena?

—¿La princesa?

—No, su reputación.

—¡Oh, condesa! De todo punto excelente. Es una dama de las más nobles de su país. Tiene tantos millones como quiere. Además, es libre como una alondra y muy aficionada á los viajes.

—Me parece que tiene una amistad muy íntima con el capitán.

—Nada puedo precisar, pero no hay que juzgar por las apariencias.

—Sin embargo, según cuentan las crónicas....

—¿Y no podría ser todo eso el resultado de una amistad que tienda á un fin determinado?

—¿Cual?

—El matrimonio, por ejemplo.

—¿Creéis que la princesa se casará con Roberto?

—¿Y por qué no?

—Por mil razones, por la diferencia de nacionalidad, de edad, de religión, de fortuna.

—Roberto es un hombre de honor y de porvenir.

—No digo lo contrario.

—Su carrera vale tanto como un título nobiliario, tiene clarísima inteligencia, y su porvenir, con el régimen actual, no tiene límites. Yo preferiría un abogado aunque no fuese una lumbrera.

—Además, Roberto es muy simpático.

—Eso sí que es verdad.

—Entonces, ¿qué obstáculos encontráis?

—¿Qué sé yo? De modo que ese proyecto de matrimonio lo creéis seguro.

—Sí, si mi perspicacia no me engaña.

—Lo será por parte de la princesa.

—Que no es la menos importante.

—Pero hace falta el consentimiento del novio.

—¡Diantre! Mal gusto tendría si no aceptase por esposa á una mujer tan bien emparentada.

—Eso no es más que una consideración.

—Y una de las más hermosas de la cristiandad, comprendidas las demás sectas de la religión. Una verdadera Elith, blanca como la nieve y dulce como la pluma del Eider. O si no, miradla un instante. ¿Quiénes son las damas que son aquí el objeto de todas las miradas?

—No sé...

—¡Qué modesta sois! Vos primero, después la princesa.

—Sois un vil galanteador. Invertid los términos de vuestrra proposición. Primero la princesa.

—Lo niego en absoluto. Lo dicho, dicho está.

—Vizconde, ¿queréis, en el próximo entreacto, ofrecerme el brazo para dar una vuelta por el *foyer*?

—Acepto con gran reconocimiento. Deseáis ver de cerca á la princesa, ¿no es así? seréis complacida, condesa.

En aquel momento terminaba el primer acto de *Coppelia*.

La condesa se disponía á salir, cuando Roberto se presentó en el palco.

Notando Gabriela que la princesa no salía del palco, volvió á sentarse, tendiendo su mano al joven, que la estrechó con la punta de los dedos.

—Dispensadme—dijo Gabriela dirigiéndose á Saint-Remiy, que ya estaba en el pasillo con de Tresmes;—saldré dentro de un instante.

—Mucho me alegro de verte—dijo el general á Roberto.—Aquella es tu princesa, ¿no es cierto? Ya la conocía de vista. Está más hermosa que nunca. Te felicito por tu buena suerte.

—Mi general, la princesa no es mia—dijo Roberto recalcando la pronunciación de la última palabra—es la princesa Ivanowska, lo que es muy distinto.

—¡Bah!—replicó el conde con placidéz;—no andes con misterios, querido. Cuando se obtienen los favores de una mujer semejante, bien se puede uno enorgullecer. Imítala, pues ella no oculta sus preferencias por tí, lo que después de todo no me extraña.

El conde se levantó diciendo á la condesa:

—¿No queréis salir, Gabriela?

—No. Estoy algo cansada. Dentro de un ráto.

En el palco quedaron solos Gabriela y Roberto.

El capitán estaba algo perplejo, pues se veía vigil do por la mirada de Constanza.

—La modestia es una virtud, y vos la practicáis.—Insinuó la condesa para entrar en materia.

—No me reconozco ese mérito, ni me canonizarán por tan poca cosa.

—Sois reservado y carecéis de vanidad. Nada os falta.

—Os equivocáis. Me faltan muchas cosas que ambiciono y que no poseeré jamás.

—¿Y son? Sepamos.

—Pues lo que tienen muchas personas de las que me rodean y á quienes veo siempres resplandecientes de felicidad.

Y al decir esto, Roberto dirigía una significativa mirada al sillón que momentos antes ocupaba el general.

Un vivo carmín coloreó las mejillas de la condesa.

—Me parece que no os falta á quien pedírselo—replicó Gabriela con viveza.—La princesa es rica y puede dar la limosna de su tiempo y de sus gracias. Además, posee una superioridad sobre otras vecinas suyas.

—¿Cuál?

—Su independencia.

Roberto no contestó.

La condesa añadió:

—Parece que se sacrificaría con mucho gusto por vos.

—¿Qué es lo que os lo hace suponer?

—Todo y nada. Ciertos rumores; las indiscreciones de vuestros amigos y de los suyos. No debéis quejaros, pues sería la realización de un agradable sueño.

—Ninguno de los que he tenido se ha realizado según mis deseos.

—Dejad ese estilo alambicado, Roberto,—dijo secamente la condesa. Conformáos con la realidad. La princesa se parece á una fantástica aparición, pero tiene más consistencia que un espectro, y estad seguro de que tenéis muchos envidiosos que pagarían muy caro el derecho de apoyarse, como vos, en el respaldo de su sillón, y poder respirar el perfume de sus rubios cabellos con la libertad de vuestros derechos de conquistador. Dejad á un lado vuestro fastidio y sed lo que sois, joven y dichoso. Si es por exceso de galantería para conmigo por lo que tratáis de disimular vuestras dichas, no hacéis bien. Resignada por completo al cumplimiento de mi misión,—y Gabriela se mordió los labios—no sé si me quedan amarguras de los tiempos pasados, ó esperanzas para el porvenir, porque no quiero interrogar mi corazón.

—¿Temeríais su contestación?

—¿Qué puede importaros? Si alguna vez necesito distracciones, las buscaré donde más fácilmente puedo encontrarlas, en las atenciones de que me rodea mi marido, en el lujo que su gran fortuna me permite ostentar, en las fiestas y los viajes de que el verano, ya próximo, nos permitirá disfrutar.

Haced lo que yo, pero os suplico que no inquietéis mi reposo con vuestros aires lúgubres y taciturnos. Uno y otro debemos aceptar lo pasado, procurar nuestra tranquilidad, dejando á otros, más perspicaces que nosotros, adivinar los sucesos futuros.

Había en el acento de Gabriela cierta mezcla de dulzura y de severidad, de rudeza y de halago. Tan pronto su voz, que velaba para que solo de Roberto fuera oída, era mordaz y colérica, como tomaba modulaciones tiernas y cariñosas. Parecía que se había impuesto la obligación de curar con una mano las heridas que con la otra hacía.

El capitán, indeciso, no comprendía nada de aquel lenguaje tan en contradicción con las revelaciones que se escapaban de las miradas de Gabriela. En vano se preguntaba la causa de aquellos volubles pensamientos, de aquellas escitaciones que manifestaba la condesa.

Siempre en lucha, temiendo enfadarla y al mismo tiempo deseando convencerla de la profundidad de su amor, no podía soportar la idea de que Gabriela le creyese verdaderamente enamorado de la princesa.

Un gran dolor y una ansiedad vivísima se dibujó en el rostro del joven.

La condesa se compadeció y dijo con voz llena de emoción y de ternura:

– Cuando os hablo de este modo, es porque creo que necesitáis tener tanto valor como yo.

Y como si comprendiese, por la apasionada mirada que le dirigió Roberto, que había cometido una imprudencia y una nueva infracción de sus deberes, añadió:

—¿Quién de nosotros no tiene necesidad?

—Si quisiérais auxiliarme un poco,—contestó el capitán con suplicante acento.

–Si no es muy difícil ...

—No. Permitidme que mañana os acompañe á dar un paseo á caballo por el Bosque, pero los dos solos. Deseo hablaros sin testigos, para deciros un secreto, cuyo peso no puedo soportar. Salís a caballo y os esperaré á la entrada del Bosque.

—Eso no. El misterio no conviene más que á los culpables. Saldremos los dos juntos. Es lo más natural cuando no es preciso buscar subterfugios y cuando no se engaña á nadie.

Gabriela insistió con intención sobre las últimas palabras.

—Sea—dijo Roberto, contrariado;—os lo agradezco mucho.

Y como una mujer pierde raras veces la ocasión de decir algo con malicia, añadió con acento burlon:

—Si los gemelos de la princesa fueran una ametralladora, ya hace tiempo que estaríamos hechos polvo.

Tiene razón—continuó;—si yo estuviese en su lugar, difícilmente os perdonaría vuestras ridículas penas.

—Hasta mañana—dijo Roberto levantándose, en el momento en que entraba el general.

—Adios—dijo éste.—¿Nos dejas definitivamente?

—Sin duda—dijo la condesa—no puede dejar sola tanto tiempo á su bella extranjera.

—Es justo. Y mañana, ¿qué pensais hacer?

—Roberto y yo daremos un paseo á caballo por el Bosque.

—¿Roberto y tú? ¿Pues y yo?

—Vos teneis que cuidar vuestros dolores,—dijo Gabriela sonriendo cariñosamente á su esposo.

—Es verdad. Divertíos vosotros, mis queridos hijos, y gozad de la vida y de la juventud. Buenas noches, Roberto; sostén el honor del ejército francés.

Lord Fowler estaba en autos y comprendía la pasión que la princesa sentía por el capitan.

Segun sus deducciones aquella fantasia, cuyas diversas fases estudiaba con interés, no podía durar mucho tiempo.

Uno de sus goces mayores era ver en los labios de la princesa una sonrisa. Poco le importaba la procedencia de aquella alegría con tal de ver á su dama contenta y satisfecha. Aquello era su punto capital.

Tenía las dos predominantes cualidades de su raza. La paciencia y la obstinación.

A la llegada de Roberto, el inglés dejó el campo libre á su afortunado rival.

—¿He ganado?—preguntó con indiferencia la princesa á su amante.

—Habéis perdido.

—¿De verdad?

—Os lo juro. La condesa os ha elogiado mucho y no ha tenido ni una sola palabra de ofensa ó de crítica para vos.

—Entonces, no tengo ni la menor noción del corazón humano y confieso mi absoluta ignorancia.

—¿Pero qué es lo que habíais pensado?

—No es muy fácil de decir. Era una idea loca. He oido decir con mucha frecuencia que en Francia, y algunas veces también en Rusia, los ayudantes de campo jóvenes, esbeltos, elegantes y de talento, habian sido creados para ejecutar en campaña las órdenes de sus

generales y para reemplazarles en ciertas y delicadas misiones, cuando sus jefes, mal inspirados, se casan con una mujer de veinte años.

La verdad de este axioma se encuentra en la infinidad de anécdotas que, sobre este particular, me han referido. Todas ellas más ó menos exactas, más ó menos ligeras, confirman ese pensamiento. De ahí dimanan mis deducciones.

Ahora bien, el general de Branville, cuya gloria es ya antigua, se ha casado con una mujer joven y hermosísima y tiene un ayudante que reune todas las condiciones que yo os enumeraba hace poco. La condesa, que conoce mejor que yo este axioma, duda y teme que yo le quite este auxiliar, sobre el cual había fundado legítimas esperanzas. Es, por consiguiente, lógico que me aborrezca y que esté furiosa. Por eso esperaba que hablase mal de mí, como mujer mala, fea, coqueta, extravagante ó tonta. Era lo menos malo que podía imaginar. Una mujer ordinaria hubiera dicho lo suficiente para hacerme condenar á veinte años de trabajos forzados.

O mucho me equivoco, ó la condesa me detesta aun más de lo que yo suponía, y créolo así porque contra todo lo natural y lógico, se empeña en elogiarme, lo cual, como dicen en los dramas, me deja completamente estupefacta.

—Con todas esas paradojas queréis una vez más demostrarme vuestro talento.

—No tengo tantas pretensiones. Creo tener alguna experiencia y siempre, por eso, sigo tenazmente la pista á mis ideas. Con que no os fieis mucho de mí.

—¿Qué queréis que tema, si no perder vuestros favores?

—¡Mis favores! Eso es muy platónico. Por una vez siquiera hablad como alguien que ama y decid: Lo que yo temo es perder tu cariño, no volverte á ver. Decid lo que queráis, pero ¡por Dios! sed menos glacial, menos académico. ¡Mis favores! Eso sí que es la insulsez de los parisienses. Mejor que vuestras reticencias é hipocresías, prefiero la brutal franqueza de nuestras comarcas, ó las exaltadas pasiones florentinas. Vosotros os ocultais para amar, como si no hubiese placer y honor en hacer alarde de la unión de dos almas jóvenes y libres, una unión que el mundo puede perseguir con sus maledicencias, pero que, los murmuradores son los primeros en envidiar.

—¡Lord Fowler os escucha. Hablad más bajo, querida princesa!

—Lord Fowler no tiene nada que ver con esto. Me quiere como amigo y mucho más que vos, estoy segura. Aprueba todos mis caprichos y se somete á todas mis voluntades. Yo no le amo, y estad seguro de que lo mismo le sucede á la condesa de Branville, respecto á su marido. Todas las mujeres se parecen, están fabricadas por el mismo molde y en todas ellas arden las mismas pasiones.

—Os juro que os equivocais. Gabriela ama á su marido.

—Entonces es una santa y una mártir. Rogaré á la abadesa de Troitza, que es parienta mía, que mande una aureola para coronar su busto en la próxima exposición, porque me

han asegurado que el general se lo ha encargado ya el célebre escultor Currier Belleuse.

—En efecto. Es verdad.

—El modelo es halagüeño para un artista. Vos sin duda pensais así.

—¿Por qué?

—Porque cuando estábais en su palco la habéis estudiado de cerca y vuestra conversación era muy animada. ¡Os hablábais con una intimidad!.... ¿Qué le deciais?

—Yo....Nada.

—¡Ah!

—Escuchaba.

—Entonces, ¿qué os decía la condesa?

—Pues de lo que hablan las mujeres. Me decía que era muy dichosa, que no le faltaba nada, que se divierte mucho, que este verano va á recorrer las principales capitales de Europa. Me ha hablado de modas, de tonterías, de alhajas, y....nada más.

—Y en su conversación no ha mezclado, ó no ha hecho referencia á un pequeño templo griego en forma de Parthenon y en cuyo fronton, en letras de oro, hay esta sola palabra: *Eros!*

—No.

—¿No ha elogiado tampoco al dios cuyo nombre acabo de pronunciar?

—Tampoco.

—Entonces, si no me ocultais la verdad, que sería muy posible, la condesa es una hipócrita refinada. Todas las mujeres hablan de amor cuando se habla con ellas un cuarto de hora, hasta las que no piensan mal. Conque con mayor razon las demas.

—No sois generosa.

—¿Qué queréis? Sin fé no se hace nada bueno.

—¿Sabéis la reflexion que se me ocurre?—dijo Roberto, ensayando una sonrisa.

—No.

—Pues que entre la princesa Ivanowska y la condesa de Branville, la peor es....

—¡Soy yo! ¡No sois de Paris, mereciais ser de Berlin ó de la Lacedemonia! Verdaderamente, no comprendo por qué os amo.

Y se volvió desdeñosamente hácia el salon.

Pocos momentos después, cuando vió que la condesa, apoyada en el brazo de Saint Remy, desaparecia del palco, la princesa, con estudiada indiferencia, dijo á Roberto:

—Vamos á intentar una segunda prueba. Ofrecedme vuestro brazo, os lo ruego.

Cuando la princesa y Roberto aparecieron en el *foyer*, fueron acogidos por murmullos de admiracion y envidia.

La princesa lucia un precioso vestido de terciopelo azul celeste, liso y sin adornos, con el cuerpo ligeramente descotado.

Su marmórea garganta, rodeada de un collar de diamantes, formaba un luminoso contraste entre el azul de su vestido y la diadema de oro de sus cabellos.

A pesar de su aparente dulzura y la serenidad de su rostro, verdaderamente imperial, mirándola con atencion, se reconocia fácilmente cierta dureza en su fisonomía.

Por el otro lado, Gabriela, resplandeciente en aquel centro deslumbrador, aparecia en el *foyer* acompañada del vizconde Palamede. Estaba dominada por el mismo sentimiento que

la princesa, el de verse frente á frente y asegurarse de cerca del valor de su rival.

Comprendía, como la princesa, que sus existencias estaban encadenadas por un misterioso lazo, y que tenían una sobre otra, cierta secreta influencia.

Saint Remy, orgulloso de la belleza de su pareja saludaba con un signo de cabeza á sus innumerables conocimientos é indicaba á Gabriela los personajes célebres que se cruzaban.

La condesa distraída, indiferente á todo lo que la rodeaba no pensaba más que en su proyecto, buscando la manera de encontrarse con la princesa, para lo que serviala de guía el vestido azul y los cabellos de oro.

Gabriela estaba verdaderamente hermosa con la animación que se dibujaba en su rostro.

En el momento en que atravesaba el *foyer*, vió á tres pasos de ella, contemplando con admiración unas pinturas, á la princesa, apoyada en el brazo de Roberto.

Instintivamente dirigió sobre el capitán una mirada de censura que la princesa recogió al vuelo.

La princesa comprendió que aquella mirada era una declaración de guerra y los preliminares de la entrada en campaña.

Las hostilidades iban muy pronto á comenzar.

XIII

Cuando la princesa se encontró sola con Roberto en su hotel de la Avenida d'Antin, se mostró más expansiva y amable que nunca.

Le rodeó de sus más finas atenciones y caricias, y en el momento en que Roberto se despedía, le dijo:

—Sé franco y confiesa que tenía razón, cuando, hace poco en el teatro, te decía que la condesa, cuyas virtudes domésticas me has garantizado, esa inmaculada del matrimonio, tiene un amante.

—Querida princesa—replicó Roberto—calumniáis á Gabriela. Si queréis que os comprenda, es preciso no hablar por enigmas.

Un poco de paciencia. El amante de tan adorable mujer es un joven de tu edad y que tiene un parecido asombroso con un capitán amigo tuyo.

—¿Y cómo se llama?

—¡Roberto Pontis!

—¡Estáis soñando, princesa!

—Las mujeres no nos equivocamos nunca, cuando se trata de estas cosas. Esa mujer te ama. Ignoro todavía si tu la amas también, pero infaliblemente, más pronto ó más tarde, tú la amarás, pues no se vive impunemente bajo el mismo techo que tan seductora criatura ¡Este es el axioma de los ayudantes de los generales! Y luego hay que conceder que la princesa es bellísima.

—Os aseguro que la señora de Branville...

—Es un ángel. Estamos conformes. Solamente que es un ángel descendido de las regiones etéreas y que tiene un corazón lo mismo que cualquiera otra mujer, seno palpitante, soberbias espaldas, brazos mórbidos y ojos demasiado expresivos. En una palabra, un ángel con el cual nuestro padre Adán hubiera poblado el paraíso terrenal de «bebés» blancos y sonrosados, lo único, según creo, que faltará siempre para completar la felicidad del general. Estoy segura de que esa mujer te ama; pero yo también te adoro. Por ti he hecho lo que deseaba evitar desde la muerte de mi pobre esposo; he abandonado á San Petersburgo, á la corte, al Czar, mis palacios, los magnates, en una palabra, lo he abandonado todo. Tú eres mi compensación, lo equivalente á lo que dejé en mi país. Si me atacan en lo que más quiero, sabré defenderme; mas si tú me engañas, me vengaré! Esta palabra tan trivial en los labios de una mujer, la doy su verdadero valor, afirmándote que no efectuaré mi venganza por medio del veneno ni del puñal, me vengaré empleando procedimientos anodinos que hacen menos ruido.

—¡Quimeras é invenciones de mujer ociosa y desocupada—dijo Roberto, besando la mano de la princesa.

—¡Cosa!—replicó la princesa acariciando las pálidas mejillas de su amante.—Sé lo que necesitaba. Y ahora, vete á dormir y medita mis... quimeras. ¡Buenas noches, *carissimo*! ¡Que la vecindad de la hermosa condesa no turbe tu sueño!

El capitán atravesó el vestíbulo del hotel, donde dormitaban sobre cómodos sillones varios criados, envueltos en magníficas pieles, y salió á la Avenida.

Los mecheros de gas esparcían su dorada luz, contrastando con los pálidos reflejos de la luna.

Algunos transeuntes retrasados cruzaban la calle con paso precipitado.

Roberto, preocupado, pegando con el bastón en la punta de sus botinas, marchaba lentamente, reflexionando sobre la singular situación que se había creado.

La princesa no se equivocaba.

La frialdad de su amante, después de la pasión de los primeros días, fué la causa de sus dudas.

El capitán llegó á las dos de la mañana al hotel de Branville.

Un profundo silencio reinaba en la calle de Courcelles.

Roberto, temiendo ser escuchado por la condesa, abrió con precaución la verja del jardín y penetró en el hotel, marchando de puntillas como un ladrón que teme ser sorprendido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

XIV

De día en día y casi de hora en hora, aumentaba el afecto que el general sentía por Gabriela.

En efecto, la joven, por lo menos aparentemente, merecía el excesivo cariño que su marido le demostraba.

Una libertad completa y sin reservas había substituido al fastidio, que antes sentía al lado del conde, y que muy á menudo la costaba trabajo disimular.

Las familiaridades de su marido acogíalas con una plácida sonrisa, y jamás se oponía á satisfacer sus caprichos, por efímeros que fueran.

Por consiguiente, el señor de Branville era completamente feliz.

A la salida de la Opera, electrizado por las admiraciones de que Gabriela había sido objeto, seducido por los perfumes respirados en el carruaje que les condujo al hotel, asistió

después al más encantador de los espectáculos.

Rosa, que esperaba á su ama para desnudarla, se retiró cumpliendo las órdenes recibidas.

La condesa, de pie frente á un espejo, sin parecer notar la presencia de su marido, dejaba caer uno á uno todos sus vestidos.

Sin embargo, un espíritu aéreo é invisible, colocado frente á ella, hubiera notado que sus labios se crispaban ligeramente al notar el aspecto del conde, cuyos movimientos observaba en el espejo. Indudablemente su presencia contrariaba á Gabriela.

Recostado en un diván, el general asistió á la *toilette* de su esposa, admirando aquellas bellezas que formaban parte de sus dominios.

La condesa, cubierta con un peinador de finísima batista, que transparentaba las perfecciones de su cuerpo, se acercó al general, quien saliendo de su éxtasis, recordó instintivamente su perdida juventud.

—Buenas noches- dijo Gabriela—es la una de la mañana, y me estoy cayendo de sueño.

—¿Me despides?—preguntó el general con dulzura.

—Estoy muy cansada y me extraña que vos no lo estéis también. Por complacerme os habéis condenado á llevar una vida á la cual ya no estábais acostumbrado.

—Es verdad. Los bailes, las reuniones, las fiestas....

—Debéis estar disgustado por mis exigencias.

—¡Disgustado! De ningún modo, querida. Mi ambición no podía desear una dicha seme-

jante á la que te debo. No existo en el mundo un marido más favorecido por la suerte que yo. Tanta gracia, tanta belleza y tanta juventud, todo me pertenece. Mi felicidad puedo únicamente compararla con un cuento de hadas, y algunas veces tengo necesidad de frotarme los ojos para asegurarme de que no sueño. Yo mismo no me conozco. Tengo aspiraciones de colegial, y siento renacer las pasiones ardorosas de la juventud.

Una hora más tarde Gabriela estaba sola, rígida y temblorosa, escuchando el ruido de los pasos de su marido que se alejaba.

Con movimientos febriles pasó por su rostro un pañuelo húmedo, como queriendo borrar las señales de las caricias recibidas.

Durante largo tiempo permaneció inmóvil, con la mirada fija y los labios contraídos.

En el momento en que se dirigía á su alcoba oyó un ligero roce de pasos en el corredor, y más lejos, en el fondo, el ruido de una llave.

—¡Pobre Roberto!—pensó Gabriela.—¡También él sufre! Pero él puede buscar alivio á sus penas, y yo no tengo ese derecho.

XV

Al día siguiente un sol hermosísimo prestaba su alegría á un cielo transparente y puro.

Muy alegre y satisfecho el capitán, bajó muy de mañana á las caballerizas para presenciar los preparativos de su paseo con Gabriela.

Mandó ensillar con esmero su caballo alazán, y en seguida dirigió sus atenciones sobre Miss Kate, la yegua favorita de la condesa.

A las siete en punto bajó Gabriela, ya lista para montar, lo que efectuó ayudada por el joven.

También ella estaba alegre y decidida.

Tan pronto como los dos ginetes atravesaron el patio del hotel, pusieron sus caballos al trote.

El general, que al ruido de los caballos se había asomado al balcón, envió á los jóvenes un adiós afectuoso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jante á la que te debo. No existo en el mundo un marido más favorecido por la suerte que yo. Tanta gracia, tanta belleza y tanta juventud, todo me pertenece. Mi felicidad puedo únicamente compararla con un cuento de hadas, y algunas veces tengo necesidad de frotarme los ojos para asegurarme de que no sueño. Yo mismo no me conozco. Tengo aspiraciones de colegial, y siento renacer las pasiones ardorosas de la juventud.

Una hora más tarde Gabriela estaba sola, rígida y temblorosa, escuchando el ruido de los pasos de su marido que se alejaba.

Con movimientos febriles pasó por su rostro un pañuelo húmedo, como queriendo borrar las señales de las caricias recibidas.

Durante largo tiempo permaneció inmóvil, con la mirada fija y los labios contraídos.

En el momento en que se dirigía á su alcoba oyó un ligero roce de pasos en el corredor, y más lejos, en el fondo, el ruido de una llave.

—¡Pobre Roberto!—pensó Gabriela.—¡También él sufre! Pero él puede buscar alivio á sus penas, y yo no tengo ese derecho.

XV

Al día siguiente un sol hermosísimo prestaba su alegría á un cielo transparente y puro.

Muy alegre y satisfecho el capitán, bajó muy de mañana á las caballerizas para presenciar los preparativos de su paseo con Gabriela.

Mandó ensillar con esmero su caballo alazán, y en seguida dirigió sus atenciones sobre Miss Kate, la yegua favorita de la condesa.

A las siete en punto bajó Gabriela, ya lista para montar, lo que efectuó ayudada por el joven.

También ella estaba alegre y decidida.

Tan pronto como los dos ginetes atravesaron el patio del hotel, pusieron sus caballos al trote.

El general, que al ruido de los caballos se había asomado al balcón, envió á los jóvenes un adiós afectuoso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La mañana estaba hermosa, el Bosque se veía casi desierto, y únicamente de trecho en trecho se veía atravesar velozmente las avenidas, un conejo que corría á guarecerse en su madriguera.

Gabriela respiraba con placer las brisas aromáticas de la mañana, y su compañero lanzaba, á la par que bocanadas de humo, exclamaciones semejantes.

—¡Qué hermoso día! ¡Mirad, mirad, un conejo que se ha asustado! ¡Miss Kate está hoy de buen humor! ¡Qué manera de bracear!

Gabriela no desplegaba los labios.

Escuchaba y parecía que no comprendía.

Al cabo de diez minutos se volvió bruscamente hacia Roberto, y le dijo:

—Creo que no sería para decirme tantas nimiedades para lo que anoche solicitásteis tan emocionado, el salir hoy conmigo.

—Seguramente que no—suspiró Roberto.

—Parecéis muy contento. Sin duda son los restos de la felicidad que ésta madrugada, á las tres, habéis aportado del hotel de la calle de Courcelles.

—¿Tan tarde era?

—Eran las dos y cincuenta y algunos minutos más.

—¿Como lo sabéis?

—No dormía. La mazurca de "Coppelia" me estaba aún dando vueltas en la cabeza. ¿Sabéis lo que parecíais anoche en la Opera?

—Como vos no me lo digáis. . . .

—Pues parecíais un empleado de agencia funeraria.

—¿Y esta mañana?—preguntó Roberto sonriendo.

—¡Oh! Ahora os parecéis á un general al día siguiente de su primera victoria. A falta de otros méritos, poseéis el de transformaros con mucha facilidad.

—No os burléis y hablemos formalmente. Si estoy alegre es porque estoy solo con vos y porque, por la primera vez desde hace un año, voy á hablaros sin testigos, y porque en fin, hoy voy á hablar con el corazón abierto, á contaros todo lo que he sufrido, lo que pienso y lo que deseo.

—¿Respecto á la princesa Ivanowska?

—¡Oh! No me habléis de la princesa. Os lo ruego.

—¿Por qué?

—Porque la detesto, ó por lo menos, no tengo para ella los sentimientos que suponéis.

—Entonces sois un ingrato

—No os riais. Lo que tengo que confiaros es muy serio.

—¿Todavía más?

—Se trata de mi reposo, de mi felicidad, de mi vida. . .

—¿No habrá más? La suma es ya considerable.

—Sí. Hay un punto más grave.

—¡Me hacéis temblar!

—¡El honor!

—Comenzáis á poneros lúgubre. Es lástima. Estábais mejor antes. No me gustan esos aires lúgubres ni esas declaraciones trágicas. Hay que guardarlas para los epitafios, y creo que los nuestros no se han encargado aún.

—¡Quién sabe!

—Vamos, esto marcha. ¿Es que nos vamos á ahogar en el lago?

—Hay otras maneras de morir, y yo muero lentamente.

—Nadie lo diría. ¿Y desde cuándo ha comenzado vuestra enfermedad?

—Desde el dia de vuestro matrimonio.

—Eso me consuela. Si continuáis así, aún viviréis muchos años; y como, después de todo yo no deseo más que vuestro bien, ya estoy tranquila.

—¡No tenéis piedad!

—Tal vez para mí, pero no para vos. He visto con gran contento que la reputación de la princesa es muy superior á la que la sociedad la habia creado, y que posee en gran cantidad las dósis balsámicas y bienhechoras necesarias para vuestro restablecimiento. Os es á vos más útil que el cielo de Niza ó de las islas Hyeres. Amadla como se merece y no os juzguéis condenado por la ciencia, vos, á quien tantos envidiosos rodean.

—Vuestras ironías me aniquilan y me derrotan. Tenia tantas cosas que deciros, y ya no sé lo que os iba á decir.

—Tanto mejor, pues así me ahorraré el escucharlas.

—Sin embargo, es preciso que las sepáis. Yo no puedo vivir así.

—Pero, hablando formalmente. ¿Creéis que ignoro lo que me queréis decir?

—¿Es posible?

—Sí. ¿Qué necesidad tenéis de hacer una confesión que no nos conduce á nada? ¿Qué adelantáis con decirme con apasionadas palabras, más ó menos sinceras, el estado de vuestro corazón? ¡que me adoráis, que morís de amor por mí, que estáis loco de celos, que la vida es para vos un suplicio infernal; todo eso es mentira. ¿El mal está hecho? pues tened la fuerza de la resignación! ¿Tengo yo la culpa de que hayáis guardado, durante seis meses, un silencio inexplicable? ¿Era yo quien debía arrojarse á vuestros pies suplicándoos que me devolviéseis mi perdida fortuna? ¿Tengo yo la culpa de que encontráseis en Rusia encantos tan poderosos que os hicieran olvidar al mundo en general y Nantes en particular? ¿Cómo podía sospechar que las galanterías que conmigo teníais—con aire emocionado, os lo concedo—cuando bailábamos, oprimiéndome el talle y las manos, algo más de lo razonable, valían más que las faltas de sinceridad que son la moneda con que se paga una sonrisa ó un favor ligeramente acordado? ¿Qué tengo que reprenderme y qué motivos de queja tenéis vos contra mí?

El general llegó en el momento en que estaba abandonada de todos, humillada por las que habían sido mis inferiores ó mis iguales, y muchas veces mis favorecidas, llegó en uno de esos minutos pisicológicos en que me ahogaba en un mar de ironías y desengaños. Me trató con su acostumbrada bondad, cuando los demás me lanzaban piedras y sarcasmos, me ha rehabilitado, me ha tendido su mano, y yo le he dado la mía.

Le pertenezco en virtud de un contrato indisoluble, y ya veis que cumplo sus cláusulas y que apuro el caliz hasta la última gota. ¿Que sufris mil torturas? ¿Pensáis acaso que estoy yo en un lecho de rosas? ¿Creéis que mi alegría no oculta, á veces, las penas de mi corazón? Y puesto que habéis deseado una explica-

ción, vale más que ésta sea franca y completa. Si examináseis los cortinajes de mi cuarto, encontraríais las huellas de mis desgracias, invisibles á otros ojos. He mirado frente á frente á mis obligaciones, y me he resignado con mi suerte. Debo al conde la dicha que toda mujer honrada debe procurar á su marido, y la tendrá aunque para ello tenga que perder mi reposo y mi juventud, y no digo mis ilusiones, porque esas, hace ya mucho tiempo que las he perdido.

—No pensáis lo que decís.

—Vos queréis que tenga ilusiones. ¡Pobre Roberto! Sin duda os fundáis, para tener esta convicción tan absurda, en las indiscretas palabras que se han escapado de mis labios y que juzgáis revelan mis secretos pensamientos. ¿Sabéis de dónde dimanan? Os lo voy á decir: de un mal intencionado deseo que me asalta algunas veces y que, sin quererlo, me obliga á mortificaros, á devolveros un poco del mal que habéis causado—puesto que os empeñ is en creer que me amáis—callando cuando era útil hablar, y adormeciéndoos en las delicias encontradas en Rusia, cuando tan precisa era vuestra presencia en otra parte.

Me alegro yo al saber que también los demás tienen sus puntos negros en el horizonte, y que su cielo no está al abrigo de las tempestades. ¿Qué queréis? Es una malicia, lo confieso; pero haréis mal en creerme perfecta, cuando no lo soy. Os devuelvo el mal por el mal, y seréis injusto si no pensáis que estoy en mi perfecto derecho.

—Sois mejor y valéis más de lo que aparentáis valer.

—Supongámoslo si queréis. Y para terminar, ¿qué me pediríais para probar mi problemática bondad?

Roberto no supo que contestar.

—Ya veis—continuó la condesa—que ni aun os atrevéis á formular un mal pensamiento que nos obligara á cometer una acción indigna. Si yo soy la esposa del conde de Branville, vos sois su hijo adoptivo y le debéis tanto como yo y nuestros deberes son en un todo semejantes. ¡Ah! si os llamáseis el baron de Tresmes ó el vizconde de Saint Remy, tal vez fuérais á los ojos del mundo perdonado por cortejar á la condesa de Branville, la mujer de un general achacoso y cargado de lustros y reumatismos: pero vos, Roberto, su ahijado, su protegido, como yo, por él salvados de la ruina, tenemos obligaciones y deberes que nos colocan en diferente lugar, y siendo ámbos culpables, ámbos seríamos juzgados del mismo modo. Es decir, reprobados por nuestra indigna conducta.

Y como el capitán bajara la cabeza sin responder, Gabriela añadió, tocándole la mano:

—Hé aquí lo que es preciso prever y lo que hay que evitar.

La condesa miró á su compañero de paseo.

Tan abatido estaba Roberto por la verdad de aquella explicación, que Gabriela se arrepintió de su dureza.

Siempre hay un fondo de misericordia infinita en el corazón de todas las mujeres, que verdaderamente merecen este nombre.

—Puesto que—añadió Gabriela con voz emocionada—estamos condenados á vivir bajo el

mismo techo; puesto que sin causar un verdadero disgusto al general y sin hacerle suponer una ingratitud, tan lejana de nuestro pensamiento, no podeis abandonarle, hagamos un pacto para sostenernos mutuamente y allanarnos el camino que nos falta por recorrer. Temo, querido Roberto, que en esta asociación los papeles estén invertidos, y tenga yo que representar el de la encina mientras que vos os contentaréis modestamente con el de la hiedra, que, en buena justicia, debía pertenecerme. Pero ¿cómo un hombre, un soldado, puede tener tan poca fuerza de voluntad?

—Porque os amo y no puedo vivir sin vos.

Gabriela comprendió que hablaba con sinceridad y volvió la cabeza para que Roberto no viese su emoción.

Sin embargo, pronto se repuso y trató de cambiar el giro de la conversación, diciendo:

Tenéis un corazón muy fácil de dividir y muy difícil de satisfacer.

—Comprendo, Gabriela, queréis que os lo confiese todo. Sea. Me pesan más mis dudas que un martirio. Cuando os casásteis, creí que no podría sobrevivir á la pena mortal que sentí. Si me hubieran clavado un puñal en el corazón no hubiera sentido un dolor tan profundo. El honor, ese destestable honor de que me habeis hablado, me ha impedido arrojarme á vuestos pies y confesaros todo, mi pasión, mi tormento. Siguiendo los consejos de un corazón leal, del de Tresmes, creí que la fuga ofrecía un remedio para mis penas y para los horribles celos que me atormentaban. Y digo horribles, porque, ¿qué es el general para mí! Lo ignoro. Ciertos rumores; anécdotas de guarnición, mil circunstancias, insignificantes en apariencia, y cuyo recuerdo trato de evitar, me hacen algunas veces dudar de mi origen. Solicité una órden de partida y me fué concedida como un señalado favor. ¡Estaba decidido á no veros jamás!

Nunca podréis figuraros el tormento sin nombre que pasé la noche anterior á mi marcha. Desde entonces perdí mi alegría. Vos estabáis á dos pasos de mi cuarto y.... no estabáis sola. Víctima de extraña alucinación me parecía oir vuestros sollozos, vuestras quejas; pues á pesar de todo, sabía que me amábais. ¡No digáis que no!

Me amabáis, y aquella noche os entregábais á otro. ¡Antes hablabáis de valor! ¡Hubiera dado diez años de vida por que me hubiéseis visto aquella noche! ¡Más de veinte veces estuve á punto de saltarme la tapa de los sesos! Con una pistola en la mano, recorría y daba vueltas por mi estancia, como un tigre en su jaula. Todo lo veía color de sangre. Mi exaltación me hacía preguntar si no debía mataros y matarme después. ¡Estaba loco! El sagrado recuerdo de mi pobre madre, y el cariño que tengo al general, me dieron fuerzas para sobrellevar mi dolor. Tan pronto como amaneció, salí del hotel como un ladrón perseguido por la justicia, dirigiéndome á casa de De Tresmes. Allí lloré y esperé la hora de mi marcha. Después... de Tresmes me acompañó al ministerio. Lo demás, ya lo sabéis.

Llegué á San Petersburgo enfermo, fascinado por vuestra belleza, que siempre tenía ante mí; quise olvidaros y me acogí como á una tabla de salvación, á la amistad ó al amor con

que la princesa me brindó desde el primer día que nos vimos. Tan profunda era la pena que me embargaba, que la princesa tuvo compasión de mí. No la oculté mis penas, al contrario, pero díjeselo arreglándolo á mi conveniencia, engañándola, diciendo que había amado con locura á una mujer, pero que aquel amor no podía verse correspondido. No la dije la causa, y la princesa creyó en la muerte de aquella mujer, cuyo recuerdo era la causa de mi tristeza y de mi carácter sombrío. Sin duda, pensó que llegaría á amarla cuando lograra desechar la melancolía que me embargaba.

Hice todo cuanto pude para olvidaros y no lo logré. En vano trataba de distraerme frecuentando los salones. No podeis comprender la vitalidad de un amor como el mio. Cuanto más trabajaba para olvidarle, le sentía más persistente en mi corazón.

Al lado de la princesa, vuestro recuerdo me impedía dar persuasión á mis palabras de amor. Tal vez los primeros días pudo figurarse que la amaba, pero hace va tiempo que debe suponer la verdad. Las miradas que os ha dirigido me hacen temer que ha penetrado el secreto de mis sentimientos.

Bien pronto, hastiado de todo, renació en mí un deseo irresistible de veros.

Me engañaba al creer que las bondades del general y la felicidad de vivir cerca de vos, extinguirían la llama que abrasaba todo mi sér.

Pero desde el primer momento en que os volví á ver, comprendí que no conocía mi valor y no he podido resistir más tiempo.

Ya no me queda más que un medio de salvación. Marcharme otra vez, aunque no pueda explicar la causa al general, ni sepa donde ir. Seguramente lo haré, pero al menos, antes de mi partida os habré dicho toda la verdad. Quiero que sepáis que mi alma entera os pertenece y que ninguna otra mujer podrá hacerme olvidaros. Si hubiera guerra iría á hacerme matar: este es el solo medio, el único y honroso partido que se me presenta.

Todo cuanto me oprimía y pesaba, os lo he dicho. Me despreciaréis tal vez, pero me resigno á todos los males con tal de que sepais que nada puede apartarme de vos, y que de cerca ó de lejos seré siempre vuestro.

La condesa había escuchado las palabras del jóven con silenciosa atención.

Roberto aguardaba la respuesta con el corazón oprimido.

Gabriela tuvo un instante de duda: entreabriéronse sus labios, tal vez para contestar con una frase irónica ó para hacer una declaración; volviéronse á cerrar.

—Después de declaración semejante hay necesidad de respirar—dijo, pero poniendo su caballo al galope.

No teneis compasión—añadió.—¿No tengo ya bastante con mis penas, que aun me confiais las vuestras? Seguidme.

El Bosque aparecía aquella mañana con todo el esplendor de la naturaleza.

El invierno le dá tristeza, el verano polvo, y el mes de abril incomparables atractivos.

La condesa reflexionaba. Buscaba el medio de conciliar el respeto que debía á su marido, con la compasión que experimentaba por aquel amor tan ardiente, y al cual no era insensible.

Cuando llegaron al hipódromo de Longchamps, la condesa sujetó su yegua y continuó la conversación en el punto donde la había dejado.

—Querido Roberto—dijo—exageráis las cosas á vuestro modo, y yo no puedo participar de vuestra exaltación. Veo la vida tal cual es, prosáica y monótona, y quiero que penseis como yo. Vuestra educación hay que volverla á empezar. ¿Queréis confiarme ese cuidado? Os prometo no ser severa. Por lo pronto no os marchais, lo que es ya un beneficio para vos, pues así podreis proporcionaros la dicha de contemplar vuestro ídolo, vivir cerca de él y hablarle cuando os parezca. No os prohibo que me toméis por confidente. Uno y otro tenemos penas, confiándonoslas, las atenuaremos. Yo no tendré celos de la princesa, que tiene el derecho de amaros, y vos no los tendréis de mi marido, á quien ninguno de nosotros tiene el derecho de aborrecer. Si esta alianza es de vuestro agrado, dadme la mano en señal de conformidad. Si no podéis resolveros á aceptarla, marchaos, idos á la extremidad de las Indias ó al Japon. Los primeros días os creereis inconsolable; seis semanas después ya no recordaréis ni la calle de Courcelles ni á los que la habitan. ¡Vos podéis ser dichoso! Sois libre y podéis amar á quien queráis.

Gabriela tendió su mano á Roberto, quien la estrechó con fuerza entre las suyas, y mirando á la condesa con pasión, murmuró esta sola palabra.

—¡Acepto!

XVI

El cambio de carácter que se operó en Roberto desde el día de su paseo con la condesa, fué radical.

Volvió á ser el alegre y decidor oficial de otros tiempos, pero siempre un fondo de gravedad intermitente indica al hombre de talento, bajo aquella apariencia frívola y risueña.

Pasaba las mañanas ocupado en sus estudios, ó bien despachando con el general, que tenía á su cargo el mando de tropas de París.

Las noches las repartía entre el hotel de la avenida de Antin y el teatro; pero todos los días consagraba dos ó tres horas á Gabriela, con quien conferenciaba, ó mejor dicho, de quien solicitaba consejos.

Pocas mujeres en París se veían tan aduladas como la condesa.

El vizconde Palamede seguía guardándola sus atenciones. Pretendía que siempre es con-

veniente el sembrar galanterías en el campo femenino y esperar con paciencia la recolección.

Bien recibido por el general, que apreciaba su talento ligero y práctico á la vez, frecuentaba sus salones y sostenía con Gabriela largas conversaciones, destinadas única y exclusivamente á matar el tiempo.

De aquellas relaciones resultó que la condesa sentía por Saint Remy una verdadera y sincera amistad, á la par que el vizconte sentía por ella un afectuoso respeto.

Más al corriente que el vizconde, de las interioridades del hotel, el señor de Tresmes dirigía rara vez la palabra á la condesa.

Hacía compañía al general, á quien quería sinceramente, y era su adversario en el ajedrez ó en el bezigue.

Sus partidas eran interminables y cuando el teniente, por obligaciones del servicio, tenía que ausentarse, el general no se creía completo. Le faltaba algo.

Todo marchaba bien, al menos en apariencia.

Sin embargo, una sola chispa bastaba para reanimar aquellos fuegos casi amortiguados.

Y un extranjero fué el encargado de lanzarla.

Formaba parte de los más asiduos concurrentes de la princesa Constanza, un español, agregado anteriormente á la embajada de España en Rusia y más tarde, á la sazon, trasladado á la de París.

Joven, inmensamente rico, noble, más parisiense que español—había nacido y sido educado en París—mezcla de Fígaro y Almaviva,

Fígaro por el talento, y Almaviva por sus maneras, acostumbrado á las conquistas fáciles, no juzgando difícil ninguna, el márques de Riozares se había encaprichado cuando la conoció en San Petersburgo, de la princesa, como por anticipación lo estaba de todas las mujeres hermosas.

Durante largo tiempo habíala perseguido con galanterías, cartas extravagantes, versos ridículos y demostraciones comprometedoras, de las cuales la princesa se había salvado no sin trabajo.

Aquel tenorio tenía una figura gallarda y seductora. Poseía abundantes y sedosos cabellos obscuros, fino bigote, mucho talento y sobre todo, un aplomo imperturbable y una confianza de sí propio, que en otro habría chocado, pero perdonable en él por su buena fé, por la sinceridad de su orgullo y principalmente por su noble orígen.

Riozares era magnánimo y generoso por demás.

Tanto le hablaron de la condesa de Branville en los salones de la princesa, que se imaginó estar perdidamente enamorado de ella, y sin ruido armó sus baterías, trazó su plan de campaña y se dispuso á conquistar aquella Gioconda amorosa.

La expedición tenía muchas dificultades.

Primeramente, no visitaba á la condesa, á quien apenas conocía. Tampoco trataba al general, y por último, debía causar algun recelo á Gabriela, si ésta sabía su intimidad con la princesa.

Un baile en el Eliseo le presentó la ocasión que buscaba.

Hízose presentar por Saint Remy á la condesa y bailó con ella parte de la noche.

El tiempo restante le empleó diestramente con el general en algunas partidas de whist. Naturalmente, el general quedó encantado de su conversación y manifestó deseos de verle en el hotel de la calle de Courcelles.

Desde entonces, en todas partes se le vió dirigir sus homenajes á la condesa y dar cordiales apretones de manos al general.

Todos los días Gabriela le encontraba en el Bosque, y á su pesar se interesó por aquel diplomático cuyas ardientes miradas éranla completamente indiferentes, á más de que estaba dispuesta á reirse de la aventura.

Un día que Gabriela iba sola en su carruaje, el marqués de Riozares arrojó al coche un ramito de violetas, que cayó sobre las rodillas de Gabriela.

—Aceptadle—dijo el marqués—os lo suplico, por caridad.

El perfume de las violetas era tan fresco, que Gabriela, accediendo á las súplicas del marqués, prendió el bouquet en su talle.

Por la noche al vestirse, no acordándose ya del ramo, le arrojó á un rincón.

A la mañana siguiente, Rosa la preguntó:

—¿La señora tenía ayer en paseo un *bouquet* de violetas?

—¿Un *bouquet*? Es posible.

—¡La señora le arrojó después á un rincón!

—¡Pero qué quieres decirme con todo eso!

—Como las violetas eran muy hermosas, las cogí y me las he guardado.

—Vamos, déjame en paz con tus tonterías.

—¡Ha sido un señor quien ha dado esas flores á la señora?

La condesa miró á la doncella con aire sorprendido.

—Sí. ¡Pero á qué viene todo eso?

—Las violetas contenían un papel.

—¡Ah!

—La gentil camarera tendió á su dueña un papel perfumadó, que contenía una declaración amorosa en verso.

Gabriela los leyó en alta voz, mientras que Rosa trataba de alejarse por discreción.

—No te vayas—dijo la condesa—no tengo secretos para nadie. Quisiera saber quién ha tenido la audacia de escribirme tales insolencias.

—Si la señora lo permite, le diré el nombre del criminal. Ha sido el marqués de Riozares.

—¡En qué lo has conocido?

—En el perfume del papel que es el que usa para sus pañuelos. Además, la señora le encontró en paseo.

—¡Es verdad! Ya no recordaba quién me había dado esas ridículas violetas. Me las dió en la Avenida, delante de todo el mundo. ¡Hubiera estado bueno que por casualidad hubiera caído ese billetito en manos indiscretas.

—Se venderán y se regalarán tantas violetas al cabo del día, que no tiene nada de particular. Además, el señor de Riozares tiene mucho talento, y no lo habría hecho.

—¡De modo que, según tú, el señor de Riozares tiene mucho talento?

—¡Oh! Sí, señora.

—Y tal vez te parece muy guapo, ¿no es verdad?

Rosa se mordió los lábios y se puso encarnada como una amapola.

—No sé....—murmuró Rosa.—No es feo... y luego es tan alegre. Siempre está riendo.

—Dejemos esta cuestion y dime qué debo hacer. ¿Enviarle el billete? No puedo. ¿Arrojársele á la cara? Es muy grave.

—La señora no debía enfadarse. ¿Qué mal hay en dedicar unos versos á una señora? ¡Y luego es tan amable el señor de Riozares!

—Hoy le devolveré su billete roto en mil pedazos, para que comprenda el caso que yo hago de sus tonterías. ¡Y mientras tanto Rosa, como si no hubiera pasado nada!

Rosa tenía verdadera adoración por su señora, y se hubiera dejado cortar en pedazos, antes que cometer la menor indiscreción.

Por su parte, la condesa nada tenía que temer de esta aventura. El marqués la divertía y no turbaba su tranquilidad.

Cuando pasó su primera sorpresa, se entretuvo con Rosa sobre el aturdido marqués, y para terminar la aventura salió á dar un paseo á caballo con el general, abrigando la esperanza de encontrarse con el español.

No se equivocaba Gabriela.

Pronto vió al marques, caballero en uno de esos fogosos caballos andaluces de paso cadencioso y elegante.

—Querido marqués—dijo Gabriela,—ayer me han leido unos versos vuestros. No os conocía ese talento. Si les cantáseis vos mismo, serían doblemente ridículos.

—¡Encantador! Burlaos de mí. ¡En este momento soy el hombre más dichoso del mundo!

—¿Tambien bacéis versos, marqués?—preguntó el general.

—Algunas veces. Es un talento que suele valerme alabanzas como las que acabáis de oir.

—Segúr tengo entendido—dijo Gabriela en tono de burla.—la princesa Ivanowska poseé gran número de poesías vuestras.

A pesar de su sangre fría, el marqués no pudo dominar su despecho.

Atribuía á Roberto aquella indiscreción de la condesa y comenzó á idear una venganza contra el joven ayudante.

Cabalgando al lado de la condesa, Riozares se preguntaba cómo llevaría acabo su proyecto, cuando una circunstancia inesperada le sacó de sus reflexiones.

Al cruzar una de las avenidas, varios ginetes que venian en sentido contrario, al trote largo, asustaron á los caballos y por poco si derriban al general.

Aquellos caballeros, que tan de improviso llegaban, eran de Tresmes. Saint-Remy y Pontis acompañados de varios amigos.

Gabriela lanzó un grito y perdiendo el equilibrio iba á caer, cuando Roberto, con una ligereza que haria honor á un artista ecuestre, la sostuvo por el talle librándola de una peligrosa caída.

La joven le dió las gracias dirigiéndole una expresiva mirada, cuya pasión no dejó de notar el marqués.

Todos los celosos estan dotados de superior penetración.

—¿A que la condesita—pensó el español,—se muestra tan díscola porque ya tiene quien la agrade?

Por la noche, estando Riozares en el hotel de la princesa, uno de los contertulios decía hablando de Roberto:

—Es el tipo perfecto del soldado de buena fortuna.

El marqués miró á la princesa con aire misterioso.

—¡De buena fortuna!—observó.

La princesa se estremeció.

—¿Qué queréis dar á entender con esas incoherencias?

—Querida princesa—contestó Riozares—seguramente es tener buena fortuna el veros amado de vos, pero en París son necesarias muchas conquistas para que un hombre, aunque sea el oficial mas gallardo de todo el ejército francés, merezca esa calificación.

—Según os explicáis, el capitán es un conquistador irresistible, ¿no es cierto?

—Estoy perplejo, pues quisiera contestaros según vuestros deseos.

—Dejaos de galanterías. ¿Qué os han contado?

—Nada.

—Entonces, ¿qué habéis visto?

—Poca cosa.

—No estáis hoy muy galante.

—Observo siempre una máxima que me he trazado, y de la cual nunca me aparto.

—No os conocía ninguna. ¿Cuál es?

—Devolver mal por mal.

—¿Y qué mal os he hecho?

—El no hacerme ningún bien. He llamado á las puertas de vuestro corazón, y me habéis dejado en la calle. Habéis puesto el mío sobre el fuego, y se ha tostado sobre las ascuas.

—Os quejáis, querido marqués, como si os desollaran vivo. Vos habláis de conquistas y tenéis tantas á vuestro pasivo, que podríais venderlas. Todo se sabe, señor Tenorio, y vos no os dejaríais tostar heróicamente sin probar ántes esos amores fáciles, á los que sé que os prestáis muy gustoso.

—No niego mis culpas—contestó el marqués—pero supongo, encantadora princesa, que no querréis condenarme á perpetua y monástica austeridad. Esas distracciones me permiten aguardar la realización de mis ensueños, que vos conocéis.

Yo deseo un amor único, franco, inefable, un amor eterno, pero que vos fuéseis el objeto de mi adoración. Os le he confesado con toda la delicadeza y persuasivas fórmulas que ponen á mi alcance los diez años que llevo en la carrera diplomática. Os he perseguido con mis súplicas, y aunque con dulzura, he sido rechazado. Después, la razón ha venido en mi ayuda, y con ella nuevos deseos de los cuales forman parte esas fáciles conquistas que me censuráis. Dejé entonces de perseguiros, pero no de ser vuestro amigo. Ahora bien, por una casualidad inexplicable, encuentro—y me humilla el confesarlo—que mi nuevo ídolo me desdeña exactamente lo mismo que vos. Hay otra coincidencia aún más extraña, y es que el obstáculo que hace inútiles mis asiduidades, es el mismo que me cerró, no las puertas de vuestros salones, sino las de vuestro corazón.

La princesa comprendió la indirecta.

Un vivo sufrimiento se apoderó de su corazón, mas su pálido rostro no se inmutó y con-

servó la rígida inflexibilidad de las nieves de su país.

—Reasumiendo vuestras indirectas, hay que comprender que la mujer á quien ahora queréis, ama á Roberto, como suponéis que yo le amo. ¿No es eso?

—Soy caballero y no he designado á nadie ni puedo afirmar lo que no hago más que suponer. Si no me detuviese ninguna promesa, y si cambiasen mis sospechas en infalibles verdades, me impondría una obligación supliendo la insuficiencia de vuestra policía y demostrándoos que hasta los más sabios, tienen siempre mucho que aprender. ¿Cuánto me valdrán mis informes?

—Lo que valgan. Desde cincuenta céntimos hasta cincuenta francos.

—Lo mismo que en las agencias.

—¡Oh! No es dinero lo que deseo. ¡Es algo mejor!

—¿El qué?

—Que me reservéis en vuestro corazón un sitio para el caso de que terminéis con Roberto. ¡Ah! ¡Si vos me hubiéseis dado la más mínima esperanza, me hubiera antes matado á vuestros pies que hacer la limosna de mi dinero á todas esas queridas que me echáis en cara. ¡Mi corazón os espera! ¡No lo he entregado todavía!

Y el marqués salió de la estancia rechazando con un gesto desesperado, la mano que le tendía la princesa.

Esta le siguió con la vista hasta que desapareció del salón.

—¡Comedia!—murmuró después de una pausa.—No piensa una palabra de lo que ha dicho.

XVII

Cuando Luis XII, el 7 de Agosto de 1514, se casó á la edad de cincuenta y tres años con la hermosa y joven María de Inglaterra, que no tenía más que diez y seis, no pudo resistir más que ciento cuarenta y cinco días los placeres y fatigas de su nueva vida.

De más edad que el príncipe y teniendo á su pasivo muchas campañas, el general no soportaba impunemente los excesos que le facilitaba la complaciente resignación de la condesa.

Gabriela no amaba á su marido, y el amor es una invencible necesidad de nuestra naturaleza.

Si hubiera tenido á quien acariciar, á quien amar, no habría pensado en el amor de los sentidos; pero Dios le había negado esta protección suprema.

Una viva turbación que trataba de disimular en vano, se había apoderado de su sér desde el día en que escuchó la declaración de Roberto.

Para olvidar, la entró la fiebre de las diversiones, haciéndose acompañar á ellas por el general.

El conde sufria algunas veces por esa tiranía, pero una mirada, una caricia, bastaban para que se considerase plenamente satisfecho y volvia á su casa contento y feliz por los triunfos y admiraciones de que Gabriela era objeto.

Cuando recibian, los salones del hotel de Branville se llenaban de una corte que hubiera eclipsado á la de algun principillo del *Almanaque de Gotha*.

Formaban parte de los invitados Saint Remy, siempre mordaz y extravagante, de Tresmes, el infatigable adversario en el juego, del general y Riozares, agregado al cuartel de la condesa y confiando alcanzar un d a los favores de tan adorable deidad.

Roberto, que pasaba parte del dia con la condesa, asistía pocas veces á aquellas reuniones, pues no se atrevia á cesar de repente sus relaciones con la princesa.

Gabriela sufria por estas ausencias.

Una noche, sin embargo, Roberto estaba presente.

La princesa estaba invitada á un banquete dado en la embajada rusa en honor de un miembro de la familia imperial que se encontraba en Paris.

En una mesa de juego, en el hotel de la calle de Courcelles, jugaban al *whist*, de Tresmes, Saint Remy, el general y un consejero del Tribunal de Cuentas.

Gabriela, sentada al piano, tocaba un nocturno de Doheler.

Riozares, de pie cerca de ella, volvía las páginas y se aprovechaba de esto para dirigirla apasionadas miradas.

El capitán, taciturno é inquieto, les observaba desde un sillon, cerca de la chimenea.

Cuando Gabriela hubo terminado su nocturno, el marqués ocupó su sitio y dejó correr sus dedos, ligeros como pluma, sobre el teclado.

La condesa, apoyada en el piano, le escuchaba.

Excelente pianista, el español estaba á la vez dotado de una voz fluida, armoniosa y simpática.

—¿Qué es lo que nos vais á cantar, querido marqués?—Le preguntó Gabriela.

—No hableis en plural. Yo no canto más que para vos.

—No quiero privar al público de vuestra hermosa voz. ¿Qué vais á cantar?

—El público ni me importa ni le importo, pero tengo que advertiros que os vais á burlar otra vez de mis versos.

—¿Es obra vuestra lo que voy á oir?

—Si. Es una de mis composiciones dedicada á vos que tanto os burlais de ellas. Sed indulgente.

El marqués preludió una melodia y con exajerado y cadencioso compás cantó un soneto ó más propio, una declaracion amorosa.

—¡Letra y música del marqués de Riozares! —dijo la condesa con alegre acento dirigiéndose al sitio ocupado por los jugadores.—Ya se reconoce por algunas licencias de dudoso gusto.

—Hay que perdonarme,—objetó el marqués. —El amor me ha pervertido.

En la mesa de juego, el general decía á Saint-Remy:

—Mi querido vizconde, aquí teneis los veintidos francos que os debo.

Roberto no perdía de vista las evoluciones del marqués y de la condesa y en su interior juzgaba al marqués demasiado audaz y á Gabriela demasiado coqueta.

—La princesa tenía razon.—Repetia en voz baja.—¡Si no soy yo, será otro! Más pronto ó más tarde Gabriela sucumbirá.

Y aborrecía al marqués como al más temible de los rivales.

Los jugadores habian terminado la partida y escuchaban distraidamente los aires y canciones más en boga que Riozares interpretaba en el piano.

—¿Parece que estais furioso?—dijo Gabriela á Roberto.—¿No os agrada la música del marqués?

—Al contrario.

Y dirigiéndose al pianista que libraba una encarnizada batalla contra las teclas que saltaban bajo la presion de sus dedos:

—Señor marqués, todos deseamos escuchar por segunda vez, la melodía que habeis cantado á la condesa.

—Estoy dispuesto á repetirla tantas veces como la condesa lo desee, pero dudo que tenga en tan alta estima mis méritos de compositor, para someterles dos veces a la misma prueba.

Riozares lanzó una mirada interrogativa á la condesa.

—Creo.—dijo Gabriela, -que todos estos señores oirian con agrado vuestra composición.

Aquella intriga servía á Gabriela de distracción.

—Segunda estrofa,—murmuró Riozares al oido de Gabriela.

Y con el mismo énfasis que la primera vez cantó la segunda parte de su composición.

—¿Quién es el autor?—preguntó Saint-Remy, cuando terminó el marqués.

—¡Vuestro humilde servidor! Es una traducción del ruso que yo dediqué, sin éxito ninguno á la princesa Ivanow ka.

—¡Bravo, marqués!—dijo el general.—Reunis todos los talentos á la vez. ¡Compositor y cantante! ¡Oh! si quisiérais, cuantos éxitos y conquistas....

—Os equivocais, mi general. Algunas veces he conseguido que las mujeres se rian de mi, pero aun no he logrado que me amen.

—Pero, querido marqués— objetó Saint-Remy,—¿cómo queréis que una mujer sèria tenga confianza en vuestros juramentos, si cada dia se os encuentra con una nueva mundana ...

—No lo niego; pero al menos reparo mis faltas con limosnas, y mi conciencia está tranquila.

La conversacion continuó sobre el mismo tema hasta las doce, hora en que comenzaron á retirarse los invitados.

—¡Buenas noches capitán!—dijo el marquès tendiendo su mano á Roberto, quien la estrechó afectuosamente.

Aquellos sáludos afectuosos eran mentira, pues en el fondo se detestaban mutuamente.

¿No es cierto que las cosas pasan muy á menudo de este modo?

XVIII

Antes de entrar en sus habitaciones, después de la marcha de los invitados, el general se despidió de Gabriela, depositando en su frente un paternal beso.

Según la expresión banal, el conde descendía á ojos vistas.

La vida que llevaba ejercía en él los mismos estragos que María de Inglaterra causó en el viejo monarca. Veía con placer la llegada de su retiro, prometiéndose para aquel momento, á la vez triste y deseado, encerrarse en una pacífica soledad y renunciar á las diversiones que desde su matrimonio no dejaba de frecuentar.

La condesa entró un instante en el salón.

Su vestido, de terciopelo negro, ligeramente descotado, y las galanterías de Saint Remy y de Riozares la habían electrizado, comunicando á su rostro una animación que hacía resaltar su extraordinaria belleza.

Roberto continuaba en el salón, apoyado en un ángulo de la chimenea.

Gabriela se dirigió á él.

—Quisiera saber—le preguntó—por qué tratáis de disgustar al marqués de Riozares y qué os importa que cante ó no. ¿Es que me vais á vigilar, ó queréis convertir la casa en un colegio, del cual seréis el pasante?

—¡No, Gabriela. Unicamente no me agrada que el marqués, con su voz de tenorino y sus aleluyas...

—¿Aleluyas? Sois injusto.

—O con sus versos de confitero, os haga sus declaraciones amorosas á la vista de todos y se burle de nosotros que las escuchamos y de vos que se las autorizáis.

—No hago más que sufrirlas.

—Y es demasiado; pero se ve claramente que os divierten y halagan. ¡Son suficientes para comprometeros, y yo no quiero que lo estéis.

—O por vos solo, ¿no es cierto?

—¡Es verdad, estoy celoso! ¡La vida que llevo es imposible, y ya es tiempo de que esto termine! No puedo veros rodeada de admiradores, que confían en ser escuchados cuando tengáis un momento de abandono ó de aburrimiento. ¿Sabéis lo que decían de vos hace pocas noches, en casa de la princesa? Pues que no tardaréis en tener un amante; que acabaréis por hacer lo que otras han hecho; que no sois más fuerte que las demás, y que cederéis á las súplicas que os dirigen. Yo fui el único que os defendió. Todos los demás, sin excepción—eran hombres de experiencia,—os absolvían de antemano de una falta que juzgaron

inevitable. ¡Lo que allí dijeron me está continuamente, desde entonces, resonando en la cabeza! Después de lo que he presenciado me induce á creer que los que yo tenía por escéptico ó calumniadores.....

—Suponíais....

—¡Que tenían razon!

—¿De modo que vos queréis que escoja un amante y que éste seais vos?

—Yo no lo he dicho—dijo Roberto, bajando la cabeza.—Nada os pido, pues eso sería una blasfemia, y merecería morir mil veces si os destinara á semejante profanación. Lo único que puedo deciros es que estoy en un perpétuo martirio, que soy muy desgraciado y que os apiadéis de mí.

—¿Pero cómo?....

—No escuchando con indulgencia, tal vez con interés, las insolentes declaraciones que continuamente os dedican, pensando en que yo también envidio las caricias de vuestra voz y de vuestras miradas, porque estoy loco de amor y de celos.

—¡Roberto!—dijo la condesa con ademán grave.—teníais razón, es preciso que marchéis....imagináos un pretesto y....llevad á la princesa.

—¡No la volveré á ver! ¡La aborrezco! Ella es la que nos separa; sin ella seríais más indulgente; tal vez me amaríais. Creí, y fuí un insensato, que su amor calmaría, en parte, la amargura que sentí al saber vuestro casamiento, y que me haría más fácil la espera de días más felices. Cuando estoy á su lado, comprendo mejor hasta qué punto os pertenezco, y me avergüenzo de la infame comedia que

represento. Las gracias que me otorga me hacen desear con mayor pasión las que vos me negáis. Es una locura, lo sé, pero no soy dueño de mí.

—Roberto—dijo Gabriela conmovida—yo hablaré al general y obtendré que seais enviado á donde queráis. Es necesario que os alejéis, tanto por vos como por mí. ¿Consentís?

—¡No! Ya es imposible. Hace un mes lo deseaba y vos no lo habéis querido. Hoy es demasiado tarde. Los celos me matarían, y las palabras que he escuchado me zumbarían sin cesar en los oidos. Vería á Riozares cantándoos sus atrevidas declaraciones, á Saint Remy y á otros, que fascinados por vuestra hermosura, gozarían del placer de veros, mientras que yo, solo y alejado de vos, moriría de pena y de desesperación.

Una lágrima asomó á los ojos de Gabriela. El profundo dolor del capitán hablala conmovido, mas no se atrevía á demostrárselo.

Recostada en una butaca, y extraviada la mirada, buscaba una solución, que no encontraba, para terminar aquella grave entrevista.

Indecisa, violenta, no sabía qué partido tomar entre su amor y su deber. Quería calmar el dolor de su amante, pero el reconocimiento, la gratitud que debía á su marido y el temor de avergonzarse ante él, pudieron más en ella, haciendo callar sus sentidos.

Roberto, en el mismo estado de postración de la condesa, la contemplaba con arrobamiento.

Si su pasión hubiera estado compuesta de menos adoración y de más libertinaje, habría

aprovechado aquel desfallecimiento de la condesa para conseguir lo que tantos otros ambicionaban.

Al cabo de algunos minutos, la soledad que reinaba en el salón hízola salir de su éxtasis y miré á Roberto, con tan angelical dulzura, que el joven se arrojó á sus pies, y oprimiendo contra sus labios una mano de la condesa dijo:

—¡Dadme alguna esperanza! ¡Decidme, al menos, que me amáis! ¡Que seréis mía!

Un torrente de lágrimas asomó á los ojos de la condesa.

—Querido Roberto—contestóle — tengo un deber que cumplir; la dicha de mi marido. ¡Dejadme reflexionar!

Y haciendo un esfuerzo se levantó, y pasándose una mano por la frente, dejó caer de sus pálidos labios esta esperanza:

—¡Ya veremos!

Después de pronunciar estas palabras, la condesa abandonó lentamente el salón, sin volver la cabeza, como si tuviese miedo de ver su condenación escrita en los muros de la estancia.

Un cuarto de hora después, entró Rosa, la doncella de Gabriela, en el salón donde continuaba Roberto recostado en la butaca que poco antes había ocupado la condesa.

—¡Señor —dijo Rosa—ya es la una y media! ¿Vais á pasar la noche en el salón?

—¡Ah! ¡Eres tú, Rosilla?—dijo el capitán, como si despertara de un letargo. ¡Tan tarde es?

—Ciertamente, y mientras permanezcáis aquí no puedo acostarme yo.

—¿Por qué me has esperado? Después de todo, me alegro que no te hayas acostado. Siéntate, y hablemos.

—¿De qué quiere el señor que hablemos á una hora tan avanzada?

—Háblame de tu señora. ¿La quieres mucho?

—¡Eso no se pregunta! Me educó su madre, á su lado....

—¿Y era bonita de pequeña?

—No tanto como ahora.

—¿Y tú?

—Eso os debe importar muy poco.

—Respóndeme.

—¡Qué sé yo! Nadie reparaba en mí, lo mismo que ahora. ¿Quién queréis que me mirase?

—Los que tengan buen gusto.

—Vamos, se conoce que el señor quiere burlarse de mí.

—Y tú no te casas porque no quieres, pues siendo tan bonita no te faltarán pretendientes.

—Verdaderamente que no faltan, pero yo no les escucho.

—¿Y por qué razón?

—Pues..... porque no encuentro ninguno que me agrade.

—Eres exigente. Mira tu señora. Se ha casado con un hombre que la triplica la edad, y sin embargo, no deja de ser feliz ¿No es cierto?

—Queréis hacerme hablar—dijo Rosa, comprendiendo las intenciones de Roberto,—pero no sabréis una palabra más. La señora estaba aquí hace poco. ¿Por qué no la preguntásteis sus secretos? Respecto á mí, os diré que antes me matarían que arrancarme una sola palabra sobre la condesa. La quiero mucho, y to-

ned por sabido que no hay capitanes, ni generales, ni sargentos que me hagan hablar cuando quiero callarme. ¡Buenas noches, señor Roberto!

—Espérame, Rosa, yo también me voy á descansar.

Como todas las mujeres son algo perversas de por sí, por no hacer excepción á esta regla, Rosa objetó:

—Hay muchos que querrían á mi señora si quisiera escucharlos.

—¿Quiénes?

—El señor Saint Remy, que la mira de soslayo como un perro de caza, el marqués de Riozares, que la sigue á todas partes y siempre la está diciendo galanterías, y muchos más, es decir, todos lo que vienen aquí, sin excepción, y entre ellos se cuenta cierto oficial, que no nombraré, y que no es el menos asiduo.

Roberto se puso encarnado como la grana.

—Sed franco—continuó Rosa. ¿En qué pensábais á la una de la madrugada?

—Si te he de decir la verdad, no me acuerdo.

Roberto se despidió de la doncellita, dándole una palmadita en las mejillas, al mismo tiempo que decía:

—Buenas noches, Rosina; no tengas malos sueños.

Poco después de entrar en su cuarto, Rosa entraba en el suyo: un precioso nidito azul forrado de cretona, situado encima precisamente del cuarto de Gabriela.

Mientras se desnudaba, la alegre doncella tenía el siguiente soliloquio, pensando en el capitán:

—Hazte el discreto todo lo que quieras, que no me engañas. Cuando estabas en el salón, pensabas en mi señora, en la señorita Desgranges, á quien cortejabas y con quien no te has atrevido á casar cuando perdió su fortuna; pensabas en Gabriela, que tiene la debilidad de escucharte, y harías mucho mejor en escoger un amante menos lúgubre que tú. ¡Ah! Si la señora comete alguna locura, yo la aconsejaré la prudencia, que es la madre de la seguridad.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIX

El expléndido hotel del célebre conde de O**, estaba de fiesta.

Abría sus salones, sus jardines, y su salita particular de espectáculos, á lo más selecto de la aristocracia extranjera ó parisiense.

Aquella noche daba un magnífico baile de máscaras.

Los salones estaban inundados de luces; los *buffets* ostentaban apetitosos manjares ecloca-dos con maravilloso arte.

Todo en aquel suntuoso palacio de *Las Mil y una noches*, era prodigalidad de luces, trajes, oro, flores y diamantes.

Una numerosa orquesta lanzaba torrentes de armonía sobre aquellos deslumbradores salones llenos de alegres máscaras, cuyos caprichosos disfraces formaban un conjunto vistoso y lleno de encantos.

Aquello era un tumulto infernal. Unos gritaban, otros daban grandes voces llamando á

una sultana que creían conocer, se empujaban, y algunas parejas se dirigían á los sitios más obscuros para confiarse insensatos deseos ó proposiciones extravagantes.

Todo estaba permitido y aceptado, hasta la falta de gusto y de talento.

A las dos de la madrugada el frenesí de la alegría había llegado al paroxismo.

En aquel mismo momento una dama, elegantemente vestida, atravesaba con majestuoso porte el vestíbulo.

Llevaba cubierto el rostro con una mantilla de preciosos encajes, á través de los cuales se dejaba ver una boca adorable y unos cabellos color oro pálido.

Apenas entró en el salón, cuando una máscara con traje de Enrique III, la paró bruscamente, diciéndola con misterioso ademan:

—Mi querida princesa, os ruego me otorgueis el señaladísimo favor de dar una vueltecita en vuestra compañía.

—No os conozco—contestó la dama,—y no sé por qué me llamais princesa.

—Porque me complazco en daros el título que os corresponde. ¿Quién no os reconocería, aun á través del más tupido velo? Además, os esperaba.

—Señor Riozares, os ruego que me dejeis.

—No soy el marqués de Riozares. El diplomático español, vestido de senador romano, os aguarda en la estufa, y ya que tantas veces os ha esperado, lo mismo en Rusia, como en todas partes, podéis muy bien dejarle impacientarse algunos instantes más. No perderéis el tiempo, os lo aseguro, pues os voy á decir

vuestro sino, con más talento que el astrólogo Ruggieri lo hizo con la reina Catalina.

—¡Dadme prisa!

—Vos amáis con pasion á una persona que no os corresponde, ni os ha correspondido, y lo que es aun peor, ni os corresponderá.

—Perfectamente, pero eso mismo se puede decir á todas las mujeres. El amor no es más que una ilusion. ¿Y por qué no me ama?

—Ama á otra.

—¿Quién?

—Me lo preguntais y vuestro espíritu os ha contestado ántes que yo.

—¿A la condesa de Branville?

—¡Vos lo habeis dicho!

—¿Y ella, le ama?

—¡Ya lo creo!

—¿La prueba de lo que decís?

—Hace quince dias ó más, que no ha ido á veros. Os ha dado explicaciones. ¡Mentira! Que estaba ausente. ¡Mentira! Que trabajaba con el general. ¡Mentira! El pobre conde no se puede mover del lecho por un importuno ataque de gota y tiene más necesidad de un empírico que de su ayudante. Se os engaña princesa, se burlan de vos y es preciso vengarse.

—¿Cómo?

—Plantando en medio de la calle á ese bípedo que quiere, á la vez, disfrutar de dos adorables criaturas; reconociendo vuestro error y reparándole.

—¿Por qué medios?

—Vos teneis dos pretendientes que os son igualmente fieles y constantes.

El primero, lord Fowler, ya viejo y achacoso, y aunque gastado hasta la médula de los

huesos, por sus viajes á las Indias y sus campañas contra los leones y el cólera, posee en cambio muchos millones, lo cual hace desaparecer todos los demás defectos. Sin embargo, vos le habeis despreciado como amante, pero le habeis otorgado vuestra amistad.

El segundo es el marqués de Riozares, meridional, vivo y ardiente como los moros, sus antepasados, de los cuales ha heredado su tez morena y negros cabellos.

Es además tan rico como Rothschild y primo de la reina.

En verso y en prosa os ha cantado su pasion.

Ha querido derretir el hielo de vuestro corazón con los ardientes rayos de su amor.

Se ha arrojado á vuestros pies, os ha besado las manos y habeis logrado que sus ojos, que no habian llorado jamás, viertan lágrimas de despecho y de cólera.

Debiendo aborreceros, os ama con toda su alma y sigue siendo vuestro siervo, vuestro esclavo, como los colonos de vuestras granjas y los caballos de vuestra cuadra.

En cambio ese capitán de aventuras á quien adoráis, os ha tomado á falta de otra cosa mejor, pues no ignoráis que el objeto de su pasion era otra mujer, y se deshace de vos como de un mueble usado ó de una porcelana rota, ahora que su amante se entrega á él por despecho ó por hastío del gotoso de su marido. ¡La Rusia estaba á vuestros pies! ¡París se prosterna! ¡Escoged entre vuestros adoradores! ¡Lord Fowler es el emblema de la fidelidad! ¡Riozares el del amor! ¡Los demás el del capricho! ¿Qué más podeis desear?

La dama no contestó:

El misterioso gentil hombre decía la verdad.

Hacía quince días que la princesa no había visto á Pontis.

El capitan se había excusado por medio de esos triviales billetitos donde se trasluce el deseo de los amantes que quieren terminar y no se atreven á hacerlo bruscamente.

La única y verdadera pasion de la princesa era aquel sombrío y gallardo capitán, que había despertado en ella un amor que hasta entonces no conocia, un amor que no habían logrado despertar todos los que la habían cortejado, arrastrándose á sus pies, enloquecidos por su belleza casi sidérea.

Nadie logró interesarla como Pontis, aquel francés obscuro, que semejante al Klephte del poeta, la había tomado, sin dar nada por conseguirlo, ni aun su corazón.

Bien es verdad que el corazòn de Roberto no le pertenecia.

La princesa, pues era ella, sentía los tormentos de una profunda humillación.

Aquel caballero descorría el velo en medio del barullo del baile, y se mostraba al corriente de lo que ella sola creia saber, pues su perspicacia habíala hecho comprender, que el desvío de su amante era voluntario.

Ella, la soberana, la altiva princesa, ante quien se habían inclinado tantos hombres, se veía tratada, segun la más vulgar y enérgica expresion, como una simple burguesa. No se habían ocupado de su rango ni de su persona. Aquella era la decepción primera de toda su vida.

Un relámpago de ira brilló en sus ojos.

—¡Montis, Riozares!—dijo con viveza, aun-

que sabía que no, pero no quería admitir públicamente su humillación.

—No soy Riozares.—Contestó por segunda vez la máscara.

—¡Mientes doblemente!—Repuso la princesa con cólera.—Solo Riozares tiene osadia para decir lo que tú has dicho.

—O Saint Remy, ó de Tresmes, ó Nancey y todos los íntimos del hotel de Branville.

—Esos son amigos de Roberto y no le hacen traición. Solo los españoles [1] y los napolitanos se ocultan en las sombras para lanzar una infame calumnia!

—¿Y qué puede importarte si te descubro la verdad?—murmuró el gentil hombre.

—¡Sea! firmemos un pacto. ¡Dadme los medios de vengarme de Roberto!

—¿Cómo?

—Vos me aseguráis que la condesa es su querida, ¿no es cierto?

—Sí tal.

—Pues decidme la hora y el sitio donde se ven; pero sobre todo no os equivoquéis.

—¿Cuál será mi recompensa?

—Fijadla vos mismo.

—¡Vuestro amor!

La princesa dió algunos pasos sin contestar.

De pronto, separándose bruscamente del gentil hombre, le dijo estas palabras:

—¡Estamos conformes!

Y como si tuviera miedo de arrepentirse, se alejó con viveza de aquel sitio, confundiéndose bien pronto entre las máscaras del salón.

---

(1) Protestamos de la afirmación del autor francés. —*(Nota del editor)*.

Su paso por él fué saludado con alegres gritos y exclamaciones. Todos querían bailar con ella. Unos hacían corro á su alrededor, y cogiéndose de las manos, se entregan á frenéticos transportes de alegría, cantando *couplets* alusivos á la bella máscara que les desdeñaba, y hacía esfuerzos para huir de aquella algazara infernal.

Cuando hubo logrado verse libre de aquellos locos, se dirigió á la estufa, donde Riozares, vestido con una túnica roja y una capa blanca, parecía dormitar en una mecedora.

—¿Hace mucho tiempo que estáis aquí?—Le preguntó la princesa, descubriéndose el rostro.

—No he salido en toda la noche. El ruido ensordecedor me ha dado sueño, y descansaba.

—Es extraño. Creí haber oido vuestra voz.

—¿Dónde?

—En los pasillos, bajo el difraz de un Montsoreau ó de un Enrique III, que ha hablado conmigo.

—Mi querida princesa, me habéis imitado; también vos habéis soñado despierta. Yo no he abandonado mi cómodo traje de senador romano.

—¿Dónde está lord Fowler?

—Como tardabais, ha salido en vuestra busca, temiendo un rapto.

—¿Aquí?

—Las mujeres son tan débiles.... A propósito: ¿no habéis visto nada que os extrañe?

—No....

—¿No habéis reconocido á ningún amigo?

—Ninguno.

—¡Es sorprendente! Yo que no he salido de aquí he tenido más suerte que vos. ¿No véis en el extremo de la galería, á la izquierda, frente á nosotros, una dama con un traje negro igual al vuestro?

—¿Y que da el brazo á un caballero de hermosa presencia vestido de Luis XV?

—Exactamente. ¿No adiviná is quién es?

—Me parece.... sí.... ¡es el capitán! y la dama que le acompaña....

—¿Quién queréis que sea?

—La señora de Branville.

—Aunque no se ha quitado un momento el antifaz, la he conocido.

La princesa se levantó con presteza del diván en que se había sentado al entrar en la estufa.

—Riozares—dijo con imperioso acento—dadme el brazo y sigámosles.

—¿Para qué? La condesa no comete ningún crimen lo mismo que nosotros viniendo aquí. Habrá querido saber lo que es un baile de máscaras para completar, sobre este punto, su educación. El general, retenido en la cama por la gota y el peso de los años, no puede venir al baile, y el ayudante le reemplaza en sus funciones, acompañando á su mujer. Eso es muy natural.

—No importa.... Acompañadme.

La princesa y el marqués, la primera arrastrando tras sí al segundo, recorrieron los pasillos, los salones, todo el hotel, esperando, aunque inútilmente, encontrar á la condesa y á su compañero.

En vano la princesa, furiosa como una leona á quien arrebatan sus pequeñuelos, inspec-

cionó y rebuscó en los palcos, en el *buffet*, en todas partes; sus pesquisas no dieron resultado.

—Creo que nos hemos equivocado—dijo dirigiéndose á Riozares.—Habéis visto mal. Roberto no está aquí, y la condesa cuida al gotoso general.

—Tal vez—contestó con sorna el español.—El amor me cegaba ¿no es esta una de sus propensiones?

—Gabriela y Roberto, durante las pesquisas de la princesa, se dirigieron en el *coupé* de la condesa, al hotel de Branville.

Cuando llegaron, eran las tres de la mañana.

La condesa subió en seguida al cuarto de su marido.

El general no dormía.

La gota posee la superior ventaja de contar las horas con más perfección que el mejor sereno de Sevilla ó de Córdoba.

—El general sufría horriblemente. Sin embargo, su rostro se animó tan pronto como vió á Gabriela.

—¿Cómo has pasado la noche? ¿Te has divertido?

—Muchísimo. ¡Aquello es maravilloso! Por todas partes flores y luces, y una música tan alegre, que hacía bailar á un paralítico.

—¡A un gotoso, di la palabra! De todas maneras no ha de cambiar en nada mi deplorable situación.

—No penséis en eso. Ya se pasará.

—¡Ah! No me forjo ilusiones. ¡Veo mi fin muy próximo, ahora que quisiera vivir y ser joven.

Gabriela se sonrojó.

—Creo—añadió—que he cometido una tontería casándome contigo.

—¿Por qué?—preguntó extrañada la condesa.

—Porque mi dicha será de muy corta duración, y temo no poder asegurar la tuya.

—No penséis en el porvenir. Sólo Dios sabe lo que ha de suceder. ¿No somos dichosos ahora? Pues eso ya no nos lo quita nadie.

El enfermo la atrajo hacia sí, y ella, como si tuviera una falta que hacerse perdonar, le echó los brazos al cuello y le besó en la frente.

—Dormid tranquilo, y mañana vendré á ver si estáis ya curado.

El general la siguió con la vista.

—¡Y decir—pensó—que tendré que abandonar á otros, este tesoro! ¡Más me hubiera valido no descubrirle! ¡Que no me sea dado saber quién será el privilegiado que la heredará, para aborrecerle de antemano!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

Las habitaciones de la condesa estaban separadas de las de su marido por un salón, donde recibía las visitas de confianza, y que comunicaba con su cuarto por un estrecho y largo pasillo.

Aquel fué el camino que siguió Gabriela cuando se separó de su marido.

Al abrir la puerta, vió á Roberto que la esperaba, y le preguntó con voz temblorosa:

—Es así como nos vamos á separar esta noche?

Y aprovechándose de la semi obscuridad del cuarto, se apoderó de una mano de la joven.

—Dejadme—contestó Gabriela retirando su mano con presteza.—Lo que hacéis es indigno. ¡Abusáis de la debilidad que por vos tengo y que no merecéis!

—¡Es necesario que os hable, no puedo vivir así. ¡Prefiero morir á sobrellevar existencia semejante!

—¡Sea! Mañana hablaremos.

—Mañana no. ¡Ahora!

—Vuestras locuras nos comprometen.

—Nadie se puede enterar. Todos duermen.

—¡El general no duerme, sufre! Si sospechara....

Gabriela, os lo ruego, tened piedad de mí—murmuró Roberto arrojándose á sus pies.—¡Estoy loco, y cuando os veo, soy capaz de todo! Esta noche tenéis que ser mía, ó me precipito por el balcón!

—¡Esas son palabras faltas de sentido! ¡No se mata uno tan fácilmente, y otros muchos han dicho lo mismo y no lo han hecho! ¡Marchaos!

—No, aunque sepa que me comprometo, comprometiéndoos también. ¡Que lo queráis ó no, seréis mía!

—¡Eso es un crimen!

—¡Qué me importa! No es sangre lo que circula por mis venas, es fuego. No soy dueño de mí. Era preciso, para evitarlo, que me hubiérais arrojado de aquí hace dos meses, seis semanas, tal vez ayer todavía, pero ahora ya es demasiado tarde ¡Os deseo, y si no me otorgáis el solo bien que ambiciono, el único placer que me tienta, la sola posesión que me atrae como el oro fascina al avaro, me salto la tapa de los sesos! ¡No creáis que es una trivial amenaza efecto de una pasajera exaltación, es el único camino de salvación que me queda!

¡Vuestras sonrisas, vuestras palabras, vuestras miradas, son la causa de mis criminales deseos! ¡La pasión me domina, no puedo combatirla! Si me rechazáis seré yo mismo, causa

inconsciente de que el general comprenda toda nuestra traición y nuestras criminales entrevistas. Si logro lo que deseo, nada advertirá, pues viéndonos contentos y tranquilos, su felicidad no se verá turbada. Y además ¿vos misma, no deseais lo que yo solicito?

La mujer, que, sola, en medio del silencio de la noche escucha á su amante, está casi siempre medio vencida.

Gabriela, de pie, presa de involuntario temblor, dejaba hablar á Roberto.

—¡Creéis que yo no he comprendido...continuó Roberto—los sentimientos que respecto á mí teneis? ¡Entonces, á que vienen esas violencias y ese miedo? ¿Es que por ventura debemos sacrificar nuestra vida por la felicidad de otro? Nadie ha de conocer nuestro amor. El placer de ser tuyo—dijo Roberto tuteándola—de corazón y de alma, á más del afecto que tengo á mi protector, calmará los celos que me devoran. ¡Entonces cambiaremos la agitación de hoy por horas dulces y tranquilas! ¡Ah, Gabriela! Te lo ruego, no decidas la desdicha de nuestra vida. ¡Creéme! Entregándote á mí firmas tu felicidad y la mía. ¿Sonríes? ¡Ah! me amas. Lo sabía.

¡Por qué has luchado tanto tiempo? ¡Cuantas horas de felicidad perdidas!

En efecto, Gabriela sonreía.

Sonreía y lloraba.

Para una naturaleza llena de abnegación y ternura como la suya, no dejan de ser peligrosos los sofismas del verdadero amor.

En su corazón sentía una voz más elocuente que la de Roberto. La de su amor.

Amaba con sinceridad y su resistencia pasada habíala costado muchos suspiros.

Reconocía la sinceridad de Roberto en el desórden de sus ideas, en sus mal disimulados furores y en las amenazas que el delirio le había hecho proferir y que seguramente habría cumplido.

Vacilaba entre la inquietud del porvenir y el deseo de curar la herida que había causado.

Su amante la tenía abrazada por la cintura.

Gabriela, subyugada, presa de gran emoción, buscaba una frase de perdon y las palabras se ahogaban en su garganta.

Un ruido ligero que provenía del piso superior, la advirtió del peligro de su situación.

—¡No tengo fuerzas para luchar! Un presentimiento extraño me advierte que nuestra desgracia comienza.

Ella le levantó con mano febril, y poniéndose un dedo sobre los labios, arrojó su mantilla sobre la alfombra.

¡Es indudable que una virtud más, sucumbía!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI

El cuarto de la condesa, á las nueve de la mañana siguiente, estaba aún herméticamencerrado.

Tan solo un rayo de sol que se filtraba á través de las persianas, esparcía una debil claridad sobre los diamantes, las pulseras, los encajes y el ajado vestido.

Todo estaba esparcido por la estancia.

El desbarajuste de los muebles indicaba el desórden de la pasada noche.

Acostada aún, la condesa de Branvi le disfrutaba desde hacía algunos instantes de un sueño agitado y febril.

Un rayo de sol, atravesando las triples colgaduras, vino como una flecha á posarse en los párpados de Gabriela.

Esta se despertó.

Estaba sola.

Quiso coordinar sus ideas y lanzó una mirada de asombro en su derredor.

El aspecto del cuarto, la mantilla y las ropas esparcidas por el suelo, y aquel disfraz de Carnaval, la hicieron volver con espanto á la realidad.

Con febril ademan se puso un peinador de batista y se dirigió al cuarto de su marido.

Después de una mala noche, pasada con terribles dolores, el general logró conciliar el sueño.

Gabriela contemplò con tristeza aquella venerable cabeza cubierta de canas, que conservaba su expresión de bondad y de energía.

—¡Le he deshonrado!—pensó.

Y como si quisiera pedirle perdón por la falta cometida, le besó piadosamente en la frente.

El conde se agitó bajo la impresión de aquella caricia y abrió los ojos

—¿Ya levàntada? Eres tan matinal como los pájaros.

—Nada sospecha—pensé—Roberto tenia razèn.

—¿Hace mucho tiempo que estás ahí?

—Llego en este instante. ¿Como os encontrais?

—¡Mejor! Casi me atrevería á jurar que ya estoy curado. Y tú, hermosa mundana, ¿por qué te levantas con la aurora?

—¡Ah! ¡Ya hace mucho tiempo que la aurora ha tomado su vuelo! Son las nueve de la mañana.

—¡Las nueve ya, y yo encadenado en esta prisiòn! ¡Maldita gota! ¡Y tengo que dar las órdenes y hacer la inspección! ¡Cuántos deberes que no cumplo ó que cumplo mal! ¡Sin contar los que tengo contigo!

—¡Bah! Consolaos. No vais á pedir el retiro dentro de dos meses?

—Pues eso mismo es lo que me asesina. ¿Sabes lo que es el retiro para un viejo inútil como yo? Es borrarme de la lista de los vivos, es el entierro anticipado que anuncia al otro, al verdadero, al definitivo. Es el aburrimiento de la ociosidad; es la desesperación de comprenderse inútil, como un viejo retrato que se sube á la guardilla por ridículo y roto; es la tumba con su inmovilidad. Es cien veces preferible la muerte, pues enterrado bajo seis pies del suelo, no se ve divertir á los demás, ni las risas de los que han ocupado nuestra posición y son lo que uno no es ya queriéndolo aun ser, es decir, joven, vigoroso, enérgico y, vergüenza me da recordarlo, hermoso y gallardo.

Pero cuando ya se es lo que yo, una miserable peluca, un corazón de hielo, un cuerpo inerte, cuando no sirve uno de nada, ni para nada, se es egoista, celoso, y se envidian hasta los dones del azar, la belleza, los dientes, los cabellos y la salud de los jóvenes.

—Sobre todo—continuó el general—cuando se tiene, como yo, cerca de sí, una adorable niña, hermosa como el día, que trastorna nuestra cabeza.

Y atrayéndola dulcemente hacia sí, la hizo sentar en su lecho.

—Es necesario—continuó—que te haga una confesión. Tú te figuras tal vez que soy mejor que otros maridos que conocemos. Crees que soy bonachón é indulgente y que perdonaría, sin esfuerzo alguno, las ofensas de ciertos entes de mal género y la invasión de mi

territorio por ladrones de elegante figura y de buen apetito. Muchos hay que te rondan como *pickpockets* y dirigen atrevidas miradas como el Saverny de Marion Delorme, y si no imito al Didier del drama, es porque confío en tí y sé que pierden el tiempo miserablemente.

Sin esta confianza sería celoso como Otelo, pero te aseguro, que al osado que trate de robarme tu afecto, le mataré como á un perro, sin remordimiento alguno. ¿No estoy en caso de legítimo derecho? Tu amor es lo único que me queda de esta vida, y es la mía la que defenderé arrebatándosela á los que traten de robármele.

Una maliciosa sonrisa pasó por los labios de Gabriela.

—Quisiera, tan solo una vez, veros enfadado.

—Yo no me enfado jamás, mi querida Gabriela. La cólera es el signo de las almas débiles. En las graves ocasiones, el hombre enérgico guarda siempre su imperio, obra con frialdad y se exalta. Ese es el más temible. ¡Estáis advertida! ¡Ten cuidado!

Gabriela movió la cabeza con aire de duda.

—No os creo tan malo como queréis aparentar. Suponiendo que os engañase, si no lo sabíais, mal podríais vengaros.

—¿Pero piensas que una mujer puede engañar á su marido sin que este se entere?

—Sin duda alguna. La ceguedad es un señalado favor que Dios concede á los maridos. Si no sintiéseis el malestar que anuncia las enfermedades, ¿qué serían para vos, la gota, la parálisis y los demás sufrimientos de la ve-

rra? ¡Pero se puede saber—añadió, tomando una postura de actriz trágica—de dónde os vienen esos pensamientos funestos?

—Del derecho que tengo de perseguirte y hacerte desagradable la vida.

Y acariciando la mano de su mujer, añadió:

—¡Cuanto más próximo veo el término de mi vida, más te amo! Eres todo para mí; el resto del mundo me importa menos que la cáscara de una nuez.

En aquel instante, Roberto entraba en el cuarto del general.

—Todo, á excepción de este buen mozo, que tiene la barba como yo la tenía, los ojos ardientes de mis veinticinco años, y es como yo lo era á su edad, el capitán más conquistador de la Francia.

—Mi general—preguntó Pontis—¿qué órdenes me dáis para hoy?

—Tan solo una. Vas á ir á casa del Ministro y á hablarle del siguiente modo:

El General de Branville es un viejo carcamal con el que no se puede contar para nada. Ya no tiene piernas: el cuerpo está destornillado y mal sostenido por ruinosos pilares.

Por consiguiente, os ruega que le retiréis su mando reemplazándole por un personaje menos debil. Vete en seguida y traeme la respuesta.

—¡Imposible, mi general! Yo no cumpliré esa misión.

¡Diantre! ¡Cómo ha degenerado la disciplina! Hazme favor de obedecer mis órdenes, pero en seguida.

—¿Y si el Ministro se niega, alegando que

por un insignificante ataque de gota, no debe privarse de vuestros servicios; si dice que sois imprescindible y os suplica que conservéis vuestro puesto, qué debo contestarle?

—Nada. No te hará esas objeciones, adulador! Algo tienes que pedirme cuando hablas de ese modo.

—Nada tengo que pediros, mi general. Estoy muy satisfecho, os lo aseguro.

—Y decís que dentro de dos meses nos tendremos que separar. ¡Sin general no hay ayudante, ni escolta, ni nada!

El general se tiró con rabia del bigote.

¡Es mas aburrido de lo que se imagina! Lo peor de todo sería la separación, pero confío en que no te enviarán á los antipodas. Trataré de que envíen á alguno de mis antiguos camaradas, cerca de París, y para ello invocaré mis antiguos servicios, y si es necesario, pondré en juego mis muchas relaciones.

¡Tú vendrás á vernos muy á menudo.

La perspectiva de mi retiro me aniquila, me parece que oigo sonar las campanas de mis funerales. ¡Maldita gota!

¿Dónde están aquellos tiempos en que yo tenía una sola charretera y el kepis encarnado, aquellos tiempos en que el Africa salvaje nos ofrecía horizontes de montañas y rocas ennegrecidas por la pólvora, donde se veía á los árabes, esos nómadas del sizlo, galopar con sus salvajes fantasías alrededor de nuestros escuadrones, buscando alguna cabeza de cristiano que cortar? Edad de aventuras, de locuras y de alegrías, ¿dónde están? No pensemos más. Me encuentro mejor y quiero salir de esta galera.

El general hizo un movimiento para levantarse.

—¡Ay!—gritó—esta endemoniada enfermedad tiene nervios lo mismo que una mujer joven.

—Ya ves—continuó dirigiéndose al capitán—que no hay medio de mandar á los demás, cuando se está á la discreción de semejante harpía. Todo lo más que puedo hacer es arrastrarme hasta el balcón, para distraerme, y pasar revista á los transeuntes. Anda, Roberto, obedéceme. Tengo sed de reposo y de libertad. Si se me niega lo que pretendo, pido la dimisión á los sesenta y nueve años y diez meses, es decir, dos meses antes de tener opción al retiro. Eso no debe haberse visto jamás, lo cual prueba, que siempre se ve algo nuevo, bajo la capa del sol.

—Puesto que lo exigís—dijo Roberto—voy á cumplir vuestra orden.

El capitán salió seguido de la condesa.

—Angel de mi vida—murmuró Roberto al oído de Gabriela;—ya veis que no es un pecado tan grande engañar á los demás. ¿Ha cambiado en algo la felicidad del general? ¿No dice que más que su mujer sois para él, su enfermera, su hermana de la caridad?

Cuando la condesa entró en su cuarto para vestirse, se encontró en él á Rosa, que estaba arreglando el tocador.

—¿Se ha divertido anoche la señora?—preguntó la doncella.

—Mucho, Rosina.

—¿Estaba brillante ese baile de máscaras?

—No estaba mal.

—La señora llegó al hotel cerca de las tres.

—Esa hora sería. ¿No dormías?

—No, señora. Tenía una especie de fiebre que me impedía dormir. Sentí perfectamente á la señora ir al cuarto del señor, y después oí hablar en el pasillo, y por último sentí, que entrábais en vuestro cuarto. Pero sin duda el ruido de la música había desvelado á la señora porque tampoco dormíais. A cada momento creía que me íbais á llamar. A las siete me dormí, precisamente cuando lo que debía hacer era todo lo contrario.

La condesa respiró.

—¿La señora no me ha llamado?

—No, Rosina, no.

—¡Qué desordenado está todo esto!—prosiguió la doncella.—La señora ha dejado sus vestidos y alhajas, una cosa en cada mueble. Generalmente tiene más orden la señora. Por fortuna, todas las noches no hay fiestas semejantes.... ¿La señora volverá pronto á esos bailes?

—Ha sido el último del año.

Gabriela escuchaba con gusto las habladurías de su doncella.

Creyendo su falta, envuelta en el misterio, recordaba los detalles de aquella noche, que debía dejar en su vida huella imperecedera.

Estaba más viva, más provocativa. La tranquila serenidad de su rostro se había trocado por una especie de fiebre que daba á sus ojos un extraño brillo. Era otra mujer, no más hermosa, pero sí más desaseada.

La desusada vivacidad de sus movimientos no dejó de chocar á la bretona, cuyas sospechas, más vivas que las dadas á entender, se confirmaron plenamente.

Además, el examen del cuarto terminó la

revelacion de lo escuchado por un oido tan sutil y penetrante como el de Rosa, en medio del silencio de la noche.

La doncella amaba sinceramente á la condesa y prometióse vigilarla para impedir esas imprudencias que suelen cometer las mujeres enamoradas en el momento en que más seguras se creen.

Sin embargo, aunque no lo dió á entender, Rosa estaba disgustada. Guardó sus observaciones para el momento, no muy lejano, en que se evaporase su última duda, pues habíase propuesto averiguar todo lo que había pasado.

El cariño que profesaba á la condesa estaba en aquella ocasion secundado por la maligna curiosidad que todas las mujeres, ya sean grandes damas ó doncellas, tienen por todas las cosas que con el amor se relacionan.

Venia su enfado, no porque la condesa tuviese un amante, sino porque éste fuera el capitán, ó como ella le llamaba, Roberto el taciturno.

Pontis tenia el dón de desagradarla. ¿Por qué?... No podia explicarlo. Le juzgaba orgulloso y reservado, y cuando por esta antipatía le reñia la condesa, faltaba descaradamente á la verdad, diciendo que el capitán se mostraba altivo con sus inferiores.

—Su preferido era el marqués de Riczares, de quien estaba muy agradecida por las pruebas de generosidad y las atenciones que siempre guardaba con la gentil bretona. Por eso aprovechaba, aunque siempre inútilmente, todas las ocasiones de elogiarle delante de la condesa.

A sus apasionadas alabanzas, solía contestar la condesa:

—Puesto que tanto te gusta, cásate con él y serás grande de España de primera clase, marquesa y....

—¡Ojalá pudiera!

—¡Quién sabe! Con un poco de suerte, tal vez.

Aquella burlona profecía de la condesa debía realizarse muy pronto, mas no del modo que aquella lo entendía ni por el motivo que hubiera halagado á la pobre Rosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXII

"Mi querido Roberto:

"Hace tres semanas que no os he visto. No quiero referirme á los dos ó tres encuentros que hemos tenido en los salones, y en los que habéis venido á saludarme con galantería, ni tampoco á esas trivialidades que hemos cambiado ante la gente que nos miraba con curiosidad y ante los que nada íntimo ni interesante podíamos decirnos. Esto, sin duda, parecía agradaros. El arte de escoger su terreno es un precioso dón para el soldado. Tenéis grandes probabilidades de ser un excelente general.

"Huis de mí. No tengo la más pequeña duda sobre este particular. Así, pues, ó me aborrecéis, ó por lo menos no estimáis en nada mi amistad. Nuestras cortas relaciones os pesan y queréis terminarlas, ó mejor dicho, han terminado.

"Estoy triste y humillada.

"Sufro en el corazón y en el alma.

"Yo no os he buscado. Habéis venido á mí, y en seguida me agradásteis. ¿Por qué? Lo ignoro. Vos realizábais el ideal, que como todas las mujeres, tenía yo en el alma. Sois la copia de un cuadro creado por mi imaginación.

"No solicité vuestro amor. Vos me lo ofrecisteis en un lenguaje que me convenció, y lo acepté, poniendo con franqueza mis condiciones.

"Os prometí ser vuestra, exclusivamente. Reclamé de vos un juramento semejante. Yo cumplí el mío. ¿qué habéis hecho del vuestro?

"Yo me creía bastante hermosa para poder conservar un amante á mis rodillas más de seis meses. Vos me habéis probado lo contrario.

"Escuchad bien esto:

"Nosotras las mujeres del Norte estamos civilizadas, pero á veces se despiertan en nosotras instintos salvajes. Nuestra voluntad no se doblega fácilmente al capricho de los demás, y no se nos puede exigir la sumisión á vuestras despreciables frivolidades. Si vuestras parisienses sufren una afrenta bajando la cabeza, no esperéis de nuestra parte la misma resignación, y si por mi condición hubiera nacido para la esclavitud, devolvería una puñalada por un latigazo y prendería fuego á la casa de mi propietario.

"Todo lo he arrostrado por vos, hasta lo más sagrado para nosotras que aún representamos ciertas superioridades. Todo lo dejé, mis fieles amigos, mi casa donde tanto me divertía, y mi país, que pronto volveré á ver, mas no an-

tes de ejecutar un proyecto que quiero comunicaros.

"Me había forjado la ilusión de que sacrificándome os encadenaba á mí eternamente.

"Ignoraba que otra mujer reinase como soberana absoluta en ese corazón que me ofrecisteis y que yo no solicité. Ignoraba también que cuando os arrastrábais á mis plantas jurándome un amor sincero y eterno, era ella quien os inspiraba, y que por último, me tomásteis á mí, la princesa Constanza, por distracción, como á una de esas desgraciadas que recorren vuestros boulevares, en la espera de poder engañar al marido de la que habíais escogido, y á la querida confiada y crédula que se entregaba á vos.

"Pero ahora estoy bien informada.

"Lo sé todo.

"He querido tener la seguridad para vengarme.

"Las rusas tenemos la sangre tan fría como nuestras regiones natales, y cuando formamos un proyecto, es después de haberlo lentamente reflexionado.

"Si yo no os amase me callaría y os castigaría después.

"Un resto de afección vive aún en este corazón que ya no os pertenece, os lo advierto.

"No esperéis de mí, hidalgas generosidades. Usaré de las armas y los medios que la casualidad ponga mi alcance, para devolveros todo el mal que me habéis hecho.

"Y ahora me voy a permitir daros un consejo.

"Creo conocer á los hombres.

"Valen más que nosotras; pero los mejores

suelen llegar muchas veces á ser muy terribles.

"Desconfiad del general.

"Si él, el honor personificado, la lealtad misma, se viese coronado á lo último de su carrera por el ridículo de que vos le rodeáis, sería terrible. Es una idea que se me ocurre. ¡Meditadla!

"La bondad de esas naturalezas plácidas y bonachonas es como la del mar. Sereno y tranquilo hasta que sopla el Oeste, levantándose entonces sus olas enfurecidas, envolviendo en sus choques los barcos que antes sostenía.

"Es una alegoría.

"Estáis advertido.

"He sido sincera en mi amor, soy franca en mi aversión.

"*Adiós.*

CONSTANZA"

Se daba una gran comida en el hotel de la Avenida d'Antin.

Los convidados entraban en el salón.

El lacayo de servicio anunció:

—¡El señor de Pontis!

Un murmullo de curiosidad acogió al recién llegado, pues toda la corte de la princesa estaba al tanto del rompimiento de ésta con el capitán.

Roberto fué directamente á saludar á la dueña de la casa.

La princesa le recibió con gracia y le tendió una mano, al mismo tiempo que le decía á media voz:

—¿Habéis leído mi carta?

—¡En este momento!

—¿No estaba subrayada la última palabra!

—En efecto, lo estaba.

—Me parece haber escrito ¡Adiós! Me habré equivocado.

—No princesa. Vuestra memoria os es fiel.

—Lo suele ser para los amigos que no lo son.

—Sin embargo, os debia una explicación y venía á dárosla.

—No os la pido. Podéis comprender que es superflua.

—Me atrevo á esperar que la escucharéis.—Insistió Roberto.

—Si tanto os interesa....

—¿Cuándo podremos hablar?

—Esta noche, en cuanto se marchen mis convidados y estemos solos.

Y en alta voz, añadió la princesa:

—Rogad al señor de Riozares que nos cante una de sus romanzas.

El capitán se alejó.

—Caramba—objetó Saint Remy—yo creí que el enfado de Roberto con la princesa era definitivo; pero, según parece, nunca han estado tan amigos.

En una mesa de juego decía un diplomático á sus colegas.

—Ese Pontis es un guapo mozo. ¡Qué bonita pareja hacen los dos amantes! ¡No me extraña que la princesa le quiera! ¡La naturaleza se complace en los contrastes! ¡Moreno y rubia!

—¿Es toda esa ciencia la que habéis aprendido en vuestros viajes?

—¿Y qué, el amor bajo todas sus formas, fases y variedades, no es la ciencia más agradable y mejor que se puede cultivar?

La voz del marqués de Riozares se elevó por encima de las conversaciones.

La princesa, apoyada en el piano, le escuchaba con atención.

Cuando el descendiente de los moros terminó su canción, una sentida romanza amorosa, la princesa se alejó del piano en dirección á Roberto, que estaba viendo jugar al "bezigue."

Lord Fowler salió á su encuentro.

—Yo creí que habíais reñido con el capitán.

—No he sido yo, milord; ha sido él quien me ha dado calabazas.

—¿Y habláis con esa desenvoltura?

—¿Pues para qué se tiene la filosoffa?

Lord Fowler tomó un aire de dulce reproche.

—Hace diez años—dijo—que ponéis á prueba la mía. Desde que hicísteis vuestra entrada en el mundo, mi vida tuvo un solo fin: mezclarse á la vuestra. Desgraciadamente, ese día amaneció un poco tarde para mí. Fué en 1854—esta fecha no se borrará jamás de mi memoria—el 16 de Enero. Hacía poco tiempo que os habíais casado con el príncipe Ivanowski. El emperador daba un baile en su palacio de invierno. Vos llevábais un vestido blanco y una corona de diamantes. Estábais... no hermosa, sino magnífica, resplandeciente, casi celeste.

Yo no había amado jamás, porque no llamo amor al deseo pasajero y variable que nos lleva de una circasiana á una española, de una inglesa á una italiana, de una parisiense á una turca, según las etapas de nuestros viajes ó los caprichos de un instante, que dejan en

nuestro corazón las mismas señales que el patín sobre el hielo ó el pie de una dama, finamente calzado, sobre la arena de un paseo. Estaba vencido, dominado. Juré seguiros á todas partes. Mi mayor placer fué veros y estar siempre cerca de vos.

Vos os extrañásteis de verme sin cesar en vuestro acompañamiento, de llevarme, por decirlo así, entre vuestros equipajes, encontrándome como un accesorio en las mesas donde os sentábais y en las fondas donde la casualidad os llevaba.

Aquello os irritó.

Tuvimos una explicación.

Os expliqué el por qué de mi diplomacia, resultado de cuarenta años de estudios para unir mis pasos á los vuestros; mi encarnizamiento os pareció digno de risa y mi amor ridículo; pero me reconocísteis el derecho de amaros y reconquisté lo que ambicionaba, el permiso de veros, de hablaros, y la esperanza de que algún día veré trocada nuestra común simpatía en verdadero amor.

—Os juro que no será así, milord.

—No juréis. ¿Qué adelantáis con destruir mis ilusiones? Yo no soy un pretendiente peligroso, dejadme amaros á mi modo.

—Como gustéis, mi querido señor.

—Recordáis, princesa, nuestra primera conversación. Fué en Berna, en el hotel de un tal maese Kraft. Todas las habitaciones estaban tomadas, la mía con dos días de anticipación. Una viva contrariedad se pintó en vuestro rostro. Yo, como siempre, llegué á tiempo.

—Princesa, os dije, si mi habitación puede serviros, os la cedo.

—La acepto, con la condición de que el dueño forme parte del mobiliario.

Esta fué vuestra respuesta, seca y neta.

Os pregunté la causa de este propósito, del cual estaba encantado, pues había conseguido lo que deseaba, que me hablaseis.

—¿Quisiera saber con qué derecho os colocáis siempre en mi camino?

—Con el derecho que tienen los viajeros pobres de amor, y á quienes pertenece el reino de los caminos.

—¿Y por qué, doquiera que me veis os ponéis á mirarme con gran impertinencia?

—Con el derecho que tienen los hombres en general y los ciudadanos de la libre Inglaterra en particular, de contemplar lo que les agrada, aunque fuese el mismo sol.

¡El hielo estaba roto, pero qué hielo! Había necesitado seis meses de asiduidades y atenciones para obtener aquel éxito. Os expliqué con fórmulas de profundo respeto la admiración sin límites que sentía por vos, y obtuve las gracias que solicitaba. Hasta me pareció que en aquella entrevista no os fuí repulsivo y ganaba una pequeña parte de vuestro afecto, entre vuestro perro favorito y el príncipe á quien veíais rara vez, y de quien os acordábais todavía menos.

—Sois un niño, pero os amo así.

—Sí, como madame de la Sibbliére amaba á La Fontaine, como á un mueble, un mono ó una cotorra.

Confesad que no soy exigente.

La princesa no contestó. Pensaba que aquella sincera adhesión merecía una recompensa, y le pagó con una mirada, que fué para lord

Fowler más embriagadora que los venenos de Circe para los compañeros de Ulises.

Aquel descendiente de los normandos no tenía más que una ambición, la de ver sonreir á la mujer que adoraba y besarla la mano.

Aquellos pequeños favores le bastaban, y antes que ser severo, hubiera cedido dos ó tres de sus casas de Londres.

Por obtenerlos mayores, habría enagenado su patrimonio, su nombre y hasta su alma; pero las de nuestros tiempos tienen tan poco valor, que desde la aventura de Fausto, hasta el mismo diablo ha renunciado á ofrecernos algo en cambio, de miedo á que le cojamos la palabra.

XXIII

Tan pronto como el último invitado abandonó los salones de la princesa, ésta hizo señal á Roberto de que estaba dispuesta á escucharle.

El rostro de Constanza había perdido la plácida serenidad, conservada aún á su despecho, mientras duró la fiesta.

Cierta expresión de dureza, de mal agüero, había reemplazado á aquella aparente alegría.

Roberto, que la había examinado detenidamente, adivinó la tormenta que se preparaba, y juzgó más conveniente ir en su busca que esperar la descarga.

—Mi querida Constanza—dijo con cariñoso acento—el disimulo es indigno de vos y de mí. Vengo á haceros una sincera y completa confesión. El mundo no ha terminado con las sorpresas del amor; yo soy un ejemplo. Cuando marché á Rusia, llevaba en mi alma una violenta desesperación, de la cual esperaba librarme lejos de París.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A consecuencia de un error, al cual yo mismo había contribuido, una joven á quien amaba con pasión aceptó la mano de mi protector. El cariño que por él sentía podía únicamente compararse con el amor que profesaba á la joven. Atormentado por terribles é impotentes celos, lleno de cólera contra mí mismo, busqué mi salvación en un nuevo amor.

Si esto hubiera podido salvarme, seguramente sería vos quien lo lograse, vos, tan hermosa, que las demás mujeres reconocen vuestra superioridad, y á cuyos pies todos los hombres se postran, vos, tan espiritual, que con vuestro talento las horas pasan junto á vos con la rapidez de los minutos, y que sois tan seductora y bondadosa, que tentado estoy de castigar mi ingratitud dándome una muerte voluntaria!

¡Por qué prodigiosa casualidad, ó más bien, por qué fatalidad funesta me habéis distinguido entre todos vuestros admiradores? ¿Como os pude agradar? ¡Hé aquí el misterio que todavía no he logrado comprender!

Al principio estuve deslumbrado por aquella inesperada fortuna, hija de la fantasía, del destino, que colocaba entre mis brazos una reina de gracia y hermosura.

Cuando recuerdo todo esto, se me figura que he sido víctima de una fascinación, y que una intensa fiebre me ha hecho soñar, y que una hada me ha proporcionado los placeres de otra vida para mí ignorada.

Cuando os juraba amor eterno y prometía ser vuestro solamente, lo prometía de buena fe. Si alguien me hubiese dicho, en aquel entonces, que mentía, que mi corazón no os pertenecía y que el amor que tantos insomnios y sufrimientos me había procurado, conservaba aún en aquel órgano de mi cuerpo hondas raíces una de las cuales crecería dando vida á la pasión que yo creía muerta, me hubiera encogido de hombros suponiendo que aquel profeta estaba demente y seguía el hilo de sus ideas.

Y sin embargo hubiera tenido razón.

Cuando bruscamente abandoné á San Petersburgo, terminando con censurable precipitación los estudios que estaba encargado de hacer, fué..... porque no podía vivir sin verá....

Roberto tuvo un momento de duda.

—¡A la condesa de Beauvilla! - dijo secamente la princesa terminando la frase.

—Como queráis; no tengo el derecho de nombrar á nadie! Me asemejaba á un chino á quien va matando lentamente el ópio y no se decide á romper el vaso que le envenena ¡Todas mis ansiedades, mis celos despertaron de pronto! ¡Quería verla, hablarla; no tenía otras intenciones, os lo juro; confesarla mis tormentos mas sin solicitar el remedio! No reflexionaba, estaba impulsado por un absoluto poder que me dominaba, haciéndome ignorar el fin de todo aquello.

¡Me acompañasteis á París! Emocionado por aquella prueba de afecto, encantado de respirar el mismo aire que la condesa, creí por un instante que había terminado con las obsesiones que me destrozaban el corazón.

Los días que siguieron á nuestra llegada á París, fueron días de esperanza para mí. Me sentía renacer, y contento con la amistad de dos mujeres adoradas, me arrullaba la ilusión

de que me estaba reservado el más plácido porvenir.

Pero cuando un amor culpable entra en nuestras venas, es lo mismo que el veneno, que no cesa su fatal acción sino después de corromper hasta la última gota de nuestra sangre. ¡El demonio de los celos tardó muy poco en aparecérseme y recordarme que no se olvidaba de mí!

Os hago gracia de fastidiosos detalles y esfuerzos que he soportado, y á los cuales seguramente no daréis el menor crédito. Hubiera querido estar á cien leguas, y no me era posible huir. Ignoro si habria tenido el suficiente valor.

Soy un insensato. He perdido hasta la noción del reconocimiento que os debo. Incapaz de dirigirme, cobarde, sin energía, aplastado por la dominación de ese despótico sentimiento, me aniquila, me he quedado como un objeto inerme, fijo en el sitio en que me ha colocado mi sino fatal. Ya no tengo valor ni voluntad, estoy vencido, no me pertenezco, sé que estoy perdido, sin que la mujer á quien amo haya hecho el más leve esfuerzo para retenerme y afianzar en mis manos, unas esposas que no puedo romper.

Si á un hombre de honor le está prohibido humillarse ante otro hombre, se le permite en cambio hacerlo frente á la mujer adorada. Me arrodillo y os pido perdón. ¡Perdonadme el mal que involuntariamente os causo y que á costa de mi vida quisiera evitaros!

La moscovita, recostada en su butaca, dejaba vagar, indolentemente, su mirada por los artesonados del techo: su rostro impasible

no denotaba emoción alguna, apenas si de tiempo en tiempo se dignaba mirar á su amante para tomar otra vez su actitud meditabunda y perezosa.

—Aun hay un punto que dejais en la osbcuridad que quiero conocer.—Objetó la princesa cuando Roberto cesó de hablar.

—¿Cuál?

—¿Es vuestra querida, la condesa?

—¡Me pedis un secreto que no me pertenece! ¡Aunque lo fuese no os lo diría jamás!

—¡Hé ahí la reserva de vuestra civilización! ¡Quiero saberlo, por más que podria decir que lo sé! Respondedme. ¡Si ó no!

El capitán se ahogaba, no se atrevía á contestar.

—¡No!—Dijo por fin con apagada voz.

—Entonces ¿qué es lo que haceis á su lado?

—Cometer una villanía. La amo y eso es ya un crimen.

—¿Y si, como en el baile de la otra noche, la hiciéseis conocer el estado de vuestro corazón?

—No me escucharía.

La princesa se levantó.

—¡Mientes!—le dijo,—yo voy á terminar tu confesión.

Tú has amado siempre á Gabriela Desgranges, pero dudaste al verla arruinada, y únicamente cuando el general de Branville la rehabilitó, casándose con ella y rodeándola del lujo que conviene á su hermosura, y á su educación, renació en tí la pasion.

¡Hay en nosotros una cobarde envidía que no hace desear para nosotros el bien ajeno!

Este sentimiento es vil y universal.

Tú sucumbiste á él.

Demasiado débil la condesa, cedió ante tus súplicas y juntos sois cómplices de un horrible crimen de haber engañado miserablemente á un hombre bondadoso, á quien ambos debeis todo cuanto sois.

Hay varios síntomas que no engañan y que una mujer, cuando ama, interpreta con facilidad.

Yo tenía celos, te vigilé y lo comprendí todo.

Vuestra comun acción, la tuya sobre todo, es una cobardía.

Tú mismo lo has dicho.

Tu honor se opone contra esa pasion miserable, y los sofismas que has invocado en tu favor son inpotentes para evitar que la vergüenza suba á tu frente.

Esa misma vergüenza, á más de lo que yo haré, será tu castigo.

No te creas seguro mientras esté en París.

Cuando sepas que estoy léjos, podrás recobrar la tranquilidad, ¡será que te he olvidado!

El capitán, pálido y temblando de ira, escuchaba con impaciencia á la princesa.

Con el sombrero en la mano dispuesto á salir, sentía extremecimientos de cólera correrle por las venas.

Altiva, mirándole con desden, la princesa subrayaba sus frases que azotaban como un látigo, el rostro de su amante.

Tomaba el desquite con la fria crueldad de las mujeres humilladas.

Roberto iba á contestarla con furor, pero

recordó á tiempo los buenos momentos de que la era deudor.

¿Qué probaba su violencia?

¡Que le había amado que le amaba aún!

—Constanza—dijo con dulzura—sabéis que os equivocáis; sois injusta conmigo. Una sola de vuestras acusaciones me rebaja y humilla. ¡Habeis hablado de calculos interesados! Si ese despreciable deseo me guiase, si en una mezcla infame hubiese reunido estos dos sentimientos que se excluyen, el amor y el interes, ¿qué otra mujer podria ofrecerme las satisfacciones que hubiera ambicionado, sino vos que sois tan poderosa, que parecéis una reina de las Indias con vuestros cofres diamantes, vuestras innumerables tierras y vuestros cuantiosos tesoros? ¿Qué he hecho yo si no dedicaros, desde el dia que os conocí, mi más apasionada adoración? Aunque hagais lo que decis, jamás lograréis borrar de mi corazón el recuerdo de las felicidades sin cuento, que con tanta liberalidad me habeis otorgado; jamás dejaré de perteneceros y no tendréis mas que hacer una indicación, formular el más nimio deseo para que yo os obedezca.

La princesa le interrumpió de pronto.

—Palabras, nada más que palabras—dijo con aspereza.—Vosotros, los franceses, pensais que todo se arregla con frases armoniosas. ¿Dices que serás mio? Sin duda como el caballero andante protector de Dulcineas. ¡Qué puede importarme tu protección si es el corazón lo que me debes!

El capitan se aproximó á la princesa y la cogió una mano.

—Constanza—dijo con cariño,—yo te creí

buena y lo eras ántes. ¡Qué es lo que te ha cambiado hasta el punto de que casi no te reconozco? Acuérdate bien. Lo que te pedí fué un remedio contra el mal que me minaba. ¡Así te lo confesé, y bendigo tu mano, que me procuró un bálsamo de inexplicabe dulzura! El mal triunfa. No creas que el amor, causa de tus quejas, sea para mí un manantial de felicidades. No encuentro en él más que sufrimientos, un continuo tormento y una acerba voluptuosidad, mezclada de vergüenza y remordimientos. A pesar de esto, no puedo defenderme. Me es tan imposible alejarme de la que me domina, como cesar de quererte ó de aborrecer tu cólera. ¡No acuses á la condesa, tú la has nombrado, de la desgracia que pesa sobre nosotros! ¡Te juro que ni con una mirada, ni con una palabra, ni con un acto cualquiera ha alentado la pasion que por ella siento! ¡Es inocente de los tormentos que sufro y de la desdicha que nos separa! ¡Quema esa llama que yo no puedo apagar! ¡Estoy como el árbol herido por el rayo, que perece sin que se descubra la huella de su herida! ¡Ya lo sabes todo! Obra segun te lo dicte el corazón. Condena ó perdona. ¡Dios nos juzgará!

La princesa separó su mano de las de Roberto y le rechazó.

—Para defenderla así—dijo—es preciso que la ames mucho. No te pregunto tus secretos. Los descubriria perfectamente sin tu ayuda y no tengo necesidad de tu falsa sinceridad. ¡Adios! ¿Juraste amarme siempre? ¡Has faltado á tu juramento! ¡está prevenido! ¡Adios!

Estaba resplandeciente de hermosura. Aquella pasiòn contenida, mezclada de rencor, daba á sus ojos el fulgor de la electricidad.

—¡No teneis piedad!—dijo Roberto fascinado.—¡Que Dios os perdone!

Estaba anonadado. Su rostro denotaba un dolor tan profundo, que la princesa sintió un segundo, su dureza hacia aquel amante, que para ella realizaba el tipo acariciado durante diez años de ensueños.

—¡Mucho te amaba—le dijo—pero has tomado el fantasma por la realidad!

Roberto quiso echarse á sus pies. La princesa le rechazó con dulzura.

—¡Vete!—le dijo—Tal vez tengas razón. Nuestro corazón es el juguete de desconocidas atracciones, que se complacen en desgarrarle. Vete y ya reflexionaremos, pero está prevenido. ¡Solo Dios sabe las resoluciones que puede tomar una mujer ofendida!

Y levantando los tapices que cubrían una puerta, desapareció antes de que el capitán tuviese tiempo de contestar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

XXIV

Viva y cruel fué la impresión que aquella escena produjo en el corazón de Roberto.

Sin embargo, no podia emocionarse profundamente, ni aun mucho tiempo, un corazón ocupado con otro amor y exaltado por la posesión de una mujer largo tiempo deseada.

La princesa no era más que un accidente de la vida del oficial. Habíasela encontrado en el momento preciso para distraerle de una profunda pena, de la cual, preciso es decirlo, no pudo consolarle.

En todos los amoríos pasajeros suelen costar los rompimientos algunas lágrimas.

Los amores de la princesa y de Roberto habían terminado de una manera definitiva.

El capitán había cumplido con su conciencia humillándose ante su amante y explicando su conducta con toda la delicadeza exigida á un corazon noble que no quiere hacer sufrir en lo más mínimo el orgullo de la mujer abandonada.

Por lo menos tenía la satisfacción de haber cumplido con su deber.

Las amenazas de la princesa le inquietaban muy poco.

Caprichosa y fantástica, soberanamente despótica y personal, tal vez ella misma se equivocaba acerca de la pasion que sentía por el capitán. Es posible tambien que no hubiera soportado mucho tiempo aquellos amores, y si no se llegan á terminar de sí propios, podría suponerse que ella los hubiera cortado; pero no podía admitir que la abandonara sin su consentimiento.

La confesión de Roberto no la extrañó.

Había en todo confirmado sus sospechas, trocándolas por una absoluta certidumbre.

Al atravesar los campos Elíseos, Roberto respiró.

La noche estaba apacible. Una agradable brisa corría por las avenidas.

El joven paseó un momento refrescando su ardorosa frente en los húmedos vapores de la noche.

Cuando llegó al hotel de Branville, todos sus habitantes dormian.

Eran las tres de la mañana.

Al atravesar el pasillo que conducia á su cuarto, se paró un instante cerca de una ventana abierta que daba al jardin.

El ruido rápido de un carruaje que se paraba cerca del hotel, llegó hasta su oido, y algunos minutos después notó que abrían la puerta del jardín. La sombra de una mujer se deslizó rápidamente por las avenidas, y entró con sigilo en el vestíbulo.

El ligero ruido producido por el roce de un vestido sobre la alfombra, anunció la proximidad de la dama misteriosa.

Pronto pasó al lado del joven, quien la detuvo por un brazo.

Era Rosa.

Sorprendida, iba á gritar, cuando reconoció á Roberto.

—¡Qué susto me habeis dado! ¿Qué haceis á estas horas á la puerta de vuestro cuarto?

—Acabo de llegar. A tí es, Rosina, á quien hay que preguntar de dónde vienes. Ese coche que te ha traido, tu furtiva entrada por el jardin, ese sigilo con que andas; todo eso es muy misterioso!

—¡Es verdad!

—Algun amante, ¿no es cierto?

—Convengo en ello. Amo á una persona y soy correspondida. Ese es todo el misterio

—Eres muy bonita, y debes tener mucho cuidado, pues el amor es un peligroso juego para las jóvenes.

—¡Oh! no digais nada á la señora. ¡Ningun mal hago si no es á mí misma!—dijo entre sollozos la hermosa camarera.

—No tengas ningun temor, y duerme bien, si es que puedes. Pero, dime: ¿tienes confianza en tu amante?

—¡Oh, si! Si el quisiera, pues es muy rico, podria tener otras más hermosas que yo, y me prefiere por amistad, no por otro motivo.

—Anda á acostar. Eres muy romántica. Mañana ú otro dia me contarás tu historia. Pero repite lo menos posible esas escapatorias. Hasta mañana Rosina.

—¡Buenas noches, señor Roberto!

Y la doncellita se dirigió á su cuarto mientras Roberto entraba en el suyo tarareando el ária de las joyas del *Fausto*.

XXV.

Dos meses pasaron.

La condesa estaba más fresca y encantadora que nunca. Era la dicha de la vida ambulante, una personificacion de la felicidad.

Y en efecto, Gabriela era feliz.

Despues de luchar contra una pasion que la habia dominado, y de revelarse contra una falta que la avergonzaba, terminó por adormecerse en una serena indiferencia y la costumbre impuso silencio á las quejas de su conciencia.

Seguia con tranquilidad la corriente y no hubiera hecho el más leve esfuerzo para volver á ocupar las alturas abandonadas y cuya pérdida no echaba de menos.

Su existencia estaba dividida en dos partes. La una amplia y sin parsimonia consagrada á su deber, que cumplía generosamente definiéndole del siguiente modo: hacer dichoso á su marido proporcionándole todas las alegrías posibles en sus últimos años.

Pronto pasó al lado del joven, quien la detuvo por un brazo.

Era Rosa.

Sorprendida, iba á gritar, cuando reconoció á Roberto.

—¡Qué susto me habeis dado! ¿Qué haceis á estas horas á la puerta de vuestro cuarto?

—Acabo de llegar. A tí es, Rosina, á quien hay que preguntar de dónde vienes. Ese coche que te ha traido, tu furtiva entrada por el jardin, ese sigilo con que andas; todo eso es muy misterioso!

—¡Es verdad!

—Algun amante, ¿no es cierto?

—Convengo en ello. Amo á una persona y soy correspondida. Ese es todo el misterio

—Eres muy bonita, y debes tener mucho cuidado, pues el amor es un peligroso juego para las jóvenes.

—¡Oh! no digais nada á la señora. ¡Ningun mal hago si no es á mí misma!—dijo entre sollozos la hermosa camarera.

—No tengas ningun temor, y duerme bien, si es que puedes. Pero, dime: ¿tienes confianza en tu amante?

—¡Oh, si! Si el quisiera, pues es muy rico, podria tener otras más hermosas que yo, y me prefiere por amistad, no por otro motivo.

—Anda á acostar. Eres muy romántica. Mañana ú otro dia me contarás tu historia. Pero repite lo menos posible esas escapatorias. Hasta mañana Rosina.

—¡Buenas noches, señor Roberto!

Y la doncellita se dirigió á su cuarto mientras Roberto entraba en el suyo tarareando el ária de las joyas del *Fausto*.

XXV.

Dos meses pasaron.

La condesa estaba más fresca y encantadora que nunca. Era la dicha de la vida ambulante, una personificacion de la felicidad.

Y en efecto, Gabriela era feliz.

Despues de luchar contra una pasion que la habia dominado, y de revelarse contra una falta que la avergonzaba, terminó por adormecerse en una serena indiferencia y la costumbre impuso silencio á las quejas de su conciencia.

Seguia con tranquilidad la corriente y no hubiera hecho el más leve esfuerzo para volver á ocupar las alturas abandonadas y cuya pérdida no echaba de menos.

Su existencia estaba dividida en dos partes. La una amplia y sin parsimonia consagrada á su deber, que cumplía generosamente definiéndole del siguiente modo: hacer dichoso á su marido proporcionándole todas las alegrías posibles en sus últimos años.

La otra, corta y mezquina, componíase de los raros instantes que robaba al general para dedicarlos á su amante. ¡Horas que trascurrían velozmente, pero cuyo recuerdo, ó la esperanza de otras semejantes, abreviaban las semanas é imprimían al tiempo vertiginosa rapidez!

El capitán habia olvidado las amenazas de la princesa.

Varias veces se habian encontrado, pero los fríos saludos de la princesa y sus severas miradas le tenian á distancia.

La ruptura estaba convenida y firmada por ambas partes: la princesa renunciaba, por completo á su antiguo amante. La prescripcion en lo que se refiere al amor, se adquiere muy pronto y el jóven se felicitaba de su recobrada libertad.

Una noche, en el teatro Francés, la vió sola en un pasillo

Al notar la benévola sonrisa con que acogió su saludo se atrevió á decirla.

¡Que buena sois! ¿Me permitis que vaya un dia á visitaros?

—No,—contestó.—Aquello terminó. Dejemos en paz á los muertos.

Sin embargo, Roberto no estaba tranquilo. Se sentia indigno de las bondades que recibia del general y no siempre veia con agrado las cariñosas bromas de su protector.

El conde mejoraba. Los hermosos dias de mayo habian calmado sus dolores: se sentía rejuvenecido y completamente bueno.

Con su retiro habia recobrado su ambicionada libertad, de la que se aprovechaba para acompañar á todas partes á la condesa.

La belleza de Gabriela llegó á ser proverbial. Como en Nantes, se la llamaba en París la hermosa Gabriela. Aquello fué un éxito superior y la confirmacion definitiva de una reputacion que siempre agrada á las mujeres.

Pontis estaba agregado al cuartel militar del ministro de la Guerra. De este modo el general podria conservarle á su lado.

Las cosas marchaban conforme á los deseos de todos.

Los de Branville poseian en Versalles hacía más de sesenta años, una preciosa casa de campo, conocida en toda la comarca con el nombre de *Bel Air*.

Aquella preciosa quinta fué construida por órden de Luis XV para una de sus favoritas. Las habitaciones estaban decoradas con exquisito gusto, ostentando en sus techos y muros valiosas pinturas.

La casa, situada en medio de bosques, tenía la fachada al camino de Garches. Durante el invierno estaba habitado por un jardinero y su familia que tenian cuidado del parque, de la casa y de los jardines.

Gabriela manifestó vehementes deseos de pasar algunos meses en aquella residencia. Esta fué la señal de una completa y rápida restauración de la quinta de *Bel-Air*.

Un ejército de pintores y carpinteros, invadió aquel pequeño dominio, poniéndole en estado de recibir dignamente á su castellana.

Las avenidas y los paseos del parque quedaron despojados del musgo y de los abrojos que los obstruian, perdiendo la apariencia de selva salvaje que antes tenian; los árboles fueron podados, despojándolos de lo superfluo, los

jardines se llenaron de plantas de todas clases y los tiestos se cubrieron de flores.

En quince dias fue devuelta á la vida, aquella soledad.

El agua comenzó á murmurar en los estanques y fuentes de mármol. Los artísticos y valiosos muebles de las habitaciones fueron desnudados de las fundas que les preservaban del polvo, dándoles la triste apariencia de muertos amortajados.

El 20 de mayo se encendieron las cocinas, y toda la servidumbre del general se trasladó de la calle de Courcelles á la quinta del Grand *Bel Air*.

Unicamente se quedaron en Paris los porteros y el capitan, que por su cargo en el ministerio no podia ausentarse.

Sin embargo, se habia convenido que de vez en cuando iria por las noches á comer á Versalles.

Inútil es decir que todo aquello había sido dispuesto por la condesa.

De aquella manera podia, imaginando pretextos que nunca faltan á las esposas criminales, ir á Paris, dar satisfacción á Roberto y atenuar los peligros comunes.

Tenia tambien en su favor la vida, por partida doble, del campo, tales como los paseos retirados por el parque, las citas en ciertos pabellones, los éxtasis en los paseos sombríos, excursiones á caballo ó en coche por los bosques de Versalles ó de Ville d'Avray, menos frecuentados que los paseos, siempre llenos de coches y paseantes, del Bosque de Bolonia.

La condesa, más libre que en Paris, donde no se atrevía, delante de Roberto, á tener ciertas familiaridades con su esposo, llenaba á este de cuidados y demostraciones de ternura.

Gabriela no le engañaba.

Sentía por aquel hombre, tan digno y dulce, una profunda y respetuosa amistad. Había momentos en que tal vez hubiese declarado su falta si la exquisita sensibilidad de su naturaleza no la persuadiese de que, en vez de uno, hacía dos dichosos, y que, en suma, su marido no sufria de un mal cuya existencia ignoraba.

En realidad sólo sacrificaba su reposo. Gracias á sus solícitos cuidados, estaba segura de que ningun ser en el mundo, como el general, vivia bajo un astro tan clemente.

Por un fenómeno bastante frecuente, el amante había unido la mujer al esposo con mayores vínculos de intimidad, y es probable que sin esta satisfacción, la vida del general no hubiera sido tan plácida y el carácter de la condesa ménos fácil y acomodaticio.

Aquella calma fué interrumpida por el incidente que vamos á relatar.

Una mañana, apoyado en el brazo de Gabriela, se paseaba el general por el parque.

Los árboles estaban poblados de pájaros y de nidos. Sus ramajes formaban originales naves como las de las catedrales del siglo XV. El sol pasaba con dificultad á través de aquellas bóvedas improvisadas por la naturaleza y sus rayos lanzaban, á intervalos, bandas luminosas sobre la arena aún húmeda por el rocío de la mañana.

Por todas partes la vegetación era muy adelantada.

Geránios y gramíneas de todas especies, flo-

recian sobre el césped y los capullos de rosas comenzaban á brotar.

En ninguna otra estación del año ofrece el campo un atractivo tan embriagador y expléndido.

El general acarició con sus lábios los cabellos de la condesa, que caminaba indolentemente á su lado.

—¡Qué hermoso es—decia el general—vivir en semejante estación! Es la tuya. ¡Mi primavera está muy lejana! La recuerdo con pena. ¿Qué será de tí cuando yo muera? Quisiera tener la pujanza de Josué para impedir la marcha del sol.

—¡Oh, amigo! ese oficio está abandonado, y hoy apenas si se puede detener una diligencia.

—Más vale que lo tomes á broma.

—Vaya, vaya, nuestra vida no es tan larga para que ahora nos ocupemos de cosas tristes.

—Tienes razon.

El general anduvo algunos pasos en silencio.

—¿Tú no sabes lo que es haber sido joven y no serlo ya? Es haber sido fuerte, vigoroso, haber poseido la libertad, la fuerza. Ser viejo, es sufrir y verse confinado en un estrecho límite del cual no nos atrevemos á salir; es, por decirlo así, contar las oscilaciones del reloj, recordando á cada una que ya falta menos para cumplir nuestra condena.

—Guardad para el otoño todos esos tristes pensamientos, para cuando el viento despoje á los árboles de sus últimas hojas y las campanas lancen el dia de difuntos su lúgubre son. Hoy no se comprenden. Todo respira vida, alegría, felicidad.

—Tienes razon. ¿Más por qué me inspiras semejantes ideas?

Gabriela pareció no oir con agrado las últimas palabras del general.

—Te sorprende, ¿no es cierto? pues sin embargo, nada tiene de particular. Cuando no era mas que general, no tenia otro cuidado que el de mi pellejo ó el de Roberto. Entonces nada me preocupaba. ¡Hoy ya no es lo mismo! No es por mí, sino por tí, que fuiste confiada á mis cuidados y á quien deseo conducir lo más léjos posible en el camino de la felicidad, donde plugo á Dios que caminásemos juntos. ¿Cuando yo falte, con quién irás tú? ¡Hé aquí lo que me inquieta!

—Sin razon ninguna. Contemos un momento. Tengo yo veintitres años. ¿Y vos?

—¡Setenta!—dijo el general con amargura.

—Todavía podeis vivir quince ó veinte años. ¿Os parecen muchos? Pues pongamos tan solo quince. Dentro de quince años tendreis ochenta y cinco y yo treinta y ocho. Seré una mujer madura por la razon y la experiencia. Ahora bien; ¿qué quereis que haga una mujer de treinta y ocho años, viuda de un marido lleno de bondades y delicadezas? Lo más natural es vivir tranquila y prudentemente, retirada del mundo. Eso es lo que yo haré. Más ¿á qué hablar de un tiempo que tal vez no llegaré á conocer?

El general escuchaba con arrebamiento aquella grave y melodiosa voz.

—Hago mal—contestó—en dudar de la bondad de Dios, que me ha dado uno de sus ángeles para cuidarme.

Al revolver de una de las avenidas se en-

contraron con el ayuda de cámara del conde, que llegaba apresuradamente con un telegrama.

Aquel criado era un antiguo militar, de la misma edad que el conde y á quien servía desde los cuarenta años.

Bigote gris, cortado en punta, rostro enérgico de color de ladrillo, buena estatura, derecho como conviene á un viejo soldado reenganchado dos veces: éstas eran las señas de Jacobo Parin, nacido en uno de los pinares del Limosin cerca del castillo de Traignac.

Jamás trataba de comprender las órdenes, solo se preocupaba de cumplirlas.

Al llegar donde estaban los condes, se cuadró é hizo el saludo militar.

—¡Mi general, he aquí un telegrama que acaban de traer!

El general leyó en alta voz:

"El alcalde de Branville al general de Branville.

Versalles:

"Esta noche quemóse totalmente la quinta del castillo. No se ha salvado nada. Deseamos vuestra presencia."

La quinta del castillo de Branville, dominio patrimonial del conde, estaba situada en el ameno y fértil prado de la Touque, próxima á Pont Léveque. Era la más rica de todas las propiedades que poseía el general.

—¡Una desgracia, querida Gabriela!—dijo el general.

—Desgracia fácil de remediar, puesto que no es más que una pérdida de dinero.

—Una nubecilla en medio de nuestra felicidad. ¿Y váis á marcharos?

—Sí. Ese viaje no tiene importancia, y me encuentro perfectamente bien.

—¿Queréis que os acompañe?

—No. El espectáculo de una quinta incendiada no tiene nada de alegre. Iremos á Branville cuando esté reconstruida. Tengo que consultar con el arquitecto, ver los nuevos planos....

—¿Y cuándo marchais?

—Esta noche. Tomaré el tren de Paris.

—¿Y vais á pasar la noche en el ferrocarril?

—No será la primera. Voy á contestar al alcalde, que es á la vez colono mio.

—Si queréis, yo misma llevaré el telegrama á Versalles.

El ayuda de cámara aguardaba á cuatro pasos de distancia las órdenes del general.

—Jacobo—dijo el conde,—que enganchen la victoria. La señora condesa va á salir.

El conde y Gabriela entraron en el castillo, él acariciando el brazo bajo el suyo. Ella apoyándose perezosamente en el de su marido.

Cuando la condesa, ataviada con su elegante vestido de terciopelo negro y una bonita capota, montó en el carruaje, el general la remitió la contestación.

En pocos momentos llegó el ligero vehículo á Versalles.

Parques y hoteles desfilaron rápidamente ante los ojos de la bella paseante.

Las ruedas del coche resonaron sobre el viejo empedrado de Luis XIV, y á los pocos minutos Gabriela se apeaba en la estación telegráfica.

La sala estaba solitaria.

Los empleados dormitaban agradablemente,

mientras llegaban los escasos visitantes.

Al ruido de los pasos de Gabriela, el empleado de servicio se despertó.

La condesa le entregó el telegrama del general.

Decía así:

"Alcalde de Branville, por Pont-Leveque. —Urgente.

"Llego mañana. No desesperéis. Repararemos desgracia.

"BRANVILLE."

Mientras expedían el anterior despacho, la condesa escribió otro.

"Capitan Pontis.—Ministerio de la Guerra. —París.

"El general sale esta noche á las diez para Pont-Leveque. Estará ausente veinticuatro horas.

"GABRIELA."

Al subir á su victoria vió á Riozares que seguía el mismo camino, guiando un faeton tirado por dos caballos.

Saint Remy le acompañaba.

Los jóvenes pasaron y saludaron á Gabriela.

—¿Estoy segura de que vais á Bel-Air?

—Precisamente,—contestó Riozares,—íbamos á visitaros.

—Sois muy amables y el general se alegrará mucho de veros. Está muy aburrido desde que le concedieron el retiro.

—Casi no lo creo.—Dijo Saint-Remy, haciendo un movimiento de cabeza que le era peculiar.

—La ociosidad le fastidia. Afortunadamente acaba de ocurrirle un accidente.

—¿Decís, afortunadamente?—Objetó Riozares.

—Sí, porque vá á proporcionarle alguna distracción.

—¿Y cuál es este afortunado accidente?

—Su hermosa quinta de Traignac ha sido pasto de las llamas.

—¿Pero es cierto?—Dijo Saint-Remy con aire compungido.

—¡Y tanto!

—Pues entonces es una distracción algo cara.

—¿Y venís de avisar por telégrafo á un arquitecto?

—No precisamente. He avisado que el general salía esta noche.

—¿Al capitan?—preguntó con viveza Riozares.

La condesa se inmutó y creyó que el marqués conocía su secreto.

—No, contestó;—al arrendatario; ya veis que no es lo mismo.

—Verdaderamente que no sé dónde tengo la cabeza para atreverme á interrogaros. Esos son detalles insignificantes.

—Vamos á almorzar—dijo Gabriela alegremente.—La hora se acerca y el cocinero es muy exacto.

Riozares contuvo sus caballos y dejó pasar delante, la victoria de la generala.

Al ver en su casa á Riozares y á Saint-Remy, el rostro del general se animó súbitamente, expresando una franca á la vez que sincera alegría.

—¡Mil diablos!—dijo, estrechando con cariño las manos de los dos jóvenes.—¡Cuánto me alegro de veros! Me daréis noticias de París....

—¿Pero es que no sabéis nada?

—¡Absolutamente nada! Leo algunas veces los periódicos, pero como uno dice blanco y el otro negro, es como si no supiese nada.

—Pues hace tres meses que se habla de la caída del ministerio y no se sabe por qué.

—¡Vaya un desbarajuste!

—Sed indulgente, ¡mi general!

—Es verdad. ¿Y hace mucho tiempo que no veis al bribon de Roberto?

—Sí. Parece que tiene mucho que hacer en el ministerio.

—O en casa de la princesa.

—Estais equivocado, mi general—contestó Riozares.—El capitan ya no vá al hotel de la Avenida de Antin, y apenas si se saludan cuando se encuentran.

—¡Bah!

—¡Como os lo digo!

—¿Pues qué mal viento ha soplado por aquel lado?

—Preguntádselo á las estrellas. ¡Las mujeres son muy volubles!

—¡Pchs!—objetó Saint Remy.—Hay muchos hombres que siguen ese camino.

El agradable sôn de la campana, que indicaba la hora del almuerzo, se escuchó en aquel momento.

El almuerzo, en el campo, es una de las comidas más alegres.

El general estaba de buen humor.

El incendio de la quinta le inquietaba muy poco.

Gracias á él, podría entregarse sin remordimientos, á los trabajos de reedificación.

Era una monomanía que había atacado á

todos los individuos de su familia y á la que no había podido entregarse hasta entonces, por sus muchas ocupaciones.

Saint-Remy se burlaba con ingenio de aquellos gustos y la condesa le secundaba con alegría.

Después del almuerzo, el general manifestó deseos de marchar á París, donde tenía varios asuntos que arreglar. El marqués se ofreció á acompañarle, lo que no fué aceptado por el conde.

Cuando entraron en el salón, Rosa estaba preparando las tazas para servir el café.

Al pasar á su lado, Riozares la tocó ligeramente en un brazo.

La alegre camarera se sonrojó, y después de servir el café, abandonó la estancia.

—¡Ah! Si todas las bretonas se pareciesen á vuestra doncellita, sería el primero en ir á vivir allá.

—Pues qué ¿teneis algun proyecto acerca de Rosina?—preguntó maliciosamente la condesa.

—¡Oh, no! Sin embargo, si Rosina no estuviese bajo vuestra protección, correria algun peligro en la Sodoma en que vivimos.

—Rosa es una joven muy formal y se casará con un hombre honrado. Ese será su destino.

—¡Oh, ceguedad de las almas puras!—objetó Riozares con énfasis.

—¿Teneis alguna razón para dudar de la virtud de Rosina?

—Razones vagas, triviales consideraciones que no juzgo conveniente desenvolver en este lugar. Os las referiría, pero....

—Haceis bien en callaros—le interrumpió vivamente la condesa.

—Tened la seguridad—insinuó Saint Remy—de que antes de cinco minutos Riozares nos cantará lo que no se ha atrevido á decirnos.

—¡Ah! cantada y en italiano, gana mucho la moral—contestó Gabriela parodiando una célebre frase.

En efecto, á los pocos instantes el marqués se sentó, con estudiada indolencia, al piano, y después de varias escalas inciertas y probatorias, se volvió hácia la señora de Branville:

—Venid—la dijo—os lo ruego. No os arrepentireis.

—¡Qué fátuo sois!—replicó la condesa aproximándose.

Mientras esto pasaba en el salón, el general terminaba los preparativos de su viaje, ayudado por su fiel Jacobo.

—De modo—decia este último—que esa hermosa posesión se ha quemado.

—Completamente, mi buen Jacobo.

—¿Y no hay desgracias que lamentar? ¿El señor Marcelino, su mujer y todos sus bueyes y mulas se han salvado?

—Creo que sí. Ya lo veremos, porque tú me vas á acompañar.

—¿Y estaremos muchos dias ausentes?

—Hasta mañana por la noche. No quiero dejar sola mucho tiempo á la condesa; se aburriría.

—Y luego, aunque Joel es un buen guardián, la señora tendrá miedo de estar sola.

Joel era un magnífico perro bretón, de gran alzada, parecido á los que sostenían los escudos de los duques de Bretaña, y que tenía el privilegio de recorrer libremente por la noche el parque de Bel-Air.

—La condesa sabe que puede fiarse de Joel.

—Decidme, mi general—sin que esto sea curiosidad—¿por qué no hacemos todos un viaje á nuestro pobre país? La señora no tiene idea de aquel hermoso paisaje.

—¿Y qué quieres que hagamos enmedio de aquellos salvajes? Como no cacemos.... no hay otra diversión, y tú comprendes que...

—Si, que la condesa se aburriría.

—Has acertado.

—En efecto, mi general, aquello es muy triste; pero yo quiero mucho á Traignac y no quisiera morir sin volver á mi pueblo.

—Es un deseo muy natural. Eres como los conejos, quieres volver á tu madriguera.

—¡Eso mismo, mi general! Me gusta el Limosin con sus pinares, sus cabras que balan, aquellas mujercillas delgadas guardando los carneros, sus prados donde las bandadas de liebres corren por todas partes. Aquello es pobre, feo y mezquino, pero á mí me gusta. París es muy bonito, pero yo me fastidio. Aquí, en Bel-Air, como llaman á esto, hay grandes árboles, verdes prados, hermosos paseos cubiertos de fina arena, buen vino en la bodega, sabroso y blanco pan, y unas cocinas que harían regocijar á un canónigo: se duerme, se engorda, se está muy bien, y sin embargo de todas estas comodidades, tengo algunas veces ganas terribles de volver á mi aldea y.... ¡os lo juro! si no fuera por vos, hace ya mucho tiempo que estaria muriéndome de frío en mi acbaña, donde comería un pan de centeno más

duro que una piedra, pero dulce como la miel, porque me recuerda todo lo que he amado.

El equipaje del general estaba terminado.

—Jacobo—dijo á su ayuda de cámara—haz que enganchen en seguida, y prepárate á acompañarme. Tenemos que hacer algunas compras.

Cuando la berlina se paró á la puerta del hotel, Gabriela insistió todavía en acompañar á su marido.

El general contestó que aquello seria una fatiga inútil, puesto que al día siguiente estaría de vuelta.

—Iremos juntos hasta París—objetó de Riozares—á no ser que nos dejéis atrás, pues vuestros caballos tienen gran reputación de ligeros.

—Si por modestia humilláis los vuestros—contestó el general—se van á vengar de vos y podréis creeros muy feliz con que se contenten haciéndoos hacer una pirueta en un barranco.

En uno de los balcones, Rosa, levantando una cortinilla, contemplaba con apasionados ojos al marqués, que cambió con ella una sonrisa.

La pobre joven había caido como un pájaro en la red de sus promesas.

No pensaba más que en él, y él no se ocupaba ya de ella.

Como que había averiguado cuanto le hacía falta.

El general, después de haber abrazado cariñosamente á su mujer, se alejó, acompañado por los jóvenes, por el camino de Garches.

Gabriela le siguió con la vista hasta que desapareció el carruaje.

A las cuatro y media de la tarde el cupé del general entraba en el hotel de la calle de Courcelles.

Media hora después, Roberto, que aún estaba en el Ministerio, recibió una tarjeta del general, que decia:

"Te espero á comer á las siete y media en casa de Voisin."

UANL
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI

Riozares se encaminó á la Avenida de Antin.

La princesa estaba tendida en un sofá y leía (las rusas leen enormemente) una novela de Daudet, muy en boga en aquellos tiempos, titulada "Frommont jeune et Risler aîné."

Al ver al marqués cerró el libro.

—Os esperaba. ¿Qué habéis visto en Versalles?

—Un nido de rosas, de jazmines y lilas.

—Vamos á lo que importa. La condesa.....

—Está encantadora, y francamente, me remuerde la conciencia de hacer traición á una mujer tan amable.

—Vos no hacéis traición á nadie. ¿Tenéis la confianza de la condesa?

—No.

—Pues entonces esos escrúpulos son sin motivo y por consiguiente ridículos.

—El conde se marcha esta noche á un viaje urgente, una quinta incendiada cerca de Trouville; pero es muy posible que su gran amor,

la pasión senil que tiene por su mujer, le haga volver mañana al domicilio conyugal. Así, pues, no hay que contar con esta noche.

—¿Dónde va?

—A Pont Leveque.

—¿Por qué estación sale?

—Por la de San Lázaro.

—¿A qué hora sale el tren?

—A las diez y cuarto.

—¿Estáis seguro?

—Completamente.

—¿Y el capitán?

—Está en París, y ya debe estar prevenido, pues me encontré á la condesa en el momento en que salía de la estación telegráfica de Versalles de depositar un telegrama urgente. ¿No queréis más informes?

—No.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque no tengo más que comunicaros.

—Entonces, separémonos.

—¡Tan pronto!....

—Quiero estar sola.

—¿He cumplido bien mi promesa?

—No del todo mal.

—¿Cumpliréis la vuestra?

—No sé....

—Eso no sería leal.

—Amigo mío, habéis engañado á tantas mujeres, que si una de ellas se vengase de vos.....

—Sois muy noble para que faltéis á vuestra palabra. Una pregunta ¿Qué vais á hacer con todos los detalles que os he comunicado referentes á las idas y hechos de la generala y del capitán Pontis? ¿Un periódico?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Nada os importa. Me estorbáis. Dejadme sola.

—Consiento, con tal de que me otorgueís algun adelanto.

El marqués contemplaba á la princesa con una expresión á la vez fina y ridícula, que ésta no pudo menos de sonreír.

—Tomad.—le dijo al mismo tiempo que le presentaba una mano.

—¡Una mano!—objetó el marqués.—¿Y qué quereis que haga con ella?

—Vamos, despachad pronto.

—¡Hágase vuestra voluntad!—Murmuró el marqués, depositando un sonoro beso en la blanca mano de la princesa.

—De modo—continuó—que me arrojais.

—Ya os hacia lejos. Adios.

El marqués tomó el sombrero y el baston y salió hacia atrás, enviando á la princesa tantos besos como pasos había desde la chimenea á la puerta.

Tan pronto como desapareció el marqués, la princesa lanzó un suspiro de tranquilidad y se dirigió á su secretér.

Apoyada la cabeza en la mano izquierda reflexionó algunos minutos.

—¿Qué harán esta noche?—se preguntó.—El uno está en París, la otra en el campo. ¡Bah! ¡La ocasión es magnífica para dejarla escapar! Escribamos. La casualidad hará lo demás.

XXVII

A las seis de la tarde, poco más, cuando el capitán llegó al hotel de Branville, ya había salido el general.

Roberto cambió de traje y se arregló con coquetería como un mundano que se promete una agradable sorpresa para la noche. Después sacó de su secretér una llavecita, que contempló con atención. Aquella llave abría una puerta del muro que rodeaba la quinta de Bel Air, situada en un camino solitario que conducía cerca de Garches.

Al salir del hotel dirigióse á la calle de Londres, donde su amigo de Tresmes habitaba un entresuelo amueblado con todas las lujosas comodidades que pueden permitirse los celibatarios ricos.

De Tresmes se entregaba á las dulzuras del sueño, tendido en un enorme sofá de esos que sirven á los rusos de lecho de reposo, y nosotros comenzamos á plagiarles.

Rodeado de una obscuridad coloreada por una luz atenuada por los cristales de colores de enormes ventanas, el teniente descansaba del rudo servicio del día.

La llegada de Roberto le despertó: al verle, se sentó sobre el sofá y se pasó las manos por los ojos.

—¡Vaya una broma de mal género! ¡Venir á despertar á los que duermen!—dijo estirando los brazos.—¿Vienes á comer conmigo?

—No. El general está en París y me espera á las siete y media en casa de Voisin para comer. Vente tú á comer con nosotros.

—¡Qué me place la idea! ¿Ha venido solo?

—La condesa está en el campo. Tengo que pedirte un favor.

—Mucho me alegraré complacerte. Si es dinero, te diré que únicamente posco trescientos francos. El bacarat ha sido muy duro conmigo, y la pensión de mis padres no ha llegado todavía.

—No se trata de dinero. Si te hace falta, yo tengo por los dos. Déjame esta noche á las diez tu caballo y dí á tu ordenanza que lo lleve á la plaza de San Agustín, frente al cuartel.

—¡Querido Roberto, te adivino!—dijo de Tresmes amenazando con el dedo á su camarada.—Haz lo que gustes, pero me inquietas, sí, me inquietas mucho, y eso tiene que acabar mal, muy mal. El general puede enterarse de un momento á otro, y calcula tú el porvenir que á los dos os aguarda.

—Pero, ¿qué quieres decir con todo eso?

Una violenta contracción se dibujó en los labios de de Tresmes.

—Lo que quiero decir—contestó—es que os

perdéis irremisiblemente tú y esa desgraciada mujer que te ama y se entrega á ti por bondad, porque ha tenido piedad de tu exaltación y de tu locura, pues la mujer, por más virtuosa que sea, resiste difícilmente é no se resiste á una verdadera pasión; además, estoy seguro que en tu interior deploras la cobardía que cometes engañando á ese infeliz sér que se llama el conde de Branville.

—¡Oh!—interrumpió Roberto—te suplico...

—Déjame hablar. Ya sabes la amistad que te profeso....y á ella también—añadió con un estremecimiento interior.—No soy un fraile capuchino amigo de sermonear, pero quiero advertirte á lo que te expones. En los salones se habla ya de lo que pasa; se murmura, se dicen al oído palabras que os conciernen. Yo sé, y tú también, quién ha lanzado los primeros disparos. Tu princesa, que vale menos que el diablo, conoce mejor que nadie el manantial de donde proviene. Ella detesta, aborrece á la señora de Branville, por atribuirla vuestro rompimiento—por este lado hay que confesar que no va descaminada—y no perdona ocasion para clavarla sus uñas de gata blanca.

Vuestros dos nombres revolotean unidos en su conversacion, y se ha dado tanta maña, que el público se ha acostumbrado á no dividirles más. He visto que cuando pasais se hacen señas. Así, pues, una indiscrecion, voluntaria ó no, bastaria para poner al general sobre la pista del misterio. Y ahora te pregunto yo: ¿que pasará el dia en que se descubriese todo? ¿Concibes la horrible situación que resultaría: Lo que sucede de ordinario es tan natural, que el mundo está lleno de indulgencia

para los culpables. La edad del marido suele ser una escusa para las debilidades de la mujer; pero vosotros no estáis en esas condiciones. Al casarse el general con la señorita Desgranges, la devolvió una posición que ya no tenía, la levantó de una terrible caída, y de ahí emana la ingratitud que dobla, centuplica su falta. Tú, por otro lado, eres el Benjamin, el protegido, el hijo adoptivo del conde, y el mundo, indulgente con las adúlteras, te apedrearía ocultando su faz hipócrita. Y eso pasará infaliblemente. Yo te daría con mucho gusto un escelente consejo; pero estoy seguro de que no le seguirás.

—¿Qué debo hacer?

—No se trata de terminar con la condesa; eso sería exigir demasiado. Aléjate por algún tiempo; tu marcha acallará las suposiciones. Si te quedas, es una catástrafe en plazo breve. Tu pasion es demasiado viva para poderla disimular, y el dia menos pensado descubres todo. Si por tí no temes nada, debes tratar de evitar un desastre al conde, que no podria sobrevivir á su deshonra. El te perdonaria tal vez, pues es bastante heróico para esta abnegacion; pero moriria seguramente.

Roberto estaba abatido.

—¡Es una fatalidad!— murmuré—Eso mismo me lo he repetido yo más de cien veces..No puedo ocultarte nada. ¡Sufro como un condenado á muerte!.... ¡Hay dias en que siento haber conocido á Gabriela! Yo mismo me desprecio por mi cobardía, y sin embargo, no tengo valor para renunciar á ese insensato y censurable amor. ¡Apenas si me atrevo á presentarme ante el general....¡Creo que va á

leer en mi rostro la odiosa traicion que he cometido, y que mi secreto está escrito en cada uno de mis actos!....

Desde su marcha á *Bel-Air* debo parecerle muy extraña mi conducta, y hasta trato de no ver á Gabriela, porque no soy dueño, á su lado, de reprimir mi emoción. Las horas que con ella paso, son á la vez dulces y amargas, llenas de encantos y de temores. Quisiera vivir á sus pies y tiemblo de hallarme á su lado. ¡Las sensaciones de ella son las mismas! ¿Crees que no seguiré tu consejo?.....¡Te engañas! Todo me grita que debo seguirle. Dame esta noche de plazo....Voy á anunciar mi determinacion á la condesa.... Estoy seguro que aprobará mi proyecto y sostendrá mi resolucion.

—Mi querido Roberto—objetó de Tresmes—las buenas acciones no deben jamás dejarse para el dia siguiente; ten valor de una vez; renuncia á verla. Encárgame del mensaje. Yo le dulcificaré con las formas de la amistad. A los dos os quiero lo mismo. Me figuro y me doy cuenta de sus impresiones. Tú, mi capitán, tienes más edad que Gabriela, pero en cambio eres más loco y obras sin discernimiento. Déjame á mí. Si llora, tú secarás sus lágrimas con algunos pañuelos en forma de cartas en las que harás la descripcion de tus viajes. Ese es el único partido digno de vosotros. ¿Estamos conformes?

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Que me dejeis ir esta noche.

—¿Y si el general os sorprende?

—Imposible. Se marcha esta tarde á las sie-

te y cuarto para Pont Léveque, y no vuelva hasta mañana por la noche. Tengo, pues, todo el tiempo necesario para ver á Gabriela. Hablemos del porvenir. Nada te ocultaré y te prometo cumplir fielmente mi promesa. Esta vida de engaños é ingratitudes me desespera. Quiero terminar, y te doy mi palabra de honor de que lo haré antes de mañana.

—¿Me juras que es tu última visita?

—Te lo juro.

—¡La justicia levantará acta de tu juramento! Por esta noche soy tu cómplice. Toma mi caballo, mátale si te da la gana, aunque lo sentiría; pero sobre todo, ten cuidado con lo que haces, no sea que te vayan á sorprender.

—Que esté á la hora exacta en el sitio indicado.

—¡Exactitud militar!

—Pues ahora, vente á comer con nosotros.

—¿Es indispensable mi presencia?

—Por lo menos creo que me ayudará á tener la necesaria presencia de espíritu.

—Vamos, pues. Aprovecharé la ocasion para referir al general una historieta que te concierne.

—No me vayas á comprometer y....

—Al contrario, ¡si vas á quedar muy agradecido!

De Tresmes se puso una elegante americana, atusó un poco sus cabellos y barba, limpió con la manga su flamante sombrero de copa, y salió con el paso tranquilo de un hombre que está en paz con su conciencia.

Antes de salir De Tresmes, dirigió una mirada al espejo, y al tiempo de echar á andar, seguido de su íntimo, hizo girar su flexible

baston con extraordinaria agilidad entre los dedos de la mano derecha.

Esta era una señal en él, de satisfacción y contento.

—La suerte me favorece bastante—pensaba para sus adentros De Tresmes—y hago perfectamente en no querer más que los amores fáciles. ¡Cuidado con lo que dan que hacer esas mujeres virtuosas cuando no lo son por completo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

XXVIII

—¡Mis buenos amigos!—exclamó el general al ver entrar á los dos jóvenes en el restaurant Voisin, donde ya estaba esperando.—Os doy ejemplo de exactitud. Llegais con tres minutos de retraso.

—Siempre joven, mi general—dijo de Tresmes.

—No estoy mal, lo confieso. La estancia en Bel-Air me prueba bien. Y vos, ¿trabajais mucho? no se os vé por ninguna parte.

—Considerablemente, mi general. No dormimos.

—Y os divertis tambien. Sed franco y no useis de subterfugios. Teneis que venir á Bel-Air. Supondreis que aquello no estará triste, sobre todo desde que la condesa lo habita. Las mujeres hermosas tienen el privilegiado don de embellecer todo lo que tocan.

—¡Sí, con un poco de dinero!

—Amigo de Tresmes, os quiero mucho, pero no os ocultaré que teneis un grave defecto: el de despoetizarlo todo. Debeis tratar de corregiros.

—Mi general, tambien el dinero tiene su poesía. Yo quisiera veros con quince luises en el bolsillo y tener que pasar con ellos otros tantos días.

—¡Quince luises! Sois un sibarita, un Creso. En mis tiempos, los padres casaban á sus hijos señalándoles mil escudos de renta y sin entregarles el capital. Algunos más ricos—hablo del mio—nos concedían generosamente una pensión de cien luises.

—¿Al mes?

—Al año, y no había más remedio que conformarse.

—Pero en aquellos tiempos los jóvenes encontraban fácilmente quien les adelantase dinero sobre su futura herencia.

—De ningun modo. Vivían con poco y vivían mal; pero, qué diablo, vivían. Es verdad que las chuletas costaban mucho más baratas que hoy. ¡Mozo!

—¿Mi general?

—Traednos dos botellas de Saint-Julien, tres docenas de ostras, un consommè dos lenguados fritos, dos perdices asadas y un buen trozo de solomillo. Hay que cuidar á los jóvenes. ¡Ah! no te olvides de las patatas frias. Ya veremos después lo que tomamos. ¿Os agrada el *menu*?

—Excelente, mi general,—dijo de Tresmes—pero me permito advertiros que pronto, si seguis asi, dareis al traste con nuestra pensión de cien luises, ¡Parece que no habeis pedido nada y ya teneis lo menos por valor sesenta francos de comida!

—Antiguamente eso mismo no costaba arriba de seis escudos. ¡Seis escudos pequeños!

—¿Y qué tal estabais de conquistas en aquellos tiempos.

—¡Ah! Sobre este particular confieso que se ha adelantado mucho. Cuando yo era teniente había muchas mujercitas que andaban por las calles con sus cajas de carton bajo el brazo, sus cofias de tela en la cabeza, unos vestidos muy cortos y unos zapatitos de extraordinaria solidez. Estas jovencitas, algo ligeras de cascos, eran generalmente muy bonitas, muy frescas y muy alegres. Se las conseguía fácilmente siempre que se las tratase con cierta delicadeza, por ejemplo, regalándolas una sortija de veinticinco francos, un chal de treinta, ó una falda de percal de treinta sueldos la vara. Mediante estos obsequios, aceptaban, sin escrúpulos una cena en casa de Y. four ó en el *Rocher de Cancale*, que solía terminar con la aurora

Hé aquí las locuras de nuestros buenos tiempos, y volvíamos á ver con gusto aquellos sonrosados rostros que habíamos tenido la satisfacción de besar una vez.

Hoy no sucede lo mismo. Se galantea á una señorita empolvada y cuidadosamente pintarrajeada y vestida con estrambótico lujo. Ya no se busca la mujer, sino el lujo en el vestir: ya no se persigue el placer del amor sino las deplorables satisfacciones de la vanidad. Cuanto más larga llevan la cola del vestido, se hacen pagar más caras. El mérito se tasa en razón del lujo de la persona. El talento no se cuenta y la hermosura no vale para nada.

Yo he preferido siempre la estatua al pedestal, y la mujer á sus galas.

—Todavía callais algo, mi general. En las provincias donde había guarnición, por ejemplo, encontrábanse seductoras burguesas que valían tanto como las modistillas, cuyos encantos habeis elevado, y se cuentan, sobre este particular, muchas anécdotas de las que fueron afortunados héroes muchos de vuestros contemporáneos.

—Es posible. He oido hablar varias veces de ello pero jamás tuve ocasión de averiguarlo por mí mismo. Nunca he envidiado el bien del prójimo. Siempre he juzgado malo todo placer que envuelva ó pueda complicarse con un delito. Y á decir verdad, no he gustado jamás de esas aventuras, en que el amante desempeña un papel ridículo ó más bien odioso. Cuando he pretendido á una mujer me he reservado siempre el derecho de arrojar por la ventana al intruso que pretendiese arrebatármela. Convendréis conmigo que esta hazaña está fuera de cuento con el legítimo esposo. No sería nada caballero el robar á un hombre y apalearle después Es una acción repugnante. Siguiendo estos axiomas, no he cazado nunca en propiedades particulares, y lo he hecho únicamente en terenos vagos y sin dueño. De este modo no he enfadado á nadie; al contrario, he dejado á casi todas las pobres muchachas que me ofrecían su juventud y hermosura, un grato recuerdo.

De Tresmes lanzó á Roberto una mirada expresiva que le hizo inmutarse.

Llegaron al solomillo á través de esta conversación, parecida con seguridad á las que

se tienen en casa de Voisin desde las siete de la tarde hasta las diez de la noche, á no ser que los parroquianos se entretengan con sus esperanzas ó sus decepciones, consultando el variable é inconstante termómetro de la política, porque bueno es decir, que el restaurant Voisin es el sitio de cita de todos los políticos y altos funcionarios en disponibilidad.

De pronto, de Tresmes, dejando sobre la mesa su copa donde brillaba un escelente vino color de topacio, dijo al anfitrión:

—Mi general. Examinad un instante la fisonomía de Roberto.

—¿Por què?—dijo extrañado el conde.

—¿No notais nada extraordinario en ella?

—No.

—Es que no poneis en juego toda vuestra perspicacia

—Esperad. Me parece que tiene algo sanguinolentos los ojos.

—Roberto tiene una pena muy grande.

—¡Diablo! ¿Y de qué naturaleza?

—¿De qué naturaleza quereis que sean las penas de un hombre de su edad, que es capitán de estado mayor, que está condecorado, favorecido por vuestro patrocinio y en buena amistad con el ministro?

—¡Qué fastidioso sois, de Tresmes, con vuestras adivinanzas!

—¡De amor, mi general, de amor!

—¡Bah! Esas penas se pasan solas, á no ser que la dama que las ocasione no tome tambien su parte ¿Qué quereis que yo haga contra esa enfermedad?

—Mucho. El ministro es amigo vuestro.

—De lo que me congratulo. Un antiguo

amigo y una ecselente y digna persona. Como ya quedan pocas.

—Es necesario ir á su despacho.

—Cosa fácil:

—Y decirle: querido camarada, yo tengo un hijo que me da mucho que hacer. Es un mocetón tremendo que se ha enamorado de una presumida que no le hace caso.

—¡Una presumida! ¡Es posible! ¿Y decís que no le quiere?

—Dejémosles á ellos. Vos continuareis. Este muchacho me inquieta y quiero distraerle un poco. El mejor medio es hacerle viajar. Confiadle alguna mision para el pais que más os plazca, la Turquía me parece bien, escelentes las Indias, magnífica la América del Sur y mejor aún el mismísimo Japon. Es un muchacho trabajador que cumplirá con creces la misiòn que le confieis y se hará digno de vuestra protecciòn; pero.... firmad la òrden de partida. Se está consumiendo por la vecindad de un volcan y este es el momento de mandarle fuera, si no se quiere que arda como una cerilla.

—Perfectamente. Y cuando haya terminado ese discursito, el....

—El ministro— continuó de Tresmes interrumpiéndole—tomará la pluma y os desembarazará de este triste y melancólico convidado. El ministro tiene siempre necesidad de un centinela avanzado, y Roberto será de gran utilidad á su pais doquiera que le destinen.

El conde examinó un instante, en silencio, la fisonomía ya respuesta de Roberto, que hacía señales de aprobaciòn á la plática de su amigo.

—¿De modo—le preguntó el conde con tristeza—que estás decidido á dejarnos?

—A vos, no, mi general; pero á París, sí. Solo por algun tiempo.

—¿Amas, sin duda, mucho á esa mujer?

—Lo que deseo es no encontrarla en mi camino. Después, más tarde, ya no le temeré y podré verla sin pena y sin dificultad.

—¿A qué punto prefieres ir?

—Me es indiferente, con tal de que sea léjos.

—¿Nos escribirás?

Roberto dirigió al general una mirada de admiración profunda, por su inalterable bondad.

—Muy á menudo—contestó.

—¿Nos confiarás la causa de esa pena, que espero terminará pronto?

—Si así lo deseais....

—Llega uno á persuadirse de que las penas del amor son eternas, y sin embargo á la primera carita fresca y sonrosada que se encuentra cerca de una fuente, ó de la pila de agua bendita, á la primera Gretchen, Inés ó Fanny que se nos presenta, suelen desaparecer, como esas bandadas de pájaros que vienen del Norte los inviernos, haciendo un ruido de mil diablos sobre nuestras cabezas, y vuelven á perderse entre las nubes, sin que jamás volvamos á ver su raquítica espátula ó sus alas verdes ó azules.

Dispensad, mi general, se los suele volver á ver algunas veces.

—Sí, pero no á los mismos.

En aquel momento el camarero presentó la cuenta.

El general la examinó ayudado de sus lentes.

—Es algo caro este figón—objetó el conde—¿Por qué volvemos á él?

—Opino como vos, mi general—manifestó de Tresmes.—No sé por qué venimos.

—Ni yo tampoco—dijo el general—sin duda por costumbre.

A la salida del restaurant siguieron por el boulevard hasta cerca de la calle de Courcelles, donde se despidieron de de Tresmes.

Una vez solos, el general con voz alterada por la emoción, preguntó á Roberto:

—Lo has pensado bien. ¿Estás decidido á marcharte?

—Sí, mi general.

—Yo arreglaré ese negocio con el ministro. ¿Y va á ser por mucho tiempo?

—¡Tal vez!—dijo Roberto con tristeza.

—¿Por qué no me cuentas tus penas?

—¡Ah! No tengo ni aún el valor de hablar de ellas.

—¿Ni aún á mí?

—Me avergüenzo de mi cobardía y debilidad. No puedo luchar contra esa pasión que me domina y no puedo desechar.

—¿Está enterada Gabriela de tus planes?

—¿Por qué darla ese mal rato?

—Por el interés que por tí tiene. Las mujeres saben curar las heridas y cuidar á los enfermos!

Roberto trató de sonreir.

—Ya lo sé; pero aun no tengo precision de ir al hospital. Esta noche parezco más triste de lo que en realidad estoy. No os aflijais, mi

general; mis penas no lo merecen. Ya pasarán.

Al llegar á la puerta del hotel, el conde se separó.

—¿Amabas mucho á esa mujer?—le preguntó.

—El joven hizo un esfuerzo para dominar su turbación.

—¡Oh, sí!—murmuró.

—¿Ha sido ella quien ha deseado el rompimiento?

—Sí.

—Tanto mejor. Los hielos del Neva son únicamente buenos para los patinadores trineos de aquel país, y no se avienen mucho tiempo con nuestro sol del mes de Junio.... Te consolarás, seguramente, más pronto de lo que piensas y creo que no hay necesidad de que vayas á China ó á las Indias; Italia ó España bastarán para el fin que nos proponemos. Ya arreglaremos eso á mi vuelta.

Jacobo Farin esperaba en el vestíbulo con los equipajes.

El fiel ayuda de cámara tomó un coche de punto, acomodándose él y las maletas en el pescante y Roberto y el general en el interior del vehículo.

El cochero castigó con brío al caballo y á las diez y cinco minutos, estaban nuestros héroes en la Estación de San Lázaro.

Jacobo fué á tomar los billetes, mientras Roberto se despedía del general abrazándole cariñosamente y deseándole un feliz viaje.

Después de separarse, el conde seguido de su asistente entró en la sala de espera.

Un criado con librea obscura que parecía un

honrado ayuda de cámara de una familia burguesa se acercó respetuosamente al general, diciendo:

—¿El señor general de Branville?

—Yo soy.

—Tened esta carta que me han encargado os remita.

—¿Hay contestación?

—Ninguna.

El general examinó el sobre é iba nuevamente á interrogar al mensajero acerca de la procedencia de la carta, pero ya este había desaparecido.

Cuando el general se quedó solo, se sentó en uno de los canapés de la sala de espera y como tenía aún algunos minutos de qué disponer, rasgó el sobre y contempló un instante aquella misiva.

Era de letra desconocida y, con profunda estupefacción el general leyó lo siguiente:

«Señor conde:

"Una persona que desde hace mucho tiempo está acostumbrada á veneraros como al prototipo del honor, no puede ver sin indignación la injuria, inferior á vuestra honra.

"Cegado por la bondad que os caracteriza, no sospechais nada de lo que sucede en vuestra casa.

"El amigo desconocido que os escribe, cree deber advertiros del escándalo, ya público, que en vuestra morada se está cometiendo.

"La indigna mujer que habeis levantado hasta vos por un inesperado matrimonio, os engaña, y añade á esta insolente acción la mayor de la ingratitudes.

"Si quereis tener la prueba de mis afirma-

ciones, volved esta misma noche á Bel-Air, sin advertir á nadie, y os convencereis de que quien os escribe está mejor infomado, ó vé más claro que los ojos que pueden tener interés en este decubrimiento.

"UNO DE VUESTROS MEJORES AMIGOS"

El conde estrujó con rábia la carta.

—¡No tiene firma!—exclamó.—¡Mentira y cobardía!

Impulsado por la íra iba á hacer pedazos la denuncia; pero de pronto cambió de parecer.

—¡Buen papel, bonita letra! ¡Quién diablos será el autor de este anónimo!

—¡Señores viajeros para Nantes, Evreux, Pont-Leveque y Trouville, al tren!—gritó el empleado de servicio.

El general no se movió de su asiento.

—¿De qué medios—pensaba—me valdria para descubrir al autor de semejante infamia!

Y recorria, sin poder apartar los ojos, aquellas letras, que parecian bailar ante él la zarabanda de la calumnia.

Sin embargo, no creía una palabra de aquella inesperada revelación, que caia á sus pies como si fuera un rayo.

Aquella deshonrosa invención le inquietaba á pesar suyo.

—¡Señores viajeros, al tren!—gritó de nuevo el mozo de estación.

El general continuó inmóvil.

—¿No os marchais, caballero?—preguntóle el mozo.

Aquella invitación le hizo volver á la realidad.

A una ligera señal de su amo, Jacobo se adelantó con las maletas depositándolas en un coche de primera clase, donde ya estaban instalados otros dos viajeros.

El general plegó cuidadosamente el anónimo y le guardó en su cartera, despues de acomodarse en el vagon.

—¡Pobre Gabriela!—pensó.—Tu honor no está al abrigo de las calumnias de un mundo que nada respeta.

La locomotora lanzó un agudo silbido anunciando la salida, los vagones se pusieron en movimiento y el tren pasó bajo el puente de la plaza de Europa con retumbante estrépito.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIX

Después de dejar al general, Roberto se dirigió rápidamente hácia la plaza de San Agustín.

En la esquina de la calle de la Pepiniére esperaba el ordenanza del teniente, teniendo de la brida un magnífico caballo, negro como la noche, y elegante como los de la antigua y renombrada raza de Tarbes, de donde era oriundo, teniendo como aquellos su elegancia y una velocidad excepcional.

Dick era célebre en el regimiento.

De Tresmes no se lo hubiera confiado ni á un primo carnal, ni tal vez á su hermano, pero á Roberto no sabia, ni podía negarle nada.

Si hubiesen vivido en tiempo de Enrique III se habrian prestado ayuda como Antraguet y Bussy en sus escaramuzas contra los miñones y espadachines y hubieran uno por otro repartido estocadas y mandobles, lo mismo que su buena ó mala fortuna, tanto de armas, como de dinero.

Roberto acarició al brioso Dick que relinchó estrepitosamente y dió algunos saltos, como para indicar su satisfacción.

—¿Tengo que esperaros, mi capitan?—preguntó el ordenanza teniendo el estribo.

—Como quieras. No tardaré en volver. A las dos, lo más tarde, estaré de vuelta.

—Podeis caminar á prisa, mi capitan,—dijo el soldado.—Dick está de buen humor y hace dos días que no ha salido. Su compañero es el que ha estado de servicio. ¡Buen viaje!

El dragon permaneció en la plaza, escuchando el rápido trote del caballo que se alejaba por el boulevard Haussmann.

—Estos jóvenes—se decía—pasan las noches corriendo tras las mujeres.

Yo no tengo necesidad de hacer eso para tenerlas. Es verdad que no gastan unas faldas tan rimbombantes como las de estos señoritos; pero eso no sirve para nada, y las mujeres son todas lo mismo. ¡A escape, hacia yo medio kilómetro de camino para ver á la novia! Lo que se tiene cerca, vale más que lo que se busca con tanto misterio en las tinieblas nocturnas.

Y el bueno del soldado, fiel á su consigna, volvió á la calle de Londres, donde se tendió en un sofá del vestíbulo del teniente.

Cinco minutos después roncaba como un órgano.

Dick atravesó al trote largo la Avenida de Neuilly, y no se paró para tomar aliento hasta llegar al pie del monte Valerien, al otro lado del Bosque de Bolonia.

Después de un momento de reposo volvió á emprender su vertiginosa carrera, atravesan-

do á galope Ville-d'Avray y Garches, hasta llegar á un camino sombrío que le condujo á la venta de Fausses Reposes, donde existia, abierta y deshabitada, una choza de leñador.

Una vez llegado, Roberto se apeó del caballo, y sacando de su americana una cuerda, ató al valiente animal á uno de los pilares de la casa.

En seguida, á través de los campos, se dirigió al camino de Versalles que lindaba con las tapias de Bel-Air.

La noche estaba obscura y magnífica; una de esas primeras noches de verano en las que, frente á una vegetacion naciente y á una naturaleza que resucita, no puede uno decidirse á cerrar la ventana á la claridad de lás estrellas y al aroma de los jardines.

Los ruiseñores cantan en el follaje, y en las ramas se escuchan alegres gorjeos de todas clases y especies, de pájaros é insectos.

Roberto se paró un momento frente á la puerta.

Las tapias de aquel lado estaban cubiertas de hiedra y rodeadas de parras.

Con la llave en la mano no se atrevía á franquear una vivienda que durante su infancia le habia cobijado muchas veces, y que hoy iba á profanar.

El corazón le latía con violencia.

Estuvo á punto de volverse atrás. Las palabras de su amigo le zumbaban todavía en los oidos; pero en una de las ventanas del castillo, en medio de la obscuridad, se dibujaba una sombra blanca. Aquello le decidió.

Era su cómplice que le esperaba.

La llave entró sin ruido en la cerradura, y la puerta giró sobre sus goznes.

Todo dormía en el jardin.

Joel, el perro del general, se acercó á él dando saltos y acariciándole las manos con alegres abullidos.

—Quieto, Joel.—Dijo el capitan.

En cuanto llegó á la fachada del castillo, subió sobre una silla y escaló la balaustrada que le separaba de Gabriela.

Ella estaba allí, esperándole impaciente y temblorosa, envuelta en un peinador de blanca batista.

—¿Eres tú?—murmuró.

—Ven—contestó el joven entrando en el cuarto.

—Déjame que cierre la ventana. Tenemos que hablar.

La habitación estaba débilmente alumbrada por una lamparilla.

Había como un perfume de amor que se desprendía de los muebles, de los tapices, de las cortinas de aquel *boudoir* digno de la mujer que lo habitaba.

—¿Y de qué hemos de hablar, sino de nuestro amor?—dijo el capitan rodeando con sus brazos el talle de Gabriela.—¿Qué nos importa lo demás? ¡Qué hermosa eres y cuanto te amo!

Era verdad. Gabriela estaba irresistiblemente hermosa.

—¡Ah!—continuó Roberto.—Yo haría locuras para llegar hasta tí, y cometería un crimen por poseerte.

En el momento en que estas palabras brotaban de los lábios del joven, Gabriela se abandonaba á las delicias de su amor y olvidaba al

resto del mundo por los éxtasis en que la sumian los juramentos, mil veces repetidos, de Roberto.

Las últimas palabras la hicieron volver en sí.

Con un brusco movimiento se separó de los brazos de su amante; una expresión de amarga tristeza se extendió por todo su rostro.

La palabra «crímen» había hecho morir todas sus ilusiones.

—Escúchame—dijo con acento apagado.

—Sea; la noche es larga y podemos perder una hora. Todavía nos quedarán otras.

La condesa le miró fijamente.

—No—contestó meneando tristemente la cabeza,—no tenemos ninguna, y temo que nuestros más felices momentos han pasado ya.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta vida no puede durar y es preciso terminar. Esa palabra que se te ha escapado contiene una verdad amarguísima. Nuestra conducta es un crímen. Cuando no estás á mi lado te deseo, y cuando te veo quisiera alejarte á cualquier precio.

Roberto lanzó un suspiró de satisfacción.

Gabriela se adelantaba á la explicación que pensaba darle.

—Es preciso—continuó—aunque nos cueste muchos sufrimientos, poner término á la comun traición. Me faltan las fuerzas para disimular más tiempo y temo que mi secreto se me escape delante de mi marido. Nuestra bajeza me repugna. Muchas veces, cuando le veo tan contento por las más insignificantes atenciones que por él tengo, me dan impulsos de decirle: No me mireis; no soy digna de vuestras bondades, que os pago en cambio con la

más infame de las acciones: cuando me besais, pienso que debíais extrangularme ó arrojarme por el balcon.

No soy impresionable y por eso encuentro ridículas las almas románticas. Había nacido para ser simplemente una buena y honrada madre de familia y resignarme con mis prosaicos deberes; pero por culpa de nuestro contrariado amor estoy ahora obligada á representar un papel que no es el mio; á ser falsa, mentirosa y pérfida....! Me veo hundir en un abismo de vergüenza y degradación. Es necesario tener valor. Juntos nos hemos hundido, pues juntos sabremos ayudarnos mútuamente, ántes de que la sociedad se haya enterado de nuestro odioso secreto ... ¡Huye, vete, todavía es tiempo!.... ¡El porvenir es nuestro! Tengamos la paciencia de saber esperar.

Te voy á confiar un secreto que te probará hasta qué punto nos hace miserables esta culpable pasion y la energía que para resistirla necesitamos, si no queremos caer en el precipicio de la infamia cuyo borde comenzamos á pasar.

El general sufre de un mal que le mina interiormente. Muchas veces durante las noches ha estado á punto de ahogarse. Tal vez, no tendremos, para recobrar nuestra libertad, que esperar mucho tiempo. Yo le dulcifico la vida todo lo que puedo, trato de reparar nuestra falta comun, por todos los cuidados que mi respetuosa afección me sugiere, y sin embargo —vil y cobarde condición nuestra—algunos días casi me congratulo de su debilidad y decadencia. Estoy segura de que tú no tendrás estas cobardías. En vez de hacerme perder la

valentía, que me es tan necesaria para resistir los inhumanos pensamientos que me asaltan, al ver tu falta de valor y de fuerza, sostónme, ayúdame á pasar este camino, donde tropiezo contra todos los guijarros. ¡Aléjate! Todos los dias, si quieres, escribirás al general. Yo te contestaré Ya sé que esas cartas, mensajeras de tu corazón, estarán escritas para mí; tuya soy y jamás seré de otro; mi corazón te pertenece y haré lo que tú quieras, pero al menos conservemos el derecho de marchar con la cabeza erguida; tranquilicémos nuestras conciencias con el cumplimiento—aunque tardío—de nuestros deberes: separémonos y esperemos.

La condesa estaba inclinada hácia su amante.

Roberto, aturdido, arrullado como un niño por el canto de su nodriza, escuchaba aquella voz adorada que expresaba unos sentimientos que eran los mismos que él sentia. Estaba á la vez seducido y aterrado. Seducido por los encantos de aquella mujer divina; aterrado por la precision de sus reflexiones.

Haciendo un esfuerzo supremo, logró sobreponerse á la fascinación que le dominaba, llevó á sus lábios una mano de Gabriela y dijo:

—Tienes razon. Lo que has dicho lo pienso ya tambien. Parece que no tenemos más que un alma para los dos. Ya me he adelantado á tus deseos, rogando al general que me agregue á cualquier embajada, con tal que esté lejos de Paris. Cuando regrese obtendrá del ministro lo que hoy mismo le he pedido. Tal vez sea hoy la última vez que te veo.

—¿Qué razón le has dado?

—Yo le dije que no tenía valor para explicarme y de Tresmes lo ha hecho en mi lugar. Es un corazón leal y un amigo sincero. Dijo que tenía una pena secreta y que me convendria viajar, alejarme de Paris.

—¿Y el general ha accedido?

—Sí, pero no sin pena.

—¿Sabes, Roberto, la reflexion que se me ocurre algunas veces?

—Creo conocerla.

—¿Cuál es?

—Lo que tú piensas y temes es que el general, si llegase á sospechar de ti, conociese tambien al hombre que le habia engañado.

—¿No es cierto que seria un golpe terrible para él, si supiese que éramos culpables los dos? Si tu le faltases, le quedaría yo, y si yo muriese, tú le consolarías. Pero si de un golpe conociese nuestra traición, todas sus esperanzas, sus afecciones todas, se derrumbarian en la misma caida.

—Es verdad.

Gabriela sonrió.

—Esas suposiciones—continuó—son inútiles y acusan la turbacion de nuestras ideas. Terminemos de una vez. Mañana ó pasado me habré quitado un gran peso del corazon. ¿Y tú?

—Yo tambien. Y sin embargo no te veré más.

—Mi pensamiento te seguirá á todas partes donde vayas.

—Separarse de lo que se ama es morir ántes de tiempo.

—No, cuando nos queda la seguridad de vernos.

—Tienes razón—dijo Roberto;—tenemos ante nosotros la juventud, el porvenir, las espe-

ranzas; olvidemos nuestras penas y pensemos en la felicidad que nos espera cuando seamos el uno para el otro.

—¿En qué has venido esta noche?—preguntó Gabriela.

—En el caballo de de Tresmes.

—¿Te quiere mucho el teniente?

—Sí.

—¿Conoce nuestro secreto?

¡Podria yo dejar pasar un día sin hablar de ti!—exclamó Roberto con acento de dulce censura.

—¿Donde has dejado el caballo?

—En la cabaña del leñador, á trescientos metros de aquí

—¿Cuándo me vas á dejar?

—Cuando tú me lo mandes.

—Entonces—caballero—separémonos ahora mismo.

La sonrisa que acompañó estas palabras las desmintió.

La despedida de los dos amantes fué larga.

—Adios Gabriela—Decía Roberto.—Júrame que no olvidarás tus promesas.

—Te lo juro. ¡Pero qué necesidad hay, puesto que no amo á nadie más que á tí?

—Me marcho. Tu amor me dará valor.

La condesa le rodeó de sus brazos como para detenerle.

En aquel momento un ligero ruido de pasos se escuchó en el vestíbulo.

El capitan, separándose bruscamente de Gabriela, se dirigió á la ventana, que abrió con precaución.

El perro ladraba en el jardin; pero al reconocer á Roberto comenzó á mover la cola en señal de alegría.

Gabriela, apoyada la cabeza en la mano derecha, escuchaba inquieta los pasos que se dirigían hácia su cuarto.

Un golpe seco resonó en la puerta al mismo tiempo que la voz del general gritaba.

—¡Gabriela, abrid!

Casi muerta de miedo se arrojó en los brazos de su amante diciendo con apagada voz.

—¡Sálvate y que Dios nos proteja!

—¡Estamos perdidos!—murmuró Roberto.

—Nó. Huye y déjame. Nos perderás si continúas aquí un solo instante más.

¡Abre!—repitió el general.—¡Abre pronto!

—¡Huye!....—dijo Gabriela sin contestar—¡huye y que no se sepa jamas que has estado en este cuarto! Es la única gracia que me atrevo á pedir á Dios.

Roberto, besándola por última vez, se descolgó por el balcon.

Por poco cae, al saltar, sobre Joel, que se lanzó á él acariciándole y ladrando de alegría.

En un segundo atravesó Roberto el jardin, y evitando las avenidas llegó á la puerta falsa del parque, donde desapareció perdiéndose entre los bosques.

—¡Gabriela!....repetía con cólera el general,—¿quieres abrir?

A fin de dar á su amante el tiempo necesario para alejarse, la condesa empleó los subterfugios de que en semejante caso suelen hacer uso aun las mujeres de menos iniciativa.

—Estaba durmiendo—decia.

Y luego, después de una pausa:

—No sé dónde he puesto la llave.

O bien:

—No os esperaba.

Por último, pálida, temblando y casi desnuda, abrió la puerta y se encontró delante de su marido.

—Hace un instante que no decís más que mentiras—dijo el general investigando el cuarto con una rápida mirada.

Gabriela guardó silencio.

El conde avanzó hasta el centro de la estancia, contempló el balcon, que permanecía habierto, se asomó á él tratando de escudriñar con la mirada los más obscuros rincones del parque.

La obscuridad era completa.

Nada vió.

Solo Joel, el fiel perro, estaba tranquilamente echado á la puerta de su caseta.

—Es extraño—pensó—Joel no ha defendido la puerta. No ha ladrado.

La condesa continuava inmòvil. Estaba petrificada.

El general reflexionó y mirándola lleno de indignación y dolor, exclamó:

—¡Aquí habia un hombre!

—Sí.—Contestó únicamente Gabriela.

Roberto, llevando en el alma la muerte, galopaba camino de Paris.

XXX

No siempre los más peligrosos venenos, son los que operan con mayor rapidez.

La carta de la princesa había producido el efecto que la rusa esperaba.

Después de estrujarla y de haberla pisoteado, el general la recogió guardándosela en la cartera.

Después el tren se puso en marcha.

Apenas habian llegado á Asniéres, la carta le abrasaba como si fuese de fuego.

Ya la había sacado de la cartera y la volvió á leer una vez más.

La duda, encarnizada, horrible, comenzaba á entrar en su corazón.

No se decidía á creer la odiosa denuncia de que era objeto Gabriela, pero en la recta sencillez de su alma se preguntaba si podía existir un sér tan cobarde que inventase semejante impostura.

Comenzò sospechando que tal vez por igno-

rancia, Gabriela había cometido alguna ligereza mal interpretada, una de esas inconsecuencias de las que en el mundo se aprovecha para críticas crueles y deshonrosas.

Se dijo que debía interrogarla, y no dudó que ella le confesaría con toda sinceridad las cosas, sin duda insignificantes, de que tuviera que arrepentirse.

Luego recordó las asiduidades de Riozares, sus conversaciones íntimas con la condesa, la evidente hostilidad, que Roberto no trataba de ocultar al noble español y los deseos de alejarse manifestados por el capitan.

Entonces pensó con terror en esas aventuras que tanto se comentan en la alta sociedad, y se figuró que no estaba en lo justo al creerse más privilegiado que los demás.

Era evidente que Gabriela guardaba con él toda clase de atenciones; pero tal vez, pensaba, todos esos cuidados, esas delicadezas, esas pruebas de ternura, no tenían más fin que el de cerrarle los ojos y ocultar las intrigas, á las cuales se inclinan tanto las mujeres desde el pecado de nuestra primera madre.

Recordó los sarcasmos que se suelen hacer de los maridos confiados, sarcasmos que él mismo, algunas veces, se había complacido en divulgar.

La hermosura de Gabriela le asustó.

Los triunfos obtenidos por su mujer que tanto le enorgullecían, trocáronse en nuevo manantial de dudas, y poco á poco, lentamente, fué perdiendo la tranquilidad, hasta que únicamente llegó á hacerse la siguiente pregunta:

—¿Quién será?

Las estaciones pasaban con la rapidez del rayo.

Maissons Laffitte ya estaba lejos, Conflans había desaparecido, y el tren se paró en Poissy.

—Vamos—dijo el general á su fiel Jacobo que comenzaba á dormitar mecido por el balanceo del vagon.

—¿Dónde estamos, mi general?—preguntó al criado cuando bajaron al andén.

—En Poissy. Tenemos que volver á Bel-Air á recoger unos objetos que he olvidado.

Ya no había trenes para París; pero un carricoche, viejo y desvencijado, se comprometió mediante veinticinco francos, á conducir los viajeros á su destino.

Apenas el general se instaló en los deteriorados asientos del vehículo, cuando se arrepintió amargamente de no haber continuado su camino.

Se preguntaba la manera de que se valdría para presentarse á su mujer, y golpeábase el pecho pensando en el ridículo papel de marido celoso que, sin motivo, iba á representar.

La sola sospecha de que su mujer fuese culpable, le pareció una monstruosidad que no merecía indulgencia, y el bueno del general se devanaba los sesos para encontrar un pretexto plausible que explicase su brusca llegada.

Aquel viaje por senderos y caminos extraños á través de la obscuridad, en un coche de casa idad, le parecía indigno de un hombre de sus años.

Arrepentido y humillado, llegó á las verjas del parque, después de dos horas y media de camino.

Solo, lleno de confusion, como el colegial

que ha cometido una falta y busca una excusa para no ser castigado por sus maestros, el general entró en el vestíbulo de su casa.

El profundo silencio que reinaba en toda ella, le había tranquilizado sobre las dudas que ya no tenía, y con perfecta tranquilidad de ánimo llamó la primera vez á la puerta de la condesa.

Lo que pasó, por sabido se calla.

XXXI

Al oir la respuesta afirmativa de Gabriela, el general vacilò como si hubiese recibido una herida mortal.

A pesar de haber esperado á la puerta, á pesar de los ruidos escuchados, del balcon abierto, de la turbación de su mujer y del desòrden del cuarto, el infortunado conde quería aún dudar de su desgracia.

Si Gabriela hubiera sido menos altiva de carácter y más conocedora de las supercherías de las mujeres que faltan á sus deberes conyugales, y hubiera tenido la audacia, á pesar de la evidencia, de negar su falta, el anciano, asiéndose al más leve punto de apoyo para no sumirse en el más profundo desconsuelo, habría hecho sobrehumanos esfuerzos para no creerla culpable: tenía reservado un tesoro de indulgencia para absolverla y perdonarla.

Ante aquella revelaciòn súbita, se dejó caer en una silla ocultando la cabeza entre las manos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que ha cometido una falta y busca una excusa para no ser castigado por sus maestros, el general entró en el vestíbulo de su casa.

El profundo silencio que reinaba en toda ella, le había tranquilizado sobre las dudas que ya no tenía, y con perfecta tranquilidad de ánimo llamó la primera vez á la puerta de la condesa.

Lo que pasó, por sabido se calla.

XXXI

Al oir la respuesta afirmativa de Gabriela, el general vacilò como si hubiese recibido una herida mortal.

A pesar de haber esperado á la puerta, á pesar de los ruidos escuchados, del balcon abierto, de la turbación de su mujer y del desòrden del cuarto, el infortunado conde quería aún dudar de su desgracia.

Si Gabriela hubiera sido menos altiva de carácter y más conocedora de las supercherías de las mujeres que faltan á sus deberes conyugales, y hubiera tenido la audacia, á pesar de la evidencia, de negar su falta, el anciano, asiéndose al más leve punto de apoyo para no sumirse en el más profundo desconsuelo, habría hecho sobrehumanos esfuerzos para no creerla culpable: tenía reservado un tesoro de indulgencia para absolverla y perdonarla.

Ante aquella revelaciòn súbita, se dejó caer en una silla ocultando la cabeza entre las manos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De pronto se levantò con extraordinaria vi veza y asiendo por una mano á Gabriela,—ex clamó:

—¡Me engañas! ¡Aquí no había nadie! ¡Sería espantoso! ¡Has querido mofarte de mi y contestar con una broma á una pregunta que es un ultraje sara tí!

—¡Pero defiéndete!—gritó al ver que Gabriela callaba.—¡Dí lo que quieras, yo te creeré! ¡Quieres matarme al mismo tiempo que tú te condenas¡

Gabriela continuó callada é inmòvil.

El general la rechzó entonces con violencia y asomándose al balcòn vió en la sombra los ojos de Joel que estaba impávido á la puerta.

—Es extraño.—repetia.—El perro no le ha extrangulado. Tiene que ser algun amigo de la casa.

De pronto como si una luz hubiese atravesado su cerebro, se dió un golpe en la frente y dijo contemplando á Gabriela que se había dejado caer en el lecho.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Soy un infame por imaginar semejantes atrocidades!

Y acercándose al lecho, cogiò una mano de Gabriela y la dijo con dulzura:

—Escúchame. Si tu conciencia te remuerde por alguna falta, la mia me condena por haber unido tu hermosura y tu juventud á mi ruina y á mi decrepitud. Te puedo pues perdonar y me siento con la suficiente debilidad para amarte otra vez, pero con una condición. Mi honor exige que yo conozca el nombre del que me ha robado tu afecto. Dimelo y te perdono.

La condesa no contestó.

Estaba llorando.

La emociòn que en un principio la había agitado, terminò por convertirse en un raudal de lágrimas que brotaban de sus ojos, abrasados por esa repentina fiebre que invade á los desesperados.

—¡Gabriela, hija mia!—decia el general,—¡Te lo ruego, es mi perdón lo que te pido!

Entonces la condesa se levantó y de pie, frente á su marido á quien miraba con resignación y piedad, dijo:

—Matadme, arrojadme de aqui, haced lo que querais. No me quejaré, ni os maldeciré. Soy indigna de vos y culpable de una ofensa por la cual no merezco misericordia. Inútil es que me pregunteis más. ¡Nada os diré! ¿Qué adelantarfamos con eso?

Gabriela pronunciò tris emente estas palabras, pero había un sello tal de firmeza en ellas, que el conde comprendió que nada lograria saber.

—¡Sea!—contestò el general.—Yo por mí solo, descubriré al autor de semejante infamia pero piénsalo bien, si me niegas esta satisfacción que exijo, no obtendrás nunca, aunque viva cien años, ni gracia ni perdòn.

—¡Dios nos juzgará !Haced lo que gusteis—contestó resignada la condesa.

El general cerró el balcón y la puerta, guardò la llave en el bolsillo y se dirigió al cuarto de Farin.

Jacobo se disponía á apagar la luz para meterse en la cama, cuando el general entraba en su cuarto.

—Amigo mio—le dijo—escucha con aten-

ción mis instrucciones y síguelas al pie de la letra.

—¡Entiendo mi general!

—Vas á coger el caballo más veloz de todos y á galopar hasta París. Te dirigés inmediatamente al hotel y ves si está Roberto. En seguida te asegurás de si sus caballos han salido. No te fiés de nadie, inspecciona todo por tí mismo. Si está Roberto, le dices que mañana, á primera hora, tengo que hablarle. Yo te espero hasta que vuelvas. ¿Has comprendido bien?

—Sí, mi general.

—A ver. Repite lo que te he dicho.

—Que monte á caballo y galope hasta París. Veo si el capitán está en su casa, y si está, le digo que venga mañana á veros. Examino si están todos sus caballos, y vuelvo á galope tendido.

—Eso es. Despacha pronto y revienta al caballo si quieres.

—Está bien, mi general.

—Jacobo — dijo el conde con emoción—tu contestación va á decidir sobre mi tranquilidad futura. Cuento contigo y con tu discreción.

—Sí, mi general.

—Ya comprenderás que á tu edad no te encargaría de semejante misión, si no tubiese imprescindible necesidad. Tú solo puedes servirme y en tí solo confío. ¿Comprendes?

—Sí, mi general.

Y sin hacer una pregunta, sin informarse de la causa de aquella nocturna expedición, el fiel Limosino fué á las caballerizas, ensilló

á Júpiter, un magnífico caballo inglés, y partió á toda velocidad en dirección á París.

El conde de Branville volvió al cuarto de Gabriela.

—Podeis dormir sin temor—la dijo.—Ya reflexionaré sobre lo que me toca hacer. ¿Queréis decirme el nombre de vuestro cómplice?

—No.

—Está bien.

El anciano, se dirigió con paso lento, á sus habitaciones.

Allí, abatido por aquella catástrofe en la que á la vez perdia su reposo, el honor segun el mundo, su felicidad y su último amor, se echó en una butaca, y vencido por el dolor se quedó dormido.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXII

Cuando el general daba á Jacobo la órden de marcha á París, Roberto había ya atravesado al galope veloz del caballo de su amigo la plaza de la Estrella. Parecía un vencido, que por un desesperado esfuerzo trataba de escapar del enemigo.

En efecto, Roberto era una víctima del destino. De un golpe había perdido todo lo que amaba, perdiéndose á sí mismo. Se olvidaba de él para pensar únicamente en la desesperación de los dos seres que más quería en el mundo: el general, su amigo, su protector, ¡quién sabe si su padre! también estaba deshonrado por aquella espantosa é inesperada revelación. ¡Aquel corazón leal, siempre lleno de generosidad y confianza, que nunca supo prever el mal, ni siquiera sospechar que existía!

Pensaba en Gabriela, en aquella bondadosa y encantadora mujer, á quien arrastraba en

su caída por un concurso de fatales circunstancias, y que no había sucumbido á sus obsesiones sino por bondad. ¿Qué sería de ella? ¿La arrojaría vergonzosamente de su casa el ultrajado marido? ¿Llegaría éste á conocer el nombre del criminal, cuya personalidad aumentaba la gravedad del crimen, añadiendo á la ofensa todas las bajezas de la ingratitud y del abuso de confianza?

Abismado por aquellos terribles pensamientos que le anonadaban, teniendo ante sí, fija la desgracia de Gabriela y del general y su siniestra situación, no sabía hácia dónde caminaba.

Dudaba si los acontecimientos que en un momento se habían sucedido, eran efecto de una pesadilla ó de una alucinación.

Dick continuaba galopando. Sus ágiles remos le llevaban á través de las desiertas y mal alumbradas calles con la vertiginosa velocidad de los jockeys en los últimos metros de una carrera disputada.

Los cabellos del capitán se impregnaban de la humedad de la noche, y un aire templado azotaba su calenturiento rostro.

Los guardias de seguridad, á la luz de los mecheros del gas, paseaban de dos en dos, con fatigado paso, á lo largo de las aceras.

Los barrenderos, la cabeza envuelta en harapientos tapabocas, llegaban á sus puestos provistos de inmensas escobas que llevaban á la espalda.

Todos miraban con curiosidad aquel ginete que huía, al galope, de un invisible enemigo.

De pronto el animal se paró.

Estaba á la puerta de su amo.

Roberto saltó con ligereza del caballo, y llamó.

El ordenanza, fiel á su consigna, estaba allí.

El capitán le entregó las riendas de Dick, y se lanzó al cuarto de su amigo, que dormía profundamente, y le despertó con rudeza.

¿Quièn anda ahí?—preguntó de Tresmes.

—Levántate.—contestó su amigo.

—¡Ah! Eres tú ¡Seré tonto! Casi he tenido miedo. Pero hombre, ¡qué original eres! Venir á despertarme á semejantes horas.

—No bromees. Escúchame que no se trata de cosa de risa.

—¡Diablo! ¡Qué semblante tan descompuesto! ¿Qué te ha sucedido?—preguntó el teniente arrojándose de la cama y comenzándose á vestir.

—¡Una desgracia espantosa!

—¡El general os ha sorprendido!

—Sí, pero afortunadamente ignora el nombre del cómplice de Gabriela. ¡Esa noble mujer ha tenido el valor de callar! Yo he huido como si fuese un ladrón ¡Oh! me dan intenciones de matarme.

—No te precipites. Siempre hay tiempo para cometer esa tontería.

Roberto puso al corriente á su amigo, en dos palabras, de los sucesos de aquella noche.

De Tresmes le escuchó con atención.

—El mayor desastre que puede sucederos y que á todo trance hay que evitar, es que el general averigüe que eres tú quien le ha engañado. ¡Eso sería espantoso! Tenía razón la condesa.

¿Y qué hacer?

—Vete en seguida á tu casa. Acusétate; que se ignore que has salido. Es muy posible que envíe á alguien en tu busca y ya comprenderás que es preciso que te encuentre en tu casa. ¡Date prisa! ¿Quién sabe? Sin duda puede hacerlo, enviar á alguien á París durante la noche Aprovecha el tiempo que tienes de ventaja. ¿Quieres que te acompañe?

—Es inútil. ¡Pobre Gabriela!

—¡Pobre general!—objeto De Tresmes.—¡Qué desgracia para él!

—¡Es verdad! ¡Qué desgracia para él que es inocente de nuestras faltas.

—Sobre todo, Roberto, no cometas tonterías. El mal no es tal vez tan grande como tu piensas. Ten calma y firmeza. ¡Hasta mañana! ¿Me prometes hacer lo que te he dicho?

—Sí.

—¿Y de no decidir nada, sea lo que fuere, sin darme antes conocimiento?

—Sí.

—¿Me lo juras por tu honor?

—Te lo juro.

Roberto se despidió dando un apretado abrazo á su buen amigo De Tresmes, quien para ocultar la emoción que de él comenzaba á apoderarse, se retorcía el bigote con enérgico ademán.

Comprendía que se estaba preparado una terrible catástrofe.

—¡Pobre general! ¡Pobre Gabriela!—repetía sin cesar el bueno de De Tresmes.

XXXIII

La condesa había escuchado con terror el galope del caballo que llevaba á Jacobo en seguimiento de su amante.

Supuso que el general había adivinado el nombre del culpable, y fué con ansia mortal á esperar la vuelta del emisario de su marido.

A las cinco de la mañana, insensible al frío, que la hacía temblar bajo su peinador de batista, asomada al balcón de su cuarto, dejaba vagar sus ojos por el sorprendente y magnífico panorama que se extendía ante su vista.

Versalles en lontanaza, con su interminable y frondosísimo parque; más cerca, infinidad de hotelitos rodeados de floridos jardines, ya llenos de los alegres ruidos, que indican en el campo la llegada del día.

El galope de un caballo que se paró frente al hotel la hizo extremecer y salir de su éxtasis.

Gabriela se inclinó para ver quién llegaba.

En aquel momento Jacobo se apeaba del caballo, el cual, cubierto de sudor y de espuma, relinchaba de alegría al reconocer la puerta de las caballerizas.

Al pasar bajo el balcón de Gabriela, Jacobo pareció extrañarse de verla en el balcón, y la saludó con su habitual respeto.

Aquel saludo la tranquilizó.

Seguramente el fiel criado del general no sabía nada, pues de lo contrario hubiera tomado la defensa de su amo y hubiera tratado á Gabriela como á un enemigo.

La condesa se separó del balcón y escuchó á Jacobo llamar discretamente á la puerta del general.

Entonces sigilosamente se acercó á la puerta que comunicaba sus habitaciones con las del general, y escuchó.

El general hablaba en voz baja, pero sin embargo, pudo comprender el sentido de su conversación con el ayuda de cámara.

—¿Qué has hecho?—preguntó el general.

—Mi general, he ejecutado vuestras órdenes. He corrido más que el viento. Júpiter—el caballo—os lo podrá demostrar..... ¡creo que ha cambiado de pelo! Tardé tres cuartos de hora en llegar al hotel. Mauricio, el portero—otro inválido—creyó, al verme, que había ocurrido alguna desgracia.

—¿Y después?....

—Después subí directamente al cuarto del capitán. Todo estaba en orden.

—¿Y él?....

—Dormía profundamente. Creo que hasta roncaba, y me costó algún trabajo el despertarle.

Si la puerta hubiese sido de cristales, la po-

bre Gabriela habría visto agitarse el pecho del conde como si le quitasen un gran peso de encima.

Jacobo continuó:

—Al abrir los ojos—para ello tuve necesidad de sacudirle duramente. Esos jóvenes duermen como borregos.—Al abrir los ojos, repito, lanzó un grito: ¡Ay, Dios mío! ¿Qué pasa? ¿Está malo el general y vienes á buscar á un médico?

Yo le tranquilicé y le rogué de vuestra parte que viniese hoy por la mañana. Lo que así me prometió. Quiso venirse conmigo. Se lo impedí, y bajé á las caballerizas del hotel. Los dos caballos del capitán estaban durmiendo tranquilamente y no tenían un solo pelo mojado. Después de cumplimentar vuestras órdenes, monté otra vez á caballo, y aquí me tenéis. ¡Ah! Se me olvidaba deciros que el capitán me preguntó el objeto de mi llegada, pero yo no he podido decirle más que lo que sabía; es decir, absolutamente nada.

Gabriela se tranquilizó y volvió á su cuarto. La desgracia que más temía, estaba evitada.

—¡Dios es bueno! —dijo arrodillándose á los pies de su lecho.—¡Solo me he perdido yo!

El general continuaba preguntando á Farin:

—¿No has notado nada por el camino?

—Nada, mi general. Es decir, sí. Dos guarda-bosques que llevaban preso á un cazador furtivo.

—¿Nada más?

—Eso solo.

—Vete á descansar, mi pobre Jacobo, y trata de que cuiden bien al caballo.

El ex-cabo saludó militarmente, y para compensar su trabajo de aquella noche, se dirigió á las cocinas, las cantinas, según él las llamaba, y se procuró un buen trozo de jamón y una botella de Burdeos suave como el terciopelo.

—Yo no sé lo que pasa; pero me parece—pensaba el viejo Jacobo—que las cosas ya no marchan tan bien como antes. ¡Aquí hay gato encerrado!

Y para prepararse para los acontecimientos, se bebió otra segunda botella, completando su cena con medio queso, oriundo de la quinta, que en tan mala hora se había incendiado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXIV

El ayuda de cámara y Rosa eran los únicos criados que tenían sus habitaciones y dormían en el castillo.

Los otros sirvientes, tales como los cocineros, pinches, cocheros, jardineros ó conserjes habitaban en el pueblo ó en los pabellones anexos al parque.

Todos ignoraban lo ocurrido, pero comprendían que algún grave acontecimiento se había desarrollado la noche anterior.

Rosa y Jacobo se vieron acosados de preguntas; pero Jacobo, encerrándose en un mutismo absoluto, respondía invariablemente:

—Vosotros querríais que hablase, pero buen chasco os llevaís.

Se parecía á aquel favorito de un príncipe que, encargado de una secreta misión, hacía alarde de la confianza de su soberano para conseguirla más ámplia.

Rosa estaba indudablemente más al corriente de los sucesos.

Las mujeres tienen el sueño más ligero y atento el oído á los menores ruidos, sobre todo cuando el amor de otras, ó el suyo propio, está en juego.

La alegre doncella había, pues, adivinado la catástrofe, ó mejor dicho, había seguido paso á paso todos los incidentes. Conocía la intriga y los criminales amores de su señora con el capitán; pero su cariño por Gabriela, que tenía algo del que tiene el perro por el dueño que le ha creado, le cerraba la boca, y respondía á todas las preguntas de los demás criados que no había sentido la llegada del general por haber pasado toda la noche durmiendo en un sueño pesado y profundo.

A las ocho de la mañana se decidió, y no sin pena, á entrar en el cuarto de Gabriela.

La causa de su indecisión no era otra sino que comprendía vagamente que ella tenía parte, por sus indiscreciones, en la desgracia de la condesa. Así, al menos, se lo daba á entender su conciencia.

Gabriela no había tratado de reparar el desorden de sus habitaciones.

Todo estaba como en el momento en que los dos amantes fueron sorprendidos por el general.

Al ver el aspecto de los muebles, la doncellita reconstituyó en su memoria la escena de la noche anterior.

Comprendiendo la inmensa desgracia que afligía á su señora, pensó dedicarse á su consuelo.

En realidad, Rosa era una buena y excelente criatura.

Una de sus miradas se cruzó con otra de los apagados ojos de Gabriela.

Aquella mirada era una nueva declaración de cariño, de fidelidad hácia su señora.

Así lo comprendió la condesa, y la devolvió un poco del valor de que tanto necesitaba.

—¿Quiere la señora que la vista?—preguntó Rosa.

—¿Para qué?—contestó la condesa con desaliento.

—Para hacer lo que todo el mundo. El sol luce y presta alegría á la campiña como todos los días. Supongo que en nada habrán cambiado las costumbres de la casa.

—¿Qué están haciendo los criados?

—Están ocupados en sus tareas ordinarias.

—¿Y Jacobo?

—¿Jacobo? ¡Oh! No os ocupéis de él. Se cuida con su acostumbrada inteligencia, y si hoy muriese, no sería seguramente de hambre y de sed.

—¡Ese pobre viejo ha pasado muchas fatigas desde ayer!

—Sí—dijo con indiferencia Rosa.—Ya lo sabemos; ha sido por la desgracia de ayer.

—¿Cuál?—preguntó con viveza la condesa.

—La señora lo sabe. ¡Una desgracia considerable! La pérdida que acaba de sufrir el señor conde con el incendio de la quinta de Branville. ¡Aquella hermosa posesión que visitamos á los pocos días de vuestro enlace!

Gabriela tuvo un sobresalto de contento.

En efecto, aquello era un efecto plausible, suficiente para explicar los viajes y las carreras del día anterior.

Algo más tranquilizada por las palabras de su doncella, su rostro expresó menos abatimiento y menos tristeza.

—Mal hace la señora—continuó Rosa—en preocuparse por tan poca cosa.

Mientras continuaba entretniendo á Gabriela con sus habladurías, la bella camarera comenzó á preparar la "toilette" de su señora.

—¿Qué vestido ponemos hoy—dijo Rosina—¿El de falda negra con cuello á lo Enrique III? ¿Sí? Entonces peinaré á la señora según la moda de aquellos tiempos. ¡Muy pálida está la señora hoy! ¡Habrá que poner un poco de carmín!

Y Rosa la presentó un espejo de mano, de plata cincelada.

La condesa tuvo miedo al mirarse. Estaba lívida. Las emociones sufridas durante la noche la habían dejado huellas, casi arrugas en su rostro terso y pulido como el mármol.

—Tienes razón—exclamó maquinalmente—estoy horrible.

Y como ninguna mujer, ni en los más críticos momentos de su vida, le gusta estar fea, se entregó en manos de Rosa, quien, con un arte y dulzura dignos de todo elogio, la puso en estado de defender sus intereses ante un areópago de jurados, accesibles á las tentaciones de la carne

No era un trabajo difícil. La juventud posee inagotables tesoros, y Gabriela era de una naturaleza vivaz y floreciente.

Cuando Rosa hubo terminado de arreglar á la condesa, ésta se miró de nuevo en el espejo, y una triste sonrisa asomó á sus labios.

Rosa la cogió al vuelo y dijo:

—Estoy segura de que la señora está ya me-

nos disgustada de la vida. El traje es como el dinero en un portamonedas: devuelve el valor á los que le han perdido.

Un ligero ruido se escuchó en el pasillo que comunicaba con el cuarto del general.

Poco después la puerta se abrió, dejando paso al conde.

En seis horas había envejecido diez años.

Caminaba penosamente y tropezando á cada paso.

Sus casi cerrados ojos se resistían á ver la luz.

Unicamente conservaba la distinción, que jamás le había faltado.

La víspera, era un hombre fuerte y bien conservado.

En pocas horas llegó á la decrepitud, y tocaba casi en la decadencia final.

Bajo la rigidez militar de su aspecto, se adivinaba un gran sentimiento moral y una dejadez extremada.

El conde se sentó é hizo señal á Rosa de que les dejase solos.

La condesa estaba, en apariencia, tranquila. Esperaba los acontecimientos. Su marido se había trocado en un adversario ó en un juez.

Gabriela se reconcentró en sí misma y preparó su defensa.

—Gabriela—comenzó el conde—no seré severo para vos. Me cuesta mucho trabajo hablaros de lo ocurrido, pues jamás, durante mi vida, he tenido precisión de remover inmundicias; por eso me repugna tratar de semejante aventura. Sin embargo, es preciso. Es al menos indispensable que sepamos cómo, desde hoy, hemos de vivir. Yo juzgué vuestro

carácter como superior á las debilidades vulgares. Ya veo que me equivoqué. Tal vez sin saberlo, os habré faltado en algo. No trato de excusarme. Estoy castigado muy cruelmente, y el castigo supera á la falta.

El conde hablaba con gran dificultad. Su firmeza tenía pena de triunfar de su emoción; á cada instante estaba obligado á callar para tomar aliento.

Hubiérase dicho que mendigaba una explicación, un grito de perdón, para romper á llorar y perdonar; pero Gabriela no respondió una palabra.

El general continuó:

—Como á otras mujeres, os ha agradado tener un amante. Me hago justicia y no os trataré como á una criminal; pero os advierto que mientras yo viva no le volveréis á ver. Por otra parte, como ignoro su nombre, que vos me callais, y no puedo, como deseo, lavar esta ofensa, y como no me conviene que algún día, en cualquier sitio, pueda encontrarme con un hombre que tenga el derecho de ponerme en ridículo, y como creo que en todas partes se reirán de mí, por eso, repito, he decidido renunciar á la vida aristocrática que llevamos, retirándonos a un parque solitario donde, siendo desconocida vuestra falta, yo no temeré que se burlen de mí. Es una muerte anticipada, convengo en ello, pero yo soy desde ahora indiferente á todo lo malo que me pueda suceder. Respecto á vos, presumo que pronto os veréis libre de mi presencia. La muerte no tardará en buscarme. Además, no soy yo quien debe preocuparse del porvenir, y vos

juzgaréis del resto de vuestra existencia como mejor lo entendáis.

El general, sin duda, aguardaba alguna réplica. No la obtuvo. La condesa permaneció callada.

Después de una larga pausa, el conde continuó:

—¿No tenéis ninguna observación que hacerme? ¿Me juzgáis demasiado severo? ¿Creéis que podría obrar de diferente modo?

—Nada os pido—contestó la condesa—aceptaré el castigo que os plazca imponerme.

—Una cosa me preocupa. Ya hace algún tiempo que me engañáis. Para pensar así, me fundo en una prueba que tal vez vos ignoráis. Vuestro cómplice es un amigo de casa.

Gabriela se extremeció.

—¿Por qué?—preguntó.

—Cuando huyó, Joel no ha ladrado, y Joel es un guardián como no hay otro. Si no le conociese, le habría extrangulado, y os lo confieso, así lo esperaba yo. Entonces—dijo irguiendo la cabeza—hubiese tenido el derecho de perdonaros.

El general se levantó y dió algunos pasos acercándose á su mujer.

—¿Cuánto tiempo necesitáis para terminar los preparativos de viaje?

—Estaré dispuesta cuando vos queráis.

El conde se encaminó hacia la puerta.

Al llegar casi á franquearla, se volvió hácia su mujer y dijo con temblorosa voz:

—Gabriela, ¿no queréis concederme la gracia que solicito, saber quién os ha perdido?

—No.

—Entonces, que Dios os perdone. ¡Yo no os

perdonaré jamás!—exclamó, alejándose, con desprecio.

Si le hubiese sido posible ver el rostro de su esposo, habría sorprendido en él gruesas lágrimas que rodaban sobre las mejillas del desgraciado anciano. Eran las primeras que desde la muerte de su madre vertía.

¡Gabriela debía expiarlas cruelmente!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXV

Cuando Roberto llegó á Bel-Air eran las diez de la mañana.

El general se encerró con él en su cuarto, donde estuvieron solos los dos hasta la hora del almuerzo.

Al indicar la campana que el almuerzo estaba servido bajaron al comedor.

La condesa se había excusado, alegando estar indispuesta.

El general y su ex-ayudante hicieron una de las comidas más tristes de su vida.

Al hacerle su protector la revelación de su desgracia, no pudo Roberto, por más que así trataba de hacerlo, decidirse á consolarle. Estaba más abatido que el mismo general. En vano trató de tomar la defensa de Gabriela, de invocar circunstancias engañadoras y la imposibilidad de una falta, de que no se debía creer capaz á la condesa.

Siempre tropezaba contra un obstáculo insuperable.

Gabriela no quería defenderse. Por tanto, ¿qué marido después de haberle confesado el delito, se contenta con una explicación que tenga más ó menos visos de veracidad?

El general le manifestó que su decisión era irrevocable. Era, por tanto, inútil tratar de disuadirle.

Roberto conocía la inflexibilidad del conde respecto á las cosas que se relacionan con el honor.

Ni siquiera, por temor de venderse, se atrevió á visitar á Gabriela.

Después de almorzar el general y Roberto, subieron en una berlina y marcharon á París.

La infortunada Gabriela, medio oculta por los visillos de su ventana, esperaba el momento de ver á su amante, aún más deseado por los sufrimientos que por su causa le sobrevenían.

La casualidad la sirvió á medida de sus deseos.

Mientras que el general, seguro de la fidelidad de Jacobo, le decía: Te prohibo terminantemente que bajo ningún pretexto permitas á nadie la entrada en el castillo, Gabriela vió á Roberto, y dirigiéndole una mirada en la que le enviaba toda su alma, le hizo saber que era dichosa con verle y que su marido ignoraba quién era su cómplice.

El camino lo recorrieron silenciosamente.

Al llegar á la plaza de la Estrella, dijo el general á Roberto:

—Yo voy á enterrarme en mis dominios de Traignac: pero ¿tú continúas deseando alejarte de París?

—Más que nunca, puesto que vos me faltáis. Vos érais lo único que me detenía.

El general dijo al cochero:

—Al Ministerio de la Guerra.

El ministro le recibió inmediatamente.

Antiguos compañeros de promoción, el general y el ministro se abrazaron con cordialidad; pero su excelencia se quedó sorprendido del cambio operado en la fisonomía de su amigo.

Del gallardo Branville que él conocía, no quedaba más que una ligera sombra que apenas le recordaba.

El general le indicó el objeto de su visita.

—¿Y dónde vais á enviarle?—preguntó el conde, terminando su petición.

—Donde queráis. Siempre hay que hacer estudios en todas partes. Además, que yo conozco la capacidad de tu protegido. ¿Queréis ir á Alemania?—añadió dirigiéndose á Roberto.

—Está muy cerca—dijo de Pontis.

—¡Diablo! ¿Y á Rusia?

—Hace poco estuve allá. Preferiría otro país, señor ministro.

—El Egipto es un país muy triste.

—Ese es lo que prefiero.

—¿Cuándo queréis partir?

—Cuando vos me lo ordenéis.

—Mañana podéis venir á recoger las instrucciones.

La conversación versó sobre otros asuntos, y después de algunos instantes el general y Roberto se despidieron del ministro. Este les acompañó hasta la puerta, donde haciendo pasar primero al conde y mientras un ordenanza le presentaba el abrigo, dijo en voz baja á Roberto:

—No debíais, en estos momentos, separaros del general.

—¡Ah! Yo bien quisiera, pero es preciso.

—Está muy delicado. ¿Ha tenido alguna violenta decepción?

—No, que yo sepa, señor ministro.

—Le conozco bien y creo que sí. Para que un hombre como él se derrumbe de este modo, tiene que haberle sucedido algo extraordinario. Cuidadle mucho, y sobre todo, no estéis ausente mucho tiempo.

Y se despidió de Pontis, dándole un enérgico apretón de manos.

El general dedicó toda la tarde en poner orden á sus asuntos, é hizo una larga visita á su notario el señor Bonneau.

Allí se despidió de Roberto.

—No tienes necesidad de subir.

Sin embargo, para ocuparse de él, visitó al notario.

Antes de separarse añadió:

—Vete á buscar á de Tresmes. Quiero distraerme y su buen humor me divierte. Comeremos reunidos. Acaso será por última vez.

Los tres se reunieron en la misma mesa, donde tan tranquilos estaban el día anterior.

¡Qué revolución en aquellas existencias durante las últimas veinticuatro horas!

Cuando el general se separó de Roberto, que le había acompañado hasta la Porte Maillot, se arrojó en sus brazos y le oprimió sobre su corazón, como si fuese la última vez que se iban á ver.

—Ya estarás contento—le dijo.—Has obte-

nido lo que deseabas ¡Ojalá pudiera yo decir lo mismo! Mi vida se acaba. Tal vez ya no nos veremos mas en este mundo. Todas las semanas, más á menudo aún, me escribirás, ¿no es cierto? No olvides que tus cartas serán mi único consuelo.

—Os lo prometo—dijo el joven con los ojos llenos de lágrimas.

Y creyendo el momento favorable, añadió:

—¡Padre mío, sed misericordioso!

El anciano se volvió con rapidez y no contestó:

—¡Adiós! —le dijo. —¡Acuérdate de nosotros!

La berlina se alejó rápidamente, arrastrada por dos magníficos caballos.

XXXVI

Ocho días después, al finalizar el mes de Junio, un viérnes, el antiguo castillo de Traignac presentaba una animación extraordinaria.

En sus ámplios y enlosados patios piafaban inquietos caballos, las cocinas estaban llenas de alegres marmitones y los mozos de las caballerizas del general, estaban encantados del venerable aspecto de aquella residencia y de la extraña fisonomía de los limosinos que constituian su guardia.

El general acababa de instalarse con sus criados de más confianza en aquellas soledades, donde, segun les habia anunciado, pensaba pasar una larga temporada.

Todo su pequeño séquito se entregaba con alegría al placer de la novedad, y no se entristecia al pensamiento de un largo destierro en aquella Siberia.

Los guardas y los jardineros habían tenido la precaución de procurarse las cosas necesa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nido lo que deseabas ¡Ojalá pudiera yo decir lo mismo! Mi vida se acaba. Tal vez ya no nos veremos mas en este mundo. Todas las semanas, más á menudo aún, me escribirás, ¿no es cierto? No olvides que tus cartas serán mi único consuelo.

—Os lo prometo—dijo el joven con los ojos llenos de lágrimas.

Y creyendo el momento favorable, añadió:

—¡Padre mío, sed misericordioso!

El anciano se volvió con rapidez y no contestó:

—¡Adiós! —le dijo. —¡Acuérdate de nosotros!

La berlina se alejó rápidamente, arrastrada por dos magníficos caballos.

XXXVI

Ocho días después, al finalizar el mes de Junio, un viérnes, el antiguo castillo de Traignac presentaba una animación extraordinaria.

En sus ámplios y enlosados patios piafaban inquietos caballos, las cocinas estaban llenas de alegres marmitones y los mozos de las caballerizas del general, estaban encantados del venerable aspecto de aquella residencia y de la extraña fisonomía de los limosinos que constituian su guardia.

El general acababa de instalarse con sus criados de más confianza en aquellas soledades, donde, segun les habia anunciado, pensaba pasar una larga temporada.

Todo su pequeño séquito se entregaba con alegría al placer de la novedad, y no se entristecia al pensamiento de un largo destierro en aquella Siberia.

Los guardas y los jardineros habían tenido la precaución de procurarse las cosas necesa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rias para la recepción de sus señores, tales, como vino, harina y todas las provisiones que era preciso buscar en el pueblo.

Traignac no produce más que centeno, robustas legumbres, insensibles á las heladas, castañas y corderos escuálidos y bueyes pequeños y velludos como osos.

En cambio posee á bandadas los jabalíes, y las liebres que pululan por aquellos sitios como los vagabundos por los alrededores de las grandes ciudades.

A las dos de la tarde del día indicado, un cupé llegaba á Traignac por el camino del castillo. De él bajaron, al llegar al castillo, el general y su esposa.

Gabriela estaba muy pálida. Llevaba un elegante vestido gris, y su diminuta cabeza estaba adornada con una elegante toca del color del vestido.

El general la condujo á una habitación situada en el primer piso, á la extremidad de un ancho corredor.

La infortunada Gabriela tuvo una sensación extraña al atravesar aquella galería cuyas paredes estaban revestidas hasta la mitad, de artesonados de vieja encina, ya ennmohecida por la acción del tiempo.

El suelo estaba recubierto de losas de desigual tamaño, que daban á la galería un carácter de localidad.

Sin embargo, no carecía de estilo. Las ventanas ostentaban preciosos y antiguos cristales de colores, y las vigas del techo estaban pintadas de un color oscuro que hacia juego con el cerco artesonado de las paredes.

Una puerta alta forrada de terciopelo verde con clavos dorados, ocultaba otra de nogal.

El general abrió. Daba acceso á una inmensa sala toda recubierta de nogal negro como el ébano; bizarros y extraños personajes, debidos á la imaginación de los artistas, se retorcían en grotescas contorsiones en los bajo-relieves. Las paredes estaban admirablemente talladas. El conjunto era extraordinario y producía el efecto de los coros tallados que existen en las abadías antiguas, donde la luz, á distancia, produce sombras y claridades pintorescas.

Una inmensa chimenea de piedra, con enormes morillos de hierro, soportaba un magnífico espejo de cristal de Venecia, que era uno de los mas lujosos muebles de aquella sala.

El lecho, adosado á la pared, frente á la chimenea, era semejante al que de Francisco I se conserva en el Museo de Cluny. Unicamente le faltaban las esculturas de los ángulos.

Completaban el mobiliario unos sillones de elevado respaldo, á manera de verdaderos púlpitos de los antiguos tiempos, una mesa de nogal y un reclinatorio de ébano forrado de terciopelo verde.

En todos los huecos había cortinajes de terciopelo verde y las ventanas tenían cristales pintados, antiquísimos.

— Gabriela — dijo el general—estais en vuestro cuarto. Era el de mi madre ... aquí murió. Espero que seréis más dichosa que ella; pero, sin embargo, le habitareis mientras yo viva. Trataré de abreviar el tiempo de vuestra prisión y haceros lo menos duradera posible, vuestra pena. Nuestra separación es el

único remedio para la situación que vos os habeis creado. No nos veremos más que á las horas de las comidas. Me hareis saber todo lo que deseeis. Nada os negaré. Las órdenes han de serme trasmitidas directamente. Las horas de las comidas las indicará la campana; si no os conviniesen, las cambiais segun vuestro agrado. Cuando tengais que pedirme alguna cosa me enviais á vuestra doncella, mis habitaciones están en la otra extremidad del castillo; este corredor conduce á ellas.

El general salió de la estancia sin levantar los ojos.

Su desigual paso se fué poco á poco extinguiendo sobre las losas de la galería. Después se oyó el ruido que hace una puerta al cerrarse.

Era la de las habitaciones del general.

El orgullo habia sostenido á la condesa mientras hablaba su esposo. Una vez sola, la nube se rompió convirtiéndose en un torrente de lágrimas que de sus ojos se escapaban. Un ruido de pasos que se dejó oir en la galería la hizo enjugarlas rápidamente.

Era Rosa.

La gentil camarera se habia dejado en París, una parte de su corazón y una pluma de sus alas, pero por nada en el mundo hubiera abandonado á su señora.

El general sopechando al principio que Rosa favorecia los planes de la condesa, pensó despedirla, pero después retrocedió ante aquella decisión.

Por otra parte, la doncellita habia contestado con tal ingenuidad á ciertas preguntas, que con aparente indiferencia habiala hecho el

general, que supo reducir á la nada las sospechas que éste abrigaba en su corazón.

—¡Ah! señora,—dijo la joven.—Es raro todo este país. No se parece á la hermosa campiña de nuesto país.

—¡Bah!—contestó la condesa.—Qué más dá aquel país que este, si se está bien en él.

—¿Es este vuestro cuarto...?¡Caspita! aquí hace frio en el mes de Junio. Serán necesarios grandes troncos de leña para calentarnos en el invierno. ¡Pronto se quemará toda la leña que rodea á este castillo feudal! No conozco aún los alrededores, pero á juzgar por lo visto, creo que habrá más ranas y chivas que monedas de cinco francos. ¡Es un dominio vastísimo! Hace poco me decia Marcas—vos no conoceis á Marcas—que en tres leguas á la redonda, todo es de el señor conde, y cuando Marcas dice: ¡el señor conde! se ensancha y parece que habla de Dios.

Gabriela se acercó á la ventana y la abrió.

Era un amplio balcon de tallada piedra, que estaba suspendido sobre inmensos fosos llenos de agua verduzca, cubiertos de nenúfares y otras plantas acuáticas, desde el cual se dominaba el panorama mas triste de Francia.

Excepción hecha de un pequeño bosque que rodeaba al castillo, todo lo demás era un interminable desierto donde los árboles eran tan escasos como los pelos en la cabeza de un calvo.

Era á la vez un espectáculo triste y pintoresco: la miseria en harapos luchando contra una naturaleza estéril. Sin embargo, habia en todo aquello, cierta grandiosidad y poesía que extrañó á Gabriela.

El castillo de Traignac se levantaba orgulloso en el paraje más culminante de aquel salvaje y accidentado desierto.

Era una masa de construcciones imponentes y casi formidable, que hubieran hecho las delicias de un anticuario.

Muchos siglos habían trascurrido desde que se construyó.

Durante trescientos años los señores de Traignac habían sido temibles rivales, á juzgar por su tenacidad en residir en aquel triste y estéril país, y por el empeño, en todos ellos, de agrandar su vivienda, pues debieron ocupar un ejército de albañiles en fabricar nuevos pabellones y en edificar torreones, fosos y puentes levadizos.

Todos los estilos arquitectónicos se codeaban en aquella rara construcción, y aunque su conjunto resultaba algo confuso, no dejaba de tener cierta originalidad y un aspecto verdaderamente grandioso.

La sombra proyectada por el castillo, en una clara noche de luna, sobre un cielo luminoso, debía á la vez extrañar y seducir.

Las habitaciones de la condesa caían sobre un puente de una docena de sitios que había reemplazado al puente levadizo.

Los fosos que rodean al castillo se alimentaban de un hermoso estanque situado en lo alto de los jardines.

Cerraba aquella soledad una muralla de granito, ya casi roto por la acción de los siglos.

Seis cisnes melancólicos y graves se paseaban por los fosos, acompañados de seculares carpas que al subir á la superficie de las aguas

mostraban sus dorsos cubiertos de musgo y de escamas tornasoladas.

A pesar de la incontestable fuerza que el sol posee en el mes de Junio, un viento helado azotaba el rostro de Gabriela.

—Hará bien en cerrar el balcon —dijo Rosa.

—¡Creo que nunca tendremos ocasión de admirar este panorama!

Ningun sitio más á propósito que las habitaciones de Gabriela para servir de prisión á una mujer.

No era posible salir sin que la excursión fuera notada.

El primer pueblecillo verdaderamente habitado distaba tres leguas del castillo. Los demás países circunvecinos dependían del dominio de Traignac.

Los guardas y jardineros así como Marcas, estaban juramentados, pero el verdadero juramento de fidelidad se lo habían prestado al conde, en cuyas tierras habían nacido y á quien consideraban como su señor y único justiciero.

Existen todavía en Francia algunas comarcas que han conservado las costumbres del antiguo régimen y las tradiciones del pasado.

Entre ellas se cuenta el Limosin, Gers, los Pirineos y algunas otras.

Las gentes del país vivían allí enorgullecidas por ese pujante lazo que se llama amor al pueblo natal y por la munificencia del conde, que no sintiéndose con valor para tomarles un dinero trabajosamente adquirido y casi robado por él mismo á costa de grandes privaciones, solía hacerles gracia todos los años de la renta de sus alquileres.

Por eso era adorado como Dios, tal vez más, porque era visible y sus bondades se tocaban con la mano.

La condesa se sentó en uno de aquellos sillones que la tendían sus descarnados brazos y reflexionó. La historia de la madre del general que había oído contar á su marido la pasó por la imaginación y llegó á preguntarse si Traignac sería también su tumba.

Rosa se encargó de la contestación.

—¿Se ha fijado la señora, excepción hecha de Marcas—que tiene cincuenta años y aparenta tener setenta—que los restantes criados no son viejos?

—No. ¿Por qué me preguntas eso?

—¿No opina la señora que su marido, estando tan delicado, no hace bien en venir á habitar un paraje tan triste y mal sano?

Gabriela no contestó.

Un vivo carmín inundó su rostro que ocultó entre sus manos.

—¡Ah!—pensó—¡qué horror! ¡Estaré yo reducida á desear la muerte de un hombre, cuya falta consiste únicamente en amarme y haberme concedido una confianza que no soy digna de merecer?

XXXVII

En efecto Marcas no parecía joven.

Tenía á lo sumo cuarenta y cinco años, pero estaba tan arrugado y envejecido que representaba tener la edad del conde. Sin embargo, estaba fuerte y vigoroso.

No había quien le aventajase á correr á través de los bosques y á saltar vericuetos y zanjas. Era más derecho que un pino, más fuerte que una encina, tan sólido como un block de granito y más listo y ligero que una ardilla.

Desde que el conde faltaba de Traignac, es decir, desde hacía veinticinco años, Marcas era el señor y dueño del dominio.

Con sus seiscientos francos anuales de sueldo, era más rico que un presidente del Congreso ó del Senado.

Su asignación podía economizarla íntegra, pues tenía casa espaciosa, lumbre cuanta quería y vestido con las ropas que todos los años le enviaba el general para distribuir entre los demás servidores y colonos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estaba tambien mantenido y gozaba de ciertos derechos, que le daban gran cantidad de leche y de carne, sin contar los sacos de granos que los colonos le enviaban todos los años, y un corral gallinero, el mejor surtido y más hermoso de toda la comarca.

Si añadís á todas estas ventajas, el derecho de cazar en un bosque de más de cuatro mil hectáreas, comprenderéis que su posición valía más que una subprefectura de primera clase, bajo cualquiera forma de gobierno.

Gracias á su título de guarda mayor del dominio, Marcas era un señor feudal, muy respetado de los colonos y de los ribereños de Traignac.

Para que les concediese permiso de cortar yerba para las vacas, las jóvenes pastoras le saludaban con un atento "Buenos dias, maese Marcas", al cual contestaba el viejo acariciándolas las mejillas, ó bien haciendo la vista gorda cuando las cabras se diseminaban por su territorio.

El cura de Traignac hacía, por orden del conde, provision de todo lo que necesitaba, y cuando en las fiestas solemnes, el bueno de Marcas tomaba asiento en el banco señorial de la iglesia, el párroco le dirigía un amistoso saludo, que envanecía al guarda-bosque en jefe.

Además veíase festejado por el notario del pueblo inmediato, por los propietarios —allí se es propietario con quinientos francos— que le invitaban á almorzar para deslizarle con timidez, despues de los postres, preguntas ó suplicas de este género:

—Decid, maese Marcas, ¿cuándo vamos á cazar un gamo?

O esta otra.

—Se quejan mucho de los extragos que hacen los jabalíes del lado de Tierra Nueva. ¿Cuándo organizais una batida?

En resúmen; á falta de dinero, que no hubiera sabido en qué emplearlo, Marcas gozaba de las prerrogativas de un señor, de un dominio de cuatro mil hectáreas, del que podía considerarse como propietario á perpetuidad para él y sus sucesores por derecho de primogenitura, pues en familias antiguas y nobles como la de Branville, no se despide á los servidores sino por alguna falta grave, y esta ha de ser de tal índole que no admita excusa ni perdon.

Digamos en alabanza de Marcas, que nadie le igualaba en solicitud por los intereses del general. Rudo como los jabalíes de sus landas, acostumbrado á obedecer ciegamente las ordenes del general, habria ejecutado, sin discusion, los más rigorosos y extraños mandatos, siempre que estos le fuesen trasmitidos por el conde.

¡Tan seguro estaba de la rectitud y justicia de su señor!

Cuando el general entró en su cuarto, Marcas y Jacobo le aguardaban.

Tiesos como dos centinelas á la puerta de un alto personaje, los dos subalternos se levantaron á su llegada.

—Marcas —dijo el conde—¿cuántos guardas tienes en el dominio?

—Cuatro, mi general.

—¿Estais seguro de su fidelidad?

—Como de la mia.

—¿Son suficientes para daros cuenta de todo lo que pasa en Traignac?

—¡Ya lo creo! Tengo á Perrinet que corre más que una liebre y daría en cuatro horas la vuelta completa al dominio. Lucas y Grivotin, que no tienen ni han conocido jamás el miedo, y á Lecer que es el mozo más valiente y fuerte de toda la comarca. Cuando hay alguien que merodea en nuestras tierras, lo hace con nuestro permiso ó porque el señor conde nos autoriza á no ser rígidos. De otro modo nadie pone el pie sin ser visto, y quien dice visto, dice cojido si nosotros queremos.

—¿No teneis necesidad de aumentar los guardas?

—Es inútil, mi general.

—¿Conoceis á todas las personas que viven en el castillo?

Jacobo y Marcas se miraron con extrañeza. No comprendían el sentido de la pregunta.

El general notó su aire perplejo y añadió dirigiéndose á sus dos fieles servidores:

—Os extraña mi pregunta y teneis razon. Os la voy á explicar. Por motivos que yo solo conozco, no quiero que á partir de esta noche, entre en mis dominios ni franquée la puerta del castillo ninguna persona extraña. Hago escepción del cura, que tendrá, todas las noches, un cubierto puesto en mi mesa. Respecto á los demás no quiero que ningun sér, con figura humana, entre en mi casa. ¿Me habeis comprendido?

Los saltones ojos de Marcas se fijaron en los del general como los de un perro de lanas en su dueño.

El guarda no contestó.

—¿Comprendeis tú tambien, Marcas?—dijo el general con dulzura.

—Sí,—contestó este.

Y entonces recordó que el padre del conde había dado al suyo, en época remota, una orden semejante.

Jacobo adivinó por su parte, aunque confusamente, que aquella orden se relacionaba con lo ocurrido en Bel-Air, pero se concretó á tomarla al pie de la letra sin tratar de averiguar el motivo que inducía á su señor para obrar de aquel modo.

—¿Y si alguien trata de infringir la consigna?....

—Me lo traeis á mi presencia, pero sin usar de la fuerza.

—¿Y si se defiende?

—Lo traeis de todas maneras.

—Está bien, mi general;—dijo Marcas.

—Advertid á los demás guardas que vigilen y tengan los ojos bien abiertos. A vosotros os encargo de este cuidado y vosotros me respondéis de los demás.

—Confiad en nosotros, mi general.

—La última palabra, pero esta confidencialmente—dijo el general. Sed respetuosos con la condesa; pero si ella os ordenase cualquier comision ó si sabéis que solicita los servicios de uno de vuestros subordinados, comunicádmelo en seguida. Quiero ser yo solo el único intermediario y saber todo lo que pasa. ¿Me habéis entendido?

—Sí, mi general.

—Pues entonces marchaos á vuestro trabajo. Tengo necesidad de estar solo.

Ya habian salido los dos criados, cuando la voz del general gritó:

—¡Marcas!

El guarda entró solo en la estancia.

—Acércate—le dijo el conde.—Escucha esta última palabra, que es solo para tí. Si un desconocido, de día ó de noche, entra furtivamente en el castillo, y habla con la condesa, apodérate de él, y si para ello tienes precisión de serviste de las armas, haz uso de ellas. ¿Recordarás esta orden? ¡Quiero verla cumplida á toda costa!

—Sí, mi general.

—¡Muerto ó vivo!—añadió el anciano bajando la voz.

Marcas se extremeció.

—Contad conmigo.

—Creo que no tendremos que recurrir á ese caso. Confío en tí, y ya sabes.... ni una palabra de esto, ni hoy ni nunca.

Una lágrima rodó por las pálidas mejillas del conde.

Marcas le cogió una mano y la llevó con respeto á los labios

—Ese secreto, morirá conmigo, mi general,—murmuró el fiel servidor.

Cuando el conde se vió solo, apoyó una mano sobre al corazon.

—¡En qué abismo me veo encerrado!—pensó.—¡Menos mal, que no sufriremos mucho tiempo!

XXXVIII

A las seis de la tarde, tarde de plácida serenidad, la campana del castillo, semejante á la de una iglesia de aldea, indicaba la hora de la comida.

La condesa estaba en el balcon contemplando melancólicamente el magnífico panorama que se extendía ante su vista.

Ni una nube en el azul del firmamento, ni el menor ruido en lontananza: alguna que otra campanilla de las vacas que pacian en los prados, era el único ruido que se oia en aquella soledad. Los oblicuos rayos del sol se deslizaban sobre aquella triste comarca, dándola un resplandor parecido á los tornasolados colores del arco iris. Alegres bandadas de golondrinas revoloteaban próximas á sus nidos suspendidos en los torreones del castillo.

—¿Porqué no tendré alas como ellas?—pensaba la prisionera.

En el castillo todo parecía dormir.

Gabriela, inmóvil, parecía no haber oído la señal de la campana.

—Es la señal de la comida—dijo la doncella.

—¡Ah!—exclamó la condesa, cual si despertara de un sueño.—¡Sí, y con mi marido!

—El general os está esperando.

—Está bien. Ahora bajo.

En efecto, Gabriela se internó por aquellas interminables galerías sin saber á donde se dirigía.

Rosa la precedía.

—Es por aquí, señora—dijo al ver la mesa ya servida, en una inmensa pieza, artesonada toda ella, como casi todas las demás del hotel.

Dos altas ventanas ojivales, con vista al jardín, daban á esta sala el aspecto de un refectorio de convento.

El general estaba, cuando llegó Gabriela, sentado cerca de una ventana.

La palidez y melancolía profundas retratadas en el rostro de su esposa, le hicieron extremecer.

Un cambio tan completo como rápido se había operado en todo su sér.

Traignac producía su inevitable efecto.

Sus maneras delicadas, dulces y alegres; la infantil sonrisa que antes brillaba en su rostro, habían cedido el puesto á la indiferencia y al hastío. Los labios contraídos, la mirada fija y la indolencia de su paso, revelaban la naturaleza de sus sensaciones y la resignación forzosa con que aceptaba su destierro y su prisión.

A pesar de los talentos del cocinero, que supo sacar gran partido de los escasos recursos gastronómicos con que Traignac cuenta, la comida duró poco.

Parecían dos condenados á muerte.

El general miraba de soslayo á su compañera de cautividad y comparaba el presente, taciturno y triste, con las alegrías y dichas de los años transcurridos desde su matrimonio, y aborrecía sobre todas las cosas de este mundo, al misterioso delator de su infortunio.

Hubiera preferido su tranquila ignorancia, á conocer el delito denunciado por algún envidioso ó enemigo de su dicha.

Torturaba su espíritu para inventar excusas que pudieran explicar el silencio y la falta de su esposa.

Admirador de las almas enérgicas, casi se alegraba de encontrar aquellas resistencias, y su amor, sobreviviendo al naufragio de sus creencias, hubiera deseado, ahora que la sociedad no se elevaba entre ellos con sus críticas y exigencias, que Gabriela se arrojase á sus piés y le confesase su falta, atribuyéndola á una alucinación pasajera, para abrirla sus brazos y acordar un paternal olvido á todo lo pasado.

Cuando se levantaron de la mesa, solos, frente á un horizonte profundo, coloreado por los últimos rayos del crepúsculo, el anciano dirigió sobre Gabriela una mirada casi tierna, y con voz cariñosa la dijo:

—¿Qué tal os parece el lugar de nuestro destierro?

—Muy bien—contestó.—¿Qué puede importarme mi cárcel?

—¿Os quejais de mi inflexibilidad?

—No tengo derecho á ello.

—¿Queréis que os haga los honores de vuestro dominio?

El conde había recalcado, con delicadeza, estas palabras: vuestro dominio. Su acento significaba: Aquí como en todas partes, sois la dueña absoluta. Nada ha cambiado en vuestra posición, á no ser el punto de nuestra residencia.

Gabriela comprendió la atención, y en tono afectuoso, repuso:

—Os agradezco la molestia. Pero ya que hemos de pasar aquí todo lo que nos resta de vida, tiempo tendremos de visitarlo. Hoy os suplico que me permitáis retirarme.

Y uniendo la acción á la palabra, se levantó y dirigióse á su cuarto por los largos y desiertos corredores.

Una hora más tarde, cuando ya había cerrado la noche, Rosa vió á su señora en la misma melancólica actitud, dejando vagar su mirada sobre el mismo panorama, cuyo aspecto había cambiado.

Las lejanas montañas apenas si se dibujaban en el oscuro horizonte.

Las campanas de las raras iglesias diseminadas en los alrededores del dominio, tañían el lúgubre toque de ánimas y varios labradores pasaban llevando los útiles de la labranza, seguidos de peludos y escuálidos perros.

No se oía ni una alegre canción. Diríase que al pasar frente á las viejas murallas de Traignac, tenían miedo de despertar las sombras de los antepasados. Era aquello un sepulcro, la tumba del pasado proyectando sobre todo lo que la rodeaba, el silencio y la tranquilidad de la muerte.

—¿Qué piensa la señora de la nueva habitación?—preguntó la doncellita, deseosa de alegrar á Gabriela y tratando de distraerse á sí misma por el ruido de sus palabras.

La condesa volvió lentamente la cabeza, como si saliera trabajosamente de su éxtasis, y contestó:

—Nada.

—La señora cambiará de opinión mañana cuando haya descansado del viaje.

—Tal vez.

—¿Qué piensa la señora hacer esta noche?

—No lo sé.

—Si la señora me lo permite, yo la daría un consejo.

—¿Cuál?

—Pues desnudarse y asegurarse de que ese lecho, que no tiene mal aspecto con su apariencia antigua y solemne, tiene mejores hechos.

—¿Que me acueste?

—Sin duda, cuando se duerme, puede uno soñar con cosas agradables.

—Voy á poner en práctica tu consejo. Y quitándose la bata—Rosa—añadió la condesa—tú no te separarás de mí; tendría miedo de verme sola en este cuarto.

—¡Miedo! ¿De qué?... ¿de los aparecidos? ¡Ya no existen! Tal vez, entre tanta madera, habrá ratas, viento por los corredores y buhos en los graneros; pero con todo eso, no hay por qué desmayarse. Muchos lobos hay en el país, pero no se dice que suban las escaleras del castillo.

—Es posible; pero no salgas. Nos guardaremos mutuamente. Imítame y deja tu puerta abierta.

—¡Oh! ¿Pero tanto miedo tiene la señora?

Yo soy supersticiosa, y no tiemblo ante una sombra.

Gabriela se había acostado.

Cerca de ella, en un candelabro de plata, ardía una bujía. Sus cabellos resaltaban sobre los bordados de la almohada, y su pálido rostro tenía una expresión infinita de abandono y de cansancio. Jamás había estado tan hermosa.

—Rosa—dijo—¿has cerrado bien por todas partes?

—Puede estar tranquila la señora.

Y la gentil bretona, deferente á los caprichos de su joven señora, volvió á inspeccionarlo todo y á asegurarse de que todo estaba en orden.

Al pasar junto al lecho de Gabriela, le arregló otra vez, como se hace con los niños mimados.

—¿Quiere la señora que apague la luz?

—Todavía no. Gracias.

—Buenas noches, señora.

Gabriela tenía necesidad de luz.

Tan pronto como se vió sola, sacó del seno una carta, y apoyando sus labios sobre aquel precioso papel, leyó con atención extraordinaria lo siguiente:

"Mi querida Gabriela:

"Ignoro lo que nos reserva el porvenir, mas el presente es bien amargo. Desde que nos separamos estoy loco y no tengo voluntad mas que para pensar en tí.

"Encerrado en este cuarto, donde nos despedimos y donde tu alma se mezcló con la mia, he llorado las lagrimas que jamás mujer alguna logró hacerme verter.

"¿Qué va á ser de tí?

"¿Qué vida te tiene reservada la severidad de tu esposo?

"¿Cuáles son sus proyectos para separarse del resto del mundo?

"Poco importa el sitio de tu destierro, lo que me horroriza es el tiempo incalculable de nuestra separación. Me sería imposible ver al general sin que se me escapase nuestro secreto. El exaltado amor que por tí tengo y que absorbe todas mis fuerzas, toda mi inteligencia, haría explosión.

"El valor me abandonó en el instante de tu marcha. A punto estuve de decirte: "No te vayas, quédate conmigo, huyamos juntos hasta el confín de la tierra. ¡Todo, antes que nuestra separación!" Ignoro qué espectro del deber se lanzó ante mí que me hizo retroceder ante estos insensatos pensamientos. La voz se ahogaba en mi garganta y un peso terrible me oprimía el pecho, impidiéndome hablar.

"Cuando logré separarme del general, me refugié en mi cuarto, desde donde te escribo estas líneas, único recuerdo que llevarás de mi amor.

"¿Me atreveré á enviártelas? ¿Podré conseguir que lleguen á tus manos?

"¡Ya estamos separados! Desde que cesó en mis oidos el ruido del carruaje en que os alejabais, pienso que no te veré ya cerca de mí y estoy como un cuerpo á quien el alma abandona, víctima de una atroz pesadilla que me deja indiferente á todo lo que pasa, á todo menos á tu separación y á mi pena. Si se me dijera que la casa que habitaste se iba á derrumbar, yo no haría el menor movimiento

para librarme de la catástrofe, y emplearía los últimos momentos de mi vida en buscar una señal, un recuerdo de nuestro perdido amor. El cruel proyecto de tu marido ha matado en mi sér, el vivo remordimiento que sin cesar me perseguía, y ha dejado lugar á un deseo que me absorbe por completo: ser tuyo, amarte, poseerte.

"Somos jóvenes, podemos esperar. Mi amor me dará fuerzas. Te juro no tener para otra ni un suspiro, ni un latido de mi corazón. Sufro con resignación, pues no dudo que algún día nos veremos reunidos libremente. Hasta tanto, recordaré las alegres horas que hemos pasado juntos, las líneas de tu rostro, las perfecciones de tu sér.

"Si por prudencia evito el verte, en cambio te hago mi más sincero juramento de no mirar á ninguna mujer y guardar para tí todo mi cariño. Mártir de nuestro amor, eres sagrada para mí y tienes el triple heroísmo del valor, del sufrimiento y de la belleza.

"Una secreta esperanza me dice que no esperaremos mucho tiempo para gozar de nuestro amor. No sé si la pasión me ciega; pero soy insensible á todo lo que este deseo puede tener de culpable.

"Adiós, mi adorada Gabriela. Mi corazón es tuyo: nadie ni nada podrá arrancarme del corazón ese amor que es mi vida, mi sostén y mi desgracia.

"Sufre con resignación la cautividad que te han impuesto, y piensa que con más libertad que tú, sufro más cruelmente, puesto que á la

pena de no verte, reuno el mortal dolor de saber que sufres por tu

ROBERTO."

"*P S* Cuando puedas hacerlo, con seguridad, escribe á de Tresnes. El me remitirá tus cartas. No cometas imprudencias. En mi correspondencia con el general evitaré el nombrarte, mas tú me comprenderás. Cada línea mía estará dedicada á tí. Mi alma está contigo."

La condesa leyó varias veces la carta, mientras ardientes lágrimas se escapaban de sus ojos.

En fin, haciendo un esfuerzo, se levantó y aplicando sus labios á la carta, la encendió en la bujía y la arrojó después en la chimenea.

Una viva llamarada recogió aquellas adoradas líneas, y sus cenizas se esparcieron por el fondo de la chimenea.

La condesa, de pie en el centro de la estancia, casi desnuda, las consideraba tristemente con los ojos anegados en lágrimas, cuando un golpe tímidamente dado en la puerta se dejó oir.

Gabriela volvió la cabeza y escuchó.

Volvieron á llamar.

—¿Quién está ahí?—preguntó aproximándose.

—Soy yo—dijo una voz conmovida.—Abrid, os lo suplico.

Era el general. Estaba pálido y descompuesto.

—He querido hablaros por última vez.—dijo.—¿Queréis escucharme?

XXXIX

La condesa se dirigió á la puerta que comunicaba con la alcoba de Rosa y la cerró.

Después, temblando de frio—Las noches en Traignac son glaciales,—volvió á meterse en el lecho.

—Os escucho —dijo á su marido.

El general aproximó una butaca y se sentó.

Tenía su rostro una espresión de sufrimiento más acentuado que de costumbre, mezclada al mismo tiempo con otra de bondad y mansedumbre casi sobrehumanas.

Gabriela—dijo, — había resuelto no volveros á hablar del pasado y me había jurado el miraros con la misma indiferencia con que se trata á un ser extraño; no tenía fuerzas para llegar hasta la enemistad.

Al veros tan triste esta noche, todas mis resoluciones se han evaporado. Nunca tendré la fuerza de ser vuestro carcelero, menos podré ser vuestro verdugo.

Por muy cruel que sea el golpe que me habeis dirigido, no dejo de comprender que yo tengo alguna culpa.

Conocedor, como soy, del mundo y de los peligros que hay en esto para una mujer casada con un viejo é inadvertido esposo, debí protejeros y apartar de vuestro camino los peligros que, siendo tan hermosa como sois, no podian faltaros.

No lo he hecho. Fui un imprudente al confiar en una fortuna de la que desgraciadamente todas las jóvenes se resienten; preciso es creerlo así, puesto que los casos como este se suceden con gran frecuencia; y sin absolveros, me siento inclinado á una indulgencia que la sociedad ó el mundo me criticarían.

Además, no sé si es vuestro encanto soberano, que tanto me enorgullecía aún no hace ocho dias, lo que me atrae hácia vos y me subyuga.

Os he debido las alegrías mayores de mi existencia.

Todavía recuerdo vuestras sonrisas, quiero creer que eran sinceras vuestras caricias que tan feliz me hicieron, y vuestro infantil y casi angelical encanto. Es como un sueño que se prolonga después de la desilusión. Es un recuerdo que me mata; en vano cierro los ojos para no ver la imágen; la reflejan como un espejo donde se hubiera grabado la fisonomía de la mujer que en él se ha mirado.

He querido deciroslo y hablaros con el corazón en la mano á fin de que vuestra resolución, si es que seguis manteniéndola, y la mia, sean aceptadas con conocimiento de causa y sin equivocación.

Sigo amandoos como antes, y creo no humillarme bajamente al haceros esta confesión.

En mi indulgecia paternal dejo la responsabilidad toda de nuestra desgracia á ese miserable desconocido, que indiferente á vuestra vida y á su honor, ha huido cobardemente despues del ultraje, dejándoos expuesta á la legítima venganza del marido engañado.

Decidme que habeis obrado en una hora de locura y que no sentís más que desprecio por la conducta del hombre que os ha engañado.

Ved la terrible situación en que á mí, que os amo y os hago sufrir, me coloca vuestro silencio. Por vuestra culpa estamos desterrados de un mundo donde estoy expuesto á encontrar al hombre que puede alabarse de haber sido el amante de la condesa de Branville.

Dejad á Dios el cuidado de juzgar al ofensor y al ofendido; no temeis bajo vuestra protección al cobarde que os ha perdido y ni siquiera ha tenido el valor de protejeros, á ese caballero sin corazón qne ha venido traidoramente á quitarme el honor y se ha salvado á través de los bosques, como un ladrón que huye con el botin robado.

El conde se calló....

Sufría visiblemente.

Oprimido, casi sin aliento, pronunciaba con lentitud las palabras.

Gabriela, más blanca que las puntillas del lecho, escuchaba á su marido sin interrumpirle.

El conde continuó:

—Aun puedo ser un padre indulgente que olvida el pasado y proteje el porvenir. Todo depende de una palabra vuestra: sí ó no. Jamás volveré á dar este paso: á partir de la hora en que me rechaceis, habré muerto para vos. No tendré ni mirad as ni oidos; seré como los ídolos del salmista. En vano me supliareis y tendereis vuestras manos; todo será inutil; no os escucharé; no os veré. Tan solo mi desaparición de este mundo, donde no estoy más que para aislaros, podrá devolveros la libertad, librándome yo al mismo tiempo de una pena á la cual, por mi desgracia, me habeis condenado vos.

Y como ella continuase callada el conde se acercó á su lecho, é inclinándose hasta casi besar sus cabellos, continuó asiéndola las manos:

—Mi querida Gabriela, hija mia, yo te ruego que me otorgues la gracia que te pido. ¿Quieres que me humille, que te lo pida de rodillas? ¡Tenía dos amores, uno me deja y me abandona, el otro me mata! ¿Qué te he hecho yo? Contesta. ¿De qué medio se ha valido el que tú proteges, para maleficiarte? ¿Por qué filtro infernal ha podido borrar en tí el recuerdo de tus juramentos y hasta el último resto del honor encarnado en tí? Te lo suplico, habla, defiéndete, y si no quieres hacer traición al secreto de tu amante, dime al menos por qué le tomas bajo tu protección? Si es por cuestión de honor, yo tengo lo bastante para juzgarla, y tal vez la olvide.

El silencio de Gabriela llegó á exasperar al conde, quien no pudiéndose contener, la apretó los brazos hasta casi hacerla gritar.

—¡Habla—gritó—en nombre de Dios!

—No puedo—murmuró la condesa.

—Entonces—dijo el anciano rechazando la mano que destrozaba entre las suyas—todo ha terminado entre nostros. ¡Adios!

Y salió tropezando con los muebles cual si estuviera borracho.

Si hubiese mirado sus manos, las habría encontrado inundadas de lagrimas de Gabriela.

XL

Aquella noche todos los amigos de la princesa Ivanowska se habían dado cita en su hotel de la avenida de Antin. Todo estaba lleno de ruido y de luces.

Se divertian, se hablaba, se cantaba; todos querían rivalizar en ingenio y alegría.

Cerca de las once serían cuando un lacayo anunció al capitán Pontis.

La presencia de Roberto en aquella casa fué acogida por un prolongado murmullo de extrañeza, al cual el capitán no hizo el menor caso.

Estaba triste; pero no había perdido su habitual calma.

La princesa le acogió con señaladas pruebas de simpatía.

—Me dareis noticias de la condesa de Branville—le dijo la princesa después de haberle cumplimentado por su poético aspecto y por su visita, tanto más agradable cuanto que no era esperada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Entonces—dijo el anciano rechazando la mano que destrozaba entre las suyas—todo ha terminado entre nostros. ¡Adios!

Y salió tropezando con los muebles cual si estuviera borracho.

Si hubiese mirado sus manos, las habría encontrado inundadas de lagrimas de Gabriela.

XL

Aquella noche todos los amigos de la princesa Ivanowska se habían dado cita en su hotel de la avenida de Antin. Todo estaba lleno de ruido y de luces.

Se divertian, se hablaba, se cantaba; todos querían rivalizar en ingenio y alegría.

Cerca de las once serían cuando un lacayo anunció al capitán Pontis.

La presencia de Roberto en aquella casa fué acogida por un prolongado murmullo de extrañeza, al cual el capitán no hizo el menor caso.

Estaba triste; pero no había perdido su habitual calma.

La princesa le acogió con señaladas pruebas de simpatía.

—Me dareis noticias de la condesa de Branville—le dijo la princesa después de haberle cumplimentado por su poético aspecto y por su visita, tanto más agradable cuanto que no era esperada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La condesa—contestó—está en el Limosin, donde el conde posee un magnífico dominio, y supongo que permanecerán allí hasta el invierno.

—¿Y ha sido un viaje de placer?

—¿Por qué no?

—Yo nada sé... pero como se asegura que el general aborrece aquel país donde murió su madre después de proporcionar serios disgustos á su marido. ¡Y hasta se cuentan sobre este particular unas historias demasiado lúgubres!

—Que carecen en absoluto de fundamento.

En aquel momento se oyó la voz de Riozares que, dominando todas las conversaciones, cantaba una copla burlesca.

—Ya tenemos al marqués—dijo la princesa—que empieza á aburrirnos con sus composiciones. Es de una fecundidad inextinguible.

—Desgraciadamente.... para los que le escuchamos.

—Escuchad sus tonterías.

Los *couplets* que el marqués cantaba era una mordaz y picaresca alusión á los amores de Roberto y Gabriela.

Roberto apoyado en el respaldo del sillón que la princesa ocupaba, escuchaba con atención y parecía no comprender.

Se contentó con decir á la moscovita.

—Ese caballerito cuenta unas coplas algo subidas de color y aun algo comprometedoras.

—¿Y qué quereis que yo le haga?—replicó la diáfana princesa.—La desaparición del general es hoy objeto de todas las conversaciones y no se puede prohibir á las gentes que se ocupen de estas novedades. Dentro de dos días

ya no se acordará nadie de ello. Además, ¡se cuentan unas cosas!...

—¿Me las quereis referir?

Iba la princesa á entrar en unas explicaciones que estaba deseando dar, cuando fué de nuevo interrumpida por la canción del marqués que continuaba su leyenda

El vizconde Saint-Remy, exasperado por la insolencia del español y por la aparente tranquilidad del capitán, se acercó á Pontis y le preguntó:

—¿No sabes á quien aluden esas estúpidas coplas?

—Ni siquiera pensé que esas canciones fueran una alusión. Creo que te equivocas y, si así no fuese, el marqués representaría un papel muy singular.

—Más para cantar esas cosas tan comprometedoras, es preciso que Riozares esté muy seguro de la paciencia de su auditorio—dijo el vizconde, mirando á Roberto con curiosidad.

El capitán se mordió los lábios hasta hacerse sangre.

—¡Bah!— replicó, afectando indiferencia.—¿En qué podrán alterarse los nervios de los que escuchan semejantes vaciedades?

Saint-Remy se alejó engañado por la aparente calma de su amigo.

—¿No habrá nada de verdad en esa historia?—pensaba al alejarse el elegante vizconde.

La princesa había seguido con vehemente interés la partida que, casi por encargo suyo, se jugaba.

Aguardaba impaciente á que el marqués ter-

minase su canción, y espereba por parte de Roberto una explosión de cólera.

Sus esperanzas quedaron defraudadas.

Roberto que había conservado toda su sangre fría, se dirigió al marqués cuando este abandonó el teclado.

– Mis sinceras felicitaciones, mi querido marqués—le dijo.—No es posible fastidiarse en vuestra compañía. Me teneis subyugado.

Riozares contemplò con extrañeza á Roberto. Había pensado exasperale con sus canciones, y no había conseguido otra cosa que hacerle reir.

—Sin embargo—continuó el capitán con la mayor cortesía—debeis abandonar ese genero fácil y dedicaros á los grandes poemas musicales. Teneis mucho talento, y es lástima que lo malgasteis en esas cositas ligeras, por más que sean muy espirituales.

Saint-Remy, sospechando el enredo que tramaba su amigo, se acercó á él, y llamándole á parte, le dijo:

—¿Qué es esa comedia que estais tramando?

—¿Comedia? ¿Donde la ves? Es el primer acto de un drama, cuyo desenlace no se hará esperar mucho tiempo. La exposición ya está hecha. ¿No vá el marqués todas las mañanas al Bosque?

—Sí. De ocho á nueve.

—¿A caballo?

—Casi siempre.

—¿Quieres venir á buscarme mañána á la calle de Courcelles á las siete y media?

—¿Si así lo deseas? ?A caballo?

—Sí, como el marqués.

—¿Cuándo sales para el Egipto?

—Dentro de dos días.

—Si te marchaseis antes del paseo proyectado, tal vez se evitaría un escándalo más—objetó Saint-Remy.

—No temas, no habrá el menor escándaló.

—¿Me lo aseguras?

—Lo más que habrá será una insignificante querella.

—Sobre todo, no me comprometas; preferiría unas tercianas á quedar en ridículo.

—¡Prudente Palamede!

—Te concedo mi confianza. No abuses de ella.

—¡Duerme en paz, Sócrates!

Los dos amigos se despidieron dándose un cordial apreton de manos.

El marqués de Riozares estaba conversando con la princesa.

—Querido marqués—decía Constanza, siempre envuelta en su olímpica serenidad—os felicito por vuestras obras.

—Estoy muy descontento—replicó con modetia el descendiente de los reyes de Granada.—Ha sido un verdadero desengaño. No aumenteis mi pesar con cumplidos faltos de sinceridad. Además, ¿estais segura que la marcha de la condesa obedezca al motivo que nosotros suponemos? Nada he logrado saber por mi doncellita, y la tranquilidad del capitán me hace dudar. Creo que esta vez vuestra sagacidad os ha faltado.

—Querido marqués, no os fieis de las apariencias. Tras la calma viene la tempestad. Es el mar antes de la borrasca. Ni viento ni olas.

—Mejor que mejor. Estoy intranquilo y ner-

vioso. De ese modo podré descargar mi cólera sobre alguna cosa ó sobre alguna persona.

—No faltan en este salón porcelanas y objetos menudos—dijo indolentemente la moscovita.—Si os place, para calmaros, romper algun jarrón de porcelana, hacedlo. Dicen que eso tranquiliza mucho, y de ese modo podreis evitaros alguna tontería.

A las doce, lord Fowler vino á besarla la mano y se alejó sin decir una sola palabra.

Su rectitud rechazaba el enredo que sentia tramar en aquel salón.

Instintivamente estuvo toda la noche separado de la princesa, contentándose con adorar de lejos la divinidad que hacia quince años que sobre él reinaba, y á la cual se contentaba con admirar como un creyente fanático ante la mezquita de la Meca.

Poco á poco los invitados fuéronse marchando unos tras otros.

Solo quedaban en el salón Riezares y el capitán.

—Querida princesa—dijo Pontis en alta voz—¿queréis concederme dos minutos de conversación? Tengo que aclarar una duda; vos sola podéis hacerlo.

—Con mucho gusto—contestó la princesa sin abandonar su indolente postura.

Después, dirigiéndose á Riozares, le dijo:

—Marqués, hasta mañana.

Era una despedida en buena forma.

El español lanzó una envidiosa mirada á Roberto, y saludando á la bella Constanza replicó:

—Hasta mañana.

Y salió de la estancia.

Generalmente suele suceder, y es extraño cuando así no pasa, que dos amantes separados, sean después enemigos. Esto prueba la imperfección de nuestra naturaleza y el vicio de un amor que no ha sido otra cosa que la atracción de los sentidos y no la reunión de dos almas semejantes, creadas para comprenderse y confundirse en un deseado y duradero matrimonio.

La princesa pasó de la más violenta pasión á una pasión profunda. Más herido estaba su orgullo que su amor. Acostumbrada á las adulaciones de sus cortesanos, aquel rompimiento la había humillado de tal suerte, que juró vengarse cruelmente de su rival y de su infiel amante.

Una francesa, una parisiense principalmente, hubiera tratado de distraerse, lanzándose en un torbellino de placeres y vanidades.

Constanza debía tener sangre italiana en las venas.

Hubiera querido manejar el puñal del mismo modo que sabía manejar el abanico, y la navaja con la mano segura de los catalanes.

A ser así, Roberto no habría salido vivo del salón. La policía y la justicia la habrían importado poco. Se creía bastante hábil para burlar sus investigaciones.

—Constanza—dijo el capitán—hace algunos días se ha cometido una vil cobardía. A pesar de vuestras amenazas os hacia el honor de creeros incapaz de semejante bajeza.

—Sin embargo, estábais advertido—respondió la princesa sin cambiar de actitud.—No comprendo vuestras ridículas delicadezas. ¿Os he engañado?

—Antes de entrar aquí todavía dudaba; pero hace poco me convencí al presenciar una escena que hubiera resultado bufa si no se hubiese pisoteado el honor de una mujer. ¡Ya no dudo!

Y con ademán indolente añadió:

—Creo que esa es la palabra que se emplea cuando se dirige la palabra á un culpable.

—Porque no quiero que quede en mí la más ligera duda y porque antes de deciros todo lo que pienso, quiero tener la seguridad de mis afirmaciones.

—¿Qué es lo que pensais decir? No tengais reparo en hablar. Os escucharé paciente y resignadamente, porque os he amado mucho, ó al menos así lo he creído; que viene á ser exactamente lo mismo. No perdais el tiempo en inútiles precauciones. Haced lo que yo.

—Una carta anónima y mentirosa ha sido dirigida al conde de Branville.

El capitan fué interrumpido por la princesa que exclamó sin hacer el menor movimiento.

—Anónima, sí; pero lo que es mentirosa... eso no.

Roberto continuó:

—¿La habeis escrito vos?

—Quiero contestaros afirmativamente porque así me place hacerlo.

—¿Y si esa infame carta fuese la causa de una terrible é irremediable desgracia, no manifestaríais algun remordimiento?

—Nunca he interrogado mi conciencia sobre este punto.

—Hacedlo y respondedme con sinceridad.

—Creo, y aun estoy segura de que no me arrepentiría. Al contrario, pues tendría al menos la seguridad de que nadie tendría el derecho de burlarse de mí, y precisamente existían dos personas que podían hacerlo.

—¿Quiénes?

—Mi antiguo amante y su nueva querida.

—Os engañais. Jamás tuvieron esos á quienes aludís una idea semejante. Os doy las gracias por vuestra franqueza, que me ha devuelto mi libertad para con vos. No nos parecemos. A pesar de todo el mal que me habeis hecho y que aún me podreis hacer, me sería imposible aborreceros. No quiero recordar de vos más que los plácidos momentos que en otro tiempo me proporcionásteis. Ya no nos volveremos á ver. Mejor informado, procuraré para lo sucesivo protejerme contra vuestra cólera. No quiero ni aún conservar una sola de las armas que me habéis dado. No puedo ver otra cosa en las apasionasdas cartas que en otro tiempo me escribiais, una reliquia preciosa entonces, sin valor hoy, puesto que á serme posible, hasta vuestro nombre borraría de mi memoria.

Y el oficial depositó sobre el mármol de la chimenea un voluminoso paquete de cartas, sobre el cual no pareció fijar su atención la princesa.

—La opinion de los demás—dijo— me es indiferente; solo me importaba la vuestra, y así os lo probé, no haciendo ningun misterio de mis simpatías hácia vos. Las cartas las podeis guardar ó destruirlas. Me es completamente igual, y me importan tan poco, como á la mariposa el polvo de sus alas.

La princesa, como todas las rusas, era un poco frívola.

Un fuego lento ardía en la chimenea.

—Al fuego pues—dijo Roberto arrojándolas sobre las ascuas.

—¡Ah, mi pobre amigo!—exclamó la princesa.—Sois muy caballero. Esa era una de las razones de mi amor.

—En Francia, princesa, lo somos algunas veces con las damas. Con los hombres muy pocas veces. Es una antigua tradición.

Después de decir esto, saludó, y ya se retiraba cuando la princesa le llamó:

—Roberto, sois mejor que yo; podemos ser enemigos, y, sin embargo, ser galantes. ¿No se saludan con las espadas los que van á matarse? Dadme, pues, vuestra mano por última vez.

El capitan tomó la fina y trasparente mano que la princesa le tendía.

—Si la mano de un hombre hubiera escrito lo que esta ha trazado—dijo Roberto contemplándola—yo la haría pedazos entre las mías. Os perdono pero os digo adios para siempre.

Y rechazando con desesperación la mano de la moscovita, salió del salón sin volver la cabeza.

—¡Pobre Roberto!—murmuró Constanza.—¿Cómo nos ha de conocer, si nos conocemos, nosotras mismas? ¡Le digo que le aborrezco cuando ha faltado muy poco para que le pida perdon y me arrojase en sus brazos!

XLI

El marqués de Riozares vivia en un suntuoso hotel del parque Monceaux.

Todos sus cuadros estaban firmados por Murillo ó por Velazquez y cada mueble era una joya artística, ya del Renacimiento ya del siglo XVIII.

Inmensamente rico, gran señor, solteron egoista ingenioso, nada faltaba á su felicidad especialmente cuando ideaba alguna broma de mal género ó perjudicial.

Uno de sus primeros cuidados al levantarse, era señalar para el día alguna víctima y generalmente su designación caía sobre un ser más débil que él ó impotente para hacerle frente.

No era una cobardía, sino un vicio especial é instintivo de su carácter.

No le faltaba valor, y se hubiera jugado la vida por el más fútil motivo. Era de la naturaleza de las mujeres. Valeroso en los grandes sufrimientos y voluble en demasía, tan pronto amaba como aborrecia con toda su alma.

Hacia ya mucho tiempo que el nombre de la princesa figuraba en la lista de sus conquistas; mas si algun día hubiera visto realizadas sus esperanzas, es casi seguro que al siguiente la habría abandonado. Tal era su frivolidad.

Aquel día el barómetro señalaba buen tiempo.

El marqués se levantó, tarareando una de esas melodías, cuyo secreto tenía, y que semejante á pompas de irisado jabon, lanzaba por las noches en los salones que frecuentaba.

—Antoñito—decía á un muchacho de quince á diez y seis años, que le servía de ayuda de cámara,—he soñado que viajaba en *sleeping-car*, al lado de una joven y bellísima mujer, de magníficos cabellos, ojos vivos, púdica como una vírgen y fácil como una circasiana, que reunía todas las perfecciones, la belleza, la gracia, la libertad, el talento; en una palabra, una mujer incomparable.

Yo me divertía en enamorarla y hé aquí lo que la cantaba.

Riozares se sentó al piano, colocado en un ángulo del cuarto, y cantó una serenata amorosa.

Cuando hubo terminado su canción, dió orden á su diminuto criado de que le ensillasen su yegua favorita, para dar su acostumbrado paseo.

Mientras tanto él terminaba su *toilette*.

El *groom* subió á avisarle cuando la yegua estuvo lista.

Riozares montó á caballo y se dirigió, al paso, al Arco del Triunfo.

—La princesa—iba monologando el marqués—es hermosísima y seductora. Es un

mármol de Páros, pero está helado cual si se encontrase en el fondo de la cantera. Por verla animarse entre mis brazos, cedería gustoso una de mis posesiones de Andalucía, la más pequeña y la peor, eso se entiende ¡Qué maravillosa envoltura oculta su alma! Es lo contrario de la condesa. Menos ostentación, pero más vida; menos brillante, pero más corazón. La misma explendidez de formas, el mismo atractivo! ¡Y decir que el mismo Leandro las ha poseído á las dos! La doncellita fué quien me lo dijo. ¡Pobre muchacha! ¿Pues no se creía de buena fé que la amaba? ¡Qué decepción sufrió cuando la dije que ya no tenía necesidad de ella! ¡Con qué desdén me arrojé á la cara el oro que la regalaba en cambio de sus fáciles favores! Tanto me importaba su amor como una cáscara de naranja. ¡Y no era fea la chiquilla!

Decididamente aborrezco á ese Pontis, caballero de aventuras, soldado de fortuna, favorecido por esas dos diosas del Olimpo parisiense. ¡Pondría la mano en el fuego á que siéndola infiel, la princesa le ama tadavía!

El marqués bajaba por la avenida del Bosque de Bolonia, por el paseo destinado á los ginetes.

Su yegua, negra como el azabache y brillante como el plumaje del cuervo, se encabritaba graciosamente y avanzaba con paso lento y cadencioso, semejante al de los picaderos. Su lacayo le seguía á corta distancia.

Unos doscientos metros más atras llegaban al trote largo de sus caballos, dos ginetes.

El uno, ostentando el uniforme de oficial de Estado Mayor, fumaba un cigarro y hablaba y

reía con su compañero, correctamente vestido.

De pronto, en el instante mismo en que Riozares salía del paseo para dar la vuelta y se dirigía á la verja del Bosque, el caballo del oficial, que se había desbocado en un momento que este saludaba distraido á un amigo, vino después de un veloz galope, á chocar con violencia contra el caballo que montaba Riozares.

—Imbécil—gritó el marqués reconociendo á Roberto, que saludaba excusándose.

—La palabra es algo viva, señor marqués—dijo el capitan—y os ruego que la retiréis.

—Lo dicho está dicho—contestó furioso el español. Sois un descuidado y un torpe.

—¿Deseais un lance, señor marqués?

—Me es completamente indiferente.

Saint-Remy se había acercado á los dos rivales.

—¿No queréis retirar vuestro calificativo?—preguntó Pontis.

—Yo no retiro nada. Idos al diablo—dijo Riozares exasperado, saliendo escapado al galope de su yegua.

Dos ó tres giuetes se habían reunido y daban la razon á Roberto.

—Un choque de caballo se perdona; pero una salida de tono y de palabras semejantes, se castiga—decía el conde de Saint-Alban, uno de los *gentlemen* más escuchados en materia de honor—y puesto que el español no retira sus expresiones, se las haremos entrar en el vientre.

—¡Así sea!—objetó Pontis.—Siempre es fastidioso tener un lance por una nimiedad, pero segun parece, el señor marqués de Riozares de

sea llevarlo adelante.... ¡Verá cumplidos sus deseos!

El vizconde Palamede estaba contentísimo. La paciencia de su amigo le había irritado la noche anterior.

—¡Bien cortado, querido!—dijo alejándose.—¡Ahora es preciso coser!

—¡Descoser, querrás decir!—objetó Roberto con los ojos brillantes de cólera

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

XLII

La vida en Traignac se deslizaba en medio de una monotonía mortal.

Desde la conversación que el general sostuvo con su mujer, había renunciado á toda nueva tentativa de reconciliación. Los dos esposos no se veían más que á las horas de las comidas, y aun esto no todos los días, y se separaban sin dirigirse una palabra después de estar veinte minutos el uno frente al otro.

Siempre respetuosa con su marido, Gabriela no dirigía á aquel desgraciado anciano, cuyo reposo y tranquilidad había destruido, más que tristes y resignadas sonrisas. El conde, herido de muerte por aquella inesperada catástrofe, cuando se creía al abrigo de todo contratiempo, rodeado de todas las comodidades que su inmensa fortuna le procuraba, de la consideración universal, y, en fin, del amor y de la posesión de una encantadora mujer á él unida por los sagrados lazos del matrimonio,

únicos que conciben las almas rectas y generosas, se moría lentamente. En aquel naufragio había perdido gran parte de su sorprendente vigor y de su inteligencia.

Una esperanza singular le sostenía en medio de su soledad. Decíase que teniendo Gabriela por su amante una afección que le impedía divulgar su nombre, su amante trataría por su lado, á menos de ser un vil cobarde, de ver á su querida; que aquel amante se cansaría de una separación tan dura de soportar, y que un día, fascinado por la hermosura de la condesa, vendría á caer en sus propias redes.

Seguro de la fidelidad de Marcas y de Farin, contaba, y con razon, con el cumplimiento de las órdenes que había dado á uno de sus servidores, cuya fidelidad no tenía límites.

Se regocijaba anticipadamente y saboreaba con placer la perspectiva de una venganza cierta.

Cumplida esta mision, podía morir tranquilamente, ó intentar de nuevo, tal era la generosidad de su carácter, la reconciliación con aquella mujer, que no se resolvía, ni podía resolverse á aborrecer.

De día en día iba aumentando su decaimiento.

Era demasiado rudo el golpe recibido para poder á su edad soportar impunemente tan terrible desgracia.

Muy á menudo se pasaba las semanas enteras sin salir de sus habitaciones.

Gabriela entonces solicitaba permiso para ir á prodigarle sus cuidados.

El anciano, á pesar suyo, no consintió recibirla en su cuarto.

Así pues, en aquel inmenso castillo, solo los criados se divertian, pasando una vida alegre y tranquila.

Sus servicios eran de los más breves y de los más fáciles. Empleaban la mayor parte del tiempo en dar paseos en botes por los estanques, en pescar, en cazar y en organizar cabalgatas para pasear los caballos del general, que se morian de inacción y de fastidio en sus ámplias y aseadas caballerizas.

Todas las tardes se les veía llegar, llevando en parihuelas improvisadas la caza del día, que por lo regular solia ser algun tremendo jabalí ó algun ciervo.

A no ser por el traje de aquellas gentes, se hubiese creido uno, al verles así cargados, transportado cinco ó seis siglos más atrás.

Eran unos espectáculos graciosos y pintorescos; mas tenian para Gabriela, que les contemplaba todas las tardes desde su prisión, una monotonía aflictiva y desconsoladora.

Si al menos hubiera podido leer las cartas de Roberto, habria tomado con resignación y paciencia su castigo; pero el general las guardaba y no le daba cuenta de ellas. Tampoco la entregaban ningun périódico. Todo lo que entraba en el castillo se llevaba al cuarto del general, de donde ya no salia más. Verdad es tambien que pocas veces el conde leía un periódico; apenas recorria sus columnas con una mirada distraida cuando ya los había echado en el cesto.

Así las cosas, llegó el mes de octubre.

Traiguac llegó á ser casi inhabitable. Las nieves cubrian las cúspides de las montañas vecinas, los árboles perdian sus últimas hojas

y los pinares se revestian de un color amarillento que daba tristeza mirarlos. Un viento glacial se había enseñoreado de la comarca, y en las inmensas chimeneas del castillo ardian grandes fuegos para elevar la temperatura á un grado soportable.

Privada de noticias, no atreviéndose á escribir y no sabiendo á quien fiarse, la condesa se había entregado á un sombrío y continuo abatimiento.

Su único consuelo encontrábale en el creciente cariño que Rosa la demostraba. La pobre muchacha realizaba prodigios de inteligencia. Multiplicábase para que no decayera el valor de su señora y para procurarla distracciones. Tambien el general tenía gusto en verla y llegó á ser la única intermediaria entre él y la condesa. Así ella, tenía la esperanza de reunirlos un día y alcanzar el perdon de su señora.

Tan pronto desvastaba las estufas, donde ya no entraba Gabriela, y llenaba de flores los jarrones de su cuarto, bromeando alegremente sobre los pobres desterrados de Traiguac, como referia á su señora las anécdotas de las aldeas vecinas, describiendo las costumbres de los infortunados y desgraciados limosines.

Su alegría y contento no tenía límites cuando lograba apoderarse en la mezquina biblioteca del castillo, de alguna obra singular ó de algún periódico de quince ó veinte fechas retrasadas, para entregárselo triunfalmente á Gabriela.

Un día —el 29 de Octubre—entregó á su señora dos números de *Le Figaro*, fecha 10 y 12 de Septiembre.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Gabriela rompió la faja, aún intacta, de los periódicos, y los desplegó con indiferencia.

Como generalmente arrojaba en seguida aquellas hojas atrasadas, Rosa se quedó altamente sorprendida al ver que su señora se entregaba con marcado interés á la lectura de uno de los periódicos.

En efecto: había descubierto una gacetilla que tenía para ella grandísimo interés.

Hé aquí su contenido:

"Nuestros lectores recordarán un duelo que excitó grandemente la curiosidad en el mes de Junio próximo pasado.

"Dos jóvenes pertenecientes á nuestra más distinguida sociedad, el señor marqués de Riozares, de la poderosa familia Riozares de Alvarado, uno de los más ricos miembros de la colonia española, parisiense por gusto y casi de origen, con Roberto Pontis, uno de nuestros más brillantes oficiales de Estado Mayor.

"El motivo del duelo fué de los más fútiles que pueden darse, y la razón estaba toda de parte del señor Pontis.

"El duelo se verificó á espada de combate y en la frontera belga.

"El resultado pudo haber sido funesto para el señor de Riozares, pues recibió una herida de tal gravedad, que puso su existencia en peligro. Así lo comprendió él mismo, y creyéndose al borde de la tumba hizo todo género de elogios á la lealtad y delicadeza de su adversario en términos en extremo honrosos para ambas partes.

"Hoy anunciamos con gran satisfacción que el señor marqués de Riozares está completamente fuera de peligro. Anoche tuvimos el gusto de verle en el teatro de la Opera, en el palco de la bella princesa Ivanowska.

"Si nuestro periódico, como esperamos, llega á poder del señor Pontis, que se encuentra actualmente en Egipto, queremos tener la satisfacción de ser los primeros en darle esta noticia, que, seguros estamos de ello, le será satisfactoria en extremo."

Gabriela volvió á leer el suelto, y después arrojó el periódico á las llamas de la chimenea, donde en un instante se convirtió en pavesas.

Ni un solo momento creyó que aquella causa fútil en apariencia, fuese el verdadero motivo del duelo.

—¡De modo que Roberto—pensaba la condesa—se ha batido! ¿Y por quién sino por mí?

El combate debió ser formal puesto que su adversario había recibido una herida grave.

¡Todo lo había ignorado!

El general se lo había ocultado. La tenía en un absoluto aislamiento. La había borrado del libro de los vivos.

Sin duda la habían insultado y Roberto había salido en su defensa.

Esta circunstancia dió nueva fuerza á su amor, ya tan vivo y que tan profundas raíces había echado en su corazón.

Además, la curiosidad vino en ayuda del amor. Quiso tener los detalles más precisos de un asunto en el que había peligrado la vida de su amante. De ese deseo á querer verle y hablarle, aunque no fuese más que un instante, no había más que un paso.

Así sucedió.

Luchó durante algunos días, pero por fin, no pudiendo contenerse más, á primero de Noviembre entregó á Rosa una carta dirigida á de Tresmes, para que éste la enviase á su amigo,

La carta contenía estas palabras:

"Muero de pena y de dolor. ¿Dónde estás? Aunque no sea más que un minuto, quiero verte. Desde que llegué á este punto no he tenido noticias tuyas. Estoy encerrada en una prisión. Si no te atreves á ver al general, ven en secreto. Preguntas por Juanita Picard, una pastora de ovejas de la aldea de Saint Saturnin, que está distante de Traignac unas dos leguas. Puedes confiar en ella. Adiós. Ven pronto."

Juana Picard era una muchachilla de 16 años, morena como una gitana y más lista y vivaracha que una ardilla. La condesa y Rosa le habían tomado mucha afección.

La regalaban trajes y se mostraban pródigas y generosas con sus hermanos y hermanas.

La pastorcita profesaba también á aquellas dos señoras que tanto la mimaban, una amistad sin límites. Ignorante de las cosas de este mundo, pero de extraña precocidad, no dejaba de comprender que aquellas existencias estaban rodeadas de un misterioso dolor, cuya causa no lograba alcanzar su penetración.

El buzón de correos más próximo á Traignac estaba situado en la aldea de Villefosse; pero, por prudencia, quiso la condesa que su carta fuese llevada á la estafeta de la Palude.

Rosa, por orden de su señora, llamó á Juanita que, por especial concesión, llevaba á pacer sus cabras á los prados colindantes con el castillo.

—Juanita—la dijo Rosa—¿en cuánto tiempo te atreves á ir á Palude?

—Hay cuatro leguas largas del país. No he ido más que dos veces, pero conozco bien el camino. En tres horas me planto en la Palude.

—Vas á llevar al correo esta carta. La echas en la estafeta y te vuelves en seguida. Es preciso que nadie sepa que has llevado una carta, ¿entiendes? Es preciso también que no se sepa que has ido á la Palude.

La niña fijó sus negros y penetrantes ojos sobre los de Rosa.

—El cielo está cubierto—contestó—estaré de vuelta antes de media noche. ¿Quién se ocupará de mí? Nadie, á no ser vos, señorita.

—Todavía no he terminado, Juanita. Tal vez dentro de algunos días llegará á preguntar por vos un señor de París; tú le llevarás al parque, le ocultarás en el bosquecillo y vendrás después á avisarme. Es necesario también que nadie sepa que tú has acompañado á una persona extraña. Únicamente tú y yo conoceremos el secreto.

La guardadora de cabras tomó una mano de Rosa y la besó.

—Haré lo que me decís, señorita—respondió la niña—podéis tener confianza en mí.

—Vete, querida niña—dijo Rosa enternecida besando á la pastora—encierra tus cabras y cuida que no te vean.

Juana se alejó precedida de sus cabras y cantando melancólicamente una copla del país.

El mismo día que de Tresmes había recibido la carta de la condesa, recibió otra de su amigo que le había enojado en extremo.

—No puedo vivir lejos de ella—decía Roberto en su carta—me es imposible. Salgo para esa. Tal vez llegue antes que mi carta.

—¡No se puede tratar con los enamorados! —exclamó de Tresmes.—¡No pueden estarse tranquilos!

Por la noche Roberto se precipitó como un huracán en los brazos del teniente, el cual le entregó la carta de la condesa.

—Sois un par de locos que nada os podéis echar en cara. Tú debes reflexionar un poco más, y esperar al menos á que matéis por completo á ese pobre general.

Una mortal palidez cubrió el rostro de Roberto.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—El general de Rochenoir recibe frecuentes cartas de su antiguo amigo el general de Branville. En todas le dice que su estado de salud es delicadísimo. Yo las he leído.

—Yo daría toda mi sangre por él.

—¡Pero mientras tanto, le asesinas! ¿Qué te dice la condesa?

—Lee.

Y Roberto alargó á su amigo la carta de Gabriela.

—¡Palabras de mujer! ¿Conoces tú alguna que muera de amor?

—Sí.

—¡Cuando el amor se complica con la miseria y no tienen ni aun lo preciso para comprar un pedazo de pan!

—Gabriela no se parece á las demás mujeres, y tú no puedes juzgarla porque no la conoces. ¡Dice la verdad!

—Entonces, ¿quieres verla? ¿Quieres marcharte?

—¡Oh! Solamente por un día.

—Es más de lo necesario para perderos. No pongas á prueba á la Providencia. La primera vez te salvaste por un milagro. ¿No temes ser sorprendido?

—No; conozco mejor que nadie el estado del general.

—¡Pues cómo? . . .

—El mismo me lo escribía todos los días.

—¿Sabe que has regresado á París?

—Sí.

—¿Y no te llama á su lado?

—No. Quisiera equivocarme, pero una horrible duda me destroza el corazón. Temo . . .

—¡El qué?

—Que dude de mí.

—¡Eres un niño! Si así fuese, no te trataría como á un hijo.

—Entonces, ¿por qué no habla de Gabriela? ¿Por qué no me ordena ir á Traignac, aunque no sea más que por unos días? Tal vez sea un efecto de mi imaginación, pero de todos modos, yo no me atrevería jamás, sin orden suya, á presentarme ante él. Creo que si le viese sufrir me arrojaría á sus pies para pedirle perdón, perdón para mí y para ese ángel que sufre por mi culpa y sufre con resignación toda la pena.

—¡Estás loco!

—Ríeme cuanto quieras, trátame como al último de los criminales, nunca dirigirás tantos cargos como yo mismo me hago! ¡A qué

engañarte á ti con falsas promesas? No puedo resistir al amor ni á los deseos de Gabriela. ¿Me llama? Yo obedezco, aunque supiese que no iba á verla más que desde su balcón. Una sola mirada suya me devolverá para mucho tiempo el valor que me falta y que solo ella puede devolverme. Esta vez no seremos víctimas de otra traición, pues solo tú sabes el secreto.

—¿Y la princesa?

—La aborrezco.

—Justo efecto de sus bondades para contigo.

—No creas nada de lo que ella te haya dicho. ¡Hay secretos que no puedo revelar, ni aun á ti, que eres mi mejor amigo y el mejor de los amigos!

—Guárdatelos. ¿Pero si no puedes entrar libremente en casa del general, cómo te vas á arreglar para ver á la condesa?

—Lo ignoro.

—Supongo que no pensarás en tomar tú solo y por asalto, la vieja fortaleza de Traignac; además, ahora recuerdo, pues tú me lo dijiste, que el general habia tomado varias disposiciones que hacen la entrada muy difícil y peligrosa.

—Es verdad.

—¿Pues entonces qué es lo que piensas hacer?

—¡Dios dirá!

—No confíes en él para que te ayude en esta empresa. Lo más que podrá hacer, en su misericordia, por dos insensatos, es encerrarse en una extricta neutralidad.

—¿Qué importa, con tal de que pueda verla? Lo demás no me preocupa.

—¡Pero todo lo que estás diciendo es absurdo! ¿Es decir que por una visita de una hora, visita inquieta y sin utilidad para ninguno de los dos, vais tal vez á perder la poca tranquilidad que os queda?

—¡Tienes razón, mil veces razón! Pero Gabriela está sola y podría creer que la olvido, y no quiero que tenga ni un instante este pensamiento. Tú exageras el peligro, y una entrevista de un momento no puede comprometernos tanto como dices.

—¡Terrible locura!—murmuró de Tresmes—y bendigo al cielo por habérmela evitado. En fin, tú lo quieres, ¿no es eso?

—No tengo más remedio que obrar de este modo.

—Sé franco y confiesa que deseas hacer este viaje.

—¡Pues bien, sí, lo deseo! Cedo con inefable placer á la tiranía de ese amor, que es mi existencia toda. ¡Sí, quiero ver á Gabriela! Tú, mi pobre amigo, bendices al cielo porque no has conocido jamás esos dolores. ¡Desgraciado! Si los hubieras sufrido, sabrías que encierran más felicidad que amargura y más placeres que penas. El recuerdo solo de las felicidades pasadas, aunque éstas no hayan durado más de un minuto, es suficiente para disipar, con sus celestes resplandores, las tinieblas que nos rodean. El que solo ha conocido el placer y no el verdadero amor, ignora que la copa que no ha tocado su mano, contiene delicias sin límites y delicadezas de imposible descripción.

Las penas de la separación, las punzantes ansiedades de los celos, los mortales temores del olvido desaparecen ante una caricia de la mujer adorada. Cuanto mayor es la falta, más felicidad proporciona. No pienses ni trates de argumentar sobre un amor que tú no has conocido. Deja, pues, á los desgraciados que sufren este padecimiento amargo y al mismo tiempo delicioso, la compensación de sus torturas. Mi razon me dice que escuche tus consejos, pero mi corazón me lo prohibe.

A esto estoy reducido. Compadéceme, más no me condenes. ¿Puedo por ventura obrar como yo quisiera y como comprendo que es mi deber?

—¿De modo que estas decidido á marcharte?

—Sí, mañana.

—Puesto que así lo has decidido quiero poner límite á tus tonterías. Yo te acompañaré, pero no nos detendremos en Traignac más que una hora.

—¡Oh, mi bueno y querido amigo!—dijo Roberto abrazándole con emocion.—Yo no me atrevía á decírtelo.

—¡Pero una hora tan solo!

—Estamos conformes. Ahora vamos á comer.

—Si hago esto—añadió de Tresmes—no es tan solo por tí, sino por evitar un nuevo y mortal disgusto á mi pobre general.

Tranquilo ya el capitan por la seguridad de que en breve plazo iba ya á ver á Gabriela, hizo alarde aquella noche de una alegría extremada. Mostróse comunicativo con de Tresmes, diciéndole sus esperanzas de un pronto ascenso, pues los trabajos que había hecho en Egipto habian agradado mucho al ministro, segun él mismo se lo había notificado.

—Trabajaba sin descanso—decía Roberto.—Esto era mi único consuelo.

—¿Y porqué no haces ahora lo mismo, en vez de correr tras estas peligrosas aventuras?

—Si fuese yo solo, perfectamente; pero Gabriela, se creería abandonada y despreciaría al amigo cobarde que la abandona en su prisión.

—Si continúas por ese camino, llegarás de deducción en deduccion á acusar al pobre general de ser el verdugo de la mujer que amas.

—Tengo ganas de llegar á Traignac para regresar en seguida. Tán pronto como llegue creo que tendré horror de mi mismo y trataré de huir. No sé lo que hago ni lo que digo.

—Continúo en mis trece. Creo querido, que estás loco; aun no de remate, pero lo estarás.—Dijo de Tresmes con sentencioso acento.

—¿Y quién no lo estaría en mi lugar?

—Mira son las nueve, hoy cantan *Los Hugonotes*, y el palco de tu adorado tormento estará desocupado. Vamonos á él y la música del maestro Meyerbeer nos distraerá.

—Con mucho gusto. Allí encontraré algun recuerdo suyo.

—Ya lo creo. El amante ve en todas partes el recuerdo de la mujer que ama. Si tu fueses poeta como el marqués de Riozares, harías un soneto cantando las ausencias de tu adorada.

XLIII

La sala de la Opera presentaba, como siempre su deslumorador aspecto.

Los palcos de los diplomáticos estaban todos ocupados, y las más ricas familias de la colonia extranjera ocupaban sus acostumbradas localidades.

El palco que más visitado se veía, aquella noche, era el de la princesa Ivanowska.

La bella Constanza estaba resplandeciente. Más aún que el fuego de sus brillantes.

Sus adoradores, más solícitos que nunca, la colmaban de adulaciones.

La princesa, siempre indiferente, respondía por monosílabos é interjecciones á aquellas alabanzas, las cuales, por la forma, podrían tomarse por otras tantas declaraciones amorosas.

Una sonrisa, una mirada era el pago que recibían aquellos milanos del amor vestidos de negro y correcto frac y corbata blanca.

Lord Fowler gozaba con el éxito, siempre creciente, de la princesa. Todos los gemelos del teatro tenían sus cristales fijos en el palco de la hermosa extranjera.

De pronto, la princesa cesó de oír las conversaciones de sus amigos. En el palco de la condesa de Branville acababan de entrar dos jóvenes.

Eran Pontis y de Tresmes.

A partir de aquel momento, la princesa no apartó sus miradas de aquel palco.

—Yo creía—dijo dirigiéndose á Saint Remy, —que vuestro amigo estaba enfadado con el general.

—Nunca lo estuvo.

—Me habían asegurado que estaba en Egipto.

—Pues ya veis que ha regresado.

La princesa reflexionaba.

—Hay en todo esto un misterio que no me explico. Roberto fué sorprendido por el general. Así al menos me lo confesó él mismo. El mal, sin duda, no ha sido tan grande como yo suponía. ¡Tanto mejor!

Y un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho.

—Es un hombre galante, Pontis—continuó conversando con el vizconde Palamede;—pudo matar al marqués y le perdonó la vida.

—Si creeis que yo no lo he sido bastante—objetó amostazado el marqués—tendreis que explicaros mejor. No hay nada que yo deje de hacer por agradaros, y si queréis que volvamos a empezar, estoy dispuesto á obedeceros.

—Es inútil, mi querido marqués—contestó la princesa.—¿Qué puede importar á las gentes que vivais ó que os maten de una estocada?

Al mundo le importará muy poco el que yo viva ó muera, pero á mí me importa mucho. Si vos no queréis interesaros en lo que me concierne, no es esa una razon para que yo deje de interesarme por vos.

La princesa sonriò y el marqués creyó el momento oportuno para deslizar su demanda.

—¿Cuándo cumpliréis lo ofrecido?—preguntó con apagada voz.

La suplicante y graciosa expresión que supo Riozares dar á su rostro al pronunciar estas palabras, hizo que la princesa tuviera un imperceptible extremecimiento.

Pero era demasiado inteligente para no comprender que el marqués no sentía los sentimientos que con tanto arte manifestaba.

Se contentò con hacer un gracioso gesto con la boca y no contestó.

En cada entreacto había esperado que Roberto, olvidando sus rencillas, vendria à saludarla á su palco.

En vano le había esperado.

Al finalizar el cuarto acto, desesperada, y al ver que Roberto abandonaba el palco, pensó que lo encontraria en el *foyer*.

—¿Quereis—dijo á Saint-Remy—acompañarme á dar una vuelta?

Palamede se apresurò á presentar su brazo á la graciosa moscovita.

En efecto, Roberto se paseaba por el *foyer* del brazo de su amigo.

Al ver á la princesa trató de alejarse, pero ella, por un movimiento que denotaba cierta ciencia táctica, se acercò á él y le puso en la imposibilidad de dejarla de saludar, á no ser

faltando á las más vulgares leyes de la educación.

—Esperaba, mi querido Roberto, una visita vuestra, y vengo á la montaña ya que ella no viene á mí.

La mirada de la princesa era dulce y penetrante.

Seguramente la estocada dada por Roberto á su adversario, le hacía valer más á los ojos de la princesa.

—Tengo horror á las querellas, mi querida princesa, y el marqués vería á disgusto mi entrada en un palco donde él tiene asiento en las escaleras del trono.

—El marqués debe aborrecerlas más que vos. Creo que no es este el motivo que os tiene alejado de mí.

El señor de Riozares—añadiò con misterio—escucha aquí la música de los demás y no canta la suya.

Roberto se inclinò, pero no respondió una palabra.

—¿Estareis mucho tiempo en Paris?—preguntó la princesa.

—Depende de las òrdenes que espero.

—Deseo y tendría mucho gusto en veros por mi casa.

El capitán saludò—aquello no era prometer nada—y se alejó.

A los pocos pasos se paró, y mirando á de Tresmes le dijo:

—Si esa mujer se hubiera vuelto á su país, estaría más tranquilo.

—Sin embargo, la has amado como á la condesa.

—¡No blasfemes! Bajo esa magnifica cubier

ta no es sangre la que circula; es un ácido cualquiera, peligroso y emponzoñado.

Por otro lado, decía la princesa á Saint-Remy:

—¡Qué cambiado está vuestro amigo! ¡Antes todo era llama y fuego; ahora es de hielo!

—¡El amor no tiene más que un tiempo!—contestó filosóficamente Palamede—Preciso es creer en la exactitud de este proverbio cuando vos misma, no le habeis desmentido.

—Se puede dejar de amar sin que por eso se crea uno obligado á aborrecer.

—¿Supongo que Roberto no os aborrece?

—No veis tan claro como yo. Sus ojos desmentian la galantería de sus frases. Si hubiesen tenido algo de pasión me hubieran atravesado de parte á parte, como la espada del capitán atravesó el pecho de Riozares.

—Hé ahí, querida princesa—dijo Palamede sonriendo—un peligro que no amedrenta á las mujeres.

XLIV

Es una más que larga distancia, la que media entre el boulevard de los Italianos y el castillo de Traignac.

Al atravesar el tren que conducia á Roberto y de Tresmes á Traignac, los campos del Limosin estaban cubiertos de nieve.

—¡Desolación de desalaciones!—decía el teniente con lastimoso acento á medida que se acercaban al término de su viaje,—¡Esto es la inmensidad de la miseria! Nos vamos acercando á un Sahara nevado y peor que el verdadero.

Los dos jòvenes abandonaron en Lubersac el camino de hierro. Allí montaron en un faeton antidiluviano tirado por un vigoroso caballo. A las tres y media de la tarde la carretela que conducia á nuestros viajeros se paró en la aldea de Villefosse á la puerta de una hostería, que á juzgar por sus apariencias exteriores no les daría cómodo alojamiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el interior, sentados al rededor de una mesa de nogal, muy limpia, cuatro ó cinco limosinos bebían y charlaban alegremente.

A la entrada de los jóvenes, uno de los bebedores se levantó para salir.

Llevaba una gorra con visera y en cuyo frente había un cuerno de caza bordado en plata.

Completaban su atavío una blusa azul, un cinturón de charol, cuyo broche era un escudo de armas, altas botas de campo y una carabina de dos cañones.

Al llegar á la puerta lanzó una escudriñadora mirada sobre los recién llegados.

—Buenas tardes, maese Chenu—dijo al hostelero.—Cuando queráis cazar un jabalí, avisadme; esta mañana he visto una piara de ellos. Hasta la vista.

—Van los señores á pasar la noche en la venta?—Preguntó el dueño á Roberto y á de Tresmes, con respetuoso ademán y la gorra en la mano.

—No—contestó el teniente—venimos á hacer una corta visita y nos marchamos otra vez en nuestro vehículo. Cuidad bien al cochero y dadle de comer.

—¡Los señores van á!....

—Saint-Saturnin.

De Tresmes dió algunas instrucciones más al hostelero y salió seguido de su amigo.

Eran cerca de las cuatro.

—Démonos prisa—dijo á Roberto—tenemos una buena caminata delante de nosotros.

A la salida de la aldea sacó un plano del bolsillo y le consultó.

—Este—dijo—es el camino que conduce á Saint Saturnin. Dentro de media hora estamos allá.

—Cinco minutos después añadió:

—Ya estamos en los dominios del general. Marchemos prevenidos.

La noche avanzaba con rapidez.

Después de dos minutos de marcha los dos *touristes* vieron á lo lejos los tejados de las casas de Saint-Saturnin, verdaderas chozas cubiertas de abrojos y de cuyas chimeneas salía un humo rojizo y denso.

A la entrada de aquella miserable y pobre aldea pacía un pequeño rebaño de cabras y dos ó tres ancianas hilaban á la puerta de sus cabañas.

De Tresmes hizo alto.

—Tengo—dijo á su compañero—la dirección y la responsabilidad del viaje; de modo que tú no tienes nada que objetar á lo que yo haga. Te he prometido una hora de conversación con la condesa; confrontemos nuestros relojes para que no te detengas un minuto más. El tiempo se pasa con rapidez y el peligro de una sorpresa es tal vez más grande de lo que suponemos.

El general tenía fama por sus talentos estratégicos y temo que haya puesto su ciencia en práctica para defender sus dominios.

Y acercándose á una vieja arrugada y temblona, cuyo cuerpo estaba vencido en dos, más por efecto de la miseria que por la edad, preguntó:

—Buena mujer, ¿podrías decirme dónde encontraría á una pastorcita de cabras, que se llama Juana Picard?

—¡Bondad divina!—contestó la vieja ma-

quinalmente, fijando sus penetrantes ojillos grises sobre el rostro del teniente.—¿Qué queréis decir á esa chiquilla?

—Darla una buena noticia. Entregarla una pequeña herencia.

—¡Una herencia!

—Poca cosa; pero en fin, de algo la servirá este dinero. ¿Dónde está?

—Ahora estará paseando sus cabras por los prados de nuestro buen amo.

—¡Ah!...¿Tenéis un amo?

—¡Ya lo creo! ¡Y que le queremos mucho!

—¿Y como se llama?

—Me extraña que no lo conozcáis.

—Somos de Lubersac y nunca hemos estado en estos sitios.

—¡Pues si todo el mundo, hasta más allá de Limoges, conoce al señor conde de Branville!

—¿Y son extensos prados?

¡Toda una provincia!

De Tresmes miró con ansiedad á Roberto.

—No nos será fácil encontrar á la pequeña.

—No es preciso que corráis tras ella, mis queridos señores—objetó la anciana—sería lo mismo que buscar una aguja en un pajar. Tenéis que esperarla aquí; tiene miedo á los lobos y no tardará en volver.

—¿Y á qué hora vuelve por aquí generalmente?

—A la puesta del sol. Precisamente oigo el ladrido de su perro. No debe estar lejos.

De Tresmes, ya más tranquilo, saludó á la anciana, y fué en busca de la pastora, que llegaba ya á la aldea precedida de su rebaño.

A pesar del frío, Juanita iba con los brazos y las piernas desnudas.

De Tresmes se dirigió á ella.

La niña no manifestó el menor asombro y aguardó con tranquilidad la pregunta de aquel caballero.

—¿Conoces á la señora de Branville?—la preguntó de Tresmes.

Una sonrisa casi celeste, iluminó la fisonomía de la guardadora de cabras.

—¿La bella y caritativa señora? Sí.

—Pues venimos de su parte.

—¿Qué hay que hacer?

—Entregarla esta carta. ¿Cuánto tiempo se necesita para ir al castillo?

—Dentro de una hora estaremos allí. Esperad á que guarde mis cabras.

El teniente la cogió una mano.

—Juanita—dijo—es necesario que no nos vea nadie.

—No nos verá nadie—contestó con seriedad.

—Se trata de un asunto que puede ocasionar la muerte.

—No sé lo que significan vuestras palabras—dijo la niña.

—Significan que la señora de Branville es muy desgraciada y nosotros venimos á consolarla; pero es imprescindible que nadie sepa nuestra visita, que será muy corta, una hora lo más.

—¿La señora condesa es desgraciada? Lo presentía, porque llora con mucha frecuencia.

—Guarda tus cabras y vuelve á buscarnos.

Juana se alejó rápidamente, y después de llevar su rebaño al establo, volvió al lado de los jóvenes.

—¿Está lejos el castillo?—preguntó de Tresmes.

—Una legua del país.

—¿Y cómo llegaremos sin ser vistos?

La niña se echó á reir.

—Dentro de un cuarto de hora—contestó—no nos veremos unos á otros. Son las cinco y la luna no sale hasta las nueve. Os llevaré por unos senderos por donde pasan más jabalíes y ciervos que hombres.

La niña se puso en camino, seguida en silencio de los dos jóvenes.

Poco á poco la noche se fué extendiendo, y aquellas incultas tierras, en medio de las que, de trecho en trecho, se alzaba un nogal descarnado como un esqueleto, se vieron rodeados de obscuridad completa.

De vez en cuando, entre las yerbas de las lagunas, salían los gritos lanzados por los patos, ó más allá, entre las malezas que se extendían á lo largo del sendero, se oía el galope de algún animal que huía á través de los bosques.

—Es un ciervo que se ha asustado—decía la niña.—¡Qué cobardes son!

Después de hora y media de marcha, los bosques eran ya más espesos y los árboles más corpulentos y más altos.

A lo lejos, el ladrido de un perro se dejaba oir en la muda obscuridad de la noche.

La niña se paró y dijo:

—Será necesario que os ocultéis detrás de mí. Ya estamos cerca. Ese perro que ladra es Joel, el perro del general, que es muy malo. A mí me quiere y no me hará nada, pero cuando no conoce se pone furioso.... En el país se le

teme mucho, y nadie, por la noche, se atreve á acercarse al castillo.

—No tengas cuidado, Juanita—dijo Roberto, que desplegaba los labios por primera vez.—Joel es mi amigo y no tenemos nada que temer.

—¡Ah!—exclamó con extrañeza la niña.—Entonces es un peligro menos. Aquella es la casa.

En efecto, una masa negra, enorme, se levantaba ante los viajeros á unos cien metros de distancia.

—Allí es—dijo Juanita señalando con la mano aquella inmensa mole de piedra.

El corazón de Roberto latía con extraordinaria violencia.

La pastora asió las manos de los dos jóvenes para que se acercasen más, y con misterioso ademán y voz baja les dijo:

—¿Véis aquella ventana que tiene luz? pues esa es la del cuarto de la condesa. Ella sola habita ese lado del castillo. El cuarto del señor está al otro lado, á lo último de aquella galería. Hace muchas semanas que no sale de sus habitaciones. Dicen que está muy malo y que no vivirá mucho tiempo. ¡Qué lástima, un señor tan bondadoso! La puerta del castillo está cerrada, si no veríamos la linterna que encienden en el pórtico por las noches. Acerquémonos con precaución. A estas horas solo está Joel fuera. Veréis qué pronto está aquí. Todas las noches le sueltan y hace la ronda alrededor de los fosos.

La pastorcita no se equivocaba.

Los ladridos volvieron á escucharse, pero

esta vez tenían un acento acariciador y alegre.

Joel se precipitó, dando alegres saltos, sobre Roberto, quien acariciándole con la mano, le dijo con dulzura:

—Quieto, Joel, quieto.

El perro se echó á sus pies y le lamió las manos.

—Es extraño—objetó Juanita.—Mucho os debe conocer para que esté tan dócil con vos. Lo más que se le puede pedir es que no extrangule á las gentes. Unicamente al general lo acoge como lo hace con vos.

Se habían parado bajo los últimos árboles del bosquecillo.

—Aguardadme un momento—dijo la niña—voy á llevar la carta.

Y recogiendo varias piedrecitas de uno de los paseos, las arrojó al balcón de Gabriela.

Un ruido seco se oyó.

Era la señal convenida.

El balcón se abrió sin hacer el menor ruido, y las voz de Rosa preguntó:

—¿Eres tú, Juanita?

—Si—contestó la pastora.—El caballero está ahí y traigo una carta suya.

Rosa echó una cestita sujeta á una de las extremidades de un bramante.

La niña depositó la carta en el cestito.

—Espérate un poco.

Gabriela, temblando de emoción y casi desmayada, leyó la carta.

No contenía más que estas palabras:

"*Aquí estoy*"

—Dile que venga,—exclamó la condesa dirigiéndose á Rosa.

El capitán vió, de lejos, una forma blanca que se dibujaba sobre el fondo oscuro del cuarto de Gabriela.

—Roberto—exclamó de Tresmes—son las ocho, á las nueve en punto, es imprescindible que estés aquí. Así me lo has prometido. Reflexiona, tanto por tí, como por Gabriela y el infortunado general.

—Te lo juro,—contestó Roberto precipitándose en los brazos de su amigo.

—Marchaos—objetó la niña—y daos prisa al atravesar el jardín. Nosotros os esperaremos bajo estos árboles. Dentro de una hora os veremos salir; la luna nos alumbrará.

Una cuerda de nudos estaba sujeta al balcón, Roberto trepó por ella y en un instante, llorando de alegría y de emoción, se encontró al lado de la condesa.

—¡Pobre Gabriela!—exclamó al ver su pálido rostro.—¡Cuánto has sufrido por mi causa!

—¡Es verdad! Pero ya no pienso en ello, puesto que estoy á tu lado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLV

Marcas inspiraba gran deferencia a todos los guardas de Traignac. Parecía un capitán al frente de su compañía de soldados.

Por consiguiente, Marcas era, para los limosinos de Traignac, un personaje.

Los criados particulares del general, es decir, los que servían á su persona y no cuidaban de sus dominios, se burlaban gustosos de la dictadura de aquel rústico, más no los otros, es decir, los que dependían de su autoridad de guarda mayor del dominio.

Para estos era tanto ó casi más que el conde, pues desde tiempo inmemorial le habían visto mandar, le conocían y le habían obedecido.

El general, para ellos, era un señor *in partibus*. Era tal vez un Dios, pero se encerraba en el misterio, en las alturas, y no le palpaban.

Como desde su instalación en el castillo, el conde y la condesa hacían una vida tan retirada, se les veía muy pocas veces, y como Marcas continuaba con la dirección de todos los negocios, su autoridad y prestigio no habían decaido lo más mínimo.

Además, el general cuando tenía que dar alguna órden, siempre se dirigía á él ó á Farin. Eran sus representantes.

Marcas tenía la palabra breve. Nunca se perdía en divagaciones, y aunque se prodigaba por todas partes, su autoridad no desmerecía en nada.

En fin tenía una superioridad; era la honradez misma, irreprochable, personificada. Para los demás era la cúspide, para él, era el fondo sólido, donde descansaban los intereses del conde.

Mientras Roberto, á los pies de la condesa, pasaba las horas más felices de su vida, suplicándola tuviese valor y resignación, asegurándola con mil ardientes juramentos, que su amor era eterno, los criados estaban reunidos en una inmensa sala que debió ser, cuatro siglos ántes, la sala de armas y el local de reuniones más amplio de todos los del castillo.

En la enorme chimenea, cuya campana estaba sostenida por dos pajes esculpidos en sólida piedra de granito, ardía un colosal tronco de encina. Las paredes estaban adornadas con trofeos de caza y cabezas de jabalí, de lobos y de ciervos.

Veinte servidores estaban sentados al lado de una mesa rectangular, aún llena de los restos de una comida abundante.

Numerosas botellas vacías atestiguaban se era menos parco en la mesa de los criados que en la de los amos.

Hacía un rato que las bromas iban subiendo de tono.

Los criados de casas opulentas son, una vez terminado su servicio, la gente más libre del mundo.

—Maese Marcas, ¿podeis explicarme—decia el cochero del general, que quería probar la paciencia del guarda mayor—por qué las gentes del país os llaman mi comandante? No se oye más que comandante por aquí, comandante por allá, y francamente, eso es muy duro de digerir. A los treinta y cinco años el general no era más que capitán y vos parece que habeis venido al mundo con ese grado.

—Eres un tonto—contestó el guarda.—Si tuvieses dos cuartos de reflexión, sabrias que no me dan más que el título que me corresponde. ¿Qué es un presidente, un gobernador? El que preside ó el que gobierna. ¿No es eso? Pues dicho se está, que comandante es el que manda, y que á mí me llaman comandante porque soy el que manda. ¿Has comprendido?

—¿Y á quién mandáis vos, maese Marcas?—preguntó el cochero con aire burlón.

—¿Que á quién mando? No á tres mil soldados, pero sí sobre siete mil cuatrocientos arpendes de terreno donde hay patos, truchas, anguilas, peces, conejos, liebres, zorras, lobos, ciervos, jabalíes, sin contar las gentes que los habitan y las pastorcitas que tú persigues con tus requiebros.

—¡Oh! en eso os engañáis, maese Marcas—respondió el cochero poniéndose colorado hasta las orejas.

—Vamos, no mientas. Yo sé todo lo que pasa. Maese Marcas tiene buenos ojos y maese Perrinet también. La prueba de todo es que ayer en el prado tratabas de abrazar á la Picard, la pastorcita, y ella te contestó con un bofetón. Y te lo prevengo para tu gobierno. Aquí no es moda el pervertir á las mozas, y como te vuelvan á encontrar, verás lo que es bueno. Se hará una batida en tu honor como si fueses un lobo.

El cochero, molestado por las bromas de sus camaradas, se calló.

La conversación no siguió su curso porque Lecerf, el más ágil de todos los guardas, que llegaba de hacer su ronda, entreabrió la puerta é hizo una seña á Marcas para que saliese.

—Mi comandante—dijo el guarda cuando se vieron solos en el vestíbulo, débilmente alumbrado por una linterna que pendía del techo—creo que hay algo nuevo.

—A ver. Cuenta.

—Estaba yo en la extremidad del dominio, cerca de Saint Saturnin, y me alargué hasta Villefosse. Allí entré en la hostería de maese Chenu para refrescarme la garganta.

Estaban allá también cuatro mozos del país, charlé con ellos un rato, y cuando me disponía á salir, llegaron en un coche á Lubersac dos señores jóvenes y muy elegantes. Uno de ellos estaba condecorado.

Aquello me pareció extraño, y les seguí de lejos y vi que estuvieron hablando con una vieja—sin duda preguntándola algo—después se encaminaron hácia el castillo guiados por la pequeña Picard, y creo que deben estar aquí.

—¿Te llevaban mucha delantera?

—Lo menos tres cuartos de legua.

—Esas gentes no deben traer muy buenas intenciones — decía Marcas reflexionando— cuando se han dirigido por senderos extraviados.

—Yo oí, en el bosque de Saint Saturnin, á la Picard que decía á los señores, no nos verán.

—Tienes razon Lecerf. Aquí hay algo. ¿Está cerrada la puerta? ¿Ha entrado alguien?

—Todo está bien cerrado He hecho la inspección y he tenido que entrar por el subterráneo.

—Si, pero se puede entrar por las ventanas.

—Todas están cerradas y únicamente se vé que hay luz en el cuarto de la señora condesa.

—Está bien— murmuró Marcas—vete á comer. Joel es un buen centinela y si esos señores llegan, ya nos avisará. Ni una palabra de esto á nadie.

Una vez dado su parte, Lecerf se fue á comer con muy buen apetito, sin ocuparse más de la pastora y de los dos desconocidos

Marcas tenía su cosigna, y como esta era muy gvave, quiso antes de cumplirla pedir consejo á su amo.

Subió sin hacer el menor ruido á las habitaciones del conde y llamó con la mano.

No le respondieron.

Volvió á llamar.

El mismo silencio.

Entonces abrió la puerta con precaución y entró

El general estaba sentado en un sillón, al lado de la chimenea.

A la llegada de Marcas no hizo ningun movimiento.

Estaba dormido.

Pero su sueño era agitado y su respiración dificultosa.

Marcas se acercó. Su fisonomía dura y casi trivial tomó una expresión de tierna y respetuosa piedad.

—Duerme—dijo—Es un descanso para él. ¡Como ha cambiado en poco tiempo!—continuó.—Ya no quiere ver á la condesa. ¡Lo mismo que su padre! ¿Despertarle? ¿Para qué? ¿No me ha dado ya sus órdenes? Con seguridad tienen la culpa de su desgracia esos desconocidos. Tal vez se habrán marchado ya y así ahorro una nueva pena á mi señor. ¡Dormid, pues, mi general; yo voy á velar vuestro sueño, y desgraciado del que intente turbar vuestra paz!

Y el guarda salió sigilosamente, como había entrado, cerró la puerta y bajó á la sala donde poco ántes departía alegremente con los demás criados.

Allí llamó aparte á Farin.

—Jacobo—le dijo—hay ó debe haber en el castillo dos desconocidos. ¡Vigila del lado del porton; yo voy por el otro!

Y descolgando su fusil de una de las panoplias que adornaban la sala, se encaminó al jardín, donde entró por una puerta secreta.

Cuando Marcas, deslizándose como un fantasma, se ocultó en el jardín detrás de un grupo de árboles, vió en uno de los paseos una sombra que se dirigia á él.

Era Joel, el perro, que le habia conocido y venía á acariciarle.

—Es extraño—pensó el guarda—Joel no ha ladrado. ¿Si se habrá engañado Lecerf?

Un rayo de luna filtrándose á través de las nubes que la ocultaban, proyectó sobre el antiguo castillo su pálida luz, blanca como un sudario.

La ventana del cuarto de la condesa continuaba iluminada.

XLVI

Roberto continuaba á los pies de Gabriela. La joven tenía las manos de su amante entre las suyas.

—¡Llévame contigo!—Decía Gabriela.—¡Sácame de esta tumba, donde muero de penas y de fastidio! Acepté mi suplicio con paciencia porque esperaba que el general se apiadaría de mí; pero se aleja y sus sufrimientos acrecientan los míos.

¡Oh! Te lo suplico, llévame, ocúltame en un sitio donde nadie me vea, donde quieras, si nó me volveré loca. A no ser por Rosa, creo que lo estaría ya. No me atrevo á presentarme á los ojos de nadie. Me figuro que llevo mi falta escrita en la frente.

Roberto, emocionado por la desesperación de un alma extenuada por la debilidad, trataba de consolarla.

—Ten valor—decía—para dártelo he venido. Dios me es testigo que te amo más que á la vida, más que todas las cosas del mundo y que estoy dispuesto á todo, para hacerte dicho-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa, pero el crimen que cometeríamos, envenenaría el resto de nuestra existencia. ¡Sería un asesinato! ¿Qué sería del pobre general si al despertarse una mañana se encontrase con que su mujer se había escapado?

¡Qué escándalo y qué golpe mortal para su honor y su vida! Imítame, sé fuerte. Al verte respiro y recobro fuerzas para largo tiempo. Me marcharé alegre y feliz porque he respirado el mismo aire que tú. Es la suprema felicidad. Créeme, Gabriela mía, no aumentemos nuestra desgracia. ¡Tengamos paciencia!

El tiempo pasaba rápidamente y los minutos se sucedían con vertiginosa rapidez en la esfera del reloj.

Al señalar la aguja las nueve, Roberto se levantó.

—Es preciso separarnos—dijo—Se fuerte y ten confianza en nuestro amor.

En vano Gabriela trató de detenerle.

—He jurado á de Tresmes que no estaría más de una hora, y no quiero faltar á mi juramento. ¡Ojalá pasen con igual rapidez nuestros días aciagos!

La condesa, casi desmayada, se dejó caer en un sillón.

—Tened valor, señora.....—decía Rosa—ya volverá.

—Sí—exclamó Roberto besándola la mano, —volveré.

Y después de despedirse de la condesa, abrió el balcón y asiéndose á la cuerda comenzó el descenso.

La luna, ya libre de nubes, proyectaba una claridad plateada y uniforme sobre las murallas del castillo.

Marcas, desde su escondite, vió á la condesa que había salido al balcón á despedir á su amante.

Lleno de indignación y cólera, amartilló su escopeta. Le parecía que estaba designado para vengar, de una sola vez, la injuria hecha en el honor de dos generaciones de sus nobles amos.

Cuando Roberto soltaba la cuerda que pendía del balcón y se disponía á reunirse con de Tresmes, un vivo resplandor iluminó el sitio donde se ocultaba el guarda.

Roberto cayó en tierra con el pecho destrozado por un tiro.

Marcas le había matado.

De las habitaciones de la condesa salió un grito desgarrador. Era Gabriela, que al oir la detonación había caído desmayada sobre la piedra del balcón.

El general se despertó sobresaltado al estruendo del tiro. Con gran trabajo se levantó del sillón, y se disponía á salir cuando Marcas entró en la estancia.

El guarda estaba pálido.

—Mi general—dijo:—He cumplido vuestras órdenes. Un hombre, un desconocido, ha escalado el muro y penetrado en el cuarto de la condesa. Fué advertido por Lecerf, que le había visto en Villefosse. Me oculté tras unos árboles al lado del foso. Hace poco ví al desconocido salir del cuarto, siempre por el balcón. La señora le abrazó en el momento de separarse; yo, ciego de cólera, hice fuego cuando traté de alejarse. El desconocido cayó. Ignoro si le he matado.

—¡Desgraciado! — exclamó el anciano. — ¿Qué has hecho?

—Obedecer vuestras órdenes.

—¡Es verdad! ¿Dónde está el herido?

—Al ruido del tiro salió toda asustada la doncella, y del otro lado del jardín llegaron otro desconocido y Juanita la pastora. Creo que le han trasladado al cuarto de la condesa.

—¿Y no has socorrido á ese desgraciado?

—Mi general, creo que estará muerto. Hice blanco al pecho, y mi carabina es muy segura.

El anciano, anonadado por la emoción y la fatiga, se había sentado en el mismo sillón.

De pronto, una idea le pasó por la imaginación.

—¿Dónde estaba Joel esta noche?—preguntó.

—Donde siempre, mi general.

—¿Y no ha ladrado?

—No, mi general. Al principio me hizo reflexionar, pero luego no me extrañó. El perro conoce á la pastora.

Tampoco ladró en Versalles, pensó el conde.

—¿Quién estaba en el jardín?

—Farin y yo, mi general.

—¿Y los demás?

—Están en las cocinas y no se han enterado de nada. Los parisienses meten mucho ruido y las murallas del castillo son muy espesas.

—¿Dices que ese desgraciado está en el cuarto de la condesa? Sígueme. Vamos allá.

Y apoyándose en el brazo de Marcas, atravesó la galería que separaba sus habitaciones de las de Gabriela.

La puerta estaba cerrada.

Marcas llamó

Rosa salió á abrir, pero al ver al general trató de impedirle el paso.

—¡Señor conde—gritaba—no entréis! ¡En

nombre de Dios, Marcas, no dejéis entrar al señor!

Y la doncella trataba de detenerle.

—¡Déjame entrar!—gritó el conde.—¡Quiero saber!

—¡Por piedad, señor conde, por vos mismo, no entréis!

—¿Pero qué es lo que se me oculta?—preguntó el general.—¡Rosa, dímelo!

—¡Una gran desgracia!—dijo Farin con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Dime lo que ha pasado! No conozco mayores sufrimientos que los que desde hace seis meses tengo.

Y separando á su ayuda de cámara y á Rosa, entró en la estancia.

Roberto, inmóvil, cadavérico, estaba echado en el lecho de la condesa. Estaba agonizando.

Gabriela, con los ojos secos é inflamados, sin poder llorar, se había arrodillado á la cabecera y tenía una mano de su amante entre las suyas.

Más allá, en un rincón, también de rodillas, oraba la pastorcita.

De Tresmes, de pie cerca del lecho, con los brazos cruzados, horrorizado del suceso, contemplaba, llorando, á su mejor amigo.

Gabriela no se movió cuando llegó su marido.

Al llegar cerca del lecho, el general levantó la colgadura que le ocultaba el cuerpo del herido.

De pronto dió dos ó tres pasos hacia atrás, su rostro tomó una indecible expresión de terror, y á no ser por Marcas y Rosa, hubiese caído al suelo.

—¡Roberto!—gritó.—¡Mi hijo!....

Y echándose sobre él, cubrió de besos sus cabellos y su lívida frente.

—¡Está muerto!—exclamó.—¡No, no lo está! dijo poniéndole una mano en el pecho!—¡Un médico! ¡Pronto!

—Es necesario—añadió que se ignore la verdad de lo sucedido. Hay que decir que ha sido un accidente. ¡Por su honor, por el de la condesa, por el de todos! Marcas, monta á caballo y vuelve en seguida con un médico.

Y cogiéndole en sus brazos con infinitas precauciones, le decia:

—Hijo mío, vuelve en tí, te perdono. ¡La culpa no es tuya, sino mía. Yo debí prever lo que ha pasado. Vosotros érais jòvenes y estábais expuestos á funestas debilidades. ¡Yo estaba ciego! ¡Fué una insensatez!

La sangre salía gota á gota de la herida de Roberto. Por fin abrió los ojos.

Al ver al general inclinado sobre él, contemplándole con paternal ternura, una débil sonrisa asomó á sus labios, y murmurò estas palabras:

—¡Dios me ha castigado! ¡Perdón para Gabriela!

—¡Perdón para todos, hijo mio! ¡Vivirás! ¡Vaya! ¡No quiero que mueras!

Roberto cayó otra vez exánime sobre la almohada.

El general estaba aterrado. Abundantes lágrimas corrian de sus ojos.

Despues, al ver á Gabriela que continuaba sollozando sin poder arrancar lágrimas á sus calenturientos ojos, la levantó en sus brazos y la dió un beso en la frente.

—¡Ah!—exclamó Gabriela, rompiendo á llorar amargamente.—¡Sois bueno como Nuestro Señor!

XLVII

Los criados del castillo, encerrados en sus habitaciones cuando ocurrió la catástrofe, no tenían conocimiento ni se habian enterado de nada. Además, un tiro no tenía nada de extraño en Traignac, pues muchas veces por la noche solian los guardas dispararlos sobre los jabalíes del bosque inmediato.

A la una y media llegó Marcas con el médico, un Esculapio de casualidad, excesivamente ignorante y bonachón.

—El caso es grave—dijo examinando á Roberto.—¿Cómo ha sido herido?

—Un accidente de caza—dijo de Tresmes.—Una bala perdida.

—¡Diablo!—exclamó el doctor rascándose la cabeza.—Sería conveniente ir á buscar á uno de mis colegas de Lubersac. Pero desgraciadamente creo que no tendremos tiempo.

Una sangría practicada por el campesino doctor—verdadero sangrador de la Edad Me-

día—hizo volver en sí al herido, proporcionándole algunas fuerzas.

Vivió hasta el alba, y confesó al conde su pasión por Gabriela, la resistencia de la joven, sus remordimientos y la oposición de De Tresmes á que emprendiese el viaje.

Al rayar el día, consolado por el sublime perdón de aquel corazón de oro, expiró en los brazos del general.

De Tresmes continuaba de pie cerca del lecho.

Cuando Roberto entregó su alma á Dios, el general mandó llamar á Gabriela, y besándola en la frente, exclamó:

—Hija mía, sois viuda. Pronto os quedaréis huérfana.

Marcas había ejecutado la consigna de la Providencia.

***

Los periódicos de aquella época dieron cuenta de la muerte de Roberto atribuyéndola á un accidente de caza.

Esta fué la creencia general; sin embargo, hubo algunos excépticos.

El salón de la princesa Ivanowska vió florecer el mayor número.

El vizconde Palamede deploraba una noche ante ella la muerte de su amigo.

—Creedme, querido vizconde—decía la princesa—mientras viva el general no vayáis nunca á Traignac. ¡Sus guardas son muy torpes!

Otra noche, en un baile en el Elíseo, paseándose entre Riozares y lord Fowler, se encontró con de Tresmes.

La princesa se separó con brusquedad de us acompañantes.

—¿Queréis—dijo al teniente, siempre triste desde la muerte de su amigo—ofrecerme vuestro brazo?

—Con mucho gusto, princesa—contestó el oficial.

—Contadme algunos detalles de la muerte de vuestro amigo.

—No tengo valor para pintaros ese terrible accidente.

—¿Pasaría de noche?—objetó con malicia la princesa.

—¿Por qué por la noche, princesa? Yo estaba cerca del pobre Roberto, y se veía muy bien.

—¿Era clara la luna?

—¡Princesa!—exclamó gravemente de Tresmes—se puede criticar á los vivos, pero nunca calumniar á los muertos.

—¡Ah! Vos tenéis un gran corazón, señor de Tresmes, y esa es una cualidad muy recomendable.

—Porque es rara, ¿no es cierto? Con la muerte de Roberto habéis perdido un amigo fiel. ¡Mucho os amaba!

—¡Oh! para entretenerse. ¡Más le hubiera valido seguir conmigo que irse á hacer matar en el fondo de un bosque.

***

El día 12 del mes de Enero siguiente, el general falleció de repente; se apagó como una lámpara falta de aceite.

Gabriela estaba arrodillada á la cabecera del lecho: la mano del moribundo descansaba sobre sus cabellos, como para darla una suprema absolución.

Las últimas palabras del anciano fueron éstas:

—¡Roberto! ¡Gabriela! ¡Hijos míos!

No quedaba ningún heredero del nombre de los Branville.

Aquel árbol diez veces secular se había convertido en polvo.

En su testamento legaba el general sus cuantiosos bienes á su viuda, y gran parte de sus casas de París á de Tresmes, por la sincera amistad que le había unido con su hijo.

La condesa sigue viviendo en el castillo donde reposan los restos de los que amaba. Vive en medio de sus recuerdos, con su fiel Rosa, á quien quiere como á una hermana, y tiene por doncella á la pastorcita que la sirve con gran cariño.

El honrado Marcas, Farin y los restantes servidores, siguen en sus funciones y sirven con fidelidad á la viuda de su antiguo amo.

De Tresmes es capitán de dragones.

Su tristeza es incurable, y únicamente halla consuelo en las frecuentes visitas que hace á Traignac.

La princesa Ivanowska ha regresado á su nevado país.

¡Que Dios la perdone!

FIN

30560
N
M567p

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS